



**UNIVERSIDAD DE COSTA RICA  
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO**

**HUELLAS NARRATIVAS DE LA GUERRA FRÍA EN CENTROAMÉRICA Y EL  
CARIBE**

**ENTRE LA HISTORIOGRAFÍA Y LA NOVELA**

**COSTA RICA 1948, GUATEMALA 1954 Y CUBA 1959-1962**

**Tesis sometida a la consideración de la Comisión del Programa de Estudios  
de Posgrado Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura para optar  
al grado y título de Doctorado Académico en Estudios de la Sociedad y la  
Cultura**

**Álvaro Rojas Salazar**

**Ciudad Universitaria Rodrigo Facio**

**2025**

## **DEDICATORIA:**

Para Adina, por darle serenidad a mi forma de habitar el mundo.

A Nicolás. Mi hijo. Por cambiarme la mirada.

Al profesor Werner Mackenbach, por su generosidad y conocimiento sobre esas relaciones entre la historia y la literatura que tanto nos han ocupado.

A mis compañeros del taller de estudios filosóficos Lágrima Negra.

## **AGRADECIMIENTOS**

Al profesor David Díaz Arias, por sus generosos y acertados consejos a lo largo de este proceso.

Al profesor George I. García, porque su inteligencia, su generosidad y su bondad han sido fundamentales para este trabajo y también para mí.

A la profesora Ruth Cubillo, por sus valiosos aportes a este trabajo.

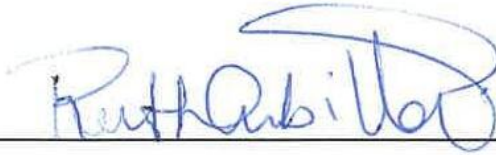
Al director del Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura, señor Adrián Vergara, por su buena disposición para acompañarme en todo este proceso de investigación y escritura.

Al filólogo Andrés Viales, por su trabajo y por su amistad.

A la profesora Laura Chacón, por su motivación y acompañamiento en los primeros momentos de esta investigación.

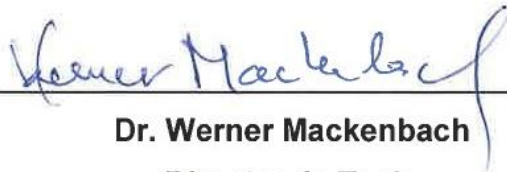
A mis amigos, Héctor Hernández y Roberto Fragomeno, por sus lecturas críticas e inteligentes sobre los borradores de este trabajo.

“Esta tesis fue aceptada por la Comisión del Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura de la Universidad de Costa Rica, como requisito parcial para optar al grado y título de Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura.”



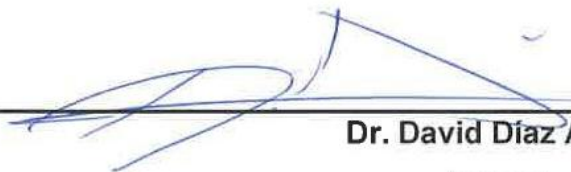
---

**Dra. Ruth Cubillo Paniagua**  
**Representante de la Decanatura del Sistema de Estudios de Posgrado**



---

**Dr. Werner Mackenbach**  
**Director de Tesis**



---

**Dr. David Díaz Arias**  
**Asesor**



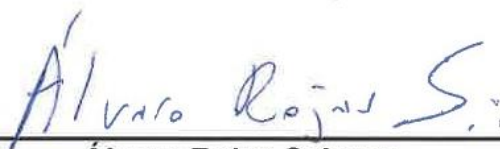
---

**Dr. George I. García Quesada**  
**Asesor**



---

**Dr. Adrián Vergara Heidke**  
**Director del Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura**



---

**Álvaro Rojas Salazar**  
**Candidato**

## ÍNDICE

<b>Portada.....</b>	<b>i</b>
<b>Dedicatoria.....</b>	<b>ii</b>
<b>Agradecimientos.....</b>	<b>iii</b>
<b>Hoja de aprobaciones.....</b>	<b>iv</b>
<b>Índice.....</b>	<b>v</b>
<b>Resumen.....</b>	<b>vi</b>
<b>Abstract.....</b>	<b>vii</b>
<b>Epígrafes.....</b>	<b>viii</b>
<b>Orígenes.....</b>	<b>1</b>
<b>Título.....</b>	<b>4</b>
<b>Capítulo1. Introducción.....</b>	<b>4</b>
<b>Capítulo 2. La última guerra entre costarricenses. La guerra civil de 1948 en Costa Rica.....</b>	<b>79</b>
<b>Capítulo 3. La sombra de los Estados Unidos. La década democrática en Guatemala 1944-1954. La caída de Juan Jacobo Arbenz.....</b>	<b>134</b>
<b>Capítulo 4. Revolución. Los primeros años de la Revolución cubana. 1959-1962.....</b>	<b>184</b>
<b>Conclusiones.....</b>	<b>231</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>244</b>

## RESUMEN

Este es un trabajo que inicia con una reflexión teórica sobre la relación que se da entre las novelas y los textos historiográficos, entendidos ambos registros, con sus similitudes y referencias, como formas narrativas desde las cuales se cuenta el tiempo humano y, a su vez, cada texto, historiográfico o novelesco, viene a ser interpretado como huella de acontecimientos sociales que requieren elaboración, comprensión, y es por medio de esos textos que se intenta ese ejercicio. Los acontecimientos, entonces, anteceden a los textos y los posibilitan.

Asimismo, entre el acontecimiento social y el texto que lo elabora se encuentra un sujeto situado, un sujeto afectado por su visión de mundo, por su historia personal, por su género, por la ideología, por su deseo y su voluntad política, un sujeto que transfiere sus emociones en los textos les carga de afectos y les da una dirección ideológica.

Esta comprensión teórica de novelas y de textos historiográficos la pongo a trabajar para pensar la Guerra Fría y, puntualmente, sus efectos durante sus primeros años en tres sociedades caribeñas, dos centroamericanas: Guatemala y Costa Rica, y una insular: Cuba.

Los acontecimientos escogidos son la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica, la caída de Juan Jacobo Arbenz en 1954 en Guatemala y los primeros años de la Revolución cubana, 1959-1962. A cada uno de ellos me acerco por medio de un libro de historia y una novela, los cuales interpreto desde la propuesta teórica anteriormente expuesta, desde la que se sostiene además que las novelas y los textos historiográficos son formas complementarias de saber que unidas potencian la capacidad de comprensión de los investigadores y permiten un entendimiento más profundo de momentos determinantes para las sociedades, en este caso Costa Rica, Guatemala y Cuba.

Para Costa Rica interpreto la novela *Los leños vivientes*, de Fabián Dobles y el libro de historia *Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica, 1940-1948*. Para Guatemala trabajo la novela *Tiempos recios*, de Mario Vargas Llosa y el libro de historia *La esperanza rota: la Revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954*, de Piero Gleijeses. Finalmente, para al caso cubano me aproximó por medio de la novela *La consagración de la primavera*, de Alejo Carpentier y el libro *Historia de la Revolución cubana*, de Sergio Guerra y Alejo Maldonado.

## Abstract

This is a work that begins with a theoretical reflection on the relationship between novels and historiographical texts, understood both registers, with their similarities and references, as narrative forms from which human time is told and, in turn, each text, historiographical or novelistic, comes to be interpreted as a trace of social events that require elaboration, comprehension, and it is through these texts that this exercise is attempted. The events, then, precede the texts and make them possible.

Likewise, between the social event and the text that elaborates it there is a situated subject, a subject affected by their vision of the world, by their personal history, by their gender, by ideology, by their desire and their political will, a subject who transfers their emotions in the texts, charges them with affections and gives them an ideological direction.

I put this theoretical understanding of novels and historiographical texts to work to think about the Cold War and, specifically, its effects during its first years in three caribbean societies, two central american: Guatemala and Costa Rica, and one insular: Cuba.

The events chosen are the 1948 Civil War in Costa Rica, the fall of Juan Jacobo Arbenz in 1954 in Guatemala and the first years of the Cuban Revolution, 1959-1962. I approach each of them through a history book and a novel, which I interpret from the theoretical proposal previously exposed, from which it is also argued that novels and historiographical texts are complementary forms of knowledge that together enhance the capacity of understanding of researchers and allow a deeper comprehension of decisive moments for societies, in this case Costa Rica, Guatemala and Cuba.

For Costa Rica I interpreted the novel *Los leños vivientes*, by Fabián Dobles and the history book *Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica, 1940-1948*. For Guatemala I worked on the novel *Tiempos recios*, by Mario Vargas Llosa and the history book *La esperanza rota: la Revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954*, by Piero Gleijeses. Finally, for the cuban case, I approach it through the novel *La consagración de la primavera*, by Alejo Carpentier and the book *Historia de la Revolución cubana*, by Sergio Guerra and Alejo Maldonado.

## EPÍGRAFES:

*“La realidad es un postulado.”*

*Slavoj Zizek*

*“El tiempo humano no es más que el tiempo narrado.”*

*Paul Ricoeur*

*“El pasado no es lo que una vez fue, es solo lo que queda de lo que una vez fue.  
Esos son vestigios y recuerdos.”*

*Theodor W. Adorno*

*“Todas esas historias para una sola noche.”*

*Guillermo Cabrera Infante*

## ORÍGENES

La relación íntima que he tenido por años con la literatura me brindó una certeza: aquellas conversaciones solitarias, o con muertos, que me permitieron abrir tantas ventanas a geografías y sociedades distantes, me facilitaron pensar las novelas como medio de conocimiento social, de conocimiento histórico. En esas ficciones que me han acompañado siempre, he podido encontrar una reunión de saberes: la historia, el psicoanálisis, la política, la filosofía.

El orden social de diversas épocas, las fuerzas en disputa en esos tiempos expuestos después en las peripecias y en las tribulaciones de personajes hechos de palabras, provocaron en mí el interés académico de estudiar esas relaciones entre la literatura y otros saberes de manera sistemática en un trabajo de investigación.

Es importante decir que, para entonces, también cargaba en mi mochila las conversaciones de mis abuelos sobre la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica; la bomba terrorista que explotó en la casa de mi tatarabuela y que buscaba matar a Manuel Mora Valverde, el tío comunista de mi abuela Eugenia, quien de niña presencié esa explosión; pensar a mi familia repartida en bandos que se odiaron durante esa guerra: la paterna unida al bando liberacionista, la materna al comunista. Un odio que continuó en tiempos de paz y del que yo llegué a tener noticia muchos años después.

Mi abuela materna, la misma de la bomba, me contaba relatos sobre sus años de formación como profesora de historia en La Habana de los años sesenta. Entonces la imaginaba con un fusil al hombro en las noches de guardia, en los días de defensa de la Revolución contra las agresiones constantes de mercenarios y norteamericanos en tiempos de Guerra Fría. Estas imágenes familiares son todas huellas en mi memoria, al igual que las tramas de las novelas que me acompañan desde hace años y juntas todas, las historias de mis dos familias y las novelas que me han gustado más están en los orígenes emocionales de este trabajo.

De tal modo, de esas escenas imaginarias que fabricaron mis abuelos y los novelistas que leí, nació el deseo de escribir este ensayo, que viene a ser mi manera

de leer la relación que existe entre la literatura, la historia y la sociedad en el Caribe, una zona que vive bajo la influencia de los Estados Unidos.

Muchas son las decisiones que un investigador toma a lo largo y ancho de su trabajo: elecciones teóricas, elecciones sobre el momento histórico a investigar y su geografía, sobre el corpus a interpretar. Deseos, gustos, posiciones políticas, visión de mundo, marcas de vida influyen en cada uno de estos movimientos de la subjetividad que contribuyen a vertebrar un texto que es, a su vez, el testimonio de una personalidad intentando comprender el mundo en el que creció, su país y la zona de influencia a la que pertenece.

Pensar la Guerra Fría hoy nos ayuda a comprender mejor tanto nuestra contemporaneidad —desde la caída del socialismo real hasta el presente— como el propio conflicto bipolar y su impacto en Centroamérica y el Caribe. Aquel período, conocido como “la Guerra Fría”, estuvo marcado por las tensiones geopolíticas e ideológicas entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que definieron el orden mundial durante casi medio siglo.

Desde un punto de vista político, este trabajo considera, a partir de la lectura de novelas y de textos historiográficos, las relaciones de dependencia con los Estados Unidos que necesariamente experimentan países periféricos como los centroamericanos, que también son caribeños, y expone con claridad tramas abiertamente imperialistas que configuraron las realidades de estos países y también los discursos que las legitimaron, en una zona donde el imperialismo norteamericano es particularmente dominante, más aún cuando se trata de relaciones entre ellos y países de débil resistencia.

Al exponer las relaciones de dominación existentes entre una superpotencia mundial y pequeños países satélites con burguesías y clases dominantes que se favorecieron de ese orden bipolar, de forma implícita se sostiene en este trabajo un *contra relato*: se inicia una subterránea batalla por el sentido, un combate en favor de la autonomía de los pueblos y de su derecho a expresarse, también, mediante diversas formas narrativas, ya sean estas historiográficas o literarias.

El modelo teórico desde donde pienso estos temas comprende que las relaciones sociales son conflictivas, que la violencia forma parte de la construcción

de los destinos que los países siguen a partir de puntos de inflexión, momentos determinantes que necesitan elaborarse para darles así un sentido entre otros posibles y canalizar también emociones contenidas que el paso de los años, por sí solo, no logra limpiar.

Entre mis elecciones teóricas están una teoría del sujeto en situación social, una teoría de la ideología como mecanismo de dominación que permite además construir visiones de mundo, una comprensión compleja de la vida psíquica y conflictiva de la política, entendida esta como ejercicio del poder, sumadas a la certeza de que en la historiografía y en las novelas, en ciertas novelas, se pueden leer todas estas tensiones. Ese es el lugar mental desde el cual concibo el mundo, a los personajes, a las personas y sus tribulaciones.

La inclusión de la literatura como forma de conocimiento que ensancha el saber historiográfico forma parte de esas elecciones, y esta manera de pensar la ficción literaria es a su vez una contribución que sumo al debate académico sobre la epistemología de la historiografía y las relaciones de múltiples vías que este oficio establece con las artes literarias, fundamentalmente con las novelas, ese género híbrido al que tanto se parece y al cual, al igual que a la historiografía, lo antecede un sujeto inteligente y emocional que interpreta un mundo social también anterior a él, un mundo y una sensibilidad que forman parte de esa materia escurridiza de la que están hechos los textos.

A lo largo de las páginas que siguen encontraremos entonces una mentalidad, la de quien redacta este trabajo, que intenta hilar discursos que parten de matrices distintas para comprender así dinámicas de poder históricamente situadas, que a su vez provocaron acontecimientos y con ellos la necesidad de elaborarlos mediante libros de historia y novelas. Narraciones que yo no sabía diferenciar al escuchar a mi abuela contándome los cuentos de sus noches en La Habana con un fusil al hombro, cuando la corriente principal de la historia tocó las costas de los territorios donde vivimos.

**1.1-Título:** Huellas narrativas de la guerra fría en Centroamérica y el Caribe. Entre la historiografía y la novela. (Costa Rica 1948, Guatemala 1954, Cuba 1959-1962.)

## **1.2-Introducción (Definición, delimitación del tema y esquema temático)**

Aristóteles asevera en *La poética*<sup>1</sup> que Homero no intentó hacer un poema con la totalidad de la Guerra de Troya, aunque ella tenía principio y fin. Él dice que Homero tomó solo una parte de la guerra y después escribió sus episodios. De haber abarcado toda la guerra, considera el filósofo que *la fábula* hubiera sido demasiado extensa y no alcanzable con la vista. Como tantas otras cosas que hizo con genialidad, Aristóteles vislumbra en esa referencia una distancia entre la guerra y la fábula, que es también una distancia entre la historia y la ficción. Sobre esa distancia trata este trabajo, sobre esa distancia y sobre los sujetos que cuentan, cada uno desde su lugar de enunciación, distintas versiones sobre lo ocurrido en Costa Rica en 1948, en Guatemala en 1954 y en Cuba entre 1959 y 1962.

Si la influencia de los Estados Unidos en América Latina ha sido determinante, en pocas regiones se ha sentido con tanta fuerza como en Centroamérica y el Caribe. Cuando se tienen esos primeros contactos con la literatura o con la historia de estas sociedades, surgen preguntas sobre el poder, sobre los procesos de colonización, sobre las razones que hicieron que la política de un país siguiera un rumbo y la de su vecino otro. Esas razones se suelen buscar en el pasado, un pasado conflictivo que se nos vuelve accesible mediante relatos en disputa.

Del pasado de las sociedades nos quedan huellas. Entre ellas, las luchas por el sentido sobre un período histórico expuestas en libros que llevan consigo la voluntad de comprensión de procesos sociales que nos antecedieron, que condicionaron nuestras vidas y de los cuales, desde el presente, solo podemos dar cuenta mediante el lenguaje o, mejor dicho, mediante distintos lenguajes. Es desde el presente de quien enuncia que se le otorga una racionalidad a los rastros que se hallan, a los indicios que quedan, a veces convertidos en textos cuyo mundo choca

---

<sup>1</sup> Ver página 112 de la edición consultada y referida en la bibliografía.

y se encuentra con el de los lectores de distintos tiempos quienes les damos vida nuevamente.

Después de la Segunda Guerra Mundial el orden internacional se configuró de forma bipolar. Por un lado, una superpotencia capitalista; por el otro, una emergente contraparte socialista; ambas acompañadas de relatos triunfalistas. En ese momento, los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, representantes de dos posibilidades de la modernidad para la transformación de las sociedades, entraron en relaciones geopolíticas de altísima tensión, las cuales impactaron la vida social del mundo entero, incluidas, claro está, América Latina y la región de Centroamérica y el Caribe.

Este período histórico contiene poco más de cuarenta y cinco años, ubicados entre los últimos de la Segunda Guerra Mundial y el año de mil novecientos noventa y uno, en los cuales el choque de las superpotencias, que nunca llegó a un enfrentamiento militar directo, se escenificó en movimientos de influencia geopolítica, en intervenciones/invasiones militares en terceros países, en confrontaciones ideológicas y en amenazas y contra-amenazas que varias veces tuvieron al mundo al borde de la Tercera Guerra Mundial; tal y como ocurrió con la *Crisis de los misiles* en Cuba, en octubre de 1962.

Ese período del siglo XX se puede estudiar desde múltiples perspectivas. A mí me interesa hacerlo desde tres, que vincularé e integraré hasta lograr una visión más global de ellas. Estas son: una teórica, una de análisis historiográfico y una de análisis literario, fundamentalmente de novelas, que es a lo que me refiero cuando uso las palabras literatura o ficción literaria.

Desde la perspectiva teórica pensaré las complejas relaciones de intercambio que se presentan entre la novela, como género literario, y la historiografía, como saber documentado sobre el pasado. Es importante tomar en consideración que toda historia escrita adopta necesariamente la forma de un relato; entonces, ambas disciplinas en su elaboración de narrativas, las pienso mediadas por un sujeto que le da un sentido al mundo en una trama y es a través de ese sujeto que el contexto social de un tiempo penetra en los textos. Este sujeto funciona como fundamento y como punto de conexión del texto con lo real/social, porque habla y

escribe desde un lugar que lo condiciona y que media sus percepciones y sus enunciaciones.

De tal modo, me propongo escribir un análisis comparativo entre estas dos formas de construir relatos para mostrar su complejidad, descubrir sus similitudes, sus diferencias y los modos de saber y de verdad que produce cada una de ellas. Estos textos no pueden romper sus vínculos con el mundo práctico del que proceden y al que regresan. Las similitudes, distancias e intercambios entre las novelas y la historiografía, antes que en competencia o en identidad, las pienso como aspiraciones de saber sobre lo humano en comunicación y complemento, eso sí, con importantes diferencias constitutivas.

En su libro *Historia mínima de la guerra fría en América Latina*, Vanni Pettinà separa los años de Guerra Fría en el subcontinente latinoamericano en cuatro períodos:

a-Las primeras tensiones políticas y económicas. (1946-1958).

b- La Revolución Cubana. (1959-1970).

c-La década del terror en el Cono Sur. (1970-1980)

d-Las guerras en Centroamérica. (1980-1991)

Tomaré esta periodización para estudiar textos historiográficos y novelas que dan cuenta, cada cual, desde sus propias reglas narrativas y argumentativas, de acontecimientos de la Guerra Fría en América Latina, en Centroamérica y el Caribe, específicamente en Costa Rica en 1948, en Guatemala en 1954 y en Cuba entre 1959 y 1962.

Escogí estos tres acontecimientos porque cada uno de ellos constituye un punto de inflexión en la historia de sus países y a su vez está atravesado por las tensiones de la Guerra Fría, lo cual los convierte en rica fuente de relatos en disputa por prevalecer en su interpretación sobre momentos sociales que exigen ser comprendidos.

Al primer momento clasificado por Pettinà, le agrego un período anterior al fin de la Segunda Guerra Mundial, en el cual se configuró la nueva constelación-confrontación bipolar. Las tensiones políticas vividas entre esos primeros años y la Revolución cubana constituyen el período y la localización geográfica que estudiaré

mediante el presente trabajo, tensiones que serán abordadas desde distintas perspectivas: estéticas, ideológicas, formales y políticas.

Pienso la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica como momento determinante en la historia de este país y como acontecimiento influido directamente por las tensiones de la Guerra Fría que comenzaban a recorrer el mundo. Así, desde el punto de vista historiográfico analizaré e interpretaré el libro *Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica, 1940-1948* (2015), de David Díaz Arias y en novela trabajaré *Los leños vivientes* (1962), de Fabián Dobles.

Es importante señalar que tanto el libro de David Díaz como *Los leños vivientes* fueron publicados en momentos distintos al tiempo que narran o explican. Lo mismo ocurre para los casos de Guatemala y Cuba. Sin embargo, esto no afecta mi investigación dados sus objetivos e intereses, en los cuales se privilegia el estudio de los relatos, la organización de su trama mediante un sistema de posiciones subjetivas y sus contenidos antes que el contexto en el que se publicaron estos libros. Sin embargo, esos contextos no resultan ajenos a mi interés por descubrir lo social en lo textual ya que, como decíamos, es mediante el sujeto que la vida de las sociedades aparece en la configuración de los textos, tanto historiográficos como literarios. Además, independientemente del momento de publicación del texto historiográfico o de la novela a estudiar, estos relatos vienen a ser huellas porque en sus páginas se cuenta el acontecimiento, el momento social que despierta ese interés por narrarlo desde tiempos diferidos. Estos libros de historia y las novelas mismas son huellas de un tiempo anterior, aunque no necesariamente pertenezcan al género testimonial o de la memoria. A lo que me refiero es al conocimiento por huellas del que habla Marc Bloch en *Apología del oficio del historiador*.

“Trátase de los huesos amurallados en los baluartes sirios, de una palabra cuya forma o uso revela una costumbre, del relato escrito por el testigo de una escena antigua [o reciente], ¿qué entendemos, en efecto, por documento sino una "huella", es decir la marca de un fenómeno que nuestros sentidos pueden percibir, pero imposible de captar en sí mismo? Poco importa que el objeto original resulte por naturaleza inaccesible a la Apología para la historia

o el oficio de historiador, como el átomo cuya trayectoria se ha hecho visible en la cámara de Wilson; poco importa que el objeto se haya transformado con el tiempo como el helecho, podrido desde hace milenios cuya huella subsiste en el bloque de hulla, o como las solemnidades que han caído en desuso y que vemos pintadas y comentadas en las paredes de los templos egipcios. En ambos casos, el procedimiento de reconstitución es el mismo y todas las ciencias ofrecen de ello múltiples ejemplos. [Pero el hecho de que muchos investigadores de todo tipo no puedan captar ciertos fenómenos centrales sino a través de otros fenómenos que se derivan de los primeros, no significa en modo alguno que haya entre ellos una perfecta igualdad de medios. Puede ser que, como el físico, tengan el poder de provocar ellos mismos la aparición de esas huellas. Pero puede ser, al contrario, que se vean obligados a esperarla del capricho de fuerzas sobre las que no pueden mínimamente influir.] En uno u otro caso, su posición será por supuesto totalmente diferente. ¿Qué sucede con los observadores de los hechos humanos? Aquí las cuestiones de fecha recuperan sus derechos.” (Bloch, M. 2001 79-80).

También, en este primer período de la Guerra Fría, y en comparación con el caso costarricense, trabajaré la situación política guatemalteca vivida entre 1944 y 1954. Para ello analizaré e interpretaré la novela *Tiempos recios* (2019), de Mario Vargas Llosa y el libro historiográfico *La esperanza rota. La Revolución Guatemalteca y los Estados Unidos. 1944-1954* (2008), de Piero Gleijeses.

Para los primeros años de la Revolución Cubana, incluida en ellos la invasión a Bahía de Cochinos en 1961, estudiaré la novela *La consagración de la primavera* (1979), de Alejo Carpentier y el libro *Historia de la Revolución Cubana* (2009), de Sergio Guerra y Alejo Maldonado.

La Guerra Civil en Costa Rica, la década que va del año 1944 al año 1954 en Guatemala y los primeros años de la Revolución Cubana serán analizadas e interpretadas en su contexto regional, en su condición geopolítica y en sus semejanzas y diferencias a partir de los relatos que se hacen de estos momentos

sociales en los textos historiográficos y literarios seleccionados, los cuales serán pensados desde ejes temáticos, teóricos, estéticos, ideológicos y políticos.

En cada uno de estos libros se repite un tema central: el conflicto por el poder en países latinoamericanos durante los primeros años de la Guerra Fría. Esta recurrencia puede analizarse desde la perspectiva de la literatura comparada, al explorar cómo la hermenéutica de cada texto revela su dimensión simbólica y social. A partir de ello es posible explorar cómo los conflictos políticos surgen, se desarrollan, se resuelven y pueden ser confrontados entre sí.

“En Teoría de la Literatura, la cuestión de los temas ha pasado a un plano secundario, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, momento en que en cierto modo y debido al surgimiento de las escuelas formales de comienzos del siglo, los contenidos han sido relegados en beneficio del estudio de las formas. El hecho de volver a interesarse por los temas y los valores de contenido es muy reciente. (Gil-Albarellos. S. 2003. 2)

En este trabajo los temas son fundamentales. Los contenidos de los libros del corpus seleccionado, tanto las novelas como los historiográficos, son políticos. El nudo central de sus tramas es un conflicto vivido en dos países centroamericanos y uno caribeño situados en una zona de influencia norteamericana.

Costa Rica, Guatemala y Cuba muestran en sus procesos de aquellos años tres posibilidades políticas distintas en medio de las tensiones de la Guerra Fría y de la hegemonía norteamericana en la región. Tres posibilidades con diferentes narrativas, lo cual considero muy importante para pensarse desde la actualidad, cuando tanta agua ha pasado bajo el puente y cuando algunas posiciones ideológicas inauguradas en aquel entonces aún siguen vigentes y otras hacen crisis, tal y como ocurre con la socialdemocracia costarricense.

El análisis integral y la interpretación de todos estos textos, tanto los historiográficos como las novelas, pretende contribuir a una mejor comprensión del periodo en la zona; una comprensión que además de esos contenidos incluye la reflexión sobre la novela y la historiografía como formas complementarias de relatar lo humano, cuyos complejos saberes se enriquecen mutuamente en el entendimiento del pasado.

### **1.3- Justificación del tema**

Una de las grandes discusiones académicas en el ámbito de los estudios literarios y culturales contemporáneos es la que se da en torno a la relación entre la historia, la literatura y la historiografía. Son múltiples las perspectivas teóricas existentes para abordar cada uno de estos tres conceptos y evidentemente esa discusión no está acabada. No está de más decir que es en ella en la que pretendo participar con este trabajo.

Por su parte, la Guerra Fría es un período que marcó la vida política, social y económica del mundo entero. Ingresar en las tramas elaboradas sobre ella, pensar sus conflictos y sus consecuencias permite comprender mejor la configuración de Costa Rica, Guatemala y Cuba, así como los relatos escritos para pensar en ese pasado y en la interpretación que hoy hacemos de los tres acontecimientos principales que determinaron la dirección seguida por esas sociedades durante la segunda mitad del Siglo XX.

Realizarlo, además, desde una interpretación comparativa y crítica del discurso historiográfico y literario facilita una aproximación para pensar las tensiones entre lo real (social) y algunas de las narraciones que le han dado sentido. Esto permite pensar también el estatuto de verdad en estas prácticas discursivas, así como ubicar ideológicamente a los sujetos que posibilitan, organizan y configuran estos relatos distintos, a la vez que complementarios entre sí.

Dicho de otro modo, al investigar las huellas narrativas de tres acontecimientos de la Guerra Fría en Centroamérica y el Caribe desde los enfoques teóricos que propongo, no solo estaré estudiando las características e implicaciones de ese conflicto geopolítico e ideológico en esta región del continente americano. Pretendo, a la vez, contribuir a los estudios teóricos sobre esa relación de múltiples vías que existe entre las distintas pretensiones de “verdad” de la ficción literaria y la historiografía: la de la historiografía, búsqueda de documentar e interpretar el pasado real; y la de la literatura, vinculada a verdades sobre la subjetividad y sobre un tiempo perdido que se recupera mediante el lenguaje — o, mejor dicho, mediante distintos lenguajes.

Desde el enfoque teórico que propongo –y particularmente cuando se trata de novelas– privilegio la actividad del sujeto y su autonomía relativa en la elaboración de relatos. Estos forman parte de lo real, pues generan efectos sociales al entrar en contacto con la sensibilidad del lector. A la vez, están atravesados por lo ideológico y participan en la construcción del mundo no solo desde un nivel descriptivo o comprensivo, como exponen las teorías de los actos de habla y el llamado giro lingüístico en las ciencias sociales.

Al hablar de la autonomía relativa del sujeto, lo hago consciente de los límites que la condicionan: las posibilidades epistemológicas de cada época, sus clausuras ideológicas y aquello que no es dado conocer dada su propia experiencia vital. Esa experiencia restringe su visión de mundo y, al mismo tiempo la vuelve parcial, transitoria y, por lo tanto, superable.

Pienso la historia con Fredric Jameson (*Documentos de civilización. Documentos de barbarie*). En este sentido, comprendo la historia como parte de lo real: no se agota en el lenguaje, aunque solo a través de este podemos dar cuenta de ella. Es en la elaboración de ese lenguaje –en los libros de historia y en las novelas– donde privilegio la actividad subjetiva: una actividad que parte de un lugar de enunciación socialmente situado, afectado por la política y el deseo y otras fuerzas.

“El historiador y el poeta no difieren entre sí porque el uno hable en prosa y el otro en verso, puesto que podrían ponerse en verso las obras de Heródoto y no serían con esto menos historia de lo que son, sino que difieren en el hecho de que una narra lo que ha sucedido y el otro lo que puede suceder. Por lo cual la poesía es más filosófica y elevada que la historia, pues la poesía refiere más bien lo universal, la historia en cambio lo particular.” (Aristóteles, 1963. 60).

Desde *La poética*, Aristóteles se planteaba el problema de la distinción entre la historia y la ficción. Para él, la historia narra lo que ha sucedido; mientras que la poesía (o la ficción) narra lo que podría suceder. Esto da un carácter más filosófico a la poesía, ya que trata lo universal, mientras que la historia se ocupa de lo particular. Lo verdadero y lo verosímil entran en juego en esta reflexión, como lo hace también la distinción entre la historia que acontece (lo sucedido) y la historia

que se narra (como en los libros de Heródoto). Para Aristóteles lo universal corresponde a lo humano intemporal; lo particular a los acontecimientos concretos relatados por la historiografía.

Pienso también que tras la historiografía y las novelas operan intenciones autoriales diferentes, distintas voluntades de verdad. Sobre lo que entiendo como universal, cuestiono su ahistoricidad y conservo lo subjetivo, que es aquello en lo cual indagan las novelas: la verdad de un sujeto en el mundo que es distinta a la verdad positiva que persigue la historiografía, cuyos relatos se apoyan en documentos y fuentes extraliterarias y verificables.

Si bien existe un referente histórico real, complejo, limitante, inmanente y externo al pensamiento de las personas, son ellas, la gente común, filósofos de la historia, filósofos políticos, ideólogos de partido, historiadores o novelistas, los que le dan un orden, una temporalidad y una racionalidad a ese referente real. Ese orden siempre es relativo, político y transitorio; pensado y creado por sujetos situados en condiciones sociales y en ambientes intelectuales influyentes, por epistemes que preconditionan la elaboración de sus tramas narrativas, las cuales se exponen ante un auditorio que también es influyente.

En este trabajo, problematizo la relación entre historia y ficción literaria, así como entre la historiografía y lo real. Con ello no pretendo plantear un escepticismo radical ni cuestionar el saber de los historiadores y equiparlo a las ficciones que escriben los novelistas, como se hizo desde algunas posiciones postmodernas. Mi propósito es comprender la participación subjetiva que posibilita la elaboración de ambas formas del relato, así como el lugar social e ideológico desde el cual se enuncian.

Al considerar las distintas perspectivas sobre la relación entre lo real y sus narraciones –ya sea en la historiografía o la literatura– pienso que, llevado hasta sus últimas consecuencias, el realismo ingenuo es metafísico. Desde esa tendencia, ese “ente” llamado historia, no sería un objeto de conocimiento construido y configurado por sujetos situados en coordenadas temporales, de género, sociales, políticas y geográficas. Por el contrario, la historia se movería por

sí misma y solo tendríamos que reconocer la verdad que contiene, y no una constituida por las tensiones que nos atraviesan.

La pretensión del realismo ingenuo es la de contar las cosas tal y como son/serán y así alcanzar una identidad transparente entre pensamiento y mundo, mimesis perfecta en el sentido más tradicional de esta palabra.

Además de oponerme a la fragmentación y a *la cárcel del lenguaje* postmoderna, también me distancio de la versión del marxismo-leninismo stalinista de la historia.

Al respecto Zizek argumenta:

“La perspectiva stalinista es la de un vencedor cuyo triunfo final está garantizado de antemano por la necesidad objetiva de la historia, la cual es la razón de que, a pesar de la insistencia en las rupturas, los saltos, las revoluciones, su punto de vista sobre la historia pasada sea evolucionista de principio a fin.” (Zizek, S. 2012. p. 90).

Para mí las ficciones, las teorías, las historiografías y las ideas se elaboran en medio de unas condiciones sociohistóricas abiertas y en disputa. Entonces, la producción de relatos o de teorías es epistemológicamente distinta al supuesto *reflejo* o a la correspondencia exacta de las ideas con las condiciones materiales de una sociedad. Aprovechando las referencias clásicas, pienso que una cosa es *La Ilíada* y otra la Guerra de Troya; una cosa es el relato y otra el acontecer histórico.

Sobre este asunto, G. Lukacs tiene una extensa obra dedicada a la reflexión acerca de la relación entre la ontología social y la fenomenología. Sin duda, una obra más profunda y filosófica que el esquematismo stalinista. Para él, el reflejo construido en el arte tiene fundamento en la praxis social, sujeta al devenir histórico de las sociedades y modos de producción.

Sobre la epistemológica del realismo crítico dentro de la tradición historiográfica marxista, George I. García expone esta síntesis:

“Desde una concepción realista crítica del conocimiento histórico, tal como la de Marx, la forma narrativa debe corresponder con la estructura del objeto de conocimiento. Y puesto que espacio y tiempo son categorías ineludibles para la explicación de los procesos sociales, la narrativa debe dar cuenta de la complejidad de las relaciones de tales categorías en su objeto, y por tanto de expresar el desarrollo desigual y combinado de la coyuntura concreta estudiada. El problema

de la narrativa historiográfica es por ello estético (retórico y narratológico), pero ante todo es epistemológico (...) En contraste con posiciones que asumen una brecha entre la historia como una *cosa en sí* caótica y la historiografía como una operación que en último término asigna arbitrariamente sentido a esa historia, el punto de partida de esta aproximación dialéctica es una perspectiva trídica en la que, para hacerse inteligible, la historia debe pasar por la mediación de un proceso teórico metodológico. Así, la exposición no busca meramente representar la historia tal y como sucedió – como sostendría un realismo ingenuo, el típicamente criticado desde posiciones neokantianas y nietzscheanas – sino mostrar los resultados de una producción activa y consciente de conocimiento. La relación entre historia e historiografía no sería, por tanto, aporética, como sostiene Ricoeur, sino mediada por un proceso práxico históricamente determinado.” (García, G.2022. p. 81)

Encontramos, entonces, un realismo ingenuo que no considera las mediaciones subjetivas que participan de los relatos; también una distancia neokantiana entre historia (*cosa en sí* caótica) y relato historiográfico arbitrario; y un realismo crítico que considera las mediaciones teóricas como inevitables para hacer comprensibles los procesos sociohistóricos y desde el cual se sostiene que es posible alcanzar una correspondencia entre teoría y objeto de estudio.

En relación con este problema epistemológico, Valeria Gringberg Pla y Werner Mackenbach sostienen en el artículo titulado *La (re)escritura de la historia en la narrativa centroamericana*:

“El quiebre de las viejas certidumbres positivistas (o estructuralistas) de la ciencia histórica que implicó una redefinición epistemológica de la misma es evidente en el discurso historiográfico más reciente (microhistoria, etnohistoria), sobre todo en la problematización de la relación entre narración-explicación-hechos del pasado como parte de la práctica historiográfica. Esta tendencia de la historia como disciplina tiene su correlato en el campo de la literatura, específicamente en las reflexiones sobre el conocimiento.” (Gringberg Pla, V. y Mackenbach, W. 2018. pp. 356-357).

El grado de determinismo o condicionamiento objetivo del pensamiento; la presencia o falta de correspondencia entre narración y objeto; o el grado de

autonomía en la actividad subjetiva, constituyen la fuente de una discusión filosófica con múltiples representantes de una y otra tendencia, que a su vez forman bandos dentro de las más reconocidas tradiciones filosóficas. Tal y como se ve, me interesa discutir la epistemología de la historiografía en relación con la de la novela, teniendo como objetos de estudio distintos relatos que dieron cuenta de los efectos de la Guerra Fría en Costa Rica en 1948, en Guatemala en 1954 y en Cuba entre 1959 y 1962.

En el artículo recién citado, Valeria Gringberg Pla y Werner Mackenbach se refieren a Hayden White, quien reflexiona acerca de la obra de Erich Auerbach sobre la historia del realismo literario occidental.

Al respecto, dice White:

“Un evento histórico dado puede ser visto como la consumación de un evento anterior aparente y absolutamente desconectado cuando los agentes responsables del acontecimiento del evento posterior lo conectan “genealógicamente” con el anterior. La conexión entre este tipo de eventos históricos no es causal ni genética. Por ejemplo, no existe ninguna necesidad que gobierne la relación entre la cultura del Renacimiento italiano y la civilización clásica grecolatina”. (White, H. 2005. pp.305-306)

De esa cita me interesa enfatizar ese carácter “no-necesario” entre un acontecimiento y otro, así como la participación subjetiva que mediante un relato enlaza, con pretensiones hegemónicas, un punto A con un punto B. Esto, además, produce otra serie de enlaces entre un momento social y otro que dependen del lugar subjetivo e ideológico de la enunciación, lugar que, aunque es particular, pretende ser universal.

En mi caso, frente a la oposición epistemológica que se ha generado entre *reflejo* y *producción* – correspondencia entre narración y objeto de estudio–, privilegio la autonomía relativa del sujeto tanto en la elaboración de relatos historiográficos como de las novelas. Eso sí, entendida como una actividad subjetiva atravesada y limitada por condiciones objetivas situadas en contextos culturales. Mi propuesta no es una fenomenología. Son otras mis referencias teóricas. La mía es

una posición que concibe un sujeto situado sociohistóricamente y que funciona como organizador de los relatos, ya sean estos historiográficos o novelas.

Lo fáctico, como lo acontecido, necesita ser hablado y pensado y, como sabemos, todo pensamiento tiene límites. Al cuestionar la posibilidad de correspondencia entre lo acontecido y lo narrado me separo tanto del realismo ingenuo como del realismo crítico. Con este último, sin embargo, comparto la idea de mediación teórica a la hora de expresar un acontecimiento, una mediación subjetiva que no es un escepticismo, sino una condición necesaria en la elaboración de relatos.

La necesidad de lo fáctico de ser pensado y expresado no implica una arbitrariedad en la creación de discursos o de relatos. Implica posiciones parciales, afectadas por la ideología y por el deseo, así como posiciones de sujeto transitorias pero capaces de decir verdad sobre sus objetos de estudio. Es decir, no existe una trama de todas las tramas, permanente y completa: el narrador omnisciente es una ilusión, una estrategia ficcional, una pretensión altamente estimulante para algunos de los novelistas realistas del siglo XIX europeo.

Resulta necesario, por tanto, mostrar las diferencias entre novela e historiografía, y plantear la naturaleza narrativa de esta última, regida por un imperativo de objetividad y por la pretensión de una verdad positivista. La historiografía responde a una voluntad de explicación y una búsqueda de correspondencia con el objeto –historia como manifestación de lo real social–, lo que en ocasiones lleva a la omisión del carácter interpretativo y de las intervenciones subjetivas que configuran sus tramas. Por su parte, la literatura ficcional no se rige por esa pretensión de verdad positivista. Sin embargo, podemos encontrar en ella otras verdades subjetivas: percepciones que dan las ficciones literarias sobre una comunidad, sobre un individuo, sobre la mentalidad de una época y sobre esa complejidad social desplegada en el tiempo y el espacio; eso que en este trabajo llamamos historia o *lo real histórico*.

La ficción literaria y los relatos historiográficos se entrecruzan y se hacen préstamos en distintos momentos sociales. Cada una de estas formas es definida,

clasificada y pensada según los criterios de su tiempo y los contratos implícitos que se acuerdan entre autores y lectores.

Los relatos historiográficos tienen su poética: recurren a técnicas literarias para exponer sus argumentos, presentar los hechos seleccionados y analizarlos. La ficción literaria incorpora y elabora acontecimientos históricos y mezcla personajes inventados con otros que tienen una base real para convencer a los lectores de que lo que se cuenta ocurrió. La ficción literaria se vale de la historia para reforzar la verosimilitud y en el análisis de esos textos se pueden encontrar procedimientos para producirla. Este es un elemento primordial de los juegos de seducción en que los acontecimientos sociopolíticos forman parte de las estrategias de convencimiento que captan la atención de los lectores.

“El verdadero acto precede entonces a la actividad (o inactividad). El verdadero acto precede entonces a la actividad (particular-fáctica), consiste en la reestructuración previa de nuestro universo simbólico en el que se inscribirá nuestro acto (fáctico, particular).” (Zizek, S. 2012.p. 274).

Desde mi perspectiva la inteligencia antecede al relato y le da dirección. Lo real de la historia no se cuenta a sí mismo ni invita a ser copiado. La historia como acontecer es pensada, narrada, configurada y ordenada por diversos sujetos, valiéndose cada uno de ellos de múltiples recursos. Algunos de estos recursos son literarios, otros historiográficos. En ninguno de los dos casos la narración es inocente: nuestras mentes no reflejan lo real de manera directa ni completa. Siempre existen, aunque no infinitas, múltiples posibilidades interpretativas para pensar lo ocurrido en el mundo que nos rodea. Dicho de otro modo: “la realidad” es una propuesta del sujeto, un postulado distinto de *lo real histórico* que lo contiene. El cerebro es nuestra máquina para viajar en el tiempo.

La perspectiva crítica – contraria al realismo dogmático y metafísico– considera al sujeto en su situación. Además, muestra los límites del conocimiento, sus condiciones de posibilidad y abre la puerta a la libertad humana para avanzar en su autoconciencia, su actuar, decidir y pensar en medio de las múltiples adversidades y condicionamientos que se le oponen. Frente al determinismo, en este trabajo, privilegio la libertad frente a los discursos teleológicos, las aperturas,

los conflictos de múltiples posibilidades resolutorias y el azar. Pienso que somos más libres en cuanto mejor reconozcamos los límites de nuestro conocimiento y nuestra participación subjetiva en su elaboración: “La única manera de romper el poder de nuestro sueño ideológico es confrontar lo real de nuestro deseo que se anuncia en este sueño.” (Zizek, S. 2012. p. 79)

Defiendo, entonces, una perspectiva que no es trágica o fatal sobre el acontecer social. No todo está decidido por los dioses, como el destino en la Grecia antigua; o por las leyes de la historia, que invariablemente conducen al socialismo y al comunismo, como se sostuvo en la Segunda Internacional, o como hacía creer aquella doctrina que formó parte de la ideología usada, como una más de sus armas de batalla, por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas durante los tiempos de la Guerra Fría; ni por el progreso lineal, como consideraron los ideólogos ilustrados del capitalismo triunfante: “Lacan desautoriza la teleología oculta de la ideología evolucionista, que implica la creencia en un bien supremo y en una meta final de la evolución. La meta final no está inscrita en el comienzo.” (Zizek, S. 2012.p. 85).

No pienso que la historia sea “un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada”, tal y como aparece expresado en el acto 5, escena V del Macbeth de Shakespeare. Tampoco que la historia sea incomprensible, una narración fragmentaria, arbitraria y sin referente, como lo han expuesto algunos pensadores con posiciones pantextuales y postmodernas donde todo es imagen y el referente original ya no está.

Considero que existe un hiato entre lo sucedido y lo contado. El pasado y su narración no son idénticos, sino otros que se pretenden análogos.

A la hora de darle una racionalidad al mundo o de contar las experiencias humanas que ocurren en él, ese hiato no se sutura mediante un reflejo o una copia. Sin embargo, también hay un vínculo que se encuentra situado en un deseo social que vincula un punto *a* con un punto *b*. El vacío es el motor del impulso narrativo que surge para ordenar el caos aparente. En ese hiato surge el sujeto que interpreta, que enlaza y sutura una acción con otra; que se siente convocado y se acerca al pasado real, como la historiografía a la historia y la literatura al tiempo perdido y recobrado por medio de los lenguajes y de los relatos. Y es en ellos que se configura

el pasado, que se produce un sentido, que se ficcionaliza. Entonces el pasado se convierte en historia y relato.

Aquí llegamos a otro momento importante de esta exposición: entiendo la ficción no como una mentira o una truculenta distorsión ideológica, sino como una invención, un relato, una forma narrativa; una producción de sentido que construye un sujeto atravesado por diversas tensiones afectivas, racionales, culturales, políticas e ideológicas. Un sujeto constituido a partir de su propia falta y ubicado en un lugar social. En este sentido, resulta importante considerar las luces que nos brinda la etimología latina del verbo inventar para pensar la relación entre sujetos y relatos, ya que la palabra inventar también significa “encontrar”. En este caso, en los textos encontramos sentidos sobre lo real de la historia.

Me parece que el uso de la palabra ficción permite exponer con mayor claridad la naturaleza narrativa tanto de las novelas como de los libros historiográficos. Sin olvidar, eso sí, que las narraciones de ambos relatos están reguladas por convenciones distintas y por pretensiones de verdad diferentes. En síntesis, son ficciones que surgen en lugares sociales que las anteceden. En ellas la historia funciona como pre-texto y también como objeto de estudio.

Según Hayden White:

“Rara vez se advierte que creciendo a la par y reflejando los mismos motivos que estaban detrás de la creación de la “filosofía de la historia” (Comte, Hegel, Buckle, Marx, Spencer, Taine, hasta Spengler, Toynbee, T. Lessing, Vögelin, Croce, Gentile y el resto) existía otra idea, de mayor autoridad, sobre la naturaleza de la historia y la temporalidad analizadas a partir de categorías históricas. Esta otra idea sobre la historia, erigida conjuntamente y en contra de la historia de los historiadores, floreció sin duda en la literatura, en la poesía y en el drama, pero también, y especialmente, en la novela realista. Con el tiempo, esto resultó en la creación de un pasado diferente del que interesaba a los historiadores profesionales. Ese nuevo pasado era el “pasado práctico”, al que me refiero en mi título, un pasado que, a diferencia del de los historiadores, todos nosotros hemos vivido, más o menos individualmente y más o menos colectivamente, y que sirve de base para las situaciones de la vida diaria, que incluyen la percepción de las circunstancias, la solución de problemas y

los juicios de valores: situaciones de un tipo que nunca experimentaron los “héroes” de la historia.” (White, H. 2014. p.43).

De algún modo, ese pasado práctico que según White aparece en la literatura realista es el que percibe la gente común y corriente. Es el tiempo vivido y narrado, la vida cotidiana que se contrapone al tiempo público que buscan los historiadores, o al pasado contenido en los documentos oficiales, fuente tradicional de la historia hecha “desde arriba”. En el pasado práctico y en algunas novelas realistas también está la narración que se hace desde el lado de los siervos y no la que se cuenta desde el lugar de los amos, si queremos usar esas categorías hegelianas. Desde esta perspectiva, los novelistas y sus lectores también son historiadores: hacen historia de otra forma.

Este trabajo ofrece una interpretación crítica y comparada de los relatos contruidos tanto por la historiografía como por la novela para dar cuenta de acontecimientos decisivos en Costa Rica, Guatemala y Cuba. Me interesa analizar cómo estos relatos —atravesados por juicios de valor, percepciones, deseos y subjetividades— configuran distintas formas de entender los primeros años de la Guerra Fría y sus efectos en Centroamérica y el Caribe.

Pienso, para finalizar, que, tanto en la elaboración de narrativas historiográficas como en la escritura de novelas, opera una intervención subjetiva. Paul Ricoeur, en *Tiempo y narración*<sup>2</sup>, habla sobre un sujeto que tiene unas competencias y no otras para comprender el mundo social y su propia presencia en él. Este, además, configura una trama narrativa que tiene efectos en el mundo social del cual provienen sus lectores.

#### **1.4- Preguntas de investigación**

A continuación, planteo algunas de las preguntas fundamentales de esta investigación:

1- ¿Qué narrativas se elaboran en los textos historiográficos y literarios seleccionados en esta investigación para darle sentido a la Guerra Civil de 1948 en

---

<sup>2</sup> Ver páginas que van de la 115 a la 139 del tomo primero de *Tiempo y narración*. Edición incluida en la bibliografía.

Costa Rica, la década 1944-1954 en Guatemala y los primeros años de la Revolución Cubana, entre 1959 y 1962?

2- ¿Desde qué posición político-ideológica se narra, en novelas y textos historiográficos del corpus seleccionado, el mundo social en estudio y cuáles son los sistemas de posiciones subjetivas de los narradores en la construcción de dichos relatos? (Entendemos aquí la palabra narrador como distinta de la palabra autor, principalmente cuando se trata de textos literarios, lo cual no implica, necesariamente, omitir el análisis de la posición subjetiva y política de los autores.)

3- ¿Cómo operan en el corpus seleccionado los principales ejes políticos del período? Como la tensión entre democracia y revolución, los contrastes entre los modelos de reforma social en Cuba, Costa Rica y Guatemala, las disputas entre socialdemocracia y socialismo, el papel de las oligarquías y la intervención de las superpotencias en la región.

4- Cómo operan en el corpus seleccionado los siguientes ejes estéticos: sentido de la trama, novela realista, personajes, carga afectiva e ideológica, temporalidades, escenarios, sistema de posiciones de sujeto, visión de mundo, configuración de la narración, ideales, amigos y enemigos.

5- ¿Qué modo de saber han producido las novelas, y cuál los textos historiográficos seleccionados, al abordar el período que comprende los primeros años de la Guerra Fría en Centroamérica y el Caribe (Costa Rica en 1948, Guatemala entre 1944 y 1954, Cuba entre 1959 y 1962)?

## **1.5- Objetivos**

**1.5.1 Objetivo general:** analizar e interpretar, desde un marco teórico que contempla el lugar de enunciación, la subjetividad y la dimensión ideológica, un corpus de tres novelas y de tres obras historiográficas que representan acontecimientos clave de los primeros años de la Guerra Fría en la región centroamericana y caribeña: la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica, la década 1944-1954 en Guatemala y los primeros años de la Revolución Cubana: 1959-1962.

### **1.5.2 Objetivos específicos:**

1- Analizar e interpretar críticamente la representación de contenidos políticos, ideológicos, formales y estéticos en los textos literario e historiográfico seleccionados como huellas narrativas de la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica.

2- Analizar e interpretar críticamente la representación de contenidos políticos, ideológicos, formales y estéticos en los textos literario e historiográfico seleccionados como huellas narrativas de la “década democrática” en Guatemala (1944-1954).

3- Analizar e interpretar críticamente la representación de contenidos políticos, ideológicos, formales y estéticos en los textos literario e historiográfico seleccionados como huellas narrativas de los primeros años de la Revolución Cubana (1959-1962), incluyendo la invasión a Bahía de Cochinos.

### **1.6- Corpus**

La selección de las obras que conforman este corpus responde a tres criterios teóricos y metodológicos, a saber, que los textos se refiriesen a los acontecimientos en estudio y que las tensiones sociales incluidas en ellos permitiesen pensar la relación entre historia y literatura en los primeros años de la Guerra Fría en Centroamérica y el Caribe. El tercer criterio es que los recursos narrativos de las obras permitan trabajar su mimesis historiográfica y literaria.

A continuación, presento la estructura del corpus por país y período histórico:

#### **a- La Guerra Civil de 1948 en Costa Rica**

*Los leños vivientes* (1962), de Fabián Dobles.

*Crisis social y memorias en lucha. Guerra civil en Costa Rica. 1940-1948* (2015), de David Díaz Arias.

#### **b- La década democrática en Guatemala (1944-1954)**

*Tiempos recios* (2019), de Mario Vargas Llosa

*La esperanza rota. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954* (2005), de Piero Gleijeses.

#### **c- Primeros años de la Revolución Cubana (1959-1962)**

*La consagración de la primavera* (1978), de Alejo Carpentier.

*Historia de la Revolución cubana* (2009), de Sergio Guerra y Alejo Maldonado.

## **1.7-ESTADO DE LA CUESTIÓN**

La presente investigación conlleva un trabajo de reflexión teórica acerca de las relaciones existentes entre historia-historiografía-literatura, que a su vez tiene como contenidos algunas repercusiones de la Guerra Fría en América Latina, específicamente en la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica, en la década de 1944-1954 en Guatemala y en los primeros años de la Revolución cubana: 1959-1962.

De tal manera, la revisión bibliográfica realizada hasta ahora ha incluido textos para cada una de esas áreas de investigación y sus correspondientes ejes de discusión o conjuntos de problemas, así como obras específicas que he seleccionado dada su cercanía con el tema en estudio.

### **1.7.1 La Guerra Fría y sus repercusiones en Centroamérica y el Caribe**

Algunos de los libros estudiados, como *Historia del siglo XX*, de Eric Hobsbawm y *Por el bien del Imperio*, de Josep Fontana, permiten conceptualizar la Guerra Fría, periodizarla, así como entender el origen y desarrollo de este complejo conflicto geopolítico e ideológico. Por otra parte, están los libros que tratan específicamente sobre sus repercusiones en Centroamérica y en el Caribe, puntualmente en los acontecimientos de 1948 en Costa Rica, de la década de 1944 a 1954 en Guatemala y de 1959 a 1962 en Cuba. Este lapso forma parte de los primeros años de la Guerra Fría en América Latina y roza un segundo período que inicia precisamente con la Revolución cubana –probablemente el evento más intenso de ese conflicto en Latinoamérica–, precisamente porque enfrentó de manera directa intereses norteamericanos en la isla y posteriormente, ante las medidas sancionatorias impuestas por los Estados Unidos, estableció alianzas con la URSS.

La periodización básica para comprender esos años dentro de un primer momento de la Guerra Fría en Latinoamérica se basa en lo propuesto en el libro *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, de Vanni Pettinà. En este texto, el autor también propone una teoría sobre lo ocurrido en América Latina al entrar en contacto con los intereses propios de las dos superpotencias en conflicto. Es decir, a partir de este texto se comprende cómo los conflictos geopolíticos mundiales se

yuxtapusieron e imbricaron con los nacionales del subcontinente. Esto también ocurrió en Costa Rica, en Guatemala y en Cuba.

La participación de los comunistas costarricenses y de la Legión Caribe en la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica son elementos para considerar a la hora de pensar la dimensión internacional de esta guerra; lo mismo ocurre con el interés de la dictadura somocista en el conflicto y la percepción del Canal de Panamá como escenario estratégico para una eventual participación militar norteamericana. En general, la atención y las preocupaciones que despertó esta guerra en Centroamérica, en el Caribe y, desde luego, en los Estados Unidos, produjo que el emergente conflicto geopolítico mundial no fuera ajeno a lo que ocurría en Costa Rica cuando distintas fuerzas políticas se enfrentaron con las armas después de la anulación del resultado electoral presidencial de 1948. No está de más decir que este conflicto se venía gestando desde los primeros años de la década de los cuarenta y finalmente desembocó en la guerra de marzo y abril de 1948.

Otros trabajos revisados conectan de algún modo con mi propuesta. Por ejemplo, en el año 2013 David Díaz y Alexia Ugalde publicaron el artículo titulado *Ecos de un golpe en la nación modelo de Centroamérica: la caída de Jacobo Arbenz, una invasión y la prensa costarricense, 1954-1955*. Este artículo se acerca a mi tema de investigación, ya que usa la palabra *ecos* (como se sabe, yo uso la palabra *huella*) para referirse al registro narrativo que queda en los medios de prensa costarricenses sobre el golpe de Estado dado contra Jacobo Arbenz en Guatemala. De tal manera, se comunica con mi trabajo por el acontecimiento sociopolítico que estudia y por la contemplación de este acontecimiento como un conflicto nacional guatemalteco imbricado en las dinámicas discursivas de la Guerra Fría.

Este es un artículo, no un libro, y sus fuentes son periodísticas, no historiográficas o literarias como las mías. Sin embargo, el análisis de una pluralidad discursiva, el momento social que estudia y la relación problemática entre un acontecimiento social y un texto (prensa) lo acercan indudablemente a mis pretensiones y, a su vez, alimenta mi trabajo sobre la llamada “década democrática” en Guatemala.

Por su parte, *La temprana Guerra Fría en Centroamérica*, Nathaniel P. Davis; de David Díaz es muy importante para los fines que persigo porque utiliza el diario de un participante directo en el conflicto social que vivió Costa Rica en 1948 y lo hace para reconstruir y relatar parte de lo sucedido. En este caso la “huella” es un diario, y la perspectiva subjetiva estudiada es la de un embajador de los Estados Unidos en una guerra padecida por un país centroamericano de tradición pacífica, en el contexto amplio de los primeros años de la Guerra Fría. Pensar la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica dentro de los primeros años de Guerra Fría en América Latina, así como su superposición en el conflicto costarricense y las conexiones internacionales y geopolíticas expuestas en este artículo, son elementos que enriquecen mi investigación y además resultan afines a mi tema de estudio, tanto por el acontecimiento que se interpreta como por la perspectiva desde la cual se aborda.

*La CIA y el caso Arbenz*, de Roberto García Ferreira, es un libro historiográfico sobre la caída de Arbenz en Guatemala, estudiada por un uruguayo que encuentra en su propia subjetividad –un recuerdo sobre su padre– el primer impulso para iniciar esta investigación. Su libro es un antecedente importante para mi trabajo: reconstruye el clima político guatemalteco y el uso que la CIA hizo de los discursos propios de la Guerra Fría para justificar el golpe contra Arbenz. Además, expone distintas versiones historiográficas para relatar lo sucedido y ofrece una contextualización sólida del período, enmarcando el hecho dentro de las dinámicas de Guerra Fría. Su concepción pluralista del relato histórico, junto con el análisis como ejemplo paradigmático de la intervención de los Estados Unidos en América Latina, lo hacen un referente clave para esta investigación.

Finalmente, el capítulo de Gilbert M. Joseph en *Lo que sabemos y lo que deberíamos saber: la nueva relevancia de América Latina en los estudios de la Guerra Fría* es fundamental para mí investigación por el énfasis que pone en los procesos socioculturales de la Guerra Fría en América Latina. Su aproximación reconoce además la importancia de lo popular en el análisis de la reflexión historiográfica sobre la Guerra Fría en esta región del continente americano.

Los textos historiográficos que he leído hasta ahora han sido seleccionados y estudiados, en algunos casos, para comprender la Guerra Fría a nivel global. En otros, para aprovechar la aproximación que realizan al subcontinente latinoamericano, específicamente a Centroamérica y al Caribe, rastreando repercusiones del enfrentamiento entre capitalistas y socialistas que dejó como herencia el fin de la Segunda Guerra Mundial.

A la hora de pensar el derrotero político que han seguido Costa Rica, Guatemala y Cuba desde esos primeros años de la Guerra Fría hasta ahora, cabe preguntarse por las causas sociopolíticas de diferencias tan marcadas en países tan cercanos. Esto ocurre al estudiar la historia política del resto de países centroamericanos. Un elemento crucial para entender estas diferencias es la relación que ha tenido cada uno de estos países con los Estados Unidos, así como la naturaleza del ejercicio del poder que a lo largo de los años practicaron las élites que los han gobernado.

En este sentido, cabe mencionar el artículo de Déborah J. Yashar titulado *Rehaciendo la política: Costa Rica y Guatemala a mediados del siglo XX*, en el cual se rastrea la genealogía de la democracia política que surge en Costa Rica después de la guerra de 1948 y el autoritarismo guatemalteco que se renueva en 1954 tras el golpe de Estado contra Juan Jacobo Arbenz. Además, se plantean las categorías de reforma y contrarreforma para analizar lo sucedido en estos países centroamericanos en las décadas de los años cuarenta y cincuenta y se le presta especial atención a las distintas coaliciones políticas que se conformaron en estos países en uno y otro bando del espectro ideológico: radical, progresista, anticomunista, social demócrata, conservadora, autoritaria.

Asimismo, en el capítulo 4, *Anticomunism as social policy*, del libro de Leon Fink, titulado *Undoing the liberal world order* se reflexiona sobre la excepcionalidad costarricense. En este texto se dice que Costa Rica y Guatemala demuestran que la hegemonía norteamericana en la región puede seguir distintos caminos. Desde

este punto de vista, Costa Rica probó cómo una alternativa socialdemócrata al comunismo era posible en el Tercer Mundo y también que los *americans liberals* encontraron su hombre (Figueres) y tal vez su país (Costa Rica), y al mismo tiempo se aseguraron de que ninguna otra nación siguiera su ejemplo.

Pensar la historia implica pensar la política, la economía, la cultura y también la ideología. Por esto, el estudio de los textos historiográficos ha conllevado la búsqueda en ellos de las direcciones ideológicas que cada uno de los autores les ha dado, así como los sistemas de posiciones de sujeto implícitos en ellos.

### **1.7.2 Historia-historiografía-literatura**

Uno de los temas centrales de esta investigación, que a su vez la organiza, es la relación entre historia, historiografía y literatura. De tal modo, un conjunto de problemas a pensar y resolver se deriva de esta relación compleja y de múltiples vías que constituye un área de estudio multidisciplinaria en las academias contemporáneas. Lo multidisciplinario también forma parte de mi investigación, ya que, para ella, y pensando en esta problemática, he revisado textos filosóficos, historiográficos, de filosofía de la historia, psicoanalíticos, de teoría literaria, de filosofía política y de ficción.

En gran medida, la discusión teórica con textos y autores que desde distintas perspectivas abordan la historia –ya sea como acontecimiento o como relato– se desarrolla en el capítulo dedicado al marco teórico.

Una primera distinción es la que separa la historia de la historiografía: la historia entendida como “lo real”, una compleja red de relaciones sociales que se despliega en el tiempo y que se mueve en el espacio. Fredric Jameson, en *Documentos de civilización, documentos de barbarie*; propone a la historia como causa ausente de la teoría, lo cual se puede extender a la historiografía y también a las novelas. En conflicto con los pantextualistas y con el llamado giro lingüístico, propone que la historia no se agota en el lenguaje, pero solo por medio del lenguaje es posible acercarnos para darle sentido a sus procesos. De lenguaje, o de lenguajes, están hechas la historiografía y las novelas.

Es por los relatos implícitos en los discursos historiográficos que algunos teóricos los acercan a las novelas y encuentran en ambos similitudes y elementos

ficcionales. En este bando se encuentra Hayden White, con textos como *Metahistoria*, *El texto histórico como artefacto literario* y *El pasado práctico*. Esta posición teórica y epistemológica establece conexiones con la idea del caos de la historia –al que, de forma arbitraria, se le otorga un sentido– como con la noción kantiana de “la cosa en sí”, ese fondo inalcanzable de lo real que nunca puede ser conocido. Estas posiciones chocan tanto con el realismo ingenuo como con el realismo crítico. Este último reconoce la mediación subjetiva y teórica en la elaboración de textos historiográficos, pero la estudia en su contexto social. Ambas corrientes congregan una amplia variedad de autores. Sobre el ingenuo, una frase emblemática de Stendhal, en *Rojo y negro*<sup>3</sup>, se refiere a la novela como un espejo que refleja lo que ocurre en el camino.

Muchos de los novelistas europeos del siglo XIX siguen, con variaciones, esta corriente estética. En *Antinomias del realismo* Fredric Jameson reflexiona sobre ella, al tiempo que trabaja autores canónicos como León Tolstoi, Benito Pérez Galdós y Émile Zola.

Un concepto íntimamente vinculado al realismo es el de mimesis, y sobre él son muchas las fuentes que he revisado desde la *Poética* de Aristóteles hasta nuestros días. Ha sido importante para este trabajo el diálogo sostenido con Erich Auerbach y su libro *Mímesis*; con Mijail Bajtín en *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*; y, principalmente, con *Tiempo y narración*, de Paul Ricoeur, en el cual se desarrolla una teoría sobre la mimesis analizada en tres momentos: 1- competencias del autor, 2- trama y 3-Mundo del lector. En este último momento se da el contacto entre el contenido de la trama y la vida de los lectores, que produce ese saber sobre la experiencia vital y sobre la convivencia social del que habla Ottmar Ette en su artículo *Memoria, Historia, Saberes de la Convivencia. Del saber con/vivir de la literatura*.

De tal modo, existe un hiato entre lo real de la historia y el realismo como relato u opción epistemológica, un hiato también presente entre “lo real” entendido

---

<sup>3</sup> “Una novela es un espejo que se pasea a lo largo del camino. Reflejando a veces el azul profundo del cielo y otras el fango de los charcos que en aquel se encuentran.” Ver la novela *Rojo y negro*, página 383. 1998. Editorial Alba. Madrid.

como la historia y “la realidad” como estado subjetivo –como mirada, estado de vigilia y pensamiento sobre el mundo–. Ese hiato no es percibido, en algunos casos, por el realismo ingenuo o metafísico como el stalinista: se rechaza por intereses ideológicos autoritarios. Es decir, desde esa perspectiva la literatura y la filosofía se subordinan al proceso emancipatorio del proletariado, existiendo entonces el mandato de reflejar fielmente ese proceso, haciendo, claro está, abstracción de la participación subjetiva en la elaboración de relatos y de teorías.

No todo el realismo es ingenuo. György Lukács, tanto en *Historia y conciencia de clase* como en *La novela histórica*, y en su teoría estética del reflejo y la relación entre ontología social y fenomenología, desarrolla una concepción del realismo mucho más compleja que aquella que pretende contar los hechos tal y como son. Distintos autores del marxismo occidental pueden ubicarse dentro del realismo crítico. En esta lista se encuentran Fredric Jameson y al filósofo costarricense George I. García, quien reflexiona sobre estos asuntos en su libro *Marx, historiador de espacios y tiempos sociales*.

Autores como Fredric Jameson, Slavoj Žižek y Eduardo Grüner, que tienen como referente la teoría de los tres registros del psicoanalista francés Jacques Lacan, plantean “lo real” como algo imposible de ser plenamente simbolizado. Desde estas posiciones, lo real puede ser la historia de un individuo, con sus traumas y complejos afectivos, y también la historia social, con traumas, conflictos, acontecimientos y puntos sociopolíticos de inflexión. Así, el mundo social no se reduce a lenguaje y el lenguaje tampoco lo puede decir todo. Sin embargo, los conflictos sociales de una época recorren los textos –aparecen en ellos– y estos son usados entonces como escenarios del conflicto social y participan de este escenario. El hiato, en un segundo momento, está mediado por un sujeto en *situación*.

Tanto los textos historiográficos como las novelas pueden ser pensados como huellas o vestigios de un tiempo anterior que necesitó ser narrado y elaborado, a veces por medio de la historiografía, a veces por medio de la literatura.

En este punto resulta importante tocar el tema de la verdad, tanto en la historiografía como en la literatura. Desde las posiciones positivistas –que

privilegian el saber que surge de la comprobación empírica, lo verificable, lo medible, la correspondencia entre texto y objeto— se suele pensar que no se puede hablar de “verdad” en la literatura. En ese sentido, solo la historiografía cumpliría con los requisitos y las reglas discursivas que le permitirían producir una verdad. Este asunto vuelve a bifurcar los caminos entre autores que defienden “la verdad” literaria y señalan lo ficcional del discurso historiográfico, y aquellos otros que piensan que solo hay verdad en la historiografía.

En *La crítica del juicio* Emanuel Kant plantea que el hipersubjetivismo del gusto no permite hallar una verdad en el arte. Que sobre el gusto no se puede discutir. Por su parte, G.W. Hegel en la *Fenomenología del espíritu*, entre otros textos, plantea que el arte nos habla de otro tipo de saber, un saber sobre nosotros mismos, por lo que él considera que sí hay verdad en el arte: una verdad sobre lo que somos; una verdad del sujeto.

Menciono a estos dos autores clásicos del idealismo alemán porque sus posiciones de algún modo sintetizan las diferentes reflexiones que historiadores, críticos literarios, novelistas y filósofos, estudiados en este trabajo e incluidos en la bibliografía, plantean sobre la verdad en la historiografía y en la literatura, lo cual se mezcla con la naturaleza narrativa y la relación con el lenguaje de ambos discursos.

La mayor parte de los historiadores consultados coinciden en la importancia del referente extratextual para el saber historiográfico. Al igual que en el derecho penal, algunos enfatizan en la necesidad de probar lo dicho o lo escrito, en la importancia de las fuentes y de las notas al pie de página que trabajan en esta misma lógica de lo extraliterario y lo verificable.

Teóricos como Dominick LaCapra o Ivan Jablonka no niegan esto, pero incorporan otros matices. Por ejemplo, LaCapra, en *Escribir la historia, escribir el trauma*, habla de lo inevitable de lo subjetivo en el trabajo del historiador, del sistema de posiciones de sujeto que sostiene la narración de los textos historiográficos y de la transferencia de emociones volcadas por los autores en el abordaje de los temas que seleccionan para investigar y para escribir.

Ivan Jablonka, en *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, rastrea la división entre historia y literatura. Expone cómo la

historia pretendió acercarse a las ciencias naturales y dejar atrás su vínculo con la literatura, más cercana, desde la perspectiva positivista, a las bellas artes. Pero considera, al igual que Hegel, que hay verdad en la literatura y que esta es la del sujeto, sus aspiraciones, sus emociones, su vitalidad, su excepcionalidad, su desadaptación al mundo social y su individualidad.

En relación con lo textual y lo ficcional, las discusiones en las que participan los historiadores y los críticos literarios estudiados se relacionan con el nivel de correspondencia o, por el contrario, de arbitrariedad, entre los textos y los referentes extratextuales. Como es natural, sobre este tema las posiciones son plurales y diversas: se mueven entre la identidad y la correspondencia entre texto y referente hasta la más completa arbitrariedad o independencia. En el marco teórico de este trabajo reflexiono sobre las distintas posiciones al respecto y expongo lo que pienso sobre este problema en diálogo con los autores que considero más cercanos a mi posición.

Lo textual constituye, desde mi enfoque, un momento de la relación entre sujeto y mundo social: el de la escritura y la abstracción, con todo lo que esto implica. A diferencia de las posiciones formalistas o estructuralistas, que privilegian este momento, defienden la autonomía relativa y la participación de un sujeto activo y en situación social que antecede a los textos. Ese sujeto los organiza y diseña siguiendo un sistema de posiciones subjetivas que acompañan las narraciones y las explicaciones que constituyen las novelas y los textos historiográficos.

Cada uno de estos relatos sigue reglas distintas: la explicación fundada en pruebas extratextuales en el discurso historiográfico y la narración libre de la verificación empírica de las novelas. Estas últimas se sostienen en una lógica interna que busca persuadir y convencer a los lectores de que aquello que se cuenta es verdad. Dicho de otro modo, las novelas se valen de diversas técnicas, recursos narrativos y procedimientos para fortalecer su verosimilitud al entrar en contacto con la sensibilidad de los lectores, quienes las reciben desde las condiciones propias de su subjetividad y de su tiempo.

Un sujeto es un principio de acción, una acción que puede ser individual, histórica social o política. Estas aproximaciones al sujeto remiten a la historia de la

filosofía y también al psicoanálisis. Entonces, podemos pensar el idealismo como una teoría del sujeto y el psicoanálisis como un saber sobre un sujeto deseante, del inconsciente, atravesado por los afectos y por el poder. Un sujeto capaz de matar.

Un sujeto deseante y en situación social es el que antecede a los textos literarios e historiográficos: forma parte del pre-texto. Diversos autores han sido revisados para exponer estas reflexiones: pensadores clásicos del idealismo alemán y psicoanalistas o teóricos sociales y literarios influidos por estas corrientes de pensamiento. La elaboración de textos es, desde esta perspectiva, un continuo proceso de reunión de lo subjetivo con lo objetivo en distintos registros temporales, y esa elaboración forma parte de la acción de ese sujeto que viene atravesado por su experiencia vital con todo lo que ella supone: el deseo, los traumas, las fantasías, *el fantasma* o lugar de la subjetividad desde el cual se percibe el mundo, el género, el poder y, desde luego, lo ideológico y lo cultural.

La ideología encierra otro conjunto de problemas y debates teóricos que he explorado en los textos que forman la bibliografía y expuesto en el marco conceptual. Slavoj Žižek, que ha trabajado los temas del sujeto y la subjetividad, registra las discusiones al respecto en su libro *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Este filósofo plantea su teoría sobre la ideología en diálogo y debate con teóricos marxistas como Louis Althusser (*Aparatos ideológicos del Estado*) o teóricos del poder como Michel Foucault (*Vigilar y castigar, Genealogía del racismo, El orden del discurso*).

Para Žižek, la ideología condiciona la visión de mundo y la entiende compuesta por un conjunto de ideas, rituales institucionalizados y actitudes interiorizadas que constituye a los sujetos y reproduce el orden social de una época. Es por medio de ese sujeto activo que la ideología ingresa en los textos, con mayor intensidad en momentos de tan alta tensión como lo fue la Guerra Fría, cuando parecía inevitable para los autores tomar partido por un bando o por el otro, por socialistas o capitalistas.

Este es el conjunto de problemas teóricos que he estudiado y con los que he dialogado. Estas han sido las claves que han acompañado mi lectura de textos de teoría social, filosóficos, psicoanalíticos, de filosofía de la historia y de crítica literaria

que han servido como fundamento teórico para pensar las huellas de la Guerra Fría en Centroamérica y el Caribe; para interpretar los textos historiográficos y las novelas que elaboran los tres acontecimientos que estudio.

Además, he revisado textos de crítica literaria cercana a mis intereses de investigación que estudian la literatura centroamericana en su contexto social.

### **1.7.3 Crítica literaria sobre narrativa centroamericana**

Acontecimientos ocurridos en dos países centroamericanos y textos historiográficos y novelas que los abordan forman parte del objeto de estudio en este trabajo. Debido a ello, los estudios de crítica literaria sobre narrativa centroamericana que presento a continuación se acercan a mis intereses, ya sea por coincidencias a la hora de pensar algunos problemas teóricos, o por los países y los conflictos sociales a los que se refieren.

*La (re)escritura de la historia en la narrativa centroamericana*, de Valeria Grinberg Pla y Werner Mackenbach, es un artículo académico que, además de realizar una selección y reflexión crítica sobre novelas históricas centroamericanas publicadas a partir de los años ochenta del siglo XX, le dedica espacio a la relación entre literatura e historiografía, principalmente las nuevas corrientes historiográficas que cuestionan el modo positivista de pensar la aproximación a los acontecimientos –especialmente a los traumáticos– cuya única vía de acceso es mediante la elaboración de relatos. En este sentido, existen muchas coincidencias entre la forma de pensar el tema que tienen los autores y la que propongo en este trabajo.

Al igual que ellos, considero que la novela en general, y la realista y la histórica en particular, ofrecen un rico panorama para estudiar los problemas sociales y políticos de diversos momentos en una región como la centroamericana. Es decir, la literatura, las novelas, ofrecen un saber sobre las subjetividades de una realidad social.

Además, en este artículo se problematizan la distancia o la cercanía que se puede presentar entre el tiempo de la narración de algunas novelas y el tiempo que narran. Esto permite estudiar, tal y como pretendo, las relaciones entre historia, relato y ficción en los textos. Asimismo, la comunicación entre la trama y el referente

extraliterario; entre el diálogo de las novelas y el discurso político-ideológico; entre el discurso de la historiografía y el discurso estético.

Finalmente, son muy importantes para mi investigación las citas que hace este artículo sobre el historiador Pierre Nora en *Histoire et roman: où passent les frontières. Present, nation, mémoire*. Este autor ve una dialéctica esencial entre la historia y la literatura y las piensa como dos ambiciones de conocimiento en competencia, por ser ellas diferentes y contrarias: una histórica y científica; la otra existencial y artística. Coincido en que ambas son ambiciones de conocimiento y en que en ambas se produce una verdad: verdades distintas sobre distintos momentos de la vida social. Ambas verdades, la literaria y la historiográfica, son expuestas en relatos, lo cual le confiere a lo narrativo un valor ineludible a la hora de estudiar ambas formas de saber.

Por su parte, *Narrativas de la memoria en Centroamérica: entre política, historia y ficción*, de Werner Mackenbach, es un artículo académico en el cual encuentro una manera de comprender la relación entre historia, literatura y memoria similar a la que desarrollo en mi investigación. Es decir, la historia se piensa como pre-texto de las narraciones, ya sean estas novelas, testimonios o textos historiográficos que dan cuenta de un pasado conflictivo en el cual las perspectivas sobre el mismo entran en disputa, se rozan, se combaten y se retroalimentan.

Aquello que ocurrió, el acontecimiento, solo es accesible al entendimiento por medio de relatos, de narraciones que le dan sentido.

Si bien es cierto que el artículo de Mackenbach estudia Centroamérica después de los acuerdos de paz, en los años finales de la Guerra Fría y a través de testimonios y novelas de ese período, su punto de partida teórico enriquece mi trabajo, dialogo con él y aprovecho sus presupuestos epistemológicos y políticos.

Dos momentos de este artículo que considero para mis fines son la comprensión del pasado como un tiempo en disputa desde el presente de la enunciación del texto y la importancia que se le da al discurso de un sujeto individual como fuente parcial de una verdad histórica, superando concepciones que únicamente lo pensaban como parte de una clase social. Esto último no solo es relevante para pensar el testimonio, sino para aproximarnos a un entendimiento de

la novela y de la historiografía como relatos que vienen a ser elaboraciones subjetivas sobre tensiones sociales reales.

En cuanto al período histórico estudiado, este convoca a reflexionar sobre el devenir de Centroamérica y el Caribe desde los primeros años de la Guerra Fría hasta sus días finales, sobre el curso que siguieron los conflictos sociales, políticos, militares en una zona marcada por la influencia de los Estados Unidos y, a su vez, por los avances de grupos subversivos –algunos cercanos a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas– que provocaron levantamientos guerrilleros, intervenciones extranjeras y represión de las rebeliones por las fuerzas armadas estatales en distintos países de la región.

Asimismo, *Literatura y compromiso político. Prácticas político-culturales y estéticas de la revolución*, de Werner Mackenbach, Claudia Ferman y Héctor Leiva es un libro que permite pensar Centroamérica en una de sus épocas más convulsas: la segunda mitad del siglo XX. Entiende esta región y sus manifestaciones culturales atravesadas por la política, por la guerra, por la rebelión, por la represión y por los deseos y las representaciones utópicas en constante tensión con un presente frustrante.

Sus ensayos están divididos en cuatro categorías: 1- *Épica del compromiso y políticas de la escritura*, 2- *Estética de la revolución centroamericana*, 3- *Nuevas subjetividades: las culturas de la nueva política* y 4- *Memoria: reapropiaciones de la historia*. Este último grupo es el que se relaciona de forma más directa con mi investigación, entre otras cosas, por las reflexiones que contiene sobre la historia como acontecimiento y relato, punto central de mi trabajo, fundamentalmente en su momento teórico-epistemológico.

De igual forma, el período histórico comprendido en esta compilación de ensayos está dentro de la Guerra Fría, conflicto mundial que en Centroamérica subió de temperatura a niveles de violencia considerables, con acontecimientos que constituyeron momentos traumáticos para poblaciones que han logrado expresar en la literatura y en el arte aquellos eventos que transformaron de manera determinante las condiciones de vida de sus sociedades.

La consideración que se tiene en algunos de los ensayos de este libro de una literatura con sujeto socialmente situado –ya sean el sujeto escribiente, narrado y lector– conecta con mi posición teórica y con mi manera de pensar la literatura y la historiografía, razón por la cual ellos constituyen importantes antecedentes para mi investigación.

De tal manera, *Literatura y compromiso político. Prácticas político-culturales y estéticas de la revolución*, es una fuente y un constante interlocutor de este trabajo de investigación.

Asimismo, la tesis *Leer después del 48 y en la Guerra Fría. Críticos literarios, escritores y Editorial Costa Rica*, de Diana Rojas, es un antecedente importante por el papel que le da ella a lo ideológico, en tiempos de Guerra Fría, al estudiar la construcción de aquello que se conoce como literatura costarricense y a las implicaciones editoriales que tuvo el sostener una u otra posición política.

Finalmente, en relación con los textos escritos sobre los libros del corpus seleccionado en este trabajo y que se citan en la bibliografía, ellos tocan aristas comunes a algunos de mis intereses. Sin embargo, lo hacen estudiando cada uno de los libros de forma individual y desde otras perspectivas teóricas. A pesar de ello, es importante señalar que se vinculan con algunos de los objetivos que persigo, por ejemplo, al poner en diálogo a la literatura con la historia, o al ubicar a la literatura en un lugar desde el cual se reflexiona sobre la política, lo que ocurre en *Los leños vivientes*, en *Tiempos recios* y también en *La consagración de la primavera*. Además, el énfasis que le ponen los articulistas a la ideología de los autores de estas novelas y a los debates que provocaron sus publicaciones contribuyen también a mi investigación sobre acontecimientos determinantes para Costa Rica, Guatemala y Cuba, así como sobre los textos literarios e historiográficos, no neutrales, que pretendieron elaborarlos en sus narraciones.

En el caso de los artículos de periódico, académicos o reseñas sobre los textos historiográficos escogidos, lo que más me interesa es la identificación ideológica de los articulistas con los textos estudiados, defendiendo la posición o las implicaciones políticas de los textos historiográficos que escogí. En ese sentido, se destaca la importancia que David Díaz da a las voces de los vencidos en su libro,

así como a la dimensión de la memoria sobre la que habla. Sobre Piero Gleijeses, se recapitula su trayectoria, se destaca su interés antiimperialista y sus estudios historiográficos que muestran con claridad los conflictos políticos que atraviesan los acontecimientos de su interés y cómo ellos se vinculan con el presente desde el cual se debate y, consecuentemente, con su futuro.

Por su parte, para el caso de *La revolución cubana*, de Sergio Guerra y Alejo Maldonado, la recepción tiende a vincular el contenido de ese libro con otras revoluciones latinoamericanas y a poner en perspectiva las distintas etapas de la revolución cubana entendida como un proceso muy largo que, necesariamente, ha tenido distintas etapas.

Así, cada uno de los artículos revisados que abordan el corpus que seleccioné, han fortalecido mi investigación y me han permitido ratificar cuáles son mis focos de interés teórico.

#### **1.7.4 Epílogo**

Este es el conjunto de problemas que organiza mi investigación: problemas conceptuales y de relación entre categorías que involucran reflexiones sobre la verdad en la historiografía y en la novela; y sobre la naturaleza discursiva de estos saberes, más explicativa en el historiográfico y más narrativa el literario. Además, se piensa en este trabajo cuál es la relación existente entre los relatos literarios e historiográficos y la historia. Es decir, cuál es la relación entre la historia como acontecimiento y como relato; la relación entre la historia como acontecimiento y las novelas; y, finalmente, la relación entre la historiografía y la novela.

El contenido o telón de fondo de estas reflexiones es la Guerra Fría, específicamente sus repercusiones en Centroamérica y el Caribe durante sus años iniciales, por lo que otra de las ramificaciones de este conjunto de problemas es la conceptualización de la Guerra Fría, su periodización, las principales fuerzas en disputa y su manera de imbricarse con los conflictos de países periféricos como los centroamericanos y caribeños, especialmente Costa Rica, Guatemala y Cuba en los años ya referidos.

En mi revisión de antecedentes ha sido frecuente encontrar textos que conectan con uno de los temas de mi investigación, pero no con otros. Ninguno de

los trabajos leídos reúne la totalidad de los temas que se condensan en la presente investigación. Esto quiere decir que he estudiado libros que analizan textos literarios centroamericanos, pero no trabajan la Guerra Fría en sus inicios. También he revisado algunos que brindan una mirada panorámica sobre la Guerra Fría y otros que estudian ese conflicto bipolar en América Latina, en Centroamérica o en el Caribe, pero no incluyen la reflexión teórica sobre epistemología de la historiografía o de la novela ni piensan desde las novelas los períodos históricos que examinan; sin embargo, cada uno de ellos ha sido considerado de conformidad con sus aportes a los objetivos que persigo.

La pluralidad temática de este trabajo necesariamente lo convierte en multidisciplinario, por lo que la bibliografía consultada incluye libros de filosofía, de filosofía de la historia, de filosofía política, de historia de la Guerra Fría (panorámica y específica), libros de teoría y crítica literaria, ficciones, novelas, ensayos, libros de psicoanálisis y de teoría social. Lo anterior se debe a la naturaleza de mi propuesta, es decir, a realizar un análisis comparado de textos historiográficos y literarios con el fin de entender sus aportes para una comprensión más profunda de los tres acontecimientos escogidos y de la Guerra Fría en Centroamérica y el Caribe. De tal forma, este estado de la cuestión debe leerse como continuado en el marco teórico. Lo expuesto hasta aquí incluye lo que considero el principal conjunto de problemas teóricos y metodológicos.

### **1.8-Marco conceptual/teórico. Contenido. Contexto. Pertinencia**

Las novelas y los textos historiográficos son, en primera instancia, formas narrativas elaboradas por un sujeto que a su vez está situado en coordenadas geográficas, de género, temporales, culturales, artísticas, estéticas y sociopolíticas. Un sujeto que desea y cuyo *fantasma* o manera de percibir la vida condiciona su relación con la historia (real-social), su forma de simbolizarla, de representarla y de imaginarla. En síntesis, un sujeto ideológico, social e ineludible a la hora de estudiar cualquier tipo de ficción o de producción de sentido. Este, principalmente en la novela, crea narradores o un sistema de posiciones subjetivas para expresar sus visiones de mundo y darle así una dirección a la organización de sus relatos.

De tal modo, la Guerra Fría en América Latina, en Centroamérica o en el Caribe no es un dato frío que existe en una realidad ajena a las personas que la piensan o que la cuentan; por el contrario, es un largo período de poco más de cuarenta y cinco años concebido y ordenado por políticos, filósofos, ideólogos, militares, novelistas e historiadores. Un período sociohistórico poblado de hechos significativos que, a su vez, llevan implícitas tentativas de explicación, teorías sobre la sociedad, deseos, filosofías de la historia, temporalidades e intereses políticos. Porque todo acontecimiento es una elaboración, es la narración de un trauma que en lo real ha antecedido y ha posibilitado esa elaboración.

“No hay, en absoluto, un orden determinado en la realidad, que para Nietzsche es un caos inefable; el significado es cualquier cosa que construimos arbitrariamente en nuestros actos de dar sentido. El mundo no se clasifica espontáneamente en especies, jerarquías causales, ámbitos discretos, etc., como podría pensar un realista filosófico; por el contrario, somos nosotros los que hacemos todo esto al hablar sobre él. Nuestro lenguaje no refleja tanto la realidad como la significa, le da forma conceptual. Así pues, es imposible responder a la pregunta de qué es aquello que recibe una forma conceptual: la realidad misma, antes de que llegemos a constituir la mediante nuestros discursos, es solo una *x* inexpresable.” (Eagleton, T. 1997. P. 126).

No estoy de acuerdo con lo arbitrario de los actos al darle sentido a “la realidad”, ni con la desconexión completa entre el significado y el mundo implícita en esta posición antirealista y nietzscheana mencionada por Terry Eagleton en su libro *Ideología*. Sin embargo, este pensamiento resulta útil para mostrar esa participación singular y esa autonomía relativa con la que cuentan novelistas e historiadores a la hora de organizar las tramas de sus narraciones.

### **1.8.1 Acerca de la contextualización histórica**

Para definir qué entiendo por Guerra Fría, me baso primero en lo que plantea el historiador italiano Vanni Pettinà en su libro *Historia de la Guerra Fría en América Latina*. En este, el autor la piensa no solo como un conflicto geopolítico, sino también como una confrontación ideológica en la que antagonizaron dos posibilidades de organización social dentro de la modernidad. Este choque entre las superpotencias

se yuxtapone a los conflictos estructurales previos de las sociedades latinoamericanas.

“(…) en este estudio planteamos que fueron las mutaciones geopolíticas y materiales que ocurrieron después de 1945, y que dieron protagonismo a la URSS y a Estados Unidos como actores globales, las que contribuyeron a dar plenitud a un conflicto ideológico, entre el socialismo y el capitalismo, que se había gestado en potencia por lo menos desde 1917. Es necesario entender, entonces, de qué forma la nueva geopolítica de la Guerra Fría posterior a 1945, articulada a partir de esa contraposición ideológica fue absorbida y se entrelazó con los procesos locales. La Guerra Fría en América Latina representó, como han señalado Hal Brands y Soledad Loaeza, una “yuxtaposición” de conflictos y, añadido, de distintas temporalidades. Las dinámicas de antagonismo geopolítico e ideológico, desencadenadas por el enfrentamiento entre Washington y Moscú a partir de 1946-1947, se entrelazaron con los procesos de cambio político, social y económico que se habían puesto en marcha en el subcontinente latinoamericano a partir de la crisis de 1929.” (Pettinà, V. 2018. p. 36).

### **El calor de la Guerra Fría. Una interpretación de las repercusiones de la Guerra Fría en Centroamérica y el Caribe entre 1946 y 1962.**

La Guerra Fría fue la explotación geopolítica de un temor. En ese entonces, al parecer, la psicología de las poblaciones era más importante que lo que ocurría en el campo militar. Después de la Segunda Guerra Mundial el mundo estuvo regido por un orden internacional fundado en la posesión de armas atómicas, y la inseguridad que esto suponía fue usada para conveniencia de las dos superpotencias que salieron victoriosas después de vencer a nazis, fascistas y japoneses en los campos de batalla; dos superpotencias opuestas en sus formas de pensar la organización social y el desarrollo económico, pero que al mismo tiempo se necesitaban mutuamente aunque estuvieran en polos opuestos del espectro político.

Los Estados Unidos de América y la URSS fueron los protagonistas de una gran tensión política en un período de aproximadamente cuarenta y cinco años durante el cual se repartieron el mundo utilizando para legitimar sus acciones la

amenaza de la guerra nuclear y la existencia de un enemigo ideológico capaz de destruir la forma de vida defendida por cada uno de ellos: el libre mercado y la democracia formal en los Estados Unidos; y la economía planificada por el Estado y el socialismo en la URSS.

Una vez acabada la amenaza del nazismo y del fascismo, la democracia liberal defendida por los Estados Unidos fue promovida en contra del rival: el comunismo. Esta palabra adquirió una connotación fantasmagórica. Estados Unidos difundió por el mundo entero la idea que mostraba al sistema social de la URSS como enemigo de los individuos, sus libertades y derechos, que además buscaba acabar con la economía de mercado y el régimen de propiedad privada imperantes en el denominado “mundo libre”. A esto se sumó el uso ideológico del miedo, la amenaza constante de un ataque nuclear, una agresión que podía suceder en el propio territorio norteamericano, lo cual alarmaba mucho a su población.

Por su parte, la URSS veía en los Estados Unidos al defensor del sistema capitalista, fuente de explotación de las clases obreras a las cuales se reivindicó desde los orígenes de la Revolución rusa. A su vez, la filosofía de la historia sostenida como ideología oficial en la URSS, planteaba que las sociedades están regidas por leyes rígidas que las llevan a superar etapas, siendo el capitalismo una fase a sobrepasar por el comunismo, el cual se constituía en meta final dentro de la evolución de las sociedades. Dentro de este orden de ideas, el Partido Comunista operaba como una vanguardia capaz de entender esas leyes y de ejecutar la transformación social que dejaría atrás al sistema político-económico existente en Occidente y a las filosofías “burguesas” que, desde esta perspectiva, legitimaban ese orden social opresivo.

Visto así, estas posiciones ideológicas eran irreconciliables. Y precisamente ese fue el uso que se les dio por parte de ambos bandos: la intransigencia ideológica fue la actitud que se comunicó con mayor énfasis en esa época, en la cual el orden internacional se entendió como una relación bipolar con extremos excluyentes entre sí, al menos en apariencia.

“En resumen, mientras que a los Estados Unidos les preocupaba el peligro de una hipotética supremacía mundial de la URSS en el futuro, a Moscú le preocupaba la

hegemonía real de los Estados Unidos en el presente sobre todas las partes del mundo no ocupadas por el ejército rojo. No hubiera sido muy difícil convertir a una URSS agotada y empobrecida en otro satélite de la economía estadounidense, más poderosa por aquel entonces que todas las demás economías mundiales juntas. La intransigencia era la táctica lógica.” (Hobsbawm, E. 1998. 238)

Estas dos superpotencias sucedieron en el control del mundo a la vieja hegemonía imperial. Siendo ambas hijas de una modernidad revolucionaria, no podían justificar su dominio de la misma forma que lo habían hecho los imperios europeos en Asia, África y América. La idea de civilizar a los bárbaros en nombre del progreso cedió su lugar discursivo a la defensa del “mundo libre”, por parte de los Estados Unidos, y a la decisión de impulsar la “revolución socialista internacional” por parte de la URSS. La modernidad de la que surgieron estos proyectos políticos los obligó a usar un lenguaje distinto al de la hegemonía imperial, aunque en la práctica ambos actuaran como imperios. Ambos países tuvieron “intereses nacionales” ubicados más allá de sus fronteras territoriales y destinaron una fracción considerable de su presupuesto nacional a las intervenciones exteriores. Esos intereses, ubicados más allá de las fronteras, se pensaban y se comunicaban a sus habitantes como indispensables para su seguridad y se entendían en permanente amenaza por parte del enemigo ideológico. El *otro* amenazante.

Los Estados Unidos y la URSS no se enfrentaron militarmente de manera directa durante el período de la Guerra Fría. Estuvieron cerca en algunos momentos, como durante la crisis de los misiles de Cuba en octubre de 1962. En aquel entonces, ambas partes negociaron a tiempo de manera que ese combate en el Caribe nunca se dio. Sin embargo, la predisposición bélica sí existió, así como el uso estratégico de una retórica combativa e intolerante a las diferencias políticas, retórica que ayudó a construir las subjetividades imperantes en ese tiempo y las formas narrativas usadas para contarlas.

En *Historia del siglo XX* Eric Hobsbawm afirma lo siguiente:

“La singularidad de la guerra fría estribaba en que, objetivamente hablando, no había ningún peligro inminente de guerra mundial. Más aún: pese a la retórica apocalíptica de ambos bandos, sobre todo del lado norteamericano, los gobiernos de ambas superpotencias aceptaron el reparto global de fuerzas establecido al final de la segunda guerra mundial, lo que suponía un equilibrio de poderes muy desigual pero indiscutido. La URSS dominaba o ejercía una influencia preponderante en una parte del globo: la zona ocupada por el ejército rojo y otras fuerzas armadas comunistas al final de la guerra, sin intentar extender más allá su esfera de influencia por la fuerza de las armas. Los Estados Unidos controlaban y dominaban el resto del mundo capitalista, además del hemisferio occidental y los océanos, asumiendo los restos de la vieja hegemonía imperial de las antiguas potencias coloniales. En contrapartida, no intervenían en la zona aceptada como de hegemonía soviética.” (Hobsbawm, E. 1998. 231)

Aún y cuando sea cierto que objetivamente no existía ningún peligro inminente de guerra mundial, eso no significa que la posibilidad de una tercera gran guerra en el siglo XX fuera mentira. La amenaza, como recurso político, funciona en un registro distinto a la lógica mentira-verdad: funciona como mecanismo de control e instrumento de persuasión a nivel imaginario; un instrumento que moviliza afectos capaces de decidir elecciones facilita la obediencia a un orden social autoritario y el apoyo a invasiones a terceros países, tal y como ocurrió tantas veces en el llamado “Tercer mundo” durante esos años.

La pugna psicológica que atravesó la Guerra Fría fue especular y proyectiva. Ambas superpotencias atribuyeron a su enemigo capacidades militares e intenciones imperialistas como las propias, y esa atribución fundamentó decisiones políticas tanto al interior de sus países como en sus zonas de influencia a nivel internacional, involucrando los conflictos ideológicos del mundo bipolar en las dinámicas internas de los demás estados. Esto ocurrió en Asia, África y América Latina, donde, dados los intereses de este trabajo, sobresale lo ocurrido en

Centroamérica y el Caribe: la Guerra Civil de Costa Rica en 1948, la caída de Arbenz en Guatemala en 1954 y los primeros años de la Revolución cubana. En estos tres casos, el choque de fuerzas políticas internas es atravesado necesariamente por la lógica discursiva de la Guerra Fría, con sus bandos, alianzas y enemigos; lógica discursiva que tuvo efectos determinantes en la vida social de estas tres sociedades, donde la Guerra Fría hizo sentir su calor.

De tal manera, los dos polos de influencia dentro del conflicto definieron el orden del mundo entero en un período dentro del cual se pueden reconocer distintas etapas. En ocasiones la batalla retórica subía de tono; otras veces se distendía. Estas fluctuaciones obedecían a los usos que se les daba a esos discursos para alcanzar fines políticos internos o ante eventuales transgresiones a las fronteras que separaban al “mundo libre” del “campo socialista”. Esto último ocurrió con los avances e intervenciones de las superpotencias en otros estados: algunas zonas perdían importancia por un tiempo y luego la recobraban. Asia, África y América Latina vivieron historias propias durante este período histórico, convertidos sus países en piezas de un ajedrez mayor cuyas reglas eran dictadas por otros que, a su vez, tenían representantes en cada país. La política del Tercer Mundo sufrió, de una u otra forma, la injerencia bipolar durante todo el período histórico de la Guerra Fría.

“En la práctica, la situación mundial se hizo razonablemente estable poco después de la guerra y siguió siéndolo hasta mediados de los setenta, cuando el sistema internacional y sus componentes entraron en otro prolongado período de crisis política y económica. Hasta entonces ambas superpotencias habían aceptado el reparto desigual del mundo, habían hecho los máximos esfuerzos por resolver las disputas sobre sus zonas de influencia sin llegar a un choque abierto de sus fuerzas armadas que pudiese llevarlas a la guerra y, en contra de la ideología y de la retórica de Guerra Fría, habían actuado partiendo de la premisa de que la coexistencia pacífica entre ambas era posible. De hecho, a la hora de la verdad, la una confiaba en la moderación de la otra, incluso en las ocasiones en que estuvieron oficialmente a punto de entrar, o entraron, en guerra.” (Hobsbawm. E. 1998. 232)

Cada país del mundo era importante entonces por los recursos naturales con los que contara, por su ubicación geográfica, por la cercanía o la distancia diplomática y política que tuviera con alguna de las superpotencias o por el sistema político que decidiera adoptar. Las independencias de las antiguas colonias en África y la opción socialista de algunas de ellas; la decisión de abrir los comercios o, por el contrario, de optar por grados de planificación económica en Asia; el fortalecimiento de la socialdemocracia y el estado de bienestar en Europa y en algunos países de América Latina; las políticas socialistas en los estados de Europa del este. Ninguno de estos modelos de organización social ni de estas decisiones políticas tuvieron independencia del conflicto mayor que enfrentaba a las dos superpotencias en cada rincón de la tierra.

De esta manera, la opción por un estado de bienestar en Costa Rica después de terminada su Guerra Civil de 1948; la intervención militar que acabó con la llamada “primavera democrática” en Guatemala en 1954 y su consecuente deriva dictatorial y autoritaria; y el devenir socialista de la Revolución cubana estuvieron atravesados también por los intereses geopolíticos de las superpotencias durante la Guerra Fría, los cuales se unieron a los intereses de clase al interior de cada uno de estos países.

### **Primeros años de la Guerra Fría: Costa Rica, Guatemala y Cuba**

Si en alguna parte se sintió el calor de la Guerra Fría, fue en el “Tercer Mundo”. Esto debido a que este conflicto mundial con su tensión constante fue, principalmente, una estrategia de dominio de territorios y de economías bajo una justificación ideológica que penetró la subjetividad de las poblaciones involucradas: “de no intervenir nosotros ese país caerá en manos del enemigo”. Ese discurso se repitió una y otra vez, aun cuando esa amenaza no pasara de un registro imaginario. Sumado a ello, en Estados Unidos circuló la denominada teoría del “dominó”: “si un país cae, entonces en cadena caerán sus vecinos”. Estas ideas, no siempre comprobadas en lo real, formaron parte de una ideología sumamente eficiente, capaz de despertar en las poblaciones afectadas al mismo tiempo las pasiones del miedo y de la competencia. Así, una vez estimulados estos afectos, los apoyos a

ciertas decisiones políticas se facilitaron. Por su parte, la URSS utilizó la ideología de la competencia entre modelos de sociedad.

“Las imágenes más cruentas que las radios y las televisiones de todo el mundo transmitieron durante las largas décadas del enfrentamiento entre Moscú y Washington procedieron, principalmente, de los conflictos que la Guerra Fría propició o recrudeció en el llamado Tercer Mundo. La Guerra de Vietnam, el asesinato de Patrice Lumumba, la guerra civil en el Congo, los golpes de Estado en Irán, Guatemala o Chile, la invasión de Suez, el conflicto árabe-israelí, la entrada de los “barbudos” en La Habana, el estallido de las guerrillas en toda América Latina o los desaparecidos de las siniestras dictaduras de América del Sur representaron sólo algunos de los eventos y procesos asociados con la confrontación entre la URSS y Estados Unidos.” (Pettinà, V. 2018. 14)

Como se sabe, América Latina ha sido zona de influencia norteamericana. Entonces, además del discurso ideológico dicotómico Estados Unidos desarrolló estrategias políticas para esta región, invirtió en servicios de inteligencia y ejerció la diplomacia en contra de la amenaza comunista. Con esto fortaleció la “Guerra Fría cultural”, vigiló y participó en las tensiones políticas de los países de la región contando, claro está, con el impulso que las clases dominantes les daban a sus políticas persiguiendo sus propios intereses. Eso ocurrió, con sus diferencias, en la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica y en el final de la “primavera democrática” en Guatemala. Sumado a esto, algunos años después y en la dirección contraria, el caso de la Revolución cubana alcanzó niveles no vistos hasta entonces en materia de intensidad conflictiva, dadas las implicaciones geopolíticas que tuvo. Lo usual durante este período era que las fuerzas conservadoras de los estados latinoamericanos entraran en alianza con los Estados Unidos. En el caso cubano, después de la guerra contra Fulgencio Batista, la clase gobernante se puso en contra de los Estados Unidos.

Los tres acontecimientos referidos a la historia de Costa Rica, Guatemala y Cuba, los pienso dentro del contexto mundial de la Guerra Fría. Esos tres países, cada uno a su manera, vivieron la injerencia norteamericana en asuntos de política

interna, injerencia e intervención que marcó el rumbo político que siguieron. En Costa Rica, el bando vencedor en la Guerra Civil de 1948 fue el Ejército de Liberación Nacional, que algunos años después pasó a ser el Partido Liberación Nacional y al convertirse en fuerza gobernante contó con cierta autonomía política para impulsar su proyecto de desarrollo socialdemócrata optando en la batalla bipolar por el bando de los Estados Unidos. Para esto, utilizaron una retórica y la adopción de medidas anticomunistas. Con ello las clases dominantes costarricenses lograron adaptarse de manera exitosa a las tensiones de la Guerra Fría, enfrentando, claro está, conflictos internos.

En Guatemala, el discurso legitimador para que se diera el golpe de Estado contra Juan Jacobo Arbenz se basó en la condena a su supuesta alianza con comunistas y a la presunta influencia soviética en sus políticas nacionalistas y modernizadoras, que en realidad fueron esencialmente democráticas. De tal forma, la lógica de la Guerra Fría alimentó discursos que tuvieron efectos determinantes en estas sociedades. En Costa Rica el Partido Comunista estuvo proscrito desde 1949 hasta 1975; en Guatemala un dictador golpista como Carlos Castillo Armas sucedió en el poder a la “primavera democrática” conformada por los gobiernos de Juan José Arévalo y de Juan Jacobo Arbenz, iniciando con ello una larga fila de gobiernos autoritarios alineados a los intereses de los Estados Unidos. Las clases dominantes guatemaltecas optaron por esta fórmula para gobernar su país.

En Cuba, la caída de Fulgencio Batista y la llegada de Fidel Castro y sus rebeldes al poder alarmó profundamente a Washington que, entre otras cosas, apoyó la operación mercenaria de Bahía de Cochinos e impuso un bloqueo comercial ejemplarizante cuando las políticas de la Revolución cubana tocaron directamente sus intereses económicos en la isla y sus intereses geopolíticos en el marco de su Guerra Fría contra la URSS, a quien necesariamente se acercaron los cubanos. Una dependencia sustituyó a la otra en una isla condenada por la geopolítica y por las decisiones de sus políticos.

Las tensiones internas de los países latinoamericanos al concluir la Segunda Guerra Mundial se vieron afectadas por ese nuevo orden mundial que nacía y que los obligaba a tomar partido por un bando o por el otro. En consecuencia, los grados

de autonomía política de los estados del “Tercer Mundo” se fueron reduciendo y esto vino a constituir un problema a plantearse para quienes llegaban al poder en estos territorios. En América Latina los Estados Unidos conectaron, mediante una operación ideológica, las agendas progresistas y de cambio social de los países latinoamericanos con su propio conflicto con la URSS, y para bloquear esas políticas contaron en cada uno de estos países con importantes aliados ubicados en las clases dominantes nacionales. La Guerra Fría habitaba y recorría la forma de hacer política durante todos aquellos años.

Las tensiones entre procesos democratizadores y regímenes autoritarios, entre industrialización y desarrollismo, entre garantías sociales y liberalismo económico, entre nacionalismo e intervencionismo extranjero, entre economías de exportación o de importación de mercancías fueron penetradas por la ideología de la Guerra Fría que, con diferentes intensidades, llegó al subcontinente latinoamericano impulsada en este primer período principalmente por los Estados Unidos y por las clases gobernantes nacionales, que tenían su propia agenda. Esto va a cambiar después de la Revolución cubana, ya que a partir de ese acontecimiento la influencia soviética se percibe con mayor intensidad, aunque antes de esto ya los partidos comunistas y las luchas antiimperialistas de algunas organizaciones políticas de la región habían incorporado la lógica de la Guerra Fría a sus discursos.

“El continente vivió durante este período un aumento sustancial del intervencionismo estadounidense, experimentó una dramática polarización interna y, a largo plazo, vio el fortalecimiento de los actores más conservadores de los países de la región. Los golpes de Estado apoyados por la Central de Inteligencia Americana (cia) en Guatemala en 1954, o en Chile en 1973; los intentos estadounidenses de sofocar la Revolución cubana a partir de 1960; la intervención militar de Washington en países como República Dominicana en 1965; la lucha armada, adoptada al hilo de la Revolución cubana como instrumento de cambio social y la proliferación de inusitadas prácticas represivas llevadas a cabo por los regímenes dictatoriales de América del Sur testimonian de forma viva el impacto dramático que la Guerra Fría tuvo sobre el continente.” (Pettinà,V. 2018. 22).

La clase gobernante costarricense, después de la Guerra Civil de 1948, decidió tomar partido por los Estados Unidos y se le permitió entonces construir un modelo de desarrollo cercano a las socialdemocracias europeas. Se respetaron las garantías sociales y el Código de Trabajo heredados de la década de los años cuarenta y las grandes empresas debían pagar impuestos; se nacionalizó la banca y se impulsó un estado de bienestar con una clase media creciente, una institucionalidad sólida y unas garantías democráticas incuestionables. Como la paz suele esconder el conflicto social y sus consecuencias, esto estuvo antecedido por la persecución política de los perdedores de esa guerra, entre ellos los comunistas, quienes sufrieron arbitrariedades y además fueron prohibidos constitucionalmente como fuerza política formal.

Por su parte, en Guatemala durante los gobiernos de Juan José Arévalo (1945-1951) y de Juan Jacobo Arbenz (1951-1954) se tomaron medidas nacionalistas que incomodaron a Washington, como la expropiación de grandes extensiones de tierra pertenecientes a la United Fruit Company. Con el decreto 900, el presidente Arbenz introdujo en Guatemala su programa de reforma agraria, que fue su política reformista más radical. Por medio de ella se cambiaba la tenencia de la tierra: la pretensión era expropiar tierras ociosas de los grandes latifundistas para poder darlas en usufructo a quienes no las tuvieran. Los Comités Agrarios Locales recibían denuncias de tierras en estado ocioso, que pasaban a los Comités Departamentales y finalmente al Departamento Agrario Nacional. Esta reforma agraria pretendía romper desigualdades de la sociedad guatemalteca, con el objetivo de que los campesinos tuvieran acceso a tierras para trabajarlas y con ello pudieran obtener más y mejores ingresos.

Además, durante este período se le cobró impuestos a la United Fruit Company por el uso del suelo, se dictaron leyes para mejorar los salarios de los trabajadores guatemaltecos, se fortalecieron la educación pública y el desarrollo cultural, se creó el Seguro Social y se impulsó una legislación laboral. La respuesta no tardó en llegar: Juan Jacobo Arbenz fue derrocado por medio de un golpe de Estado. Un grupo de mercenarios centroamericanos, rebeldes guatemaltecos, fue

apoyado por los Estados Unidos para acabar con un gobierno democrático y progresista que se opuso a los intereses norteamericanos. Para ello, también se difundió una intriga ideológica que vinculó a Arbenz con comunistas que servían a los intereses soviéticos y se le asoció directamente con la URSS.

Unos años después Fidel Castro usó un discurso antiimperialista y popular en medio de la Guerra Fría, a noventa millas de La Florida. El líder cubano pensaba que su revolución era una lucha por la independencia definitiva de la isla, una continuación de la guerra contra España ahora dirigida contra los Estados Unidos. Las políticas nacionalistas y socialistas de los cubanos despertaron la furia norteamericana. El golpe no se hizo esperar. Desde los inicios de la década de los años sesenta, los Estados Unidos acorraló comercial y políticamente a Cuba, que decidió entonces tomar partido por la URSS; como consecuencia, las tensiones entre Cuba y los Estados Unidos han sido una constante en el contexto de las relaciones internacionales del continente americano y, además, Cuba entró en una nueva relación de dependencia que tuvo su crisis más importante una vez que llegó a su fin el llamado “socialismo real” a inicios de los años noventa. La Revolución cubana, que fuera en sus inicios un punto de inflexión en las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos, es en estos momentos un vestigio caribeño de la Guerra Fría.

Tal y como he argumentado anteriormente, estos tres acontecimientos permiten dimensionar la relación que sostuvo Estados Unidos con Centroamérica y el Caribe durante la Guerra Fría, específicamente en los años que van de 1945 a 1962, cuando la confrontación entre las superpotencias diseñó el orden que tendría el mundo durante las siguientes décadas. La influencia de la URSS se percibió con mayor claridad en el caso cubano después del rumbo que tomó la Revolución iniciada con la caída de Fulgencio Batista el primero de enero de 1959.

Desde luego, eventos tan determinantes para estas sociedades latinoamericanas han despertado a lo largo de los años el interés de novelistas e historiadores, quienes han elaborado ficciones y discursos explicativos para comprender lo acontecido. Cada historiador, cada novelista que se ha acercado a estos acontecimientos sociopolíticos lo ha hecho movido por sus propias emociones

y por su historia de vida y, como es natural, sus trabajos muestran parcialidades subjetivas, tomas de posición política y discursiva y competencias intelectuales previas.

Una crisis social tiene primero efectos en lo real de la historia de un país. Posteriormente, al establecerse un determinado orden y un nuevo modelo de organización política, las personas se van ajustando y llevan sus vidas cotidianas de acuerdo con los ritmos y el clima cultural de ese lugar en el que están.

Los historiadores que trabajan con honestidad intelectual buscan explicar cómo cada país llegó a ser lo que es y algunos novelistas elaboran ficciones tomando como telón de fondo acontecimientos históricos como estos que nos ocupan, de los que roban fragmentos que entrelazan con obras de la imaginación y del sentimiento que finalmente se expresan en forma de texto literario.

La lectura conjunta de textos historiográficos y novelas nos acerca a una posible comprensión del trauma social, a la vez que brinda herramientas insustituibles para comprender la vida política de un país o de una región y las subjetividades que surgen en ellos.

Decisiones tomadas en Washington o en Moscú, apoyadas y ejecutadas por las clases gobernantes de cada país, tuvieron efectos en las vidas de millones de personas. Gracias a ellas el mundo adquirió un orden distinto al que tenía antes de la Segunda Guerra Mundial. Ese orden tuvo en su génesis y en sus medidas de conservación acontecimientos que pueden ser pensados como puntos de inflexión, traumas, golpes en lo real de la vida social, cuyas repercusiones contribuyeron a constituir subjetividades, formas de pensar y de sentir que salen a la luz en libros de historia y novelas. La relación entre literatura y sociedad no es mecánica, pero es en la literatura donde aparecen registros subjetivos que difícilmente surgen en otros discursos y que nos ayudan a pensar un tiempo y una época desde un lugar diferente. Cuando hablo de literatura me refiero a novelas, a ficciones en las cuales se despliegan las tensiones sociales de una época.

Entonces, desde esta comprensión nos aproximaremos a la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica, al final de la “primavera democrática” en Guatemala y a los primeros años de la Revolución cubana, leyendo las novelas de Fabián Dobles,

Mario Vargas Llosa y Alejo Carpentier; y los libros de historia de David Díaz, Piero Gleijeses, Sergio Guerra y Alejo Maldonado, libros todos que entendemos como huellas narrativas de esos momentos sociales que los precedieron y los hicieron posibles.

### **1.9-Metodología**

Esta es una investigación hermenéutica: un trabajo de reflexión teórica y estudio de narraciones realizado mediante una teoría del lugar de enunciación, del sujeto y de la ideología. Desde esta propuesta teórica se comparan e interpretan tres novelas y tres libros de historia en los cuales se puede pensar las tensiones sociales, de tres conflictos políticos, las narraciones, entendidas estas como huellas de la historia *real*, su mimesis historiográfica y literaria y los impactos que tuvo la Guerra Fría en Centroamérica y el Caribe, puntualmente en Costa Rica en 1948, en Guatemala entre 1944 y 1954 y en Cuba entre 1959 y 1962. Los procedimientos o puntos de partida recién mencionados se usarán para alcanzar el objetivo general y los objetivos específicos planteados anteriormente y encuentran asidero en el marco teórico referido. Cada uno de estos acontecimientos sociohistóricos implica un corte o abstracción de procesos más largos y, como veíamos en el capítulo anterior, cada uno de estos acontecimientos encuentra en los textos que lo exponen una elaboración con un sentido que supone un sistema de posiciones subjetivas, el cual genera efectos narrativos, así como formas de organizar el discurso, la información, y las formas de construir tiempos y espacios.

De igual modo, los textos seleccionados en esta investigación serán estudiados y entendidos ellos como huellas de aquellos acontecimientos, indicios donde se puede rastrear lo ocurrido en esos momentos sociales; y también como tramas de sentido, con su temporalidad y sus visiones de mundo expuestas por narradores afectados por su respectiva situación socioafectiva y su lugar de enunciación.

Este es el criterio central para la selección de los seis libros, independientemente del año de su publicación, de la nacionalidad de los autores o de su género, lo que encontré en ellos, que finalmente me inclinó por su escogencia, fue una referencia directa y sustancial a los acontecimientos en estudio, cuyas

tensiones sociopolíticas están trabajadas y elaboradas ya sea en forma historiográfica, ya sea en forma de ficción literaria. Dicho de otro modo, los seis libros seleccionados permiten pensar en ellos tanto la relación historia-historiografía-literatura como las dinámicas de la Guerra Fría imbricadas o entrelazadas con los conflictos nacionales de Costa Rica en 1948, de Guatemala entre 1944 y 1954 y de Cuba entre 1959 y 1962.

Además, la categoría de huella entendida como indicio de un tiempo social ya ido, sumada a mi interés por mostrar la dimensión subjetiva que posibilita la elaboración textual y que media entre lo acontecido y lo narrado, pienso que se puede trabajar en cualquier novela cuya trama aborde conflictos sociohistóricos y también en cualquier texto historiográfico independientemente de la nacionalidad de su autor y de su tiempo de publicación.

Desde luego, del mismo marco teórico que utilizo se desprende que el lugar de enunciación cambia el orden del discurso y su dirección ideológica. Esto quiere decir que aquel tiempo de publicación, la nacionalidad, así como el género de autores o autoras tienen implicaciones en los relatos que se elaboran y en su recepción, pero la variable género y la variable nacionalidad no ocupan el principal foco de interés en este trabajo, como sí lo hace la dimensión ideológica, el sistema de sujetos en el texto y el acontecimiento elaborado en los seis libros en estudio. En cuanto al tiempo de publicación, esta es una variable a la que sí me referiré, lo cual no implica, por las razones ya referidas, que deba existir una uniformidad en los años de publicación de los libros. Para los fines que persigo, la heterogeneidad en las fechas de publicación de estos textos no es obstáculo para alcanzar los objetivos propuestos, ya que, como he venido diciendo, mi interés está puesto en la mediación subjetiva que interviene en la elaboración textual de acontecimientos sociales.

Cabe señalar en este momento, que previo a la selección de estos libros, realicé una búsqueda considerable de obras que pudiesen llegar a integrar mi corpus y entre ellas no identifiqué ninguno escrito por mujeres que cumpliera con mis criterios de selección o que me brindara más posibilidades interpretativas que los escogidos.

Para la guerra de 1948 en Costa Rica encontré la novela *El eco de los pasos* (1979), de Julieta Pinto, sin embargo, la dimensión de dicho conflicto social en este libro no tiene ni la extensión ni la profundidad que logré leer en *Los leños vivientes* (1962), de Fabián Dobles. Desde el punto de vista historiográfico me fueron de mucha utilidad los estudios de la investigadora Macarena Barahona Riera, así como la selección de textos titulada *Nuevos documentos de 1948. Los proscritos* (Editorial Costa Rica, 2023), pero la multiplicidad de voces y la apertura de la dimensión imaginaria que tiene el libro *Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica, 1940-1948* (2015), de David Díaz Arias, me llevaron a preferirlo antes de cualquier otro libro historiográfico dedicado a este acontecimiento.

Para el caso guatemalteco en algún momento pensé en trabajar el libro de relatos *Week-end en Guatemala* (1955), de Miguel Ángel Asturias; también me parece importante mencionar que entre las obras buscadas logré descubrir la existencia de una novela, *49 días en la vida de una mujer*, publicada en 1956 por la escritora hondureña Argentina Díaz Lozano (1912-1992), trabajada en la investigación titulada *49 días en la vida de una mujer y Guatemala desgarrándose en 1954*, publicada por Ariel Batres Villagrán en Guatemala el 9 de octubre de 2010. Pero la dimensión que le da Mario Vargas Llosa a la Guerra Fría y a las tensiones políticas regionales en *Tiempos recios*, la mimesis que realiza, la presencia de Juan Jacobo Arbenz y de Carlos Castillo Armas en esta novela, me hicieron escogerla sobre estos y otros libros.

De igual forma, después de una extensa búsqueda y lectura de textos historiográficos sobre la caída de Juan Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954, que incluyó la revisión de textos escritos por mujeres y por autores y autoras guatemaltecos, me incliné por *La esperanza rota. La Revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954* (1991), de Piero Gleijeses, por el amplio período histórico que abarca, por la importancia que se le da en él a los Estados Unidos y por la profundidad con la que este autor estudia en este libro la Guerra Fría y sus efectos en Centroamérica y el Caribe.

A la hora de pensar qué libros trabajar para estudiar los primeros tres años de la Revolución cubana, si bien hice también una búsqueda significativa,

rápidamente me incliné por escoger *La consagración de la primavera* (1978), de Alejo Carpentier, debido al papel que juega en esta novela la historia del siglo XX y por tratarse también en ella la guerra en Bahía de Cochinos en abril de 1961. Asimismo, *Historia de la Revolución cubana* (2009), de Sergio Guerra y Alejo Maldonado, por su visión sintética y panorámica de este acontecimiento, fue el texto escogido después de una búsqueda que me llevó un tiempo considerable realizar.

Claro está, tal y como afirmo en el marco teórico de este trabajo, que la subjetividad del investigador se manifiesta también en la selección del corpus, y en mi caso no es la excepción, por lo que los aciertos y los errores en esta escogencia corren por mi cuenta y responsabilidad.

Finalmente, es importante considerar aquí que el estudio de textos historiográficos y novelas no solo me permitirá elaborar un saber sobre sus contenidos y compararlos entre sí, sino también producir un aporte teórico acerca de la relación entre historiografía, literatura e historia. En ese sentido, a continuación, presento las teorías y categorías teóricas desde las que realizo mi interpretación al respecto.

### **Teoría del acontecimiento**

Entiendo la categoría “acontecimiento” en una doble dimensión: por un lado, como un punto de inflexión en el pensamiento y en la subjetividad; por otro, como evento sociopolítico que varía el curso de la vida social de un país. Esta última acepción puede intercambiarse por trauma o impacto en lo real. Para esto, sigo la teoría del acontecimiento de Slavoj Žižek<sup>4</sup>, quien lo entiende justamente como el resultado de una emergencia que transforma al sujeto y lo lleva a elaborar una narrativa al respecto. Esto puede ocurrir tanto en la vida íntima de una persona, que intenta darle sentido a sus experiencias, como en aquellas tentativas por comprender los momentos más determinantes de la vida sociohistórica de un país, de un continente, del mundo.

Los acontecimientos a su vez se relacionan dialécticamente con coyunturas, tendencias más amplias o estructuras que posibilitaron el surgimiento, en un

---

<sup>4</sup> Ver el libro *Acontecimiento*. Žižek, Slavoj. 2014. Editorial Sexto piso. Ciudad de México.

momento dado, de acciones decisivas para el cambio de curso en la vida social de un país. De tal manera, es mediante la narración de los acontecimientos que se iluminan y elaboran las estructuras sociales.

Para pensar la Guerra Civil de Costa Rica, “la década democrática” en Guatemala y los primeros años de la Revolución cubana, resulta útil mencionar la siguiente distinción que hace Peter Burke sobre acontecimientos de corta y larga duración:

“Tendemos a utilizar el término acontecimiento de manera más bien laxa para referirnos no sólo a los sucesos ocurridos en unas pocas horas, como la batalla de Waterloo, sino también a acontecimientos como la Revolución francesa, un proceso que se extendió por varios años. Podría ser útil emplear los términos acontecimiento y estructura para referirnos a los dos extremos de una gama total de posibilidades, pero no deberíamos olvidar la existencia de la parte central de dicha gama.” (Burke, P. 1993. p. 146).

El acontecimiento sucede. Su existencia implica causas, deja huellas y conlleva reinterpretaciones. Se dan tantos acontecimientos en el mundo, como micro acontecimientos en los individuos y en ambos casos surge la necesidad de la elaboración en relatos de distinto orden, lo cual también implica las diferencias y distancias existentes entre historiografía e historia y, desde luego, entre psicoanálisis, literatura, historiografía e historia.

“Hacer el acontecimiento presupone dos fenómenos diferentes. En primer lugar, y sobre todo en la sociedad moderna mediatizada, esto implica una conmoción, un trauma, un estremecimiento que suscita en primera instancia un estado de afasia. Este primer aspecto, el más espectacular del acontecimiento, presupone una larga difusión que asegura y asume su repercusión.” (Dosse, F. 2013. p. 41).

### **Concepto de ideología**

Una de las aristas fundamentales de la Guerra Fría es el conflicto ideológico, y la ideología está íntimamente relacionada con la elaboración de acontecimientos y con el sujeto. Para Žižek la ideología no está inscrita en la naturaleza, sino que es creada para el dominio y el control social y tiene efectos en distintos niveles de la vida humana como el práctico, el intelectual, el emocional y también en la visión de mundo. La ideología es, entonces, una fantasía que sirve de soporte a nuestra

construcción de la realidad. En consecuencia, estará presente en cualquier formación narrativa y en el sujeto que la elabora.

En *El espectro de la ideología*, que es la introducción al libro *Ideología. Un mapa de la cuestión* (1994) Zizek, valiéndose de categorías hegelianas y tratando de superar las diferencias entre Louis Althusser y Michel Foucault en relación con este asunto, define así lo que entiende por este concepto:

1- "Ideología en sí: la noción inmanente de la ideología como una doctrina, un conjunto de ideas, creencias, conceptos y demás, destinados a convencernos de su verdad, y sin embargo al servicio de un interés de poder inconfeso (...)"

En este primer nivel lo central es el conjunto de ideas que pretenden convencer a alguien sobre algo.

2- "(...) Ideología en el paso del en sí al para sí: es la existencia material de la ideología en prácticas ideológicas, rituales e instituciones (...)"

En este segundo nivel lo central son las prácticas y rituales institucionales que reproducen el orden social.

3- "(...) La ideología en un "para sí" que opera en el "en sí": es la red de actitudes y presupuestos implícitos cuasi espontáneos, que constituyen un momento irreductible de la reproducción de prácticas "no ideológicas" (económicas, legales, políticas, sexuales.)" (Zizek, S. 2003. pp. 17-18)."

En este tercer nivel lo central son las actitudes, la interiorización de lo ideológico.

De igual modo, en *El sublime objeto de la ideología*, Zizek agrega:

"La ideología no es una ilusión tipo sueño que construimos para huir de la insoportable realidad; en su dimensión básica es una construcción de la fantasía que funge de soporte a nuestra realidad; una ilusión que estructura nuestras relaciones sociales efectivas, reales y por ello encubre un núcleo insoportable real, imposible. La función de la ideología no es ofrecernos la realidad social misma como un núcleo traumático, real." (Zizek, S. 2012. P. 76).

Esos distintos niveles permiten estudiar rasgos de los textos historiográficos y novelescos seleccionados en su autonomía, en sus posiciones subjetivas implícitas, en la dirección que los autores les dan a sus relatos y en cuanto a la relación de dependencia que ellos mantienen con las condiciones socioculturales en las que surgieron.

Esta concepción conecta, además, con lo que propone Terry Eagleton cuando dice de la ideología que “(...) debe figurar como una fuerza social organizadora que constituye activamente a los sujetos humanos en la raíz de su experiencia vivida y pretende dotarles de formas de valor y creencia relevantes para sus tareas sociales específicas y para la reproducción general del orden social (...)” (Eagleton, T. 1997. p. 276).

### **Teoría del sujeto activo y situado**

La teoría del “sujeto situado” tiene una larga tradición. Un posible punto de partida es el libro *Fenomenología del espíritu* de Hegel, en el cual se narra el viaje y las distintas estaciones de la subjetividad moderna y se piensa la dialéctica de un sujeto en el mundo que, al narrarlo, afecta al mundo y es afectado por él. Desde esta perspectiva, la narración no es cualquier cosa: crea el mundo y, aunque no es ciencia experimental, tiene estatuto de verdad.

En su libro *Todas las palabras y los silencios juntos. Filosofía y literatura en Hegel*, Roberto Fragomeno argumenta lo siguiente:

“(...) Hegel planteó que la historia no es la de los hechos estáticos explicables por el principio de causalidad, sino una producción de memoria y como tal, un acto de autoproducción sujeto-objeto; un acto epistemológico-político (...) Si el sujeto es el método, el sujeto es la clave de organización del relato. En todo caso, se trata de lecturas sintomáticas, toda vez que renuncian a narrar “hechos” y lo que hacen es interpretar síntomas. Son los síntomas de la sociedad.” (Fragomeno, R. 2019. p.20).

Desde esta perspectiva, un sujeto habitado por deseos de poder, eróticos, de reconocimiento; un sujeto capaz de matar; que vive en ciertas coordenadas

geográficas, de género, culturales, artísticas, estéticas, sociales y temporales es quien configura y le da forma a los relatos que funcionan como producciones de sentido acerca de un cierto pasado. Estos, a su vez, al cuestionar y aproximarse a aquello que se ha concebido como “real” chocan con otros relatos: los confrontan como el analizante con su propia historia en la terapia psicoanalítica, en la que resignifican las vivencias acumuladas y arrinconadas. Así, tenemos que el sujeto de la narración, en sus batallas por el sentido, elabora los acontecimientos de forma distinta a otros sujetos que también lo han hecho. Lo hace desde su situación singular y desde su lugar social y en esa elaboración expresa las tensiones ideológicas que lo atraviesan y conectan con su sociedad. Este sujeto, si lo consideramos desde el psicoanálisis, también es un punto de encuentro de las voces y los discursos que lo han constituido.

Esta teoría de la subjetividad situada de Hegel la complemento con la teoría del sujeto del psicoanálisis: ese sujeto del deseo, del inconsciente, cuya naturaleza escindida está implicada en todo lo que hace, incluyendo, para el caso de historiadores y novelistas, su labor teórica y su actividad creativa.

Este sujeto deseante, ubicado en coordenadas sociohistóricas, es capaz de percibir el mundo de una forma y no de otra, así como es incapaz de percibir ese mundo en su totalidad. A ello contribuyen los condicionamientos ideológicos que lo atraviesan y desde los cuales construye aquello que llama realidad, mezcla de fantasía e ilusión que no por ello deja de tener efectos en las relaciones sociales efectivas y en la escritura de textos historiográficos y literarios. De ese sujeto del inconsciente conocemos algunos efectos, expresados en la transferencia afectiva que permea el orden del discurso y de la narración.

Los hechos no se cuentan solos, ni existe relato “científicamente puro o neutral”. Toda forma narrativa, independientemente de su naturaleza, es una representación fallida, una invención, y está organizada por un sujeto afectado ideológicamente que selecciona los eventos a estudiar, que crea las explicaciones y los nexos de causalidad, que carga afectivamente una narración mediada por condiciones objetivas percibidas de manera parcial. Se trata de un sujeto marcado por traumas, afectado por mandatos y por su propio inconsciente; un sujeto que se

puede aproximar solo al pasado que le es accesible, en el que espera encontrar potencialidades para un futuro imaginado desde su propia voluntad política, desde sus representaciones y deseos utópicos. De tal manera, se trata de un sujeto que relata el pasado para intervenir en el presente y en el futuro de una región.

En consecuencia, pienso los textos literarios e historiográficos como elaboraciones sintomáticas de conflictos reales, como expresiones subjetivas de antagonismos sociales. Estas formas narrativas son, a su vez, autónomas y dependientes del mundo social en el que surgen.

Entonces, entiendo que los traumas sociales y personales se encuentran en ese sujeto que enuncia y que narra, a veces con una mayor cercanía a los acontecimientos; a veces menor. Sin duda, esa subjetividad se puede leer en los textos organizada en un sistema de posiciones subjetivas. De tal manera, el hiato entre lo ocurrido y lo contado, entre el tiempo vivido y narrado, está mediado y tramitado por ese sujeto que pone en la narración algo de aquellos traumas y quien, al igual que los textos, ocupa un lugar social y comparte un mismo universo cultural. Esos relatos, cargados de subjetividad, son el objeto de estudio de este trabajo. No existe un acceso directo a la historia, una vía sin intermediarios hacia el trauma. Dicho de otro modo, no existe una forma completa de representar lo real. A lo más que podemos aspirar es a bordearlo y a enunciarlo desde nuestras limitaciones, siempre con palabras insuficientes y resquebrajadas que imposibilitan una representación exacta. Toda tentativa de “representación” es por sí misma un agregado, una participación que altera el orden social en el cual esta se enuncia y se expone.

Entender las narraciones como huellas o vestigios implica otro cuestionamiento al objetivismo, a la teoría del reflejo casi mecánico y a la idea ingenua de la transparencia.

“En otras palabras, se destaca la necesidad de eludir un realismo ingenuo que adopta los materiales del historiador como fiel reflejo del devenir temporal de las sociedades y que pondera su objetividad como criterio de cientificidad. Las impugnaciones también afirman el carácter socialmente construido de las huellas

del pasado y cómo estas registran las relaciones de poder que atraviesan a la sociedad.” (Ortiz, B. 2017. p. 4).

Finalmente, pienso que las novelas y los textos historiográficos no son lo mismo. Sin embargo, comparten su naturaleza narrativa, en la que está implícito ese sujeto que los antecede, los crea, ordena y que posibilita tanto la ficción literaria como las tentativas de representación o de exposición y explicación historiográfica de acontecimientos que se estructuran en tramas que les dan sentido y que despliegan un mundo en tensión.

### **Los tres registros lacanianos: sujeto y sociedad**

La relación entre las condiciones materiales y el pensamiento no es mecánica ni directa. La historia es narrada desde múltiples perspectivas, cada una de ellas elaborada por “sujetos activos y situados” que transfieren afectos e ideologías a aquello que organizan en su narración.

La manera en que un sujeto individual se relaciona con la sociedad en la que está inserto y con el mundo, la pienso también desde los tres registros planteados por el psicoanalista francés Jacques Lacan: lo real, lo simbólico y lo imaginario. Eso sí, enriquecidos por el sentido que les da Zizek, en contigüidad con el que les dan Fredric Jameson y también el sociólogo argentino Eduardo Grüner, quienes extienden los alcances de esos tres registros lacanianos.

En su libro *Imaginario y simbólico en Lacan*, Jameson se refiere así a los tres registros:

“(…) lo Real, o lo que es percibido como tal, es lo que resiste a la simbolización en forma absoluta. Sin embargo, no es demasiado difícil decir cuál es el significado de lo real en Lacan. Es simplemente la Historia misma.” (Jameson, F. 2014. p. 48).

Desde el psicoanálisis laciano, lo real es la historia misma del sujeto. Según Jameson, también es la historia social a la que solo podemos aproximarnos mediante el lenguaje. Lo imaginario, para estos pensadores, es la forma mediante la cual damos cuenta de la experiencia vivida en la que entran los fenómenos de la conciencia, de las formas de pensar y de percibir eso que llamamos lo real. Lo simbólico, por su parte, tiene una doble dimensión: por un lado, es la legalidad del lenguaje; por otro, hace referencia a las relaciones entre los elementos que

estructuran al sujeto. Desde la teoría lacaniana, en el registro de lo simbólico entran a jugar el gran Otro, el nombre del Padre, el objeto de deseo y el fantasma desde el cual cada uno ve la vida. En consecuencia, desde el orden de lo simbólico se constituye aquello que se entenderá como ideales a seguir y como deshechos, lo cual es sumamente valioso a la hora de pensar las batallas ideológicas dentro de la Guerra Fría y la lógica binaria entre amigos y enemigos, aliados y rivales, comunistas y capitalistas.

La crítica literaria de la que parto no se queda en lo fenomenológico ni en el esteticismo de lo textual. Si antes dije que los hechos no se cuentan solos, ahora digo que los textos no se escriben solos ni se interpretan entre ellos como si fueran abstracciones, estructuras o entes que se comunican entre sí sin intermediarios. La literatura y la historiografía son productos socioculturales mediados por subjetividades en las que opera lo real de las historias personales, de las sociedades y de los lugares sociales en los que esas subjetividades viven, desean, sufren y piensan, atravesadas por lo ideológico.

Un ejemplo de esto lo plantea Roland Barthes, sobre la ideología de la burguesía francesa, en su libro *Mitologías*:

“Toda Francia está anegada en esta ideología anónima: nuestra prensa, nuestro cine, nuestro teatro, nuestra literatura de gran tiraje, nuestros ceremoniales, nuestra justicia, nuestra diplomacia, nuestras conversaciones, la temperatura que hace, el crimen que se juzga, el casamiento que nos conmueve, la cocina que se sueña tener, la ropa que se lleva, todo en nuestra vida cotidiana, es tributario de la representación que la burguesía se hace y nos hace de las relaciones del hombre y del mundo.” (Barthes. R. 235.p. 1980).

Lo mismo ocurrió con las tensiones bipolares de la Guerra Fría: penetraron la vida de la humanidad.

Así, la crítica textual que compartimos busca entrelazar dialécticamente la relación entre los tres registros lacanianos, no para aproximarnos a la estructura psíquica de una persona o de un autor, sino para comprender cómo las novelas y los textos historiográficos están organizados desde un sistema de posiciones de

sujeto inevitable, activa y socialmente situada, configuración en la que se lee la ideología y a la cual antecede lo real de la historia, el acontecimiento.

Entonces, desde esta tradición de pensamiento, lo real es aquello imposible de ser verbalizado. Si en su teoría del inconsciente político, Jameson plantea que la historia es lo real<sup>5</sup>, Zizek dice, a su estilo, que el acontecimiento como lo real “es el encuentro traumático con una Cosa divina.” (Zizek, S. 2014. p. 110).

El psicoanalista argentino Jorge Alemán sintetiza en su ensayo *Borges y lo real* lo que me interesa trabajar a partir de la teoría de los tres registros de Lacan.

“Lo real no es la realidad. La realidad es la trama simbólica en la que estamos despiertos y a la vez dormidos en nuestra propia vigilia. En la realidad fluyen los símbolos, se organizan las palabras y todo tiene un sentido. Lo real en cambio es lo que se sustrae a la realidad, a todo intento de pensamiento, logra nunca capturar, a lo sumo contornear el borde que localiza ese vacío. Ahora bien, esta es solo una versión de lo real. A veces lo real, o alguno de sus fragmentos, se empeña en manifestarse y el resultado no tiene ninguna gracia. Cuando lo real se manifiesta, la realidad se disloca. Lo real aparece siempre en forma de locura, de trauma, de pesadilla o de experiencia mística (...) En esta otra versión, lo real, en lugar de sustraérsenos, se manifiesta de forma violenta. El ejemplo, en este caso es la presencia del duelo en Borges que, lejos de ser una muestra de criollismo, es la demostración de que ningún sistema simbólico, por muy perfecto y contractual que sea, ningún orden institucional, ninguna relación política contractual formalizada, logra eliminar del todo el resto de violencia que la fundación de todo lazo social conlleva.” (Alemán, J. 2016. pp.149-150).

Por su parte, Eduardo Grüner en su libro *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*, enuncia distintas formas de pensar la literatura en relación con la historia. Al respecto dice:

- La literatura es ejemplo vívido de la historia. (Grüner, E. 2010. p. 419)
- La literatura ilustra la historia. (Grüner, E. 2010. p. 420)
- La literatura es una huella de la historia. (Grüner, E. 2010. p. 421)

---

<sup>5</sup> Documentos de civilización, documentos de barbarie. Jameson, Fredric. Alianza editorial. México. 1989.

En el título de este trabajo la palabra huella se entiende en un sentido amplio, justamente como registro narrativo que escenifica los conflictos de la historia. Esto es, formas imaginarias de elaborar el pasado, atravesadas por el orden simbólico, mediante las cuales surgen conflictos del orden de lo real, en este caso específico acontecimientos de la Guerra Fría en Centroamérica y el Caribe.

Coincido con Grüner cuando dice de manera bajtiniana en *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*<sup>6</sup> que el texto es escenario y parte de la historia, dicho de otro modo, en la lógica del texto está el conflicto histórico. Desde estas ideas entiendo la palabra huella, es decir, como un vestigio narrativo a partir del cual se puede elaborar una reflexión teórica. Un vestigio al que tenemos acceso gracias a la actividad de un sujeto que lee en los rastros dejados desde tiempos lejanos una serie coherente de acontecimientos, un sujeto que lee indicios y construye tramas.

Para Grüner, lo real y la ficción son polos en tensión dialéctica. La ficción tiene su autonomía, su especificidad y es desde esa especificidad que se conecta con lo real de la historia. A su vez, él habla de un inconsciente literario: en la literatura retorna lo reprimido del conflicto social. Es así como las culturas vencidas tienen voz en la literatura.

“Como saben bien los psicoanalistas, un olvido nunca es completo: puede disfrazarse, desplazarse, “encubrirse”, (con lo que Freud llama precisamente un recuerdo encubridor), pero su completa represión, su “forclusión”, es siempre parcialmente fallida, tarde o temprano retornará lo reprimido, en forma fragmentaria, espasmódica, sintomática.” (Grüner, E. 2010. p. 248).

Desde esta lógica del retorno de lo reprimido, lectura sintomática de lo real, comprendemos tanto los textos historiográficos como los literarios. Son operaciones, configuraciones, elaboraciones ficcionales mediadas por una subjetividad que además ejerce sus talentos narrativos, explicativos, investigativos, inventivos y creativos. Una subjetividad que se conoce en los textos, sin necesidad

---

<sup>6</sup> Ver página 421 de ese libro.

de entrevistar a sus autores; que expresa en los textos tensiones ideológicas que provienen de otros lugares.

“*Escribir la historia, escribir el trauma*”, dice Domick Lacapra en el título de su libro sobre la forma de contar la violencia de los nazis contra los judíos, sobre las implicaciones subjetivas vigentes a la hora de acercarse a ese tipo de temas. El acontecimiento, el trauma y lo real no son lo mismo, pero sus efectos en la subjetividad son similares. El trauma es el choque en lo real, la alteración del mundo; el síntoma es el resultado de un exceso en la experiencia vital; y el acontecimiento es la forma de reaccionar ante esto. El acontecimiento implica una elaboración que intentaremos leer en los textos historiográficos y en las novelas escogidas para este trabajo, desde los cuales nos aproximaremos a la Guerra Civil del 48 en Costa Rica y a los conflictos políticos y a las soluciones que para ellos tuvieron lugar durante la década de 1944 a 1954 en Guatemala. Ambos procesos los pienso en un contexto de influencias geopolíticas ejercidas por parte de las dos superpotencias del orden mundial bipolar, principalmente por los Estados Unidos.

En el caso de la Revolución cubana, tal vez el acontecimiento más intenso de la Guerra Fría en América Latina, analizaré las influencias ideológicas bipolares, el imperialismo, las alianzas internacionales, las invasiones militares, la idea de revolución y el horizonte de posibilidad de esa categoría política, desde la actualidad, con todo lo que ha pasado hasta hoy.

“Ningún otro acontecimiento de la segunda mitad del siglo XX en América Latina tuvo mayor impacto que la entrada triunfal de Fidel Castro en La Habana el 1 de enero de 1959 (...) Anhelaban libertad, justicia y democracia.” (Strausfeld, M. 2021.p.321).

### **Transferencia en la narración y tipos de sentido**

Otro concepto fundamental para la comprensión del sujeto y su participación en la elaboración de textos es el de *transferencia en la narración*, que utiliza Dominick LaCapra.

Este autor plantea que ningún historiador ni novelista es afectivamente neutral ante lo que narra, ya que en sus trabajos siempre está presente una

transferencia afectiva que se puede leer tanto en la selección del tema como en su forma de organizarlo, configurarlo y estructurarlo.

“De ahí que la vivencia del historiador, incluida su respuesta afectiva, estén en juego complejamente, de muy diversas maneras, en la comprensión (o el conocimiento, en un sentido amplio que incluye la cognición, pero no está limitado a ella). Contribuye a definir las posiciones de sujeto del historiador y puede operar como justificación inicial para hablar en determinada voz.” (LaCapra, D. 2005. p. 62).

También es relevante la categoría de tipos de sentido, propuesta por este autor en ese mismo libro. Con ella se refiere al orden trágico, cómico, épico, heroico, individualista moderno, que pueden tener un relato o una ficción, ya sea historiográfico o novelístico. Esos tipos de sentido son posiciones subjetivas que no considero una lista cerrada o camisa de fuerza interpretativa, es decir, pueden ser más. Pueden ampliarse o combinarse.

Grüner agrega, en su libro *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*, el tipo de sentido que podemos llamar *contraépico*, para hablar de aquel que narra el movimiento de las culturas vencidas en tensión por su emancipación. Este punto de vista resulta de crucial importancia a la hora de pensar elaboraciones textuales que se oponen a las historias oficiales, a las narraciones de los vencedores, que vendrían a ser las épicas, por ejemplo, la de la modernidad europea triunfante en una colonia como lo fue Haití, que es el caso que trabaja Grüner en este libro.

El modo *contraépico* implica un combate y una toma de posición en favor de las culturas vencidas, es decir, es una afirmación ideológica y política, es un leer y escribir contra corriente, es la elaboración de una *contrahistoria* donde se le da voz a los siervos, a los marginales, a los vencidos y, a su vez, es una apuesta por la reivindicación de sus ideales, una voluntad de defender sus causas. Es por ello que esta categoría, *contraépica*, que es otra épica, me resulta tan útil para pensar novelas o libros historiográficos que toman partido por los comunistas en la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica, o por los defensores de las causas de Juan José

Arévalo y de Jacobo Arbenz en la Guatemala de 1944 a 1954 o por la opción socialista de los cubanos después de 1961. La imagen que nos hacemos de un acontecimiento social depende del lugar en el que nos ubiquemos para contar la historia y del género que escojamos para hacerlo. Convertir la tragedia en épica implica también un acto de rebeldía.

En *El texto histórico como artefacto literario*, Hayden White plantea lo siguiente:

“Los argumentos son incorporados en un relato mediante la supresión y subordinación de algunos de ellos, y el énfasis en otros, la caracterización, la repetición de motivos, la variación del tono y el punto de vista, las estrategias descriptivas alternativas y similares; en suma, mediante todas las técnicas que normalmente esperaríamos encontrar en el tramado de una novela o de una obra. Por ejemplo, ningún acontecimiento histórico es intrínsecamente trágico; puede ser concebido como tal solo desde un punto de vista particular o dentro del contexto de un conjunto estructurado de acontecimientos, entre los cuales goza de un lugar privilegiado. Porque en la historia, lo que es trágico desde una perspectiva resulta cómico desde otra (...)” (White. H. 2003. p. 113).

Para este autor, toda narración historiográfica es provisional, lo cual muestra también su carácter de invención ficcional, semejante a lo que ocurre en las novelas. Esto no significa que sean mentiras o distorsiones ideológicas: implica un mayor conocimiento de la naturaleza narrativa de la historiografía y de la inevitable mediación subjetiva que opera como condición de posibilidad de cada una de esas narraciones, las cuales son formas distintas de configurar tramas de significado para los acontecimientos en las que se leen las tendencias, tribulaciones y tensiones de la ideología de tres tiempos, el tiempo que se cuenta, el tiempo desde el cual se cuenta y el tiempo desde el cual se lee.

Esta misma idea la escribe Alejo Carpentier en su novela *El siglo de las luces*, refiriéndose al acontecimiento de la Revolución francesa:

“A medida que las naves se alejaban del continente, la Revolución, dejada atrás, se simplificaba en las mentes: ajeno al barullo de los corros callejeros, a la retórica de los discursos, a las batallas oratorias, el Acontecimiento, reducido a esquemas, se deslastraba de contradicciones. La reciente condena y muerte de Dantón se hacía mera peripecia en el curso de un devenir visto, en la distancia, a la medida de los anhelos de cada cual.” (Carpentier, A.1993.pp.140-141).

En su ficción, Carpentier recrea el hiato entre lo acontecido y lo narrado. De la Revolución francesa que los personajes de *El siglo de las luces* vivieron desde su condición jacobina y caribeña, nos quedan esquemas, relatos contados desde las contradicciones y los anhelos de cada cual.

No hay más, así son las operaciones subjetivas con las que contamos para viajar al pasado, ya sea mediante las novelas o los textos historiográficos.

“(…) la toma de partido es un componente necesario de la narrativa, y esto es inevitable debido al objeto de la historiografía: las sociedades fracturadas no pueden ser descritas desde un lugar neutral, puesto que como ha expuesto Horkheimer, su conceptualización siempre asume una posición dentro del campo que busca explicar. La parcialidad es por tanto inevitable, tanto por el carácter inherentemente político de la teoría social, como por la misma naturaleza de la narratividad: mientras que la conceptualización abstracta puede esconder con dificultad sus tomas de partido, la narración del todo no puede hacerlo.” (García, G. 2022.p.98).

El historiador francés Ivan Jablonka, en su libro *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, hace un recorrido histórico analizando estas dos ramas del saber, la historiografía y la novela, desde el momento en que no estaban separadas hasta la modernidad, cuando la primera siguió el camino de la “ciencia” y a la segunda se le ubicó dentro de las bellas artes; clasificación que tuvo, y todavía tiene, efectos en nuestras academias.

“La historia, en consecuencia, no propone más que una imagen truncada del mundo, indiferente a la experiencia común. La ficción novelesca, por su parte, fundada en la verosimilitud y en la identificación, se convierte en la verdad de la literatura. Sus

temas son las mociones del corazón, la vida interior, los sucesos psicológicos, las aspiraciones del individuo frente a las coacciones sociales, la excepcionalidad dolorosa.” (Jablonka. I. 2014. p.195).

Jablonka también plantea el realismo literario como punto de encuentro entre estos dos saberes. El realismo como tendencia estética me interesa por la relación que tiene con la historia y con la historiografía, porque la novela realista y la historiografía comparten una episteme y porque todas las novelas escogidas por mí en este trabajo, con sus variantes, forman parte de esta corriente literaria.

En *Las antinomias del realismo*, Fredric Jameson se refiere así a las novelas realistas del siglo XIX europeo:

“Uno mira hacia atrás con cierta nostalgia, aquellas mezclas de sujeto y objeto en las que la narrativa se abría cuidadosamente camino a través de lo objetivo, mientras sus centros subjetivos se entrechocaban contra esto o aquello, transformando luminosa y fugazmente cada cosa que pasaba en una llamarada de percepción.” (Jameson, F. 2018.p.213)

Según Jablonka, la verdad subjetiva de la literatura implica una caja de herramientas cognitivas de la que pueden tomarse modelos de historicidad o de ejemplaridad, categorías de percepción de lo real, filosofías del tiempo y formas de interpretación del mundo.

Sobre la presunta objetividad en la historiografía y las pretensiones de exclusión del “yo”, este autor plantea:

“Todo investigador está en situación, pero no basta con recordarlo. Es preciso además que asuma su yo (moi), su arraigo espacio-temporal, su categoría social, sus intereses, su filosofía, su posición en el campo, es decir, que calcule la distancia que separa su punto de anclaje y el objeto de estudio que se ha asignado. Ese esfuerzo de localización ayuda a no engañarse con los propios prejuicios, a no ser rehén de sus intereses, una marioneta de sí mismo. Nos permite, mejor que la empatía y el “Verstehen”, liberarnos de nosotros mismos.

La objetividad en historia no tiene, entonces, nada que ver con la desaparición del yo, la neutralidad (o, mejor, la neutralización), el escamoteo omnisciente del narrador. Se basa, al contrario, en la descripción de su posición, previa la crítica individual y colectiva de sus hipótesis. El problema no es ser un heredero, es callar que uno lo es.” (Jablonka, I. 2014. p.296)

Reconocer la naturaleza ficcional de las narraciones historiográficas y de las novelas, así como la mediación subjetiva de ambos tipos de texto, antes que mostrarlos como falsos, aumenta el conocimiento que tenemos sobre los relatos, su vínculo con el mundo social, sus límites y posibilidades. No sin antes dinamitar el realismo ingenuo y autoritario de “los hechos que hablan por sí mismos”, forma de pensar desde la cual tantas versiones de la vida se han impuesto como si fueran únicas verdades científicas y neutrales que, una vez puestas en perspectiva, dejan ver sus intenciones políticas, sus presupuestos epistemológicos, su subjetividad oculta, su ideología y su lugar de enunciación.

En la constante interacción entre la historiografía y la novela realista, es importante cómo los novelistas, en su búsqueda de verosimilitud y de perfeccionamiento de la técnica narrativa, inventan narradores cercanos a los que cuentan los textos historiográficos. La pregunta “¿quién cuenta la historia?”, es central tanto para novelistas como para historiadores.

### **El concepto de huella**

En relación con el paradigma indiciario, en su libro *Mitos, emblemas e indicios*, Carlo Ginzburg afirma de manera poética que el investigador del pasado “lee en los rastros mudos dejados por la presa una serie coherente de acontecimientos.” (Ginzburg, C. 2010.p.144)

Esos rastros son las fuentes del historiador y las vivencias subjetivas del novelista en su interacción con el mundo, las huellas que quedan en documentos y en las personalidades, puntos de partida que estimulan la elaboración de tramas que le dan sentido a un pasado desde un presente. Estas tramas, que constituyen novelas o textos historiográficos, llegan a ser huellas de momentos determinantes

o puntos de inflexión en la historia de las sociedades, que despiertan la voluntad de narrar y de explicar aquello que sucedió con tanta intensidad, aquello de lo cual se derivaron efectos de muy diverso orden.

En el primer tomo de *Tiempo y narración*, Paul Ricoeur cita a San Agustín: "(...) el pasado ya no existe, solo puede ser alcanzado en el presente, por medio de las huellas del pasado, convertidas en documentos para el historiador." (Ricoeur, P. 1996. p. 155)

El pasado se reconstruye mediante la imaginación y, entre las vías para realizar esta operación de la subjetividad, encontramos los métodos del historiador y la creatividad inteligente del novelista, formas de saber y narrar que se entrecruzan, retroalimentan y que en esta investigación se entienden como huellas en las que estudiaremos algunas de las tramas que le han otorgado sentido a la Guerra Fría en América Latina

### **Historia y mimesis**

Para dar cuenta de las complejíssimas relaciones que tienen lugar entre la elaboración de formas narrativas, el tiempo y el mundo social, en *Tiempo y narración*<sup>7</sup> Paul Ricoeur propone tres momentos de la mimesis. En el primero hace referencia a las competencias previas de los autores que les permiten simbolizar una acción que es susceptible de ser contada y ante la cual se siente la necesidad y la voluntad de narrarla.

Sobre esta preconcepción subjetiva y cultural se levanta la construcción de la trama, que constituye el segundo momento de la mimesis en el que la narración es entendida como configuración de sentido que entrelaza una serie de acciones humanas que se exponen en las novelas y que se explican en los textos historiográficos y en los cuales se elaboran acontecimientos que han tenido lugar efectivamente. Estas tramas tienen su orden de temporalidad, sus voces narrativas y sus sistemas de posiciones subjetivas, con la respectiva visión de mundo que esto

---

<sup>7</sup> Ver páginas que van de la 115 a la 169, del primer tomo de *Tiempo y narración*. Libro incluido en la bibliografía.

conlleva. De alguna manera, en este segundo momento estarían los procedimientos de la novela realista trabajados por Eric Auerbach en su libro *Mímesis. Representación de la realidad en el mundo occidental*.

Para finalizar, el tercer momento de la mimesis, según Ricoeur, es aquel en el cual interactúan el mundo del texto y el mundo del lector, de tal manera que la lectura impacta la vida cotidiana permitiendo a los lectores construir un horizonte, una serie de referencias abierta, entre otras cosas, por los libros leídos, gustados e interpretados. Libros que pueden ser novelas o textos historiográficos, formas narrativas que se entrecruzan y retroalimentan. En ambas lecturas se continúa la narración de una historia, se configura una temporalidad: el tiempo común de los personajes literarios o el tiempo público de la historiografía; el tiempo vivido y el tiempo del mundo; el tiempo de la fenomenología y el tiempo de la cosmología.

“El entrecruzamiento entre la historia y la ficción en la refiguración del tiempo descansa, en último análisis, en esta imbricación recíproca, entre el momento cuasi histórico de la ficción que cambia de lugar y el momento cuasi de ficción de la historia. De este cruce, de esta imbricación recíproca, de este intercambio de lugares, procede lo que se ha convenido en llamar el tiempo humano, en el que se conjugan la representación del pasado mediante la historia y las variaciones imaginativas de la ficción, sobre el fondo de las aporías de la fenomenología del tiempo.” (Ricoeur, P. 1996. p. 440, tomo III).

Tanto el novelista como el historiador están implicados en la comprensión y explicación de aquellos acontecimientos que seleccionan en función de una problemática que los estimula. Sin embargo, los historiadores realizan esa explicación de manera formal y explícita, mientras que en las novelas esta explicación se encuentra expuesta de manera implícita o indirecta.

Tal y como ocurre en el derecho penal, los acontecimientos seleccionados por el historiador son sometidos a prueba y no quedan sujetos exclusivamente a la coherencia estética que persigue el novelista, libre él de la verificación empírica de las tramas que configura su imaginación. Sin embargo, entre el mundo social y la trama se presenta una intervención, una operación subjetiva, una *aplicación* que

tanto en el relato historiográfico como en el literario involucra los tres momentos de la mimesis que plantea Paul Ricoeur en *Tiempo y narración*.

Al igual que el *ser*, las formas narrativas son realidades sociales. Están en el mundo, surgen de él, se independizan y diferencian en la trama y, después, vuelven al mundo gracias al lector que les da sentido, que sigue el tiempo lineal de los relatos historiográficos y que se identifica con el tiempo fenomenológico y no lineal de las novelas modernas. Porque, como dice Paul Ricoeur, narrar es, en cualquiera de las formas que se escoja para hacerlo, narrar el tiempo humano.

### **1.9.1 Justificación del corpus seleccionado**

A cada uno de estos acontecimientos sociopolíticos en estudio me aproximaré analizando las tramas configuradas en los textos seleccionados, los cuales pensaré vinculando la relación entre el referente histórico-contexto y la enunciación-sujeto-trama. Intentaré comprender las direcciones ideológicas del texto, el sistema de posiciones de sujeto con su visión de mundo implícita, el uso de los narradores, la exposición del conflicto y la elaboración de su eventual resolución. Esto aplica tanto para los textos historiográficos como para las novelas.

Además de comparar los conflictos políticos que constituyen los temas de cada uno de los libros a interpretar y de diferenciar sus formas de narrar, tanto desde las novelas como desde la historiografía, integraré la lectura de ambas perspectivas para comprender mejor los acontecimientos sociopolíticos que enuncian esos textos, los momentos traumáticos y el tipo de elaboración de sentido realizada acerca de ellos.

Como orden previsto, he expuesto en el capítulo anterior un panorama general de los efectos de la Guerra Fría en América Latina, con énfasis en Costa Rica, Guatemala y Cuba. Después, para cada uno de los tres acontecimientos sociopolíticos que me interesan, analizaré, usando los conceptos y categorías teóricas expuestos, la visión historiográfica y la novelesca para finalmente integrarlas, contando así con una valoración final del acontecimiento reconstruido mediante estas formas de narrar.

### **1.9.2 Corpus**

Los libros a trabajar sobre Costa Rica son *Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica, 1940-1948* (2015), de David Díaz y *Los leños vivientes* (1962), de Fabián Dobles.

Estos fueron escritos en períodos muy distintos y ambos pretenden dar cuenta de lo ocurrido o parte de lo ocurrido en la última guerra costarricense, la de 1948, conflicto cuya resolución brinda las bases para el rumbo que siguió Costa Rica durante la Guerra Fría, decididamente vinculado a los intereses de los Estados Unidos, aunque adoptando una opción política socialdemócrata y no dictatorial.

El libro de David Díaz da una visión panorámica de este conflicto y lo hace mediante relatos en disputa, memorias que representan a los distintos bandos que se enfrentaron primero con las armas y después con las palabras y con los discursos. El libro de Díaz, además, devela la producción de Rafael Ángel Calderón Guardia como un significante que le dio significado a las demandas sociales y rastrea la organización sindical y el papel de los comunistas al producirla y la forma en la que eso se vinculó con la imagen de Calderón Guardia. Sumado a esto, el texto muestra cómo se originó la violencia de los años cuarenta en Costa Rica y explora la guerra civil desde abajo dándole mucha importancia a la producción de símbolos políticos como elementos que estuvieron presentes durante todo el período de estudio.

Por su parte, Fabián Dobles en su novela *Los leños vivientes* cuenta la represión sufrida por los comunistas, la forma de vida de las clases populares, de los obreros, los linieros y de los campesinos en una de las primeras aproximaciones desde la ficción, y desde la perspectiva comunista, a la Guerra Civil de 1948 y a su contexto. Sobre esta guerra se han publicado siete u ocho novelas que la abordan de manera tangencial. Entre 1960 y nuestros días, con distintos estilos, siguiendo diversas tradiciones literarias, con mayor o menor dominio técnico, con diversos lenguajes y defendiendo en algunos casos posiciones políticas encontradas, la literatura costarricense ha hablado de la guerra mostrando las heridas, las traiciones y los anhelos, y ha abierto avenidas hacia el pasado. Sin embargo, desde mi punto de vista, la “gran” novela sobre la Guerra Civil de 1948 no se ha escrito. Una novela

de grandes escenarios, de numerosos personajes y de dimensiones totales no se ha hecho todavía.

He realizado un inventario de novelas que tratan la Guerra de 1948 en Costa Rica: *Alma nativa*, de Juan Andrés Solano (1960), *Los leños vivientes*, de Fabián Dobles (1962), *Los vencidos*, de Gerardo César Hurtado (1976), *Final de calle*, de Quince Duncan (1978), *El eco de los pasos*, de Julieta Pinto (1979), *Cachaza*, de Virgilio Mora (1975), *Hasta encontrarnos de nuevo*, de Sergio Muñoz (2008) y *La sed de los días*, de Celso Romano (2017). Entre estas obras me parece que *Los leños vivientes*, de Fabián Dobles es la que se ajusta mejor a mis intereses por la perspectiva que abre, por mostrar la represión vivida por los comunistas, perdedores de la guerra, lo cual es importante para esta investigación. También da cuenta de las migraciones campesinas a la ciudad de San José, de la vida en los barrios populares y de la historia de linieros y bananeros de la zona sur del país, quienes en la guerra pelearon del lado de los comunistas. *Los leños vivientes* muestra las condiciones de vida de las clases populares, poco tiempo antes de que estallara la Guerra Civil, durante la guerra y también poco después de ella. Habla de los pobres en su cotidianidad, en las cárceles y en la lucha política por lo que posibilita el análisis y la interpretación teórica sobre las relaciones existentes entre *lo real histórico* y las novelas, teniendo como telón de fondo los conflictos sociales que desembocaron en la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica.

En el caso de Guatemala, los libros a trabajar son *Tiempos recios* (2019), de Mario Vargas Llosa y *La esperanza rota. La Revolución Guatemalteca y los Estados Unidos. 1944-1954* (2008), de Piero Gleijeses.

*Tiempos recios* cuenta el golpe militar dado al gobierno democrático de Jacobo Arbenz que trajo consigo el ascenso al poder de Carlos Castillo Armas, su magnicidio y a su vez expone las tramas ideológicas propias de la Guerra Fría que legitimaron estas acciones, la injerencia de los Estados Unidos en la región centroamericana y una reflexión sobre las distintas opciones de reacción a esta injerencia. Siguiendo las reglas y las libertades de la ficción, Vargas Llosa reconstruye aquellos momentos críticos y caóticos en Guatemala, tomando personajes históricos para convertirlos en literarios, y crea una trama envolvente y

vertiginosa en la cual la historia le hace préstamos a la ficción para enriquecer la verosimilitud. La escogencia de esta novela, a pesar de que el autor no es guatemalteco, encuentra respaldo en la coincidencia del acontecimiento histórico que aborda con el que se estudia en este trabajo y a la ubicación que se le da dentro de las coordenadas de la Guerra Fría, lo cual conecta directamente con mis intereses.

La nacionalidad del autor no borra la posibilidad de comprender a *Tiempos recios* como una huella narrativa más de lo ocurrido en Guatemala entre 1944 y 1954 y, desde luego, en esta novela se pueden leer esas tensiones políticas, la dirección ideológica y el juego de posiciones subjetivas que me interesa pensar y exponer en este trabajo. Además, la explícita posición política del autor permite comparar también sus artículos de opinión con la posición política sostenida en la novela en relación con un personaje tan importante para Latinoamérica como Juan Jacobo Arbenz.

Por su parte, el libro de Piero Gleijeses sobresale por analizar el intervencionismo norteamericano en el golpe dado a Jacobo Arbenz y expone, desde la historiografía, las condiciones que posibilitaron ese acontecimiento político, realizando para ello una historia de las relaciones de poder en Guatemala.

En cuanto a Cuba, los libros a trabajar son: *La consagración de la primavera* (1979), de Alejo Carpentier e *Historia de la Revolución Cubana* (2009), de Sergio Guerra y Alejo Maldonado.

*La Consagración de la primavera* permite reflexionar sobre esa relación de múltiples vías que se da entre la literatura y la historia. En ella, distintos acontecimientos del siglo XX son expuestos desde las posibilidades que da la ficción literaria, contando para ello con una visión materialista de la historia. Uno de estos momentos determinantes es la Revolución cubana y su reacción a la invasión de Bahía de Cochinos en 1961, momento crucial dentro de las disputas y tensiones políticas de la Guerra Fría en América Latina, en las que Cuba ocupa un lugar central.

El libro de Sergio Guerra y Alejo Maldonado ofrece una síntesis de la Revolución cubana cincuenta años después de su triunfo. Explica sus

antecedentes, causas, pretensiones, las distintas fuerzas enfrentadas y su intenso vínculo con las dinámicas del mundo bipolar de la Guerra Fría.

Estas referencias forman parte de las razones que me han llevado a escoger el corpus, ya que todos los libros escogidos son ricos para alcanzar los objetivos previstos, esa reflexión acerca de la compleja relación que existe entre historia, historiografía y novela, así como la participación subjetiva en la elaboración de relatos atravesados por la ideología. En el estudio de cada uno de estos libros se pueden establecer diálogos entre los discursos políticos, ideológicos, estéticos e historiográficos presentes en ellos, relevantes desde el punto de vista teórico que pienso estos asuntos.

El trabajo hermenéutico sobre cada uno de estos libros se realizará por medio de conceptos claves, los cuales provienen del marco teórico expuesto y se usarán considerando tanto las diferencias como las similitudes entre los relatos historiográficos y las novelas. Entre estos conceptos están: ideología, dirección ideológica de la narración, sistema de posiciones subjetivas socialmente situadas, relaciones de fuerza, trama, carga afectiva en la narración, mimesis, realismo, clases sociales, episteme, acontecimiento, real, simbólico, imaginario, entre otros.

Con las interpretaciones a realizar buscaré exponer la imbricación existente en cada texto entre forma narrativa, presentación y resolución de conflictos sociales, visión política y subjetividad.

Cada uno de estos seis libros brinda material suficiente para ser estudiado en esta investigación; sus temáticas y los géneros narrativos en los cuales están contados incluyen aspectos fundamentales para la hermenéutica a realizar, dados los objetivos que me he propuesto alcanzar.

### **1.10-Propuesta capitular**

Los capítulos de esta investigación son:

- 1- Introducción, justificación, delimitación espacial y temporal, corpus, estado de la cuestión y marco teórico.
- 2- *La última guerra entre costarricenses*. La Guerra Civil de 1948 en Costa Rica, comparación e interpretación estética y política a partir de la representación que propone cada texto literario e historiográfico seleccionado.

- 3- *La sombra de los Estados Unidos*. La “década democrática” en Guatemala de 1944 a 1954, comparación e interpretación estética y política de la representación que propone cada texto literario e historiográfico seleccionado.
- 4- *Revolución y Guerra Fría*. Los primeros años de la Revolución Cubana, de 1959 a 1962, comparación e interpretación estética y política de la representación que propone cada texto literario e historiográfico seleccionado.
- 5- Conclusiones elaboradas desde la Costa Rica del siglo XXI.

#### **1.11- Cronograma**

- 1- Tiempo previsto para terminar el primer capítulo: abril de 2024.
- 2- Tiempo aproximado para terminar el segundo capítulo: julio de 2024.
- 3- Tiempo aproximado para terminar el tercer capítulo: diciembre de 2024.
- 4- Tiempo aproximado para terminar el cuarto capítulo: febrero de 2025.
- 5- Tiempo aproximado para terminar el quinto capítulo: abril de 2025.

## **2-Capítulo 2. La última guerra entre costarricenses. La Guerra Civil de 1948 en Costa Rica**

En este capítulo interpretaré la representación de contenidos políticos, ideológicos, formales y estéticos en *Los leños vivientes*, de Fabián Dobles y en *Crisis social y memorias en lucha. Guerra Civil en Costa Rica, 1940-1948*, de David Díaz. Utilizando estos libros como fuentes complementarias entre sí me aproximaré a la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica suponiendo que los bandos en disputa estuvieron afectados por las dinámicas de la Guerra Fría y que el conocimiento de este conflicto se potencia al utilizar en su comprensión una novela y un texto historiográfico.

### **2.1- *Los leños vivientes***

En 1962 Fabián Dobles publica la novela *Los leños vivientes* y se la dedica a Carmen Lyra. Ambos escritores fueron comunistas y sufrieron en carne propia los rigores de la persecución política por sus ideas. Esta es la novela de Dobles sobre la Guerra Civil de 1948 y sobre algunas de las tensiones sociales que vivió Costa Rica en la década de los años cuarenta del siglo XX. Ese es el telón de fondo para las historias que se entrelazan en esta obra realista, pero también experimental y compleja. En ella las ideas políticas sobre lo que ocurrió en el país, y a veces en el mundo, son expresadas en los diálogos entre personajes y también en un relato escrito por uno de ellos, un aprendiz de escritor. Las intervenciones del narrador omnisciente son cortas y su función es la de brindar una información que ordena y aclara aquello que se relata. Esta es una novela polifónica: el punto de vista del narrador cambia constantemente y distintas voces presentan su perspectiva de la historia; lo cual exige una atención persistente y una participación de los lectores para unir los lazos de las tramas que se cuentan.

No existe en Costa Rica una novela que aborde la guerra de 1948 en su totalidad. Los intentos de narrar acontecimientos vinculados a esta confrontación bélica han sido modestos: el interés de escritoras y escritores ha sido el de contar

fragmentos, antecedentes, algunos momentos de aquel clima social que terminó cambiando el rumbo político del país en la segunda mitad del siglo XX.

En el caso de Fabián Dobles y *Los leños vivientes*, la guerra va apareciendo poco a poco en las voces de personajes marginales que desde sus puntos de vista muestran la cárcel en la que conversan presos políticos comunistas; o las calles de San José que recorre una campesina recién llegada a la capital junto a sus hijos sin padre; o la cabaña en la que asesinaron a combatientes populares; o la carnicería de un hombre de familia de izquierda, un muchacho que desde muy joven tuvo que asumir obligaciones de adulto dada la enfermedad de su padre y quien en la novela representa la solidaridad y la esperanza de un futuro mejor para los pobres, para las clases bajas de una sociedad que en la década de los años cuarenta del siglo XX se polarizó y se dividió de tal forma que el conflicto entre los bandos en disputa tuvo que dirimirse mediante las armas, en la que fue, hasta el día de hoy, la última guerra entre costarricenses.

En los años cuarenta en Costa Rica se sucedieron dos gobiernos: de 1940 a 1944 fue Presidente el Doctor Rafael Ángel Calderón Guardia; y de 1944 a 1948, Teodoro Picado. Estos períodos son quizás los más convulsos de la historia política costarricense del siglo XX: distintas fuerzas sociales entraron en disputa por el poder, por la conducción de una sociedad dividida y por la influencia en las decisiones de gobiernos sin una clara definición ideológica. En principio, ambos presidentes provenían de las clases gobernantes del país, pero, a diferencia de algunos de sus antecesores, tenían una sensibilidad social y una voluntad de cambio que los hizo entrar en conflicto con la oligarquía costarricense<sup>8</sup>, relación que empeoró una vez que el gobierno del Doctor Calderón, con el fin de fortalecerse, entró en alianza con los comunistas y con la Iglesia católica. Esto permitió llevar adelante una serie de reformas legales en materia laboral y de seguridad social que

---

<sup>8</sup> La oligarquía costarricense en esos años está conformada por empresarios dedicados a la agroexportación, al crédito y a las importaciones. Fueron propietarios de tierras, algunas de ellas dedicadas a la producción de café. Estos grupos fueron ideológicamente conservadores y tuvieron una poderosa influencia en los gobiernos anteriores a la década de 1940. En consecuencia, se incomodaron mucho con las reformas sociales iniciadas en el gobierno de Rafael Ángel Calderón Guardia.

favorecieron a la clase trabajadora y le garantizaron al Gobierno del Doctor Calderón el apoyo popular.<sup>9</sup>

Estas tensiones entre clases y personas, con gobiernos ideológicamente zigzagueantes, recorrieron toda la década generando explosiones de violencia intermitentes, actos terroristas, detonaciones de bombas, abusos de poder por parte de la policía, discursos incendiarios y confrontativos en la prensa y en la radio. Esta es la antesala de una guerra que fue iniciada por la anulación de las elecciones de 1948 en el Congreso debido a un presunto fraude, tesis sostenida por comunistas y gobernantes. Esas elecciones las ganó el candidato conservador Otilio Ulate, quien había aglutinado consigo a los grupos enemigos del Gobierno y de los comunistas, provenientes de distintas capas de la sociedad, los cuales salieron armados en su defensa, liderados por José Figueres y su Ejército de Liberación Nacional, ante lo que consideraron una violación de la democracia y de la voluntad popular expresada en las urnas.

Después de seis semanas de conflicto bélico, del 12 de marzo al 24 de abril de 1948, el Gobierno y los comunistas se rindieron. José Figueres y el Ejército de Liberación Nacional se proclamaron vencedores y tomaron las riendas del país durante 18 meses, mediante la Junta Fundadora de la Segunda República, hasta que, en cumplimiento de un pacto previamente acordado, le entregaron el poder a Otilio Ulate.

A grandes rasgos, estos son los agentes nacionales que participaron en una guerra que también contó con intervenciones extranjeras en un momento en el cual las repercusiones de una Guerra Fría que recién iniciaba se comenzaron a sentir en la región centroamericana y caribeña, histórica zona de influencia de los Estados Unidos de América.

José Figueres formaba parte de la Legión Caribe, una agrupación política internacional e informal cuyos miembros, centroamericanos y caribeños, estaban en contra de las dictaduras de derecha que tiranizaban la región y además eran aliadas estratégicas de los Estados Unidos. Parte de su plan incluía el acabar con estas

---

<sup>9</sup> Como referencia puede verse el libro *Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica. 1940-1948*.

dictaduras iniciando en Costa Rica, que, si bien no era gobernada por una dictadura de derecha, la oposición había propagado la idea de que los gobiernos consecutivos de Calderón y Picado en alianza con los comunistas constituían una dictadura tan nefasta como las de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, Tiburcio Carías en Honduras o Anastasio Somoza en Nicaragua.

Por tanto, la Legión Caribe y el Gobierno de Juan José Arévalo en Guatemala tuvieron una decisoria participación en la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica, conflicto que fue seguido muy de cerca por Washington, dada la presencia de comunistas en él y también de Figueres, miembro de ese grupo enemigo de sus aliados, los dictadores centroamericanos y caribeños. La toma de partido de los Estados Unidos por la oposición, el discurso anticomunista por un lado y el antiimperialista por otro son rasgos de la penetración ideológica en la sociedad costarricense de una Guerra Fría que iba a recorrer con fuerza la segunda mitad del siglo XX.

“De hecho, Figueres en un momento presentó su victoria de 1948 como la derrota al primer intento comunista por dirigir un país latinoamericano.” (Díaz, D. 2015. 253).

Al acercarse una batalla final en San José, los comunistas decidieron rendirse. El Gobierno ya había capitulado y, según el testimonio de Manuel Mora Valverde<sup>10</sup>, Anastasio Somoza desde la frontera norte y fuerzas militares norteamericanas desde el Canal de Panamá (sobre esto último no existe evidencia) vigilaban atentos por una posible intervención armada en territorio costarricense. Según los comunistas (en realidad es la versión de Mora cuestionada por Arnoldo Ferreto<sup>11</sup>, quien no aceptó la rendición) su rendición se dio para evitar esta invasión y una matanza entre costarricenses en San José.

---

<sup>10</sup> Manuel Mora Valverde fue un político y abogado costarricense que, junto a artesanos, estudiantes de Derecho y profesionales fundaron en 1931 el Partido Comunista de Costa Rica. Fue su secretario general durante varios años, también fue diputado, representando a los comunistas en distintos períodos legislativos entre 1931 y 1948. Tuvo un destacado papel en las negociaciones dentro del conflicto de 1948 y fue un referente dentro de los líderes comunistas latinoamericanos.

<sup>11</sup> Fue un político comunista costarricense, fue educador, diputado en representación de los comunistas entre 1974-1978 y 1982-1986. Dentro del Partido Comunista tenía una posición adversa a Manuel Mora Valverde, a quien consideraban reformista.

Una vez que José Figueres asumió el poder, su política hacia Washington fue distinta a la sostenida por la Legión Caribe. La clase gobernante costarricense fomentó relaciones de alianza y simpatía por los Estados Unidos, en un gesto de política internacional que definió el papel de Costa Rica en la región centroamericana y caribeña durante la Guerra Fría, impulsando una organización social compuesta por un Estado benefactor en un mercado capitalista, regidos ambos por una legalidad democrática.

Sin embargo, es de considerar que durante algún tiempo Figueres también fue acusado de comunista por sus enemigos.

“En ese sentido, don Pepe no solo estaba haciendo que sus oponentes olvidaran sus diferencias del pasado y se unieran para combatirlo, sino que sus enemigos también podían utilizar su actitud para acusarlo de ser comunista. Y eso era peligroso. En otro contexto, por ejemplo, las reformas emprendidas por Jacobo Arbenz para humanizar la brutal economía rural guatemalteca no estaban muy distantes de las pretensiones de Figueres de establecer un control económico por parte del Estado en Costa Rica. En ese mismo sentido, la violenta acción contra el gobierno de Arbenz constituía una prueba de que la CIA no dudaría en tomar acciones contra aquellos gobiernos que considera como enemigos de los intereses de los Estados Unidos.” (Díaz, D. 2015. 313-314).

Si el anticomunismo era una tendencia ideológica tan fuerte en ese período, desde luego a los perdedores de la Guerra Civil de 1948 no les fue bien: algunos tuvieron que salir del país, otros fueron hostigados y perseguidos. En la Constitución Política de 1949 fue proscrito el Partido Comunista y en el país se dieron algunos crímenes que quedaron en la impunidad, como el del Codo del Diablo, una curva de la línea férrea al Atlántico por la que el tren pasaba entre la selva de las montañas de Siquirres y las turbulentas aguas del río Reventazón. En ella fueron asesinadas seis personas, entre las que se encontraban cuatro dirigentes comunistas.

Así lo cuenta Carlos Luis Fallas en su artículo titulado *Asesinato del Codo del Diablo*:

“En la noche del 18 de diciembre de 1948, con pretexto de la invasión iniciada días antes por fuerzas calderonistas desde territorio nicaragüense, y no obstante que Vanguardia Popular condenó esta aventura, fueron sacados de la cárcel de Limón y esposados de dos en dos, seis hombres, cuatro de ellos conocidos y prestigiados dirigentes obreros, campesinos y comunistas de la provincia. Estos hombres, que desde entonces se han seguido y se seguirán llamando los “Mártires del Codo del Diablo” fueron: Federico Picado, Secretario General de la Federación de Trabajadores de Limón y diputado electo en las elecciones de febrero del 48 por el Partido Vanguardia Popular; Octavio Sáenz, dirigente ferroviario y responsable de la organización del Partido de Limón; Tobías Vaglio, destacado dirigente de la huelga bananera de 1934 en el Atlántico y luego dirigente comunista en la región de Siquirres; Lucio Ibarra, dirigente también de la huelga bananera de 1934 y luego organizador del movimiento campesino en la región de Guácimo. Además, fueron incluidos en el grupo un nicaragüense, de apellido Sotomayor, con quien tenía un choque personal el entonces comandante de plaza del puerto, y Carlos Aguilar, de Guápiles, a quien se sacó confundiéndolo con el dirigente obrero Fernando Aguilar. Entre un comando especial, manejado por un maquinista y un fogonero escogidos para encubrir el crimen, se trasladó a los 6 presos en dirección a San José y en el trayecto, en el sitio denominado “Codo del diablo”, fueron bajados estos y acribillados a tiros.” (Barahona, M. 2015. 393).

Este grupo político, compuesto por quienes perdieron la guerra y las clases populares costarricenses, son los que dan pie en *lo real histórico* para que Fabián Dobles escribiera *Los leños vivientes*, novela cuya dirección ideológica principal corresponde con el punto de vista de los comunistas. El año de publicación de esta novela, 1962, la parcialidad política del autor y lo que sufrieron los comunistas en los convulsos años cuarenta, marcan el estilo de *Los leños vivientes*, una novela que incorpora el lenguaje popular y que mediante personajes de esa clase social denuncia la violencia y la persecución sufrida por los comunistas costarricenses. El auditorio que recibe esta novela es una sociedad pronta para sepultar el conflicto social que desembocó en la Guerra Civil de 1948, y parte de su voluntad es

desenmascarar a la excepcionalidad costarricense promovida por los vencedores de aquel conflicto político y militar.

“A la destitución de su cátedra de profesor de un colegio público, dictada por la tendencia inquisitorial que trata de arrollar con todo en Costa Rica, a impulsos de los consejos, órdenes y sobornos de la embajada de Estados Unidos, contesta Fabián con su mejor novela: la que los hijos y los nietos de los autores del atropello van a estudiar en los liceos. Porque está ya entre nuestras grandes novelas. Ellos embisten la justicia, la enseñanza, la democracia, las buenas tradiciones. Nosotros damos un gran libro más a las letras nacionales.” (Piedra, Jose. *Los leños vivientes*. Artículo de periódico. 1962).

### **2.1.1 Desde la cárcel se confronta el discurso de la excepcionalidad costarricense**

*Los leños vivientes* forma parte de las novelas históricas que cuestionan los discursos dominantes. Fabián Dobles la inicia con una serie de diálogos entre personajes que se encuentran presos por sus ideas políticas, dirigentes comunistas incluidos en las listas negras del Gobierno, y se sugiere que algunos murieron en el Codo del Diablo. Es el tiempo de la represión contra los perdedores de la guerra y ese es el tono afectivo con el que está contada la novela, cuya enunciación se realiza desde el lugar de las clases populares, en algunos casos con conciencia ideológica dada la militancia comunista. Se trata de una enunciación trágica, ya que al ser derrotados el maltrato en contra se vuelve inevitable, como el destino.

“—No podía imaginar que me tuvieran en lista. Durante la lucha armada me estuve en casa. Claro, todo el mundo sabía cómo pensaba yo, pero que pudiera significar algo, ay mi madre, no se me podía ocurrir, uno entre miles como era. A patadas y culatazos botaron la puerta. Mientras me encañonaban sentí un leñazo en el cogote y caí redondo. Otro culatazo y otro, y otro (...) Bueno, lo cierto es que cuando era apenas un montón de Ustos en una celda de Cartago, mi mente estaba tan embotada que me hallaba seguro de ser aquel otro. Llegó un individuo, me pateó y me dijo: alístese, que va para el paredón. Ay, madre.” (Dobles, F. 1996. 14).

La Guerra Civil de 1948 y la posición ideológica de izquierda desde la cual se aborda, ingresan en la novela más en la voz de algunos personajes que en la del narrador omnisciente. Desde esta posición, se percibe al Gobierno de Teodoro Picado como traidor por haber capitulado dejando solos y expuestos a cualquier desgracia a los comunistas. Además, la influencia norteamericana se considera como un agente fundamental en la guerra y en la dirección que los nuevos gobernantes le darán al país. Esta intervención norteamericana es calificada como imperialista, en un discurso propio de los partidos comunistas latinoamericanos y, en general, propio de la forma en que los grupos de izquierda conceptualizan las relaciones existentes entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos.

Así, desde este punto de vista marginal, el interés de los Estados Unidos en Costa Rica es, además de geopolítico, económico: banano, energía hidroeléctrica, café y petróleo. De tal manera que en esta ficción los personajes reproducen las que probablemente sean las ideas del autor, quien, como se sabe, fue militante comunista y en una nota al inicio de la novela recomienda no buscar a estos personajes en la memoria sino en el corazón de los lectores, acercándose con esto a lo dicho anteriormente acerca de la diferencia entre la historiografía y la novela: mientras la verdad de la primera requiere ser demostrada mediante documentos o fuentes que ratifiquen su objetividad, la verdad de la segunda está en la subjetividad, en esas vivencias, sentimientos y pensamientos que permiten fructíferas conexiones íntimas entre autores, personajes y lectores.

“Nadie busque a los personajes de este libro en su memoria. Encuéntrelos en su corazón y en la comparación de muchas vidas y algunos acontecimientos que recuerde, con la suya propia y su conciencia. (Dobles, F. 1996. 07).

También dice Dobles en esa *Nota de Autor* que antecede a la novela, que fueron acontecimientos duros y convulsos los que lo hicieron continuar escribiendo los relatos que le dan forma a *Los leños vivientes*. Las tensiones de los años cuarenta marcaron su subjetividad y consolidaron su línea de pensamiento político,

además de darle la materia prima para la novela, cuya forma experimental, hecha de rupturas temporales y cambios de perspectiva, implica también las fisuras del contrato social costarricense de aquel entonces.

En otras palabras, los acontecimientos políticos de esos años en Costa Rica son elaborados mediante el lenguaje literario por un escritor como Dobles, que sabe que sus personajes no existieron en la vida real, sus nombres no están inscritos en el Registro Civil y, sin embargo, sus experiencias de vida son similares a las de muchas personas que por una u otra razón los lectores hemos conocido o sobre las que hemos leído en otros libros o, en algunos casos, hemos oído hablar de ellas. Así tenemos que, al igual que el discurso historiográfico, las novelas también producen conocimiento sobre el pasado.

Dobles recomienda buscar a sus personajes en nuestro corazón, en esos sentimientos que nos permiten tener empatía por aquellos hombres que han caído presos porque su partido perdió una guerra, hombres para los cuales no existió la legalidad democrática que tanto usó como bandera ideológica la clase gobernante costarricense durante la segunda mitad del siglo XX para cimentar con ello el discurso de “la excepcionalidad”<sup>12</sup>, la diferencia de Costa Rica, oasis de paz en medio de una Centroamérica en llamas, escenario de combates feroces entre dictadores y guerrilleros, unos cercanos a los Estados Unidos y los otros, en ocasiones, a la URSS.

Con frecuencia retornan en las novelas discursos reprimidos en otros ámbitos sociales por el poder, lo que impide entonces que accedan a los registros de la historia oficial o a los programas de estudio en la educación formal, instituciones encargadas de construir la identidad nacional de un Estado. Al igual que ocurre con la “nueva novela histórica” de finales del siglo XX en Latinoamérica, estudiada por

---

<sup>12</sup> Al respecto pueden revisarse, entre otros, los siguientes textos: “*La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870*”, en *Revista de Historia*, No. 45 (enero-junio del 2002, pp 191-228.

“*El imposible país de los filósofos. El discurso filosófico y la invención de Costa Rica.*”, de Alexander Jiménez. San José: Ediciones Perro Azul, 2002.

“*Uno y los otros. Identidad y literatura en Costa Rica. 1890-1940.* Álvaro Quesada. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1998.

“*Costarricense por dicha. Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX.* San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002.

María Cristina Pons en *Memorias del olvido* (1996) y por Werner Mackenbach y Valeria Grinberg Pla en el artículo titulado *La (re) escritura de la historia en la narrativa centroamericana*, *Los leños vivientes* sigue un tipo de sentido *contraépico*: compite, parodia y se ríe de la historia contada por los vencedores de la guerra. Por ello, esta novela es antecesora y sin problemas puede considerarse como pionera de la “nueva novela histórica” en América Latina, que vienen a ser novelas en las cuales las condiciones sociales de una época marcan el destino de los personajes al tiempo que en ellas se mezcla la ficción con referencias históricas y se altera el orden lineal de la narración.

El discurso de la excepcionalidad costarricense ha contado con distintas estaciones<sup>13</sup>. En el siglo XIX, los liberales construyeron una narrativa identitaria que acercaba a los costarricenses a Europa y los distanciaba de Centroamérica: la blanquitud de la población del Valle Central presentada como lo propiamente costarricense invisibilizaba las diferencias étnicas del Caribe y de Guanacaste; a esto se sumó la ideología de la igualdad, la escasa diferencia entre clases sociales, el individualismo y la alta educación de los costarricenses. Después de la Guerra Civil de 1948, los vencedores, quienes iniciaron un proyecto socialdemócrata, le dieron forma a otra estación en el discurso de la excepcionalidad. En este caso, cobraron fuerza la defensa de la democracia costarricense, el progreso y el anticomunismo, lo cual nos introduce de lleno en las tensiones discursivas propias de la Guerra Fría: los Estados Unidos le permitieron a Costa Rica desarrollar un modelo de organización social progresista, con una soberanía y una autonomía política relativas, a cambio de la alianza anticomunista que se estableció. Por algo parecido al proyecto de José Figueres fue derrocado Juan Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954. Cabe destacar que él se opuso con su reforma agraria y su alianza con el Partido Guatemalteco de los Trabajadores a intereses de la United Fruit Company y del Departamento de Estado norteamericano y que en Costa Rica se abolió el ejército el 1 de diciembre de 1948.

---

<sup>13</sup> Al respecto puede verse el texto *Tendencias en la dinámica cultural en Costa Rica en el siglo XX*, de Rafael Cuevas Molina. Publicado en la serie *Cuadernos de historia de las instituciones de Costa Rica* (San José. Editorial de la Universidad de Costa Rica) n.10 (2003).

En los años ochenta del siglo XX, el discurso de la excepcionalidad llega a una nueva estación: se renueva la imagen del país democrático y se resalta la ideología de la paz, ahora en contraposición a los conflictos centroamericanos propios del final de la Guerra Fría.

Ese discurso, en su estación socialdemócrata, es confrontado por la novela de Dobles y en general por la visión que tuvieron los comunistas costarricenses sobre la historia del país, lo cual es natural, ya que ese discurso se construyó sobre sus muertos, sobre la represión que sufrieron algunos de sus militantes, sobre la prohibición de participar en política de manera formal incluida en la nueva Constitución Política. Es decir, esos comunistas a los que pertenecen tanto Fabián Dobles como algunos de sus personajes fueron los sacrificados cuando la clase gobernante costarricense tomó partido por los Estados Unidos a finales de los años cuarenta, en dinámicas propias de la Guerra Fría. En esta novela Dobles le da voz a los sin voz para oponerse a la historia que contaron los liberacionistas, una historia no profesional y puesta al servicio de sus intereses políticos.

“Esta última enfermedad del imperialismo, tan semejante a la locura que precede a la parálisis general, está resurgiendo entre nosotros, camaradas, agresiva y vociferante. El fascismo tratará una y otra vez inútilmente de aplastarnos a nosotros porque el proletariado es la avanzada del pueblo. Pero, aunque la masa se hincha, retuerce y enfurece en el horno, termina siempre en pan porque dentro le anda la levadura ¡Nuestro partido es la levadura y con el tiempo le llegará la hora del pan!” (Dobles, F. 1996. 59).

La noción de imperialismo, la identificación del personaje enunciante con el proletariado y la concepción del partido político al que pertenecen como vanguardia o avanzada del pueblo, son todas ideas propias del discurso de los comunistas<sup>14</sup>. Esa línea de pensamiento es internacional y tiene su epicentro en la URSS. Entonces, si la clase gobernante costarricense, los vencedores en la guerra de

---

<sup>14</sup> Ver el libro *Discursos. 1934-1979*. Manuel Mora Valverde. Página 4. Discurso titulado *Contra la demagogia de Jorge Volio y definiendo posiciones del Partido Comunista*.

1948, decidió aliarse con los Estados Unidos, los comunistas costarricenses, *los sin voz*, representados por estos personajes de Fabián Dobles que hablan en un tono *contraépico*, reproducen el discurso de la otra potencia de la Guerra Fría. Esto muestra cómo ese conflicto bipolar, el principal en la segunda mitad del siglo XX, se puede rastrear en *Los leños vivientes*, una ficción porosa de la historia política costarricense, que sirve como telón de fondo para las tramas ficcionales que la constituyen y que condiciona la vida de sus personajes.

En este caso, el autor tiene una vivencia directa del conflicto social que nutre su ficción. En ella la trama, o tramas, exponen una visión política que toma partido por los pobres y comunistas. Los lectores contemporáneos recibimos así esta obra necesariamente vinculada a la historia de Costa Rica, a la conflictiva década de los años cuarenta que condicionó la segunda mitad del siglo XX. Aquí funciona entonces la idea que desarrolla Fredric Jameson en *Documentos de civilización, documentos de barbarie* (página 20): la historia trabaja como causa ausente de la teoría (yo la extendiendo a la literatura), la antecede y la posibilita. Dicho de forma directa: las tensiones políticas de la década de los años cuarenta y las competencias subjetivas de Fabián Dobles posibilitaron la escritura de *Los leños vivientes*, novela que antecede a la denominada “nueva novela histórica” latinoamericana.<sup>15</sup>

### **2.1.2 Los capítulos de la novela**

Esta novela está compuesta por cinco capítulos: tres bajo el título de *Los higueros*; uno se llama *Las mañanas*; y el otro *Las noches*. *Los higueros* son capítulos muy cortos que se intercalan entre los otros dos y es en ellos en los que tienen mayor presencia el discurso político y las escenas relacionadas con la Guerra Civil. Por su parte, *Las mañanas* cuenta la historia de Juan Bautista Valerio, María Rodríguez y sus hijos. Valerio es comunista, amigo de los presos políticos, que trabaja en una carnicería. Su novia dice estar embarazada y a la hora de dar a luz, ella y una comadrona, con el fin de engañar a Juan Bautista, le roban un bebé recién nacido a María Rodríguez, que es una pobre mujer de campo, viuda y con una

---

<sup>15</sup> Es importante aquí señalar que esta novela antecede la periodización de Seymour Menton sobre la nueva novela histórica latinoamericana. Según este autor el auge de esta novelística ocurre después de 1979. (La nueva novela histórica en América Latina, 1979-1972. México. Fondo de Cultura Económica 1993.

marimba de hijos, quien recién llegada a San José se ve obligada a parir en la calle de donde aquellas desalmadas le roban al niño. Juan Bautista descubre el engaño, abandona a su novia y después se junta con María asumiendo la paternidad de los niños.

Tanto en este capítulo como en *Las noches*, Fabián Dobles cuenta historias de personajes pobres. De alguna forma nos dice que la gente que iba a las huelgas organizadas por los comunistas era también la principal beneficiaria de las reformas sociales de los años cuarenta y que algunos de ellos combatieron en la Guerra Civil. “—A Tista lo tenían con muchos otros compañeros aislados cuando llegaron en carro unos tipos a decirnos de perros para arriba, y en seguida acribillaron la casita con las ametralladoras. Una carnicería.” (Dobles, F. 1996.95).

Tista es Juan Bautista Valerio, un hombre que representa los valores de la solidaridad, la honestidad y la esperanza entre las clases populares. Combatió en la guerra del lado de los comunistas y durante buena parte de la novela se tiene por muerto, hasta que al final aparece vivo, lo cual se entiende como una metáfora de la vigencia de las aspiraciones políticas de los comunistas, a pesar de ser los perdedores de la guerra.

Esa matanza que se relata en la novela tuvo lugar en una casita de Quebradillas, cerca de El Tejar:

“Un grupo de revolucionarios entró a la casa y los ametralló a sangre fría, aún y cuando los calderocomunistas ya se habían rendido.” (Díaz, D. 2015. 260).

La convulsión social que vivió Costa Rica durante la década de los años cuarenta se muestra en *Los leños vivientes* por medio de la recreación de huelgas que tuvieron lugar en las calles de San José: una popular en defensa de las garantías sociales; la otra es la famosa “huelga de brazos caídos”, que fue una manifestación organizada por los enemigos del Gobierno de Teodoro Picado y que puso en la calle a gente de la clase alta entremezclada con pobres y personas de la clase media con el fin de boicotear políticas sociales oficialistas a las cuales adversaban.

“Tironeado desde la izquierda y la derecha, aquel contradictorio Gobierno empieza a tambalearse. Las derechas, estremecidas por la pujanza de las izquierdas, anuncian para el 12 de octubre una concentración de fuerzas en la capital, no muy seguras de que la reciente huelga de brazos caídos les haya producido todos los esperados dividendos. Entonces masas trabajadoras deciden contrarrestar el intento con su propia manifestación.” (Dobles, F. 1996. 157).

La ciudad está en conflicto, el país se ha polarizado y los personajes de *Los leños vivientes* participan de esa convulsión social y nos lo hacen saber a los lectores por medio de sus vivencias cotidianas.

### **2.1.3 Mímesis y posición política**

Lo anterior nos permite pensar la relación de mímesis que se da entre la vida social de los años cuarenta en Costa Rica y esta ficción de Fabián Dobles. Para ello nos asiste la división tripartita de la mímesis que plantea Paul Ricoeur en *Tiempo y narración*, páginas que van de la 113 a la 169 del primer tomo. En un primer momento tenemos las competencias del autor: la cultura literaria y política de Fabián Dobles, sus habilidades creativas y su experiencia vital, así como su militancia comunista. En un segundo momento tenemos las tramas de la novela, cuyos contenidos tienen como fuente primaria acontecimientos políticos y sociales de Costa Rica en los años cuarenta, a los cuales accedemos por medio de un lenguaje literario realista y de personajes que participan en ellos, cuyo mundo social es ese, y que aparecen se desenvuelven en ese contexto.

“--¿Y qué quiere usted? La propaganda comunista y este maldito Gobierno vendido a los rojos, culpable de la inflación.

--Agregue el tal Código de Trabajo--: la hija de un bolsinista.

--Y lo peor, los sindicatos sin Dios ni ley--: una señora con una enorme cruz de rubíes crucificados entre sus dos hermosos calvarios, cortos de tela.

-- Así es, así es—asiente el agregado, a quien repite como un eco el cónsul con los ojos ya atolondrados de whisky.

-- Calma, calma, amigos míos—interviene el cura mirando con la esquinita del ojo el llamativo pendentif de la señora--; también tenemos rebosantes uniones compenetradas con Cristo-". (Dobles, F. 1996. 164).

Esta cita muestra a personajes de derecha arquetípicos que asisten a una manifestación social. Son enemigos del Código de Trabajo, de la propaganda comunista, les disgusta la influencia de "los rojos" en el Gobierno y detestan a los sindicatos. Estamos en presencia de gente de la clase alta, de un cura y de diplomáticos norteamericanos. Fabián Dobles lo pone con todas las letras: su posición política permea toda la novela. Según ella los enemigos de las clases populares son esos, los ricos, cierto sector de la Iglesia católica, los norteamericanos y los políticos que vencerán en la guerra de 1948.

Finalmente, como tercer momento de la mimesis, tenemos la recepción que como lectores contemporáneos hacemos de *Los leños vivientes*. En mi caso, la entiendo como una novela interesada en mostrar los conflictos sociales que atravesó Costa Rica en la década de 1940. Contada predominantemente desde la perspectiva de los comunistas, es una ficción que toma partido por ellos y por las clases populares con una perspectiva en ocasiones trágica y en otras *contraéptica*. Trágica por el castigo que inevitablemente recibirán los comunistas tras la derrota en el campo de batalla; *contraéptica* por expresar la posición de las clases bajas costarricenses en su lucha por defender conquistas sociales que les favorecieron.

Además, esta es una ficción compuesta por distintos hilos narrativos cuya visión integral nos permite acercarnos a la vida cotidiana de aquel entonces conociendo, mediadas por la ideología, las tribulaciones de personajes que sufren los rigores de la política y la represión: migrantes miserables que viajan del campo a la ciudad; un nicaragüense que ha pasado por distintas guerras en Centroamérica; un viejo ermitaño refugiado en las selvas del Pacífico Sur; peones que ven a la United Fruit Company como su enemiga; y un aprendiz de narrador que quiere seguir los pasos de grandes escritores costarricenses, novelistas a quienes importa el destino de los campesinos de este país y quienes no dudaron en escribir sobre la

vida social de este territorio apostando por las clases bajas, defendiéndolas y representándolas en sus obras literarias.

“Entonces sí había intentado escribir. Lucía lo impulsaba; creía en él, y lo obligaba a sentarse por las noches en su vieja Royal. Él le decía: Mi amor, hay caminos que me tientan: los que reempezó Herrera García con su generosa y juvenil “Vida y milagros de Juan Varela”; los que había iniciado García Monge en “El Moto”. Vivimos entre esencias agrarias; yo crecí tierroso. Se me ha ocurrido un relato basado en algunas experiencias, que tal vez, si no estuviera ya tan herrumbrado, tal vez...” (Dobles, F. 1996. 135).

En Costa Rica existe una importante tradición de literatura social escrita por autores que piensan sus obras como armas en una lucha política mayor y que, mediante las letras, buscaron contribuir a la toma de conciencia de la ciudadanía sobre las injusticias que tenían lugar en el país aún y cuando las clases gobernantes y sus ideólogos negaran y contradijeran estos argumentos y denuncias. Este grupo de escritores, al que sin duda pertenece Fabián Dobles, es conocido como la generación del 40<sup>16</sup> y todos ellos se vieron afectados de una u otra forma por la Guerra Civil. Ellos reconocen la influencia enorme que recibieron de escritores como Joaquín García Monge y Carmen Lyra, miembros de una generación de intelectuales anterior. Así, ese personaje de *Los leños vivientes* que se entrena como escritor, en un gesto también mimético, sigue el camino literario abierto por ellos, con quienes comparte ideología y vocación artística. Esto muestra otro vínculo de la ficción con la historia.

En *Los leños vivientes* todos los personajes forman parte de un universo ficcional ligado a la historia y esta, a su vez, se compara y conecta con lo que está pasando en el mundo. Esto demuestra la influencia de las dinámicas políticas internacionales en este conflicto nacional que desembocó en una guerra. Esta novela es consciente de que eso que ocurrió en Costa Rica en aquellos años no estuvo aislado de los grandes enfrentamientos ideológicos que se dieron previo a la Segunda Guerra Mundial, durante ella y después, con el inicio de la Guerra Fría.

---

<sup>16</sup> Dentro de la Generación del 40 están los narradores Carlos Luis Fallas, Adolfo Herrera García, Fabián Dobles, Joaquín Gutiérrez y Yolanda Oreamuno (Ella se incluye por generación, no necesariamente por compartir intereses literarios).

“No sé, no sé a qué conducirá esta situación, tan parecida en pequeño al Madrid de antes de la traición y al París del 39. Hasta la Virgen de Los Ángeles anda, o la andan, con insignia opositora. Cuando la cruz y la espada se juntan tenebroso maridaje tenemos. Cruz gamada, o cruz a secas. Te lo dice un viejo zorro que no olvida Guernica ni Lídice... Y para colmo, sosteniendo a un gobierno híbrido y vacilante, que no se amarra los pantalones.” (Dobles, F. 1996. 134).

Estos contenidos, manifiestamente políticos, son expuestos en diálogos entre personajes que anticipan la guerra y que consideran que la conflictividad social que se está viviendo en el país llevará necesariamente a un enfrentamiento con las armas, tal y como ocurrió en otros lugares del mundo. El tiempo en esta novela no es lineal: diálogos ocurridos en distintos momentos se entremezclan en ella, algunos sucedieron después de la Guerra Civil y otros antes; lo cual contribuye con la complejidad y forma parte de esos elementos vanguardistas o experimentales de esta obra que hoy en día recibo y leo como una ficción innovadora y realista de contenidos predominantemente políticos, cuya dirección ideológica hace que el conflicto social que llevó a la Guerra Civil de 1948 se narre desde una perspectiva afectivamente inclinada por los comunistas y por los trabajadores. En esto no hay forma de perderse:

“Me aparto de ahí. Me figuro al hombre de la mano tronchada y me digo que, en cierto modo, su caso puede ser el de la mayoría de toda esta gente. Seres del viento, hijastros del banano, van de una finca en otra dejando porciones suyas, como si fuese de necesidad andar tirando aquí o allá jirones de su vida. Cuando ya no pueden más caen en el hospital, desde donde por manadas los devuelven a los bananales acibillados de quinina. Pero regresan cualquier día. Nuevo tratamiento. Nuevo retorno a las plantaciones. Como el oleaje del mar, constante vaivén, que los adelantos de la medicina alargan. Sólo que-después de todo son de posta y hueso-alguna vez no regresan al bananal, o al hospital no retornan. Para que no falten cruces en los cementerios.” (Dobles, F. 1996. 149).

Los tres momentos de la mimesis permiten comprender con claridad la historia social que funciona como pre-texto de *Los leños vivientes*, cuál es el tipo de literatura que le interesa a su autor, cuáles son los grupos sociales que quiere mostrarnos y cuál es la ideología por la que toma partido. A su vez, esta novela contribuye como fuente para pensar la Guerra Civil de 1948 y aporta, desde la ficción, contenidos que posibilitan un acercamiento a las mentalidades costarricenses en la década de los años cuarenta. Expone, además, una serie de subjetividades (personajes, sistema de narradores, autor) que han sido atravesadas por aquel conflicto social. Este conflicto, como acontecimiento, tuvo lugar en lo real y dadas sus considerables repercusiones, ha sido necesario elaborarlo desde diversas perspectivas, como la literaria, que brinda soluciones imaginarias y simbólicas para un conflicto que proviene de la historia política de Costa Rica y que, como cualquier relato, es una narración sobre el pasado.

#### **2.1.4 Sistema de posiciones subjetivas**

Distintas relaciones de fuerza tienen lugar en esta novela de Fabián Dobles, al igual que ocurre en la vida social. En esta ficción algunas se confrontan o compiten entre sí y otras se potencian y retroalimentan. La historia antecede y penetra a esta ficción, posibilita reflexiones meta-históricas y muestra, mediante una posición subalterna, lo transitorio y parcial de las ideas que piensan un momento social.

Al ser esta una novela tan política, y al estar su telón de fondo histórico vinculado a una guerra, los bandos de ese conflicto real forman parte también de los conflictos simbólicos recreados en la ficción. Ahora bien, en ellos no participan los dirigentes políticos ni las figuras públicas reconocidas; en su lugar aparecen personajes marginales, gente común y corriente que en su lucha por la vida se ve envuelta en ese conflicto mayor que recorre a la sociedad costarricense.

Una posición subjetiva es un principio de acción, un lugar de enunciación que necesariamente está atravesado por el deseo y por la ideología en los distintos niveles que ella tiene. La ideología de una posición subjetiva no siempre aparece expresada de manera diáfana en un discurso político. En ocasiones, cuando se trata

de ficciones, los personajes reproducen en sus hábitos, expresiones emocionales y conductas, formas sociales previamente definidas por el poder y por la ideología.

De igual modo, dentro del sistema de posiciones subjetivas, en una novela se incluye a los distintos narradores que crea el autor para contar la historia o las historias. *Los leños vivientes* es una historia hecha de historias, una obra compuesta de varias tramas narrativas que se entrelazan para darnos un panorama un poco más completo de la vida de las clases populares en esos convulsos años cuarenta del siglo XX en Costa Rica.

A la historia de los presos políticos con la que inicia la novela, se suma la de María Rodríguez y sus hijos; y a esta la de Elías Largaespada, el nicaragüense conecedor de guerras y de conflictos políticos; y también la de don Belisario, el aprendiz de escritor que admira a los novelistas realistas y comprometidos socialmente. Él mismo escribe un relato que aparece en el capítulo titulado *Las noches*, el cual tiene sus propias relaciones de fuerza y su sistema de narradores, un relato cuyos protagonistas también provienen de las clases populares.

“En el sur se me perdió la infancia. Quedó sumergida. Ignoro dónde, exactamente. Entre ríos, en playas, en montaña casi virgen. Por el mar, a lo lejos, vislumbro la barba de mi abuelo Alejandro. Era un viejo tan extraño como el mar. No lo he vuelto a encontrar por ningún lado. No existe nadie parecido. Siguen las conversaciones ahora más tranquilas. Los pasajeros se han acomodado mejor; comienzan a ser parte integrante de la embarcación. Van insensiblemente trocándose en piezas de lancha; sus pulmones principian a respirar mar, su sangre a circular impulsada con los motores. O mareo. Una señora se tiende, lívida. La niña que lloraba se ha dormido.” (Dobles, F. 1996. 139).

El relato que escribe don Belisario contiene una memoria que desestabiliza la naturaleza meramente ficcional de la narración, por su anclaje en lo real y por ser, también, una historia dentro de otra historia. Esto ocurre así porque *Los leños vivientes* es una novela aparentemente fragmentaria: en ella los distintos hilos narrativos requieren de la participación atenta del lector para unirlos en un tejido final que se pueda comprender como unidad narrativa. Lo que une a esos distintos hilos es el conflicto social costarricense en el que se desenvuelven los personajes y la clase social a la que pertenecen casi todos ellos, es decir, las capas populares

de la sociedad. Un conflicto social que solo se puede expresar en fragmentos, lo cual implica también una implícita reflexión metahistórica y metaliteraria, ya que cuestiona la posibilidad de una visión totalizante de la realidad social, lo que se conecta con la fragmentación de la sociedad costarricense en los años cuarenta.

De tal manera, el sistema de posiciones subjetivas en *Los leños vivientes* es complejo. Tal y como hemos dicho antes, en su conjunto, la posición ideológica que se defiende es la de los comunistas, pero esto tiene matices, fuerzas divergentes que contribuyen a su exposición final.

El narrador omnisciente, en sus intervenciones transitorias, nos brinda a los lectores una información que ordena y pone en contexto la aparición de los distintos personajes, los cuales, casi siempre en diálogos, van presentando sus propias posiciones subjetivas. Por su parte, la *Nota de autor* lleva consigo otra posición subjetiva: la de alguien a quien se le atribuye la autoridad de haber escrito la novela y haber presenciado algunos de los hechos sociales que le sirvieron como materia prima. Entonces, tenemos un autor que fue testigo de las tensiones sociales de los años cuarenta, un narrador omnisciente que ordena los relatos y, finalmente, diversos personajes que con sus puntos de vista le dan a la novela su posición ideológica principal. Cada una de estas voces contribuye con esa posición que encontramos al pensar la novela como una unidad, un todo hecho de parcialidades subjetivas que se alternan en un complejo juego de saltos de narradores y de tiempos que también forman parte de los elementos que considero vanguardistas o experimentales en *Los leños vivientes*.

Es verdad que posiciones políticas que antagonizan con los ideales y las luchas de los trabajadores y de los comunistas aparecen en la novela, pero lo hacen para representar con mayor claridad el conflicto de clases que el autor concibe dentro de una teoría de la sociedad que forma parte de sus competencias previas a la escritura de la novela. Esto lo hemos visto anteriormente en la cita textual en la cual dialogan un cura, una mujer rica y dos diplomáticos norteamericanos. Aunque esto sea así, la dirección ideológica predominante, la que cuenta con mayor carga afectiva empática por parte de los narradores, es la que toma partido por las clases populares y sus luchas.

“Pero hemos llegado a sentirnos. Ahora sabemos que somos parte de la patria. Nos ha costado muchas vidas y otras aún habrán de caer segadas. Aprendimos, sin embargo, a hablar un lenguaje propio.

Es verdad que tuvimos que dar duros aletazos. Nos lo seguirán cobrando por años. Parece que todo lo conseguido ha sido arrasado y suprimido, pero seremos más fuertes que todas las palabras, que todos los engaños y todas las cancillerías.

Germinará el maíz. El que sembramos con orgullo en estos años difíciles y en la tierra trabajándose está. Y será cosechado. Y manos habrá que lo llevarán a la piedra y lo molerán. Y en el fogón del tiempo manos abundarán para sazonar la tortilla que apenas si pudimos comenzar a palmear. Y nosotros estaremos allí, y nos doraremos al resplandor de los corazones alegres.” (Dobles, F. 1996. 175).

Los contenidos expuestos en esta cita no solo muestran la posición ideológica predominante en la novela, sino que cobran un sentido más claro al leerse mediados por el conocimiento histórico de lo que ocurrió en la década de los años cuarenta en Costa Rica. Tenemos entonces una novela que dialoga con el discurso de la historiografía y con el discurso ideológico. El personaje enunciante considera que con las conquistas sociales de esos años las clases trabajadoras costarricenses han llegado a ser parte de la patria y que a pesar de que los comunistas fueron los derrotados en la Guerra Civil, sus logros prevalecen y ellos pueden volver con más fuerza. De algún modo, esto es una aspiración, una bandera de lucha y una interpretación *contraépica* y políticamente interesada sobre los acontecimientos de los años cuarenta.

Fabián Dobles publica esta novela en 1962. Los años de distancia le permiten contar con un panorama más amplio sobre lo ocurrido. Además, estos escritores comprometidos políticamente consideran a sus propias obras literarias como armas de lucha en el escenario social de su tiempo, sus textos son socialmente simbólicos. De tal manera que en *Los leños vivientes* también se incluye un mensaje esperanzador para todos esos militantes comunistas que no solo fueron vencidos en la guerra, sino que también fueron perseguidos, hostigados y marginados de la

participación formal en política. Esos son los leños vivientes del título de la novela, las personas que resisten y que luchan a pesar de las adversidades, la fuerza popular organizada.

La proscripción constitucional que los excluía fue derogada hasta 1975. Esa norma jurídica, que prohibió la participación de partidos comunistas en política formal, no se dio solo en Costa Rica. Otros países de América Latina también la incluyeron en sus constituciones por el clima de Guerra Fría que imperaba en esa época y por las negociaciones que cada país latinoamericano estableciera con los Estados Unidos, para quienes esta región formaba parte de su zona de influencia y cualquier intervención comunista en ella, o que ellos consideraran comunista, era vista como amenaza seria a su seguridad y a sus intereses nacionales.<sup>17</sup> Esto quedó demostrado con la reacción que tuvieron los norteamericanos ante el gobierno de Arbenz en Guatemala y, aún más, ante la Revolución cubana, en un momento en el cual el conflicto bipolar mundial llegó a su punto más intenso en América Latina.

### **2.1.5 La guerra en la novela**

Al igual que ocurre con los narradores y con los tiempos, los escenarios de *Los leños vivientes* también se alternan, de la cárcel se pasa a la ciudad de San José, vista con los ojos del asombro por campesinos recién llegados a ella. María Rodríguez y sus hijos se sorprenden con lo grande y lujosa que es la Catedral Metropolitana, iglesia que no se compara con la de Atenas de Alajuela y que los intimida, ella y la gente tan elegante que la frecuenta cuando asiste a misa. En sus recorridos por la ciudad, le permiten al narrador omnisciente mostrar el ambiente de la capital y una división de clases que, en un ambiente tan polarizado como el de entonces, tuvo consecuencias políticas.

“Los ojos estrábicos de Filomena Galindo se conocen a su antojo este cambiante mundo. Como anda metiendo su barbilla nerviosa en mil enredos no tanto por dinero cuanto porque genio y figura, deletrea al dedillo la geografía humana de todo San José desde la casa empingorotada del barrio elegante, a través de cuyos cortinajes

---

<sup>17</sup> Ver al respecto el libro de Leslie Bethell y de Ian Roxborough incluido en la Bibliografía: *Latin America between the Second World War and Cold War. 1944-1948*. Cambridge University Press. Cambridge. 1992.

se puede adivinar que no todo transcurre muy simple y llano, hasta el tortuoso callejón de los bajos del Torres, en el norte, o las orillas del Ocloro, por el sur, pasando por esa ancha franja de las barriadas medianas, donde acontece la más corriente vida y el más exacto espíritu de la ciudad.” (Dobles, F. 1996.41).

Clase alta, media y baja conviven en una ciudad pequeña en la que casi todo el mundo se conoce. Una ciudad que poco tiempo después, durante la guerra y bajo el control comunista, estaría al borde de ser el escenario de un enfrentamiento sangriento entre costarricenses. Esa batalla de San José fue la que, según los comunistas, evitaron al rendirse en Ochomogo gracias a un pacto con José Figueres que ha sido objeto de diversas versiones interpretativas y que definió en buena medida el rumbo político que siguió el país durante la segunda mitad del siglo XX.

Las tensiones entre la clase popular con representación política que conquista nuevos derechos laborales y sociales, y una clase alta enemiga de los gobiernos de Calderón y de Picado y que no quería perder el control del país; quedan representadas en esas manifestaciones populares que recorren la ciudad, las huelgas y los desfiles que ponen en evidencia el enfrentamiento ideológico, esa batalla discursiva que poco a poco pasaría a ser un combate armado.

“Allí al pie de la cordillera las gentes de las bajuras bananeras tratan ahora de pescar alguna hebra de sueño, aún medio mojadas y abrigándose como mejor pueden dentro de las cunetas de la carretera. Varios hombres se encargan de alimentar la llama en las fogatas. Minutos más tarde el jefe político de El Guarco recibe un telegrama urgente: la Casa Presidencial le ordena no dejar pasar aquella fastidiosa columna. El comandante militar de su zona colaborará con esa jefatura para el cumplimiento de esta orden. Van refuerzos.” (Dobles, F. 1996. 172).

Como se sabe, la anulación de las elecciones de 1948 fue la chispa que se necesitó para encender el fuego en un ambiente que se venía caldeando desde años atrás. Ese telegrama proveniente de Casa Presidencial que ordenaba no dejar pasar a una columna de trabajadores de la bananera habla de las fuerzas enfrentadas, de lo complejo de esa situación social, de la interpretación del narrador sobre lo ocurrido, de esa traición implícita de Casa Presidencial a la columna de

trabajadores. Es también un argumento sostenido por comunistas como Manuel Mora Valverde en su discurso *Conozca el pueblo los entretelones de la Guerra de 1948*, pronunciado en Radio Sport el 28 de julio de 1961 e incluido en el libro *Discursos. Manuel Mora Valverde. 1934-1979*.

En Costa Rica es difícil reconocer los conflictos, hablar de ellos y asumirlos. Esta guerra de 1948 ha querido olvidarse o, cuando se recuerda, casi siempre y antes del surgimiento de los estudios historiográficos más serios y profesionales, se hizo desde posiciones muy parcializadas y apasionadas que negaron los argumentos de los bandos contrarios. Durante mucho tiempo la versión predominante, como es natural, fue la de los vencedores: el Ejército de Liberación Nacional, que pasó a ser el Partido Liberación Nacional, con José Figueres en función de caudillo y con intelectuales que diseñaron una narrativa heroica sobre la gesta que los llevó a asumir las riendas políticas del país<sup>18</sup>.

Es por eso que una novela como *Los leños vivientes*, al contar en 1962 las cosas desde la perspectiva comunista, al denunciar persecución y represión, al poner sobre la mesa los crímenes del Codo del Diablo y la impunidad que gozaron sus enigmáticos autores intelectuales, es una ficción que confronta el discurso oficial de los vencedores que usaron la historia al servicio de la política y, además, da elementos que permiten cuestionar también la ideología de la excepcionalidad en su estación de finales de la década de los años cuarenta, que he llamado socialdemócrata. Dicho de otro modo, un discurso heroico se confronta con uno *contraépico* en un género literario híbrido como lo es la novela.

En la historia de la literatura costarricense distintas novelas han pretendido elaborar en la ficción las guerras que hemos sufrido. Esto ha ocurrido con la guerra contra los filibusteros norteamericanos en 1856; con la guerra contra Panamá en 1921; y también con la Guerra Civil de 1948<sup>19</sup>. Aunque esto haya sido así, existe

---

<sup>18</sup> Ver al respecto el libro *El espíritu del 48*. De José Figueres Ferrer. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1987.

<sup>19</sup> Para la guerra contra Panamá pueden revisarse las novelas *Coto* (1934), de José Marín Cañas y el capítulo 6 de *Marcos Ramírez* (1952), de Carlos Luis Fallas. Para la guerra contra los filibusteros puede revisarse *La*

una dificultad literaria para mostrar los enfrentamientos directos, la sangre y el barro, el fragor de la batalla y los cadáveres que van quedando por los caminos. Probablemente esto esté relacionado con el discurso de la identidad nacional predominante, con los adjetivos *pacífico* y *demócrata* que suelen ponerse junto al sustantivo *costarricense*.

Dentro de los escenarios que sirven para situar las distintas tramas de *Los leños vivientes*: la cárcel, la ciudad, talleres de obreros, cantinas, casitas pobres, la selva de un ermitaño, los bananales; también aparecen, aunque pocas veces, lugares que fueron testigos mudos de algunos de los enfrentamientos en la guerra del 48: el camino por la cordillera, el Valle del Guarco en Cartago, una cabaña que albergó una balacera, tanto en la historiografía como en la literatura:

“Habiendo llegado a la cabaña donde acababa de suceder la salvaje matanza, lo hallaron abrazado a otros dos muertos. Un abrazo crispado, como de angustias y gritos que ante la muerte se trenzan y ayudan para volverse fuertes, y crecer, y hacerse perdurables.” (Dobles, F. 1996. 174).

Puede ser que, a diferencia de los científicos, los escritores y las escritoras no se planteen a la hora de iniciar un proyecto literario demostrar una tesis; o como los abogados, convencer a un auditorio sobre la validez de un argumento jurídico y social en medio de un litigio regulado. Sin embargo, aún sin proponérselo, los novelistas y las novelistas dejan al descubierto en sus textos valiosísimas verdades sobre la subjetividad de un momento social; emociones, sentimientos y pensamientos que nos hablan de la condición humana en situación. Esto quiere decir que las novelas, al necesitar las categorías del tiempo y del espacio para narrarse, necesariamente incluyen en sus tramas un contexto social ficticio que nos dice verdades, parciales, transitorias y subjetivas, sobre esa sociedad que antecede y posibilita a sus ficciones, sobre su historia real.

---

*guerra prometida* (2015), de Óscar Núñez. Sobre la guerra de 1948, en el subcapítulo dedicado a la selección del corpus menciono las novelas que tienen, de una u otra forma, ese conflicto como referente social.

En ese sentido, *Los leños vivientes*, de Fabián Dobles, complementa desde la literatura los estudios historiográficos que se han escrito sobre la Guerra Civil de 1948. Los complementa y en algunos casos los confronta o compite con ellos, ya que en estos asuntos sociales la neutralidad absoluta es algo muy difícil de encontrar, porque las narraciones, además de seguir una dirección y de estar atravesadas por la ideología, también son depositarias de afectos, transferencias subjetivas de los autores que se manifiestan en la subjetividad de los personajes con quienes los lectores nos identificamos o a quienes rechazamos y despreciamos en un intercambio emocional que moviliza el deseo y las hostilidades al mismo tiempo que razonamos sobre los contenidos de los textos.

### **2.1.6 El afecto**

Al igual que ocurre con las personas, las novelas tienen estados de ánimo, ritmos y momentos emocionales que pasan del texto a los lectores. Ese sistema de posiciones subjetivas al que nos hemos referido –los narradores, los personajes y aquello que sabemos del autor– contribuyen a generar esas conexiones emocionales que recorren los textos como si fueran sangre en las venas de la narración.

Entre otras cosas, la Guerra Fría puso sobre el mundo un sistema de simpatías y de antipatías. Los líderes de las dos grandes superpotencias, su equipo de inteligencia y propaganda estudiaron muy de cerca y, desde luego le sacaron provecho, a la influencia que tienen las emociones en las decisiones políticas, la importancia del factor psíquico para la persuasión y consecuente movilización de las masas.

En Costa Rica, en los años previos y posteriores a la Guerra Civil de 1948, por lo menos dos de los bandos enfrentados –Liberación Nacional y los comunistas– tomaron partido por opciones distintas en el conflicto bipolar internacional: Liberación Nacional por los Estados Unidos; los comunistas por la URSS. Cada uno, eso sí, conservando niveles de autonomía relativos. Es decir, no fueron exclusivamente títeres, muñecos de una mano que se movía ya fuera desde Washington, o desde Moscú.

*Los leños vivientes* muestra parte de esas tensiones, expone su sistema de simpatías y de antipatías, el cual contribuye a configurar la posición ideológica predominante a la cual nos hemos referido anteriormente:

“1948.

Llaman a la puerta. ¿Has oído?

¡Sí, llaman! Pero esta vez no es el lechero. Son los nudillos de las culatas, que han madrugado antes que los gallos.

Como dormían con la paja tras la oreja no les ha costado despertarse. La mujer lo abraza y él la besa. Ella en realidad besa su espinazo.

No hay escapada posible, hija.

Al abrir la puerta, aquel hombre de manos delgadas ve los fusiles que lo encañonan y oye la orden de un teniente bizco: Vístase y véngase inmediatamente.” (Dobles, F. 1996. 9)

La exposición de la represión y del hostigamiento que sufrieron algunos dirigentes y militantes comunistas condiciona en buena medida su sistema afectivo, sus simpatías y sus antipatías: las simpatías se transfieren a los comunistas y los pobres; las antipatías a sus enemigos, esos que sostienen los fusiles amenazantes.

La voluntad de mostrar las condiciones de vida de las capas bajas de la sociedad costarricense de entonces –representadas en muchos de los personajes de *Los leños vivientes*–, de contarnos sus aspiraciones cotidianas, las conquistas sociales de la época y el conflicto político en el cual se vieron envueltas, influyen necesariamente en la disposición anímica que se quiere generar en los lectores. Por un lado, la indignación ante la represión política. Por otro, el deseo de sostener una esperanza para las luchas populares vencidas en la guerra. Vencidas, pero no acabadas, pareciera decir Fabián Dobles, y esto es lo mismo que ocurre con Tista Valerio, a quien creíamos muerto y en la página final de la novela aparece de nuevo:

“--¡No fue a Tista al que mataron!

Y Ustos exclama a voces que ríen:

--¡Mi madre!, ven, algunos hay que así nomás no se acaban--, y corre a abrazar a Juan Bautista, mientras en la frente, sobre la negra yesca de los húmedos ojos, las cicatrices de los culatazos parecen multiplicársele.” (Dobles, F. 1996. 176).

Así termina la novela, con esa sensación de resurrección de un hombre marcado por un archipiélago de cicatrices, pero vivo como la esperanza que se nos quiere transmitir, la esperanza de que aquello que se narra: principalmente que la represión política nunca más debería suceder. Ese es el lugar de enunciación y el mensaje que Fabián Dobles deja en su auditorio.

*Los leños vivientes*, obra pionera de la “nueva novela histórica, al dialogar con los discursos historiográficos, ideológicos y estéticos, nos ha permitido acercarnos desde la ficción literaria a los conflictos sociales de la década de los años cuarenta en Costa Rica. Ahora lo haremos desde la historiografía, por medio de la interpretación del libro *Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica, 1940-1948*, de David Díaz Arias.

## **2. 2- Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica, 1940-1948, de David Díaz**

David Díaz estudia en este libro la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica, los ocho años de tensiones políticas que la antecedieron, su forma de resolverse y la construcción de narrativas y memorias que le siguieron. La incorporación de las memorias, sumada a la dimensión imaginaria que ellas suponen, a la voluntad científica y profesional del texto y a su naturaleza pluralista, lo diferencian de formas anteriores de trabajar la historiografía en Costa Rica.

A diferencia de lo que ocurre en las novelas, en los textos historiográficos la argumentación y la explicación de los acontecimientos es esencial. Cada historiador usa categorías que le permiten dar cuenta de lo que ocurrió en una sociedad y, puntualmente, en momentos tan convulsos como lo fueron los años cuarenta en Costa Rica.

La estructura de este libro, además del orden que le da a la exposición de los principales eventos políticos de aquel entonces, implica una interpretación en la cual las reformas sociales impulsadas durante la Administración del Doctor Rafael Ángel Calderón Guardia tienen un peso fundamental a la hora de pensar la división y la polarización que sufrió el país, como lo tienen también la actividad histórica de los

trabajadores, la categoría marxista de la *lucha de clases* y el concepto de *populismo*, de Ernesto Laclau.

“Para Laclau, el populismo es una categoría de análisis político y una vía de construcción de lo político, comprendiéndolo, no como un tipo de movimiento-identificable con una base social especial o con una orientación ideológica particular-sino como lógica política. La particularidad del análisis de Laclau reside en comprender la construcción del populismo de abajo hacia arriba, es decir, presentando los orígenes de los movimientos populistas en las demandas sociales insatisfechas que tiene la gente. Inicialmente, la demanda es solamente una petición: problemas de vivienda, transporte, agua, salud, seguridad, escuela y así por el estilo.” (Díaz, D. 2015. XXVI-XXVII).

Según esta idea, si la demanda se satisface se acaba el asunto y si no, entonces el cúmulo de demandas insatisfechas puede provocar la unión del pueblo y empujarlo a una lucha contra la institucionalidad. Pienso que, de alguna forma, el impulso de la legislación social en Costa Rica en la década de los años cuarenta constituye una respuesta a reclamos de las clases baja y media por una mejor regulación de las relaciones laborales y por unas mayores posibilidades de acceso a los servicios de salud. Según David Díaz, esta respuesta estuvo antecedida por una lectura de la situación social realizada por parte de los distintos partidos políticos involucrados en la gestión de esta importante transformación normativa. En ella participaron los católicos, el socialcristianismo y el comunismo; quienes a su vez actuaron en tensión con sus rivales, los viejos liberales, los socialdemócratas (intelectuales del grupo denominado Centro para el estudio de los problemas nacionales<sup>20</sup>), las fuerzas lideradas por José Figueres y las lideradas por Otilio Ulate. Algunos de ellos fueron progresistas, otros conservadores y todos anticomunistas.

---

<sup>20</sup> Es una organización filosófica y política costarricense, conformada por intelectuales y políticos que defendían ideas social demócratas. Sus ideas ayudaron a constituir la ideología del Partido Liberación Nacional.

Como es natural, estas fuerzas políticas, sus interpretaciones, proyectos y posibilidades de ejecución entraron en disputa. En esa época se dio la conjunción de una serie de procesos sociales, se formaron bandos y alianzas y toda esta tensión desembocó en un enfrentamiento militar que en buena medida definió el rumbo que siguió el país durante la segunda mitad del siglo XX, período histórico que en el mundo estuvo atravesado por las tensiones políticas protagonizadas por las dos superpotencias de la Guerra Fría.

En el prólogo a este libro de David Díaz, el historiador Jeffrey L. Gould expone lo siguiente:

“El anticomunismo desempeñó un papel decisivo en la destrucción de las coaliciones en la alborada de la Guerra Fría y el papel de los Estados Unidos (como ha enfatizado Greg Grandin) fue absolutamente fundamental. Empero, en varios países, incluyendo Costa Rica y Argentina (y en cierto grado Nicaragua), la división entre grupos con agendas similares había emergido durante la Segunda Guerra Mundial. Uno de los puntos medulares del estudio de la década de 1940 en Costa Rica es que el desencuentro entre los grupos que dieron forma a lo que en su tiempo fue a menudo llamada como la agenda “socialista”, estuvo enraizado en causas endógenas, específicamente en diferencias político-culturales y de clase.” (Díaz, D. 2015. XIII)

Efectivamente, yo también considero, que el desencuentro entre los grupos que le dieron forma a “la agenda socialista” tuvo inicialmente causas endógenas. Sin embargo, esto no implica que las dinámicas y los discursos de la Guerra Fría no impactaran ni penetraran las tensiones sociales que tuvieron lugar en Costa Rica en la década de los años cuarenta. El anticomunismo fue una ideología presente en diversos discursos enunciados por fuerzas conservadoras y socialdemócratas en esos años y, a su vez, la concepción de los Estados Unidos como un imperio cuyo poder acecha a los países latinoamericanos fue una idea que fundamentó buena parte de las explicaciones comunistas sobre la Guerra Civil de 1948.

“Así, al parecer, en el contexto de la Guerra Fría, la teoría conspirativa motivó a los vanguardistas a encuadrar su derrota militar como el resultado de las fuerzas

imperialistas en lugar de reconocer sus errores durante el combate con los figueristas.” (Díaz, D. 2015. 265).

Estos asuntos, y algunos otros, serán estudiados en este apartado que inicio con un análisis sobre la posición del narrador en este libro, David Díaz Arias.

### **2.2.1 Posiciones subjetivas del narrador y Guerra Fría en “*Crisis Social y Memorias en Lucha*”**

Para David Díaz fue muy importante reunir en este libro la multiplicidad de narrativas que entraron en disputa al tratar de elaborar en textos y memorias lo ocurrido en la década de los años cuarenta en Costa Rica, así como respetar “la verdad” de cada bando. Este historiador no solo describe sucesos, sino que muestra e interpreta los diferentes discursos que acompañaron las acciones de las principales fuerzas políticas de entonces. De tal manera, el registro imaginario juega un papel de gran relevancia en este libro, cuyo autor vislumbró en un contexto convulso para América Latina, casi sesenta años después de la última guerra entre costarricenses y cuando la Guerra Fría ya no regía las relaciones internacionales en la región.

En el año 2015, David Díaz me concedió una entrevista sobre este libro, la cual publicó el Semanario Universidad en la edición de noviembre del suplemento *Los Libros*. En ella le pregunté acerca de sus motivos para estudiar y escribir sobre la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica:

“AR: ¿Qué te lleva a vos a iniciar esta investigación?”

DD: Yo pensé este libro desde Estados Unidos, en un momento de mucha polarización. Todavía estaba en el gobierno George W. Bush y en el contexto latinoamericano se daba el ascenso de varios movimientos de izquierda que tomaban el poder o lo afirmaban, como Hugo Chávez, que en esos días le decía al mundo que en Nueva York olía a azufre. El MAS gana en Bolivia, Correa en Ecuador, el Frente Amplio en Uruguay, López Obrador casi gana las elecciones en México, Daniel Ortega vuelve al gobierno de Nicaragua, los Kirchner en Argentina. Era un clima de regreso de la izquierda en América Latina y en Costa Rica había una gran

tensión alrededor de la discusión sobre el tratado de libre comercio con los Estados Unidos. En ese contexto yo imaginé este libro. Además de algunas razones personales, como que mi padre era un profundo figuerista y mi madre una profunda calderonista y yo no entendía nada de la división familiar que se activaba cada vez que llegaban las elecciones.” (Semanario Universidad. Suplemento Los Libros. 11 de noviembre de 2015).

Una sociedad fragmentada y polarizada, como la de Costa Rica en 1948, es asociada en la mente del historiador con la división ideológica que volvía a recorrer el continente americano en la primera década del siglo XXI. La división, como categoría de análisis, es fundamental en la estrategia narrativa de David Díaz. Una división ideológica que significativamente también encuentra en su familia y que se expresa en el pluralismo de tendencias que se encuentra en su libro, en la polifonía de este libro de historia, una polifonía que se puede comparar a la de las novelas, cuando una pluralidad de voces se encuentra en una misma trama.

En este libro, el historiador construye un narrador omnisciente que se hace preguntas y pretende responderlas con los testimonios y documentos probatorios que va introduciendo en su relato, el cual, como es propio de la historiografía, argumenta y debate sobre las distintas posiciones encontradas para tratar de alcanzar una verdad fundada en la investigación y en la evidencia, y no en la imaginación.

En esta investigación las diversas perspectivas reunidas dan una visión panorámica sobre la sociedad costarricense que produjo la guerra y las narrativas que pretendieron elaborarla posteriormente, que vienen a ser creaciones imaginarias que intentaron dar cuenta de un conflicto real, en ocasiones manipulando a conveniencia lo sucedido. Reunir las distintas perspectivas y considerar las narraciones de cada bando implica una decisión epistemológica y una decisión política. Ese es el lugar de enunciación de David Díaz, quien con pretensiones de hacer ciencia histórica y de incluir en su narración a las clases populares, participa e impacta al auditorio académico, y también al no especialista, en el año 2015, cuando se publica por primera vez su libro en Costa Rica.

Pienso que la mentira y la manipulación tienen puntos de conexión con las ficciones literarias: en ambos casos la elaboración de una narración saquea y altera fragmentos de acontecimientos reales. Eso sí, los fines que persigue el escritor son distintos a los que busca el político. Mientras el primero no tiene claro el efecto que sus textos tendrán en sus lectores, el segundo pretende persuadir a la ciudadanía de que su versión es la verdadera y, con ello, descalifica otras versiones y legitima su actuar en lo real para ganar seguidores para sus causas. Dicho de otro modo, el político y el novelista coinciden en el segundo momento de la mimesis, según propone Ricoeur en *Tiempo y narración*; es decir, coinciden en la trama, en la elaboración de un relato en el cual se ordenan y valoran de diverso modo los personajes que participan en ella.

Al partir de una epistemología que considera lo imaginario, David Díaz abre un panorama más amplio para pensar el escenario de la violencia en los años cuarenta en Costa Rica y, a su vez, desde el punto de vista político, respeta la verdad de los distintos bandos. Es en ese sentido que digo que es pluralista y que se interesa por la dimensión subjetiva de quienes elaboran narrativas sobre la guerra y no solo por eventuales “hechos objetivos”.

El historiador también elabora relatos y David Díaz no es la excepción. Sin embargo, sus competencias previas, la naturaleza de la trama que elabora y sus pretensiones a la hora de que ese relato impacte en la subjetividad de los lectores son diferentes. *Crisis social y memorias en lucha* inicia con la presentación del Doctor Calderón Guardia como fuerza política emergente: un católico con sensibilidad social y además un populista que le disputa el poder al viejo León Cortés, a los liberales y a los comunistas. La narrativa que acompañó este movimiento, como la de los demás bandos, es analizada y confrontada con otras fuentes con el fin de evidenciar y denunciar sus intereses tras la apariencia; el rostro tras la máscara.

Asimismo, en un primer momento, y en paralelo al surgimiento de Calderón Guardia como caudillo, se presenta al Partido Comunista en su trabajo de defensa de los intereses de los trabajadores. Estas fuerzas rivales posteriormente establecerán una alianza entre ellas y con la Iglesia católica. Los motivos de esta

alianza son distintos para cada bando: para Calderón Guardia la alianza representó una oportunidad de ganar fuerza y sostenerse frente a los enemigos de su política social; para los católicos la alianza era importante para defender las luchas populares desde la doctrina de la Iglesia católica, dentro de un combate ideológico internacional contra comunistas y socialistas. Según Díaz, en Costa Rica los comunistas hicieron alianza con socialcristianos y con la Iglesia católica con el fin de no perder banderas que los hicieran desaparecer de la zona de influencia política.

Me parece importante señalar que el llamado programa mínimo de los comunistas coincidía con la reforma social impulsada por Calderón. Entonces respaldar los avances en la legislación laboral y en la seguridad social no implicaba renunciar a una transformación social mayor (programa máximo). Por el contrario, era un paso hacia ella.

Este es, según David Díaz, el primer bloque dentro de las fuerzas en tensión durante la década de los años cuarenta en Costa Rica. Frente a ellos aparece la oposición, conformada por una compleja serie de agentes de distinto color ideológico, pero con un enemigo común: el *calderocomunismo*. Esa etiqueta, inventada para unificar en un solo vocablo al gobierno de la reforma social y a su aliado, el Partido Comunista de Costa Rica, punto flaco para el ataque en tiempos de Guerra Fría y de anticomunismo galopante.

Además, Díaz presenta en el otro bando al conservador León Cortés, el emergente José Figueres Ferrer, a los sectores empresariales, a los seguidores del candidato conservador y anticomunista Otilio Ulate, a los jóvenes socialdemócratas unidos bajo la sombrilla del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales y a un grupúsculo de matones abiertamente terroristas quienes fueron los protagonistas de una oposición que desde distintos ángulos atacó al Gobierno del Doctor Calderón, después al Gobierno de Teodoro Picado y también a los aliados de ambos. Sumado a esto se dio la lucha ideológica por los sindicatos y por la representación electoral de las clases populares.

A David Díaz y a su narrador en tercera persona, a lo largo del texto les interesa dejarnos claro que ninguna de las perspectivas expuestas es absoluta o

definitiva: son parcialidades en una batalla discursiva que derivó en tensión social, terrorismo, confrontación mediática y, finalmente, en una guerra de cuarenta días que enfrentó a costarricenses que habían llegado a odiarse con toda el alma y que a su vez contaron con apoyos internacionales.

En este libro se muestra cómo la Guatemala de Juan José Arévalo y la Legión Caribe colaboraron con el Ejército de Liberación Nacional; cómo Somoza manifestó su apoyo al presidente Teodoro Picado, así como su enemistad hacia Figueres y, desde luego, hacia los comunistas. Estos últimos contaron con el apoyo de hombres de guerra centroamericanos como los nicaragüenses Abelardo Cuadra y Enrique Tijerino y de trabajadores de bananera también centroamericanos, que se sumaron a filas improvisadas y mal armadas de obreros y militantes comunistas llevados a pelear para defender la reforma social. Por su parte, la diplomacia norteamericana en el país vigilaba de cerca el transcurrir de los acontecimientos y tomó partido por la oposición en este país tradicionalmente pacífico que entonces vivía una guerra justamente en los inicios del conflicto bipolar que comenzaba a darle forma al orden internacional.

“Al anotar la similitud entre los programas del PCCR y del PVP<sup>21</sup>, el embajador estadounidense en San José, Fay Allen Des Portes, resumió la forma en la que se había interpretado en el mundo político costarricense el cambio de nombre efectuado por los comunistas:

*La disolución de la Internacional Comunista ha sido consecuentemente un triunfo para Manuel Mora y su grupo de comunistas, ya que, por un cambio de nombre, el señor Mora ha obtenido la aprobación del arzobispo de San José para que los trabajadores católicos puedan formar parte del Partido Vanguardia Popular, lo cual también podría atraer a otras personas que podrían ser atraídos por el cambio de nombre comunista.*

El comentario anotado por Des Portes hace eco de las acusaciones de la oposición con respecto al cambio de nombre, pero dice poco de un proceso más complejo: que los comunistas podían estarse convirtiendo en calderonistas, pero sin renunciar a ser izquierdistas. De hecho, al concentrar sus denuncias sobre la táctica política

---

<sup>21</sup> En 1943 el Partido Comunista de Costa Rica cambia de nombre para calmar a la Iglesia católica y pasa a llamarse Partido Vanguardia Popular.

oculta detrás del cambio de nombre, Des Portes y la oposición pusieron poca atención a las oraciones finales de la carta de Sanabria a Mora. En la conclusión de su misiva, Sanabria le señaló a Mora que la Iglesia católica costarricense estaba considerando formar organizaciones obreras católicas para orientar a la clase trabajadora hacia las doctrinas papales.” (Díaz, D. 2015. 100-101).

Me resulta fácil pensar que un nombre no se cambia sino está manchado. En este caso la mancha impregnada en la agrupación liderada por Manuel Mora es el comunismo y se percibe así por las disputas internacionales abiertas entre católicos y comunistas, entre Roma y Moscú. A estas disputas se suma la confrontación entre norteamericanos defensores de la democracia formal y el libre mercado y los comunistas, es decir, entre Washington y Moscú. Un país tan pequeño y dependiente como Costa Rica no puede escapar de los impactos de la política internacional. El cambio de nombre como táctica de los comunistas implica el anticomunismo y esta ideología cobrará aún más fuerza en los años que le siguieron a la fecha de ese cambio, que fue en 1942. Posteriormente, con la Guerra Fría en ascenso, la ideología del anticomunismo creció en importancia y extensión, lo cual también es trabajado por David Díaz.

Resulta interesante seguir las repercusiones de la política internacional en los conflictos propiamente costarricenses de ese tiempo. Un hito dentro de las tensiones de los años cuarenta es el enfrentamiento entre las fuerzas adeptas al Gobierno del Doctor Calderón y los alemanes radicados en Costa Rica<sup>22</sup>, en una marcha antifascista que se recuerda como el inicio de esa violencia que derivaría posteriormente en una Guerra Civil acompañada ya de discursos propios de la Guerra Fría (anticomunismo y antiimperialismo).

En esto me parece notable la poderosa influencia de los Estados Unidos en los políticos costarricenses. Cuando los norteamericanos le declaran la guerra al eje, la posición geoestratégica de Costa Rica cobra importancia para ellos con el fin

---

<sup>22</sup> Después del hundimiento del barco Saint Paul el 2 de julio de 1942 en el cual murieron 24 obreros costarricenses, surgió una ascendente indignación pública contra Alemania y llamados públicos contra el fascismo, lo cual provocó un aumento de las tensiones étnicas y varios locales pertenecientes a alemanes e italianos fueron saqueados.

de proteger el Canal de Panamá. El hundimiento en 1942 del Saint Paul, un barco carguero anclado en Limón, dio pie para que se desatara la hostilidad contra los alemanes, cuyo país fue acusado de ser el responsable del ataque. Esto provocó el interés del Doctor Calderón de presentarse como aliado de los Estados Unidos y de perseguir a sus enemigos, los seguidores del eje, y a otros como José Figueres que aprovechó esa tensión para atacar a un Gobierno al que ya le cobraba distintas facturas: mala administración y corrupción. El Gobierno le respondió encarcelándolo y expulsándolo del país, en una afrenta que Figueres no perdonaría nunca y de la cual cobraría venganza levantándose en armas y venciendo a sus rivales en la Guerra Civil. Este resentimiento de Figueres, como los odios personales que aumentaron las tensiones políticas en Costa Rica, tiene importancia en la exposición historiográfica de David Díaz.

En *Crisis social y memorias en lucha*, la influencia de los Estados Unidos se percibe con claridad al finalizar la guerra del 48, cuando casi todas las fuerzas políticas del país se declaran anticomunistas y hostigan a sus rivales con la etiqueta maldita de *comunista*. No está de más mencionar que los comunistas, perdedores de la guerra, fueron perseguidos, como vimos en el apartado dedicado a la novela *Los leños vivientes*, de Fabián Dobles. Esta representa una parcialidad dentro del cuadro de posiciones ideológicas diversas que muestra David Díaz en su relato pluralista y polifónico sobre la crisis social de los años cuarenta y sus memorias en disputa.

“Las formas de violencia que aparecieron durante la Guerra Civil revelan que una gran ruptura social había ocurrido durante 1942-1948. En este trabajo se ha seguido la propuesta de Manuel Solís y se ha tratado de vincular esa ruptura con motivos individuales que auspiciaron el odio entre los grupos. Así, personas como José Figueres, Frank Marshall, Édgar Cardona y Tuta Cortés utilizaron el contexto político para canalizar ofensas personales que habían sido cometidas en su contra o en contra de sus familiares. Ese odio fue encauzado a través de la división política en la cual encontró un lenguaje legitimador para justificar el uso de más violencia. En ese sentido, la Guerra Civil puede resumirse como otro escenario de esa violencia. Y justamente porque fue un escenario más y no el *escenario*, la violencia no se detuvo al terminar la guerra. En lugar de eso, la represión que siguió al conflicto

bélico fue otra forma de expresión del odio en contra de los enemigos políticos, es decir, *los otros*. De esa manera, la época de la represión fue tan cruel como la Guerra Civil y sirvió para afirmar las memorias partidistas sobre el período 1940-1948. Esas memorias, sin embargo, fueron selectivas y no curaron los traumas y dolores del período recordado.” (Díaz, D. 2015. 342).

Cada narrativa que acompañó las acciones de los bandos es estudiada por Díaz mediante la exploración de la evidencia existente. Es a partir de ella que se elabora una explicación unificadora y crítica sobre los convulsos años cuarenta que le da un lugar en la historia a la clase trabajadora y que se expone con pretensión de verdad científica. Ese es su lugar de enunciación, que conlleva una voluntad por romper el olvido de aquel conflicto tan determinante en la historia costarricense.

En *Los leños vivientes*, Fabián Dobles no tiene esta pretensión de ciencia. Sin embargo, el novelista y el historiador coinciden al mostrar la persecución sufrida por los comunistas y a la hora de presentar la versión comunista de lo ocurrido. Mientras Fabián Dobles construye personajes que nos recomienda buscar en el corazón y no en la memoria, Díaz fundamenta su relato en voces de personas protagonistas del conflicto de los años cuarenta o cercanas a ellos que cumplen el papel de testigos y sus manifestaciones funcionan como pruebas que respaldan el relato polifónico o pluralista que escribe. Estas personas, al unirse con los personajes creados por el novelista, permiten una profundidad mayor para comprender lo sucedido en ese pasado tan significativo para la historia política costarricense.

De alguna forma, este método de elaboración científica de un relato coincide con el del abogado penalista que, con base en declaraciones de testigos, documentos o indicios construye una narrativa que pretende persuadir al auditorio para hacer prevalecer sus intereses o los de su cliente. En el caso del historiador, su auditorio son la comunidad científica y los lectores comunes. Su pretensión es la de exponer una verdad fundada sobre lo acontecido en un momento histórico dado. Ahora, entre una prueba y la otra, entre un testimonio y el otro, tanto el abogado penalista como el historiador, al igual que los novelistas, elaboran un discurso, el

cual es transitorio, parcial y siempre puede ser rebatido. El discurso del novelista se dispersa en las voces que constituyen su sistema de narradores y los debates que eventualmente genere la novela se salen de sus manos y generalmente ocurren en ámbitos muy distintos a los juzgados donde litiga el abogado o a la academia en la cual es evaluado el historiador.

Este libro de Díaz reúne, en su análisis, posiciones que se fundan en la lucha de clases, en los factores emocionales y en los conflictos intergeneracionales que están en la génesis del odio entre participantes enfrentados en la Guerra Civil. También considera el contexto internacional, las biografías de líderes políticos, los testimonios, relatos autobiográficos y estudios históricos sobre momentos puntuales. A partir de ello ordena su relato cronológicamente en etapas que llevan consigo una interpretación y una explicación de lo acontecido. Las etapas de la narración/explicación que hace Díaz son las siguientes: a-Emergencia de fuerzas impulsoras de la reforma social (El Doctor Calderón Guardia, grupos católicos y comunistas); b- la protesta popular, sindicatos y construcción del calderocomunismo; c-la construcción de la oposición política; d- la violencia del período de 1940 a 1948, que se desata con la elección de Teodoro Picado como presidente; e-los sucesos de la Guerra Civil; y f-las memorias y el olvido relacionados con esta guerra.

Para cada uno de estos momentos existe una conexión diseñada por el historiador que explica lo ocurrido y que presenta distintas perspectivas de los bandos enfrentados, lo que muestra las relaciones de fuerza existentes en la sociedad costarricense de los años cuarenta y sus discursos en disputa que tuvieron efectos en la vida política de aquel entonces y en la de las décadas que le siguieron.

La posición subjetiva del narrador, que en este caso es un historiador, aparece justamente en sus decisiones: en la forma de ordenar su relato, en los nexos de causalidad que diseña, en las conexiones que realiza entre distintos eventos, en el peso que les da a algunas actuaciones de protagonistas y no a otras y en la consideración de las narrativas y de las memorias en su análisis. La explicación expuesta en este libro está fundamentada en testimonios a los que se les da fe y al mismo tiempo se confrontan con otros testimonios a los que también

se les da fe. Un ejemplo de esto es la diferencia de percepciones que tuvieron figueristas y comunistas sobre el Pacto de Ochomogo años después de haberse dado.

“A pesar de que la explicación de Figueres sobre la Guerra Civil dominó los discursos del PLN sobre ese acontecimiento, desde 1948 los vanguardistas se enfrentaron a esa interpretación. Durante la segunda mitad del siglo XX, en panfletos, discursos, cartas, artículos de periódico y memorias los dirigentes del PVP expresaron lo que ellos consideraban las verdaderas causas de la guerra y los verdaderos intereses políticos de Figueres al emprenderla. En sus narrativas, los comunistas sostienen que el imperialismo estadounidense, el plan de Arevalo de unificar Centroamérica y la oposición a la reforma social de Calderón Guardia fueron los factores que llevaron a Figueres y a sus seguidores a alzarse en armas.” (Díaz, D. 2015. 264).

Desde luego la posición del bando figuerista es otra: ellos se alzaron en armas para acabar con una dictadura corrupta, incapaz de administrar de forma eficiente el Estado y que buscaba perpetuarse en el poder mediante el fraude electoral. Para Figueres, el *calderocomunismo* no respetaba la democracia y, paradójicamente, la única forma de sacarlos del poder era con las armas. Esa defensa de la democracia es la que lo compromete a entregarle posteriormente el poder a Otilio Ulate, una vez cumplido el plazo acordado para que gobernara la Junta Fundadora de la Segunda República, plazo que fue de aproximadamente dieciocho meses.

Pero este no es el único caso. Esta reunión y confrontación de perspectivas forma parte de la estrategia narrativa pluralista de Díaz, quien al hacerlo pretende no tomar partido por ninguna de ellas sino argumentar científicamente con base en evidencias y dejar que los lectores tengamos un papel activo en la elaboración de conclusiones que, a su vez, ya estaban implícitas en la estructura unificadora del relato y en el orden que él les dio a los capítulos del libro, así como en sus interpretaciones expuestas de forma manifiesta.

“Costa Rica experimentó una tremenda efervescencia social entre 1940 y 1948. Rafael Ángel Calderón Guardia, quien ganó las elecciones presidenciales en 1940 con casi el 85% de los votos, organizó el primer y más claro movimiento populista en la historia del país, que movilizó a miles de personas para respaldarlo. De la misma forma que ocurrió en México, Venezuela, Colombia y Nicaragua, el populismo de Calderón Guardia abrazó e impulsó el sindicalismo entre la clase trabajadora, lo cual le permitió a Calderón Guardia convertirse él mismo en un caudillo, en una persona que políticamente se presentaba como casi escogida por Dios para dirigir el destino del país. De varias maneras, ya que motivó una fuerte reacción populista, el populismo del gobierno de Calderón Guardia condujo al país a una extremadamente violenta guerra civil en 1948.” (Díaz, D. 2015. XV).

Para Díaz las políticas impulsadas por Calderón Guardia son populistas y constituyen la causa fundamental para que pocos años después estallara la guerra. Esto es, sin lugar a duda, una explicación que parte de una valoración subjetiva del historiador. Cabe señalar en este momento que cuando digo subjetiva no me refiero a que la valoración sea antojadiza o arbitraria, sino que es un aporte del investigador entendido como sujeto activo de la narración de acontecimientos. Considerar a Calderón Guardia como populista no está en los hechos objetivos y tampoco está en esos presuntos hechos pensar que su populismo fue lo que condujo al país a la guerra. Esta valoración surge de las competencias previas del autor del libro, quien, al estudiar las evidencias reflexiona y concluye lo anteriormente mencionado. Esta participación del sujeto es inevitable, tanto en los textos historiográficos como en los literarios –estos últimos menos argumentales y explicativos y mucho más narrativos que los primeros–. No importa aquí el debate acerca de si Calderón Guardia fue populista o no, sino la decisión del historiador de presentarlo así y de decir que por eso se dio la guerra.

Además de considerar la dimensión imaginaria y discursiva del conflicto y de estudiar las diferentes perspectivas en disputa respetando “la verdad” de cada una de ellas, el narrador en tercera persona que construye Díaz enfrenta otra batalla: lucha contra el silencio consensuado que vino después del fin de la guerra, la promulgación de la Constitución Política de 1949 y la proscripción formal de los

comunistas incluida en esa norma fundamental. El silencio pactado tras el acomodo de las fuerzas, en algunos casos como el crimen del Codo del Diablo, también implicó impunidad. En su libro *La institucionalidad ajena* (página 236), a ese pacto el sociólogo Manuel Solís le llama *coinocencia*.

Si la categoría de memoria y de memorias en lucha ocupa un lugar central en este libro, al mismo tiempo el silencio y el olvido son vistos en consecuencia como prácticas a erradicar por el bien de la verdad histórica y del fortalecimiento de la democracia con la cual esta verdad colabora. No se pueden sanar traumas sin elaborar lo reprimido, lo olvidado a la fuerza. De igual modo, no se puede hablar de vida democrática en un país que oculta su pasado o que lo recuerda solo de manera tendenciosa y parcializada. Estos son algunos de los enemigos de Díaz y de su narrador. Por eso reúne las distintas memorias, las pone a pelear entre ellas y las interpreta para elaborar una explicación unificadora, que se pretende científica, sobre lo ocurrido en los convulsos años cuarenta de Costa Rica, que él asocia con lo que se vivía en Latinoamérica en la primera mitad del siglo XX.

Al igual que Fabián Dobles, en *Los leños vivientes*, Díaz le da importancia al papel de la clase trabajadora como sujeto activo de la historia y, si bien es cierto que no toma partido de manera explícita por los trabajadores y los comunistas tal y como lo hace Dobles, el considerar su perspectiva dentro de todas las otras y respetar su “verdad” viene a ser tanto una decisión epistemológica como política, una apuesta por la democracia, por el pluralismo y por la tolerancia entre rivales expresada en su escogencia de fuentes testimoniales antagónicas, voces y textos que constituyen una trama polifónica y que condicionan la naturaleza epistemológica de este libro al abrir la dimensión subjetiva y narrativa como parte de los objetos de su conocimiento. Esto lo diferencia de abordajes anteriores de este conflicto sociopolítico y le da un lugar distinto dentro de la historiografía costarricense.

En el libro de Díaz, el impulso de la reforma social, las alianzas y antagonismos que esta gestión despertó, las elecciones continuas del Doctor Calderón y de Teodoro Picado y la violencia que recorrió el país después de 1944 son antecedentes y condiciones previas que volvieron inevitable el enfrentamiento

armado entre costarricenses. Por mi parte, pienso que esa guerra de cuarenta días es acontecimiento y punto de inflexión en la historia real de Costa Rica y en la necesidad de elaborarla a nivel imaginario en narraciones para darle sentido.

“En todo caso, para finales de 1947 y principios de 1948, tanto los opositores de línea dura como los políticos habían estrechado los márgenes de negociación hasta un punto en donde se hablaba públicamente sobre una posible guerra civil sin importar el resultado de las elecciones presidenciales de 1948. Así, incluso, antes de que se llevaran a cabo las elecciones, muchos opositores de línea dura solamente estaban a la espera de un motivo para actuar. Cuando el congreso anuló la elección de Ulate, los figueristas recibieron un cheque en blanco para iniciar su revolución.” (Díaz, D. 2015. 221-222).

Otra diferencia que me parece importante recordar es la forma en la que cada bando nombra el acontecimiento. Los figueristas le llamaron *revolución*; los comunistas, dada su orientación marxista, hablaron de guerra civil, pues una revolución implicaba una transformación radical de las relaciones sociales y de producción propias de la sociedad capitalista: una superación de la lucha de clases. La Guerra Civil de 1948 no coincidía con estos presupuestos teóricos.

La guerra se dio. Montes, puertos y caminos se mancharon de sangre. La tensión y el miedo dominaron la vida cotidiana de los costarricenses durante las seis semanas que duraron los combates. Y más allá.

Entiendo la categoría *acontecimiento* como punto de quiebre en una sociedad. Este, dada su magnitud y los efectos que provoca necesita ser elaborado posteriormente, requiere ser puesto en palabras, ya sea que estas palabras se ordenen siguiendo las reglas de la historiografía o las de la novela.

Cada uno de los textos que se han escrito sobre la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica son huellas narrativas, indicios de algo que ocurrió en lo real, más allá del lenguaje y de lo cual se pretende dar cuenta, y sentido en libros historiográficos y en ficciones literarias.

Desde este punto de vista, *Los leños vivientes* y *Crisis social y memorias en lucha* son huellas de los conflictos de los años cuarenta en Costa Rica. Conflictos

penetrados por las dinámicas propias de la Guerra Fría que recién iniciaba. El anticomunismo y el antiimperialismo son discursos usados por los bandos políticos enfrentados en Costa Rica y la Guerra Civil de 1948 tuvo una dimensión geopolítica internacional: los países de la región se interesaron en el conflicto y los Estados Unidos lo siguieron muy de cerca, tomando partido primero por Otilio Ulate y después por José Figueres.

El capítulo 5 de *Crisis social y memorias en lucha* está dedicado a contar los sucesos de la guerra. A continuación, me referiré a ese relato de Díaz, entendiéndolo como una aproximación a lo que ocurrió en aquellas seis semanas de combates y pactos entre costarricenses que se odiaban.

### **2.2.2 El acontecimiento**

A mí no me cabe duda de que la guerra la inició Figueres. Él y su Ejército de Liberación Nacional estaban decididos a vencer al Gobierno, a los comunistas y a fundar una nueva Costa Rica. Si bien es cierto que en algunos momentos sus fuerzas encontraron resistencia, los tiempos de la guerra los marcaron los alzados, “los revolucionarios”, quienes también decidieron cuándo y de quién aceptar propuestas de pactos para firmar la paz. Dicho de otro modo, el control del poder militar en esta guerra siempre lo tuvo José Figueres Ferrer, principalmente después de la toma de San Isidro de El General.

Como he dicho anteriormente, existe un hiato entre lo acontecido y lo contado, ya sea que lo que se cuente sean novelas o una historiografía fundada en la evidencia. El texto y lo ocurrido no son idénticos: en el medio está la participación de un sujeto con competencias previas que entrelaza las partes que funcionan como bordes de ese hiato. Un sujeto que domina una información y no otra; quien le da al relato una dirección y no otra.

David Díaz, siguiendo a Juan Diego López en su libro *Los cuarenta días de 1948. La Guerra Civil en Costa Rica* (Editorial Costa Rica, 1998), divide su relato sobre los sucesos de la Guerra Civil en cuatro fases:

“El 12 de marzo de 1948, un grupo de figueristas comenzó su “Guerra de Liberación Nacional”. Esta revuelta puede dividirse en cuatro fases. La primera fase (del 12 al

23 de marzo de 1948) involucró la lucha armada entre las tropas del Gobierno y las revolucionarias. La segunda fase (del 24 de marzo al 6 de abril de 1948) incluyó intentos de negociación de la paz aun cuando las hostilidades continuaron. La tercera fase (del 7 al 13 de abril de 1948), fue marcada por sorpresivos movimientos figueristas para tomar Cartago y Limón. La cuarta fase (del 14 de abril al 20 de abril de 1948), implicó la implementación de la paz gracias a los acuerdos firmados entre las autoridades del Gobierno y los revolucionarios.” (Díaz, D. 2015. 228).

La vida real no se divide en fases. Ocurre y después los sujetos le damos sentido, la analizamos e interpretamos sus momentos más determinantes en la historia de un individuo o de una sociedad. Eso hace Díaz con los cuarenta días que estremecieron Costa Rica en 1948. Su relato, al seguir la metodología de la historia científica, se basa en evidencias y estas están conformadas por testimonios, libros y cartas; documentos, que determinan los límites de la narración cuya verdad sigue la lógica de la comprobación. Nada de lo que dice el historiador puede escaparse a lo que le permiten sus fuentes. En este sentido, el historiador entiende la mimesis como imitación y no como invención. Sin embargo, ningún relato historiográfico es igual a otro, ni tampoco es igual a *lo real histórico*. Cada uno lleva la marca subjetiva de la persona que lo escribió, su propio *fantasma*, su postulado de *realidad* y, por su medio, el contexto político del que surge.

Los sucesos que presenta Díaz siguen un orden cronológico y episódico, y su texto tiene una geografía literaria. De este capítulo se desprende que Figueres inicia la guerra después de que la anulación de las elecciones por parte del Congreso encendiera la chispa belicista en una continuación de la violencia que ya dividía a la sociedad costarricense desde años atrás. Hombres de distintas clases sociales llegaron a la finca La Lucha, cuartel inicial de Figueres. El único requisito era llevar un arma. Las montañas cercanas al Cerro de la Muerte fueron el epicentro de las acciones revolucionarias. El Gobierno y los comunistas se encontraban en la capital. Algunos lugares estratégicos fueron la carretera Panamericana, un aeropuerto en San Isidro de El General, el puerto de Limón, Cartago y, desde luego, San José.

También San Ramón aparece como escenario de combates; Altamira, en la zona norte, fue punto estratégico como escala para la movilización de tropas, las de Orlich que viajaban a sumarse a la toma de Cartago y las de la Legión Caribe que tenía como misión hacerse de Puerto Limón. El aeropuerto de San Isidro de El General fue importante para el apoyo militar que recibía Figueres desde Guatemala: hombres y armas arribaron con éxito a esa terminal aérea. La misma función cumpliría después el puerto de Limón.

Se dice en el relato de Díaz que el Ejército de Liberación Nacional estaba conformado por unos seiscientos hombres, mucho mejor armados que las tropas rivales, las cuales, además, seguían órdenes de un Gobierno que nunca supo dimensionar las intenciones y el poder real de las fuerzas que se alzaron en su contra.

Carlos Luis Fallas, dirigente comunista y escritor, tuvo la misión de viajar a Puerto Cortés, en el sur del país, y reclutar a trabajadores de la bananera para que se sumaran a la guerra. Lo apoyó Enrique Tijerino, militar nicaragüense antisomocista a quien Manuel Mora había convencido de participar en la guerra costarricense a cambio de posteriormente recibir apoyo para expulsar del poder a Somoza.

El Partido Comunista de Costa Rica (después llamado Partido Vanguardia Popular) había realizado un constante trabajo político en las bananeras y con los obreros de San José y de las otras ciudades del Valle Central. Ese trabajo fue aprovechado por Fallas y Tijerino para convocar gente a que se sumara a la guerra usando para ello el argumento de la defensa de la legislación social.

De tal manera, según el relato de Díaz, las fuerzas del Gobierno estaban compuestas por una tropa de 65 soldados profesionales, 300 soldados mal armados y 1122 policías. A esto se sumaban las brigadas de choque comunistas y los soldados improvisados que ellos consiguieron reunir (hombres rudos, sin entrenamiento militar y mal armados, conformados principalmente por obreros y trabajadores de las bananeras). Este último grupo fue el que llevó el peso de la resistencia en contra de los alzados y, una vez llegado el momento de los pactos, fue el que le dio el poder de representación en las negociaciones a Manuel Mora

Valverde, ya que este líder comunista era quien podía ejercer una mayor influencia sobre ellos con el fin de lograr su aceptación de la rendición final. Esto último queda muy bien expuesto en el libro de Díaz.

Los hombres de Figueres, según su mentalidad, se alzaron contra una dictadura ineficiente, corrupta y fraudulenta que no respetaba las reglas de la democracia. De eso pretendían liberar a Costa Rica: esa era la “liberación nacional”. Sumado a ello, contribuyó a reforzar su narrativa el discurso anticomunista que recorría la región una vez iniciada la Guerra Fría ya que, como hemos visto, los comunistas costarricenses fueron aliados sumamente relevantes para los gobiernos consecutivos del Doctor Rafael Ángel Calderón Guardia y de Teodoro Picado.

El anticomunismo y la participación de rebeldes nicaragüenses, que formaban parte tanto de las tropas comunistas como de la Legión Caribe que apoyaba a Figueres, provocaron que Anastasio Somoza se interesara en el conflicto costarricense y se valiera del apoyo guatemalteco a Figueres para intentar internacionalizar la guerra con la aprobación de los Estados Unidos. Esto último no ocurrió.

“Somoza seguramente tenía miedo de la participación de reconocidos antisomocistas entre los exiliados nicaragüenses en las tropas de trabajadores del PVP que ayudaban a Picado a ganar la guerra. Además, Somoza sabía el temor del Departamento de Estado sobre la posibilidad que tenían los vanguardistas de adquirir más poder en el país en caso de que ganaran la Guerra Civil. De hecho, desde febrero de 1948, Nathaniel Davis, embajador estadounidense en San José, había estado informando que los vanguardistas podrían utilizar las armas para tomar control del Gobierno. Asimismo, antic Calderonistas que vivían en Estados Unidos, especialmente Gonzalo Facio y Francisco Rodríguez - quien era a su vez el embajador de Costa Rica en Washington- contribuyeron a incrementar el temor del Gobierno de los Estados Unidos sobre el PVP. Después de que comenzó la guerra, esos costarricenses fundaron la Liga Costarricense contra la Dominación Comunista con el objetivo de manipular la opinión pública en Estados Unidos sobre la guerra en Costa Rica. Básicamente esa Liga hizo *lobby* para que el Departamento de

Estado interviniera contra el gobierno de Picado y favoreciera a Figueres.” (Díaz, D. 2015. 234).

Esta dimensión internacional de la Guerra Civil expuesta por Díaz, permite visualizar con mayor claridad el impacto de la Guerra Fría en el conflicto. Si bien es cierto los comunistas estaban en el mismo bando que Calderón y Picado, aquellos no tenían relaciones de amistad con Somoza. Todo lo contrario. Por su parte, el ejército de Figueres aunque combatía contra los comunistas, tampoco tenía buena relación con el dictador nicaragüense.

Esta pluralidad de fuerzas enfrentadas, cada una con intereses distintos, vuelve complejo el análisis de esta guerra en la que, según mi criterio, se combatió por un objetivo final: hacerse del control del Estado costarricense.

Vistos desde el día de hoy –cuando las ideas neoliberales y conservadoras dominan el espectro político costarricense– las agendas de calderonistas, figueristas y el programa mínimo de los comunistas no parecen tan diferentes. Cada una de estas fuerzas ideó proyectos políticos que promovían la intervención estatal en la economía de mercado. Todos ellos, además, formaban parte de una nueva clase política que sucedía a los viejos liberales de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Antes que ideológicas, las disputas entre Calderón, Picado y Figueres fueron por el poder: pelearon por la conducción del Estado y por venganzas personales que suelen acompañar la contienda política. Formaban parte de una misma clase social: ninguno era obrero ni tampoco oligarca.

Me parece importante señalar, dados los fines de mi trabajo, que la intervención de los comunistas en este ajedrez introduce en el debate los discursos de la Guerra Fría, complejiza la discusión ideológica. Pero en la práctica, en esos años cuarenta, los comunistas costarricenses no luchaban por hacer una revolución social que erradicara el sistema capitalista. Pelearon por reformas sociales y legales que favorecieran a los trabajadores dentro de una economía capitalista. Lo ideológico partidario confunde al analizar la guerra. La reforma social fue bandera de calderonistas, comunistas y de Teodoro Picado. Figueres, por su parte, atacaba más a los gobiernos de Calderón y Picado (aliados con los comunistas) que a esas

reformas que después de la guerra respetó y mantuvo. Esto no quiere decir que algunos de los grupos que se sumaron a su lucha no estuvieran en contra de la reforma social.

Figueres se alzó en armas para fundar una Segunda República; Rafael Ángel Calderón Guardia reclamaba que se invalidasen unas elecciones fraudulentas que lo declararon perdedor y que consideraba había ganado en contra de Otilio Ulate; este último, por su parte, demandaba se respetara la voluntad popular manifestada en las urnas. Teodoro Picado apoyaba a Calderón y los comunistas querían que se mantuviera la legislación social y que se garantizara su presencia en la esfera política costarricense. Un sector de la Iglesia Católica era capaz de negociar con comunistas y otro era anticomunista. Somoza estaba interesado en cuidarse las espaldas y evitar alzamientos en su contra, la Legión Caribe planeaba iniciar en Costa Rica un movimiento antidictatorial en la región y los Estados Unidos buscaba asegurarse que en Costa Rica continuaran gobernando sus aliados. En este momento y en esta guerra, la URSS era solo un fantasma lejano. Estos son los bandos que Díaz muestra en el campo de batalla. Esta es su polifonía, su estilo democrático de escribir los convulsos años cuarenta en Costa Rica.

Como ocurre en toda guerra, cada grupo elabora discursos legitimadores de su acción militar y, posteriormente, cuenta lo sucedido de acuerdo con su lugar en el mundo, sus intereses y el efecto de apoyo que busca generar en la ciudadanía. Estas narrativas legitimadoras, estas memorias, son las que reúne en su libro el historiador David Díaz. Estos son los testimonios que él, valiéndose de una estructura perspectivista o pluralista, pone en disputa para finalmente unificarlos en una explicación cuyas tesis principales son susceptibles de ser verificadas y comprobadas.

En aquellas montañas de la Cordillera de Talamanca, ubicadas entre las provincias de Cartago y San José, inició la guerra. Esto se dio así porque ahí estuvo el cuartel de Figueres, que siguiendo el olfato militar se movió de su finca La Lucha a San Cristóbal Sur y después a Santa María de Dota. Desde un punto de vista estratégico, el objetivo final de Figueres y sus hombres era tomar San José y, consecuentemente, destituir al Gobierno y a sus aliados cuya sede se encontraba

en la capital. No me cabe duda de que todos los movimientos de esta guerra son tácticos, etapas parciales para alcanzar aquel fin.

Así, las tropas figueristas tomaron San Isidro<sup>23</sup> para controlar el aeropuerto desde donde se abastecieron de hombres y de armas. Entonces avanzaron por la carretera Panamericana. El intento de tomar San Ramón hizo pensar al Gobierno en un alzamiento generalizado por todo el país, lo que no era cierto. El Gobierno, por su parte, envió tropas para enfrentar a los alzados en una guerra que, desde su punto de vista, era de resistencia. Se defendieron de un ataque ilegal para mantenerse en el poder por los días que le quedaban a su período constitucional. Si Figueres no hubiera ganado la guerra pudo haber sido encarcelado por el delito de rebelión.

Toda esta relación de eventos queda expuesta en el libro de Díaz, donde además se muestran los combates que se dieron en San Ramón, donde venció el Gobierno; y en El Empalme, donde hubo un repliegue de “revolucionarios” después de un enfrentamiento que dejaba manifiesta las intenciones del Ejército de Liberación Nacional de no ceder hasta vencer. Bajo las órdenes del dominicano Miguel Ángel Ramírez Alcántara, se retomó San Isidro venciendo a Fallas y a Tijerino y, en los movimientos más audaces de Figueres como hombre de guerra, se ejecutaron las operaciones Magnolia y Clavel mediante las cuales se tomaron Cartago y Limón, enfrentando a tropas del Gobierno en Casamata y en El Tejar y a tropas comunistas en Limón.

La capacidad ofensiva de los alzados, sumada al juego diplomático internacional, hizo que el Gobierno y los comunistas buscaran pactar. Esta voluntad de negociación incluye un acuerdo entre Calderón y Ulate, así como la intervención del cuerpo diplomático destacado en el país. De estos antecedentes surgen las condiciones del posterior pacto de la Embajada de México y el de Ochoмого<sup>24</sup>.

---

<sup>23</sup> El 12 de marzo de 1948 en la madrugada, las tropas rebeldes toman el pueblo de San Isidro del General para controlar el aeropuerto, lo cual era sumamente importante para el abastecimiento de armas y el traslado aéreo de tropas.

<sup>24</sup> El pacto de Ochoмого fue un acuerdo suscrito entre José Figueres Ferrer y Manuel Mora Valverde en la zona montañosa de Ochoмого, Cartago, a partir del cual la guerra llegó a su fin. Por su parte, el Pacto de la Embajada de México es un acuerdo entre el presidente Teodoro Picado y el padre Benjamín Núñez, representante figuerista, para ponerle fin a la guerra.

Figueres, persistente en sus intenciones y conocedor de su poder, rechazó varias ofertas de pacto, incluida una cuyo mensajero fue Monseñor Víctor Manuel Sanabria, a quien devolvió a San José con las manos vacías.

Algunos lugares de la Cordillera de Talamanca, la ciudad de San Isidro de El General, la zona de los Santos, las montañas de Tarbaca, el valle de Cartago, la ciudad de San Ramón, Puerto Limón y la frontera norte, si consideramos la invasión de Somoza para tomar Villa Quesada, son los principales escenarios de esta guerra que duró cuarenta días, alterando la vida cotidiana de una población que no llegaba al millón de personas y que no estaba acostumbrada a acontecimientos de tal calibre.

Esa es la geografía de la guerra. Si bien no está descrita como se hace en las novelas realistas, es también la geografía literaria del relato de Díaz en el Capítulo 5 de su libro. En este, como los novelistas, no puede prescindir de las palabras, de inventar algo que antes de que él lo escribiera no existía. Como en las ficciones novelescas, tampoco puede prescindir de darle un orden temporal al relato y de ubicar las acciones en una geografía textual. Eso sí, su relato pretende representar a *lo real histórico*, ese es su mandato. Cada testimonio, carta, documento y libro que cita cumple esa misión con el fin de probar que las cosas en el mundo ocurrieron tal y como están dichas en su libro.

Esa es la pretensión de todo novelista y de todo historiador. Cada uno lo intenta por caminos distintos que, sin embargo, tienen puntos de convergencia. Tanto historiadores como novelistas buscan alcanzar lo dicho por el soldado escritor, lo que reza el título de la crónica de Bernal Díaz del Castillo: contar “la historia verdadera”.

Finalmente, la cuarta fase de este capítulo está dedicada a mostrar los procesos que llevaron a los pactos que permitieron la paz. Este quizás sea el momento sobre el cual existen más posiciones divergentes, principalmente la discrepancia entre figueristas y comunistas sobre lo acordado y la importancia que tuvo el Pacto de Ochoмого, ese encuentro en aquella zona montañosa de Cartago donde Manuel Mora, Benjamín Núñez y José Figueres, se supone, acordaron el fin de la guerra antes de que se diera una batalla por San José.

En ese pacto se recibió la rendición de los comunistas a cambio de aceptar también una serie de puntos dentro de los cuales se incluía la preservación de la reforma social y la garantía de seguridad y legalidad de los comunistas. Para ese entonces, el Gobierno de Teodoro Picado ya había capitulado. Como se sabe, la reforma social se mantuvo, pero los comunistas fueron proscritos en la nueva constitución, hostigados y perseguidos durante los años que siguieron a la guerra tal y como aparece en la novela *Los leños vivientes*, de Fabián Dobles.

Tal y como muestra David Díaz, las tropas comunistas eran numerosas, pero no tenían formación militar ni armas. Contaban con escasos militares profesionales, algunos provenientes de otros países de Centroamérica, como los nicaragüenses Enrique Tijerino y Abelardo Cuadra. Las columnas dirigidas por Carlos Luis Fallas fueron vencidas, la columna liniera en San Isidro de El General y la de la Victoria alcanzaron San Isidro cuando era un pueblo fantasma y sus hombres nunca llegaron a su destino en Cartago, confundidos por un baquiano que los perdió entre las montañas brumosas.

Díaz expone también la versión de Arnoldo Ferreto, comunista enemigo de Manuel Mora, para quien este negoció la rendición sin la autorización del Buró Político del PVP. Desde la perspectiva de Ferreto, los comunistas querían pelear, no rendirse, y afirma al respecto que dos mil hombres estaban dispuestos a defender San José.

No sabemos qué hubiera pasado en una batalla por San José. Nunca lo sabremos, pero sin duda esa rendición de las tropas comunistas impulsada por Manuel Mora tuvo repercusiones determinantes para lo que llegó a ser Costa Rica después de esa guerra.

“La Guerra Civil había terminado. El 1° de mayo Ulate firmó un pacto con Figueres con el cual *don Otilio* aceptaba que *don Pepe* formara la Junta Fundadora de la Segunda República que dirigiría al país por 18 meses a partir del 8 de mayo de 1948. La Junta, que gobernaría como poder único estaba compuesta de las siguientes personas: José Figueres, Fernando Valverde Vega, Benjamín Odio, Bruce Masís, Benjamín Núñez, Gonzalo Facio, Alberto Martén, Francisco J. Orlich, Raúl Blanco,

Uladislao Gámez, Edgar Cardona y Daniel Oduber. En los meses siguientes, se produjo una transformación política que se combinó con una fuerte represión a los perdedores del conflicto bélico.” (Díaz, D. 2015. 249).

Díaz muestra cómo Estados Unidos advirtió a Figueres de lo ilegal de su guerra, por derrocar mediante la fuerza a un gobierno legalmente constituido. Esta advertencia no podía ser pasada por alto por un hombre que públicamente defendía la democracia formal y la transparencia electoral. De esto surge el pacto con Ulate, lo transitorio del poder de la Junta Fundadora de la Segunda República y la entrega de la presidencia a don Otilio tras dieciocho meses de gobierno.

Es importante mostrar, según los fines que persigo en este trabajo, cómo después de la Guerra Civil la relación de la clase gobernante de Costa Rica se alineó de manera manifiesta con los intereses de los Estados Unidos en tiempos de Guerra Fría. En consecuencia, la ideología anticomunista dominó la arena política de este país centroamericano que suele autoperibirse como excepcional. Esta posición anticomunista, sumada a la abolición del ejército el primero de diciembre de 1948, le permitió a Figueres ejecutar políticas de progreso social que fueron reprimidas por los Estados Unidos en otros países latinoamericanos. Como dice Leon Fink en *Undoing The liberal World Order*, los *american liberals* habían encontrado su hombre y su país, una forma socialdemócrata de ejercer la hegemonía norteamericana en la región.

### **2.3 Conclusión**

Con el paso de los años un novelista y un historiador sintieron la necesidad de pensar y escribir sobre un acontecimiento que tocó sus subjetividades. A cada uno de ellos las tensiones políticas de la década de los años cuarenta los afectó, de manera que buscaron elaborar en libros lo sucedido en aquel entonces, plasmando cómo eso los tocó tanto emocional como intelectualmente.

La Guerra Civil de 1948 dejó impresiones en Fabián Dobles y en David Díaz y, a su vez, *Los leños vivientes* y *Crisis social y memorias en lucha* son huellas narrativas de aquellas acciones políticas que alteraron y cambiaron la vida social de Costa Rica al final de la primera mitad del siglo XX. Por esto, en sus narraciones y

explicaciones podemos rastrear qué fue lo que ocurrió en aquellos años, ya que estos autores nos brindan valiosísimas herramientas para comprenderlo mejor.

Estos libros son tentativas, aproximaciones a un conflicto social de considerables repercusiones. Ninguno agota el tema, ni lo pretende. Otros historiadores y novelistas han escrito y escribirán en el futuro sobre “hechos” a los que ahora se les suman distintas interpretaciones puestas en novelas, textos historiográficos, documentos, películas, memorias, biografías y autobiografías, testimonios y cuentos que toda investigación posterior deberá considerar.

Estos antecedentes documentales, una vez analizados, formarán parte de las competencias previas de esos historiadores y novelistas que sentirán el impulso de escribir nuevos libros sobre la Guerra Civil de 1948 y los desencuentros políticos que la antecedieron. Un libro, ya sea una novela o un texto de historia, no empiezan de cero, del mismo modo que las condiciones sociales que posibilitan una guerra no surgen de la noche a la mañana.

Una novela y un libro de historia tienen como antecedentes la sensibilidad de sus autores, sus talentos, competencias, el contexto que los condiciona y los deseos e intereses que de uno u otro modo vuelcan en sus obras, las cuales son únicas e irrepetibles y también distintas a lo que ocurrió en *lo real* social. Y estos libros son distintos a lo real no porque mientan, sino porque esa es su naturaleza, textual, y esos textos con las tramas que los conforman tienen límites. Como decía antes, un hiato los distancia de las prácticas sociales que pretenden elaborar. Lo real histórico y los libros son *distintos* que se pretenden *análogos*.

La Guerra Civil de 1948 surgió cuando las vías legales y democráticas no pudieron contener más las diferencias entre los bandos políticos de aquel entonces, quienes continuaron la confrontación política por los medios violentos de la guerra. Calderonistas, comunistas, conservadores, católicos de derecha, católicos con sensibilidad de izquierda, figueristas, ulatistas, empresarios y obreros estuvieron en conflicto durante poco más de ocho años por diferencias sobre la reforma social impulsada por el gobierno del Doctor Rafael Ángel Calderón Guardia, por la forma de administrar el Estado tanto de Calderón como de Teodoro Picado y por su alianza con el partido de los comunistas.

La lucha por la conducción del Estado llevó al combate a fuerzas políticas cuyas agendas, vistas desde hoy –cuando las opciones de izquierda casi han desaparecido del espectro político–, no parecen tan distintas. Desde la historia crítica, con posición perspectivista, polifónica o pluralista, y siguiendo la metodología científica de basar en evidencias los argumentos de su exposición, Díaz reúne en *Crisis social y memorias en lucha* las distintas versiones que los bandos en disputa dieron sobre ese conflicto político en el cual participaron; puntos de vista que primero sirvieron para legitimar sus acciones y después para construir relatos y memorias sobre lo ocurrido antes, durante y después de la guerra, cuando se estableció un nuevo orden en el país y se desató la persecución en contra de los perdedores. Así, el tipo de sentido en este libro, al ser polifónico, se asemeja a una novela realista que lleva en su interior la voluntad de contar la verdad de lo ocurrido.

Dentro de estas perspectivas diversas que reúne Díaz se encuentra la comunista, que es a su vez la que determina la dirección ideológica principal de la novela *Los leños vivientes*, cuyo estado anímico expone la denuncia de la persecución política que sufrió este grupo, la impunidad en la que quedaron crímenes como el asesinato de seis personas en el Codo del Diablo y la esperanza de nuevas luchas que, según algunos personajes de la novela, se librarán en favor de las clases trabajadoras, que es la gente por la que se opta en el sistema de narradores creado por Fabián Dobles en este libro que complementa, valiéndose de las armas de la ficción, lo escrito por Díaz desde la historiografía. Ambos abren avenidas democráticas hacia el futuro: las direcciones ideológicas que dan a sus libros respetan y dignifican las luchas de la clase baja de la sociedad costarricense.

Así, la novela de Dobles muestra en personajes ficticios la vida cotidiana de las clases populares de aquel entonces, afectadas por las decisiones que tomaron los líderes partidarios presentados con nombres y apellidos en *Crisis social y memorias en lucha*. La novela de Dobles le agrega al libro de Díaz una dimensión subjetiva, singular y concreta, ampliando con ello la mirada de los lectores sobre la convulsa década de los años cuarenta, recorrida por conflictos que se mezclaron en esos años con las dinámicas y discursos propios de la Guerra Fría que recién iniciaba.

### **3- Capítulo 3. *La sombra de Los Estados Unidos. La “década democrática” en Guatemala, de 1944 a 1954. La caída De Juan Jacobo Arbenz.***

En este capítulo interpretaré críticamente la representación de contenidos políticos, ideológicos, formales y estéticos en *Tiempos recios*, de Mario Vargas Llosa y en *La esperanza rota*, de Piero Gleijeses. A partir de estas fuentes mostraré cómo la influencia norteamericana fue determinante para la caída de Arbenz en plena Guerra Fría y cómo esos acontecimientos se elaboran en una novela y en un libro historiográfico potenciando su comprensión.

#### **3.1 *Tiempos recios*, de Mario Vargas Llosa**

“Bloody place”. Eso dijo Winston Churchill de Guatemala en una frase que Mario Vargas Llosa usa como epígrafe de su novela centroamericana, *Tiempos recios* (2019), la cual está dedicada a contar momentos convulsos en la historia política de ese país más de medio siglo después de ocurridos. Esos son los tiempos recios del título, los tiempos de la Guerra Fría en Guatemala, ese proceso que desembocó en la caída del presidente Arbenz.

Los gobiernos demócratas, modernizadores y consecutivos de Juan José Arévalo (1945-1951) y de Juan Jacobo Arbenz (1951-1954) tocaron de manera directa los intereses de la United Fruit Company. En días de Guerra Fría cualquier confrontación con los Estados Unidos corría el riesgo de ser acusada de comunista, la etiqueta maldita para legitimar abusos e intervenciones militares, en ocasiones de forma directa, en ocasiones por medio de aliados internos como el militar Carlos Castillo Armas, quien junto a Miss Guatemala, al mismo Arbenz y al sanguinario Jhonny Abbes García, es uno de los personajes centrales de esta novela que se alimenta de la historia para convencernos de que aquello que se cuenta en ella en verdad ocurrió así.

Vargas Llosa fue un escritor que, a la fecha de publicación de *Tiempos recios*, contaba con un gran reconocimiento literario mundial. Además, sus opiniones políticas liberales y su carrera política les brindan otra dimensión a sus textos, ya que a los análisis estrictamente literarios se les suma la valoración política de sus ficciones. Esto ocurrió en el auditorio que recibió a *Tiempos recios*: la novela fue valorada también desde un punto de vista ideológico, principalmente en Guatemala,

donde las aguas políticas se inquietaron cuando la presentó por primera vez, despertando los fantasmas silenciados tanto por la derecha como por la izquierda sobre todo aquello vinculado a la caída de Juan Jacobo Arbenz en 1954.

La novela fue promovida por Vargas Llosa como una derivación de sus investigaciones para escribir *La fiesta del chivo*, pues unos amigos le mencionaron el hilo narrativo que conectaba a Rafael Leónidas Trujillo con Guatemala. De tal forma, *Tiempos recios* es pensada como una novela política y su autor sabe que generará efectos en ese ámbito social, a lo cual está acostumbrado. La ubicación ideológica de Arbenz, un poco más a la derecha de lo habitual; el papel que se le da a la intervención norteamericana y a la Guerra Fría para comprender el golpe de Carlos Castillo Armas; y su magnicidio y su influencia en revoluciones como la cubana son elementos que nos dicen mucho sobre el lugar de enunciación del autor, sobre su intencionalidad y su voluntad tanto política como literaria a la hora de participaren el debate político latinoamericano.

Centroamérica es un lugar pequeño, lo cual facilita que en ciertos momentos los procesos políticos de sus países se conecten. Juan José Arévalo ayudó con armas y hombres a José Figueres en su guerra contra el gobierno de Teodoro Picado y sus aliados Rafael Ángel Calderón Guardia y los comunistas costarricenses. Tanto Arévalo como Figueres formaron parte de la Legión del Caribe, cuyos enemigos principales eran los dictadores de la región, fundamentalmente de derecha. Sin embargo, la propaganda figuerista, como hemos visto, incluyó entre ellos a Calderón Guardia y a Teodoro Picado en un malabarismo ideológico que al tiempo que los ponía en el grupo de los dictadores se valía del discurso anticomunista para deslegitimarlos.

Con los recursos que brinda la ficción, Vargas Llosa menciona las colaboraciones entre Arévalo y Figueres mostrando así la cara internacional de la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica:

“El 18 de julio de 1949 el coronel Arana se presentó en el Palacio de Gobierno y pidió al Presidente Juan José Arévalo que entregara al Ejército un lote de armas que la Legión del Caribe—voluntarios que habían llevado al poder a José Figueres en

Costa Rica e intentado sin éxito un desembarco contra Trujillo en la República Dominicana—había devuelto al gobierno de Arévalo, pero éste no había puesto a disposición aún de las Fuerzas Armadas.” (Vargas Llosa, M. 2019. 51).

Vargas Llosa, a diferencia de algunos historiadores costarricenses, pone énfasis en la importancia de la Legión del Caribe en la victoria militar y política de José Figueres en Costa Rica, lo cual abre el panorama para pensar tanto la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica como los conflictos que enfrentaron a Arévalo y a Arbenz con los Estados Unidos en el marco de los primeros años de la Guerra Fría y sus efectos en Centroamérica y el Caribe: según esta novela, desde República Dominicana el Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo intervino tanto en el golpe de Estado en contra de Arbenz como en el asesinato de Carlos Castillo Armas.

Tal y como hemos visto, la ideología no se rige por la lógica mentira-verdad, sino por los efectos psicosociales de los discursos que se emiten para legitimar una acción, invisibilizar maniobras políticas o descalificar a un enemigo. La Guerra Fría ingresó en estos conflictos mediante el discurso y la propaganda. En el caso de Guatemala, las condiciones sociales generadas por la Guerra Fría en los Estados Unidos y el discurso anticomunista fueron utilizados por empresarios, políticos, periodistas y publicistas para defender a la United Fruit Company, cuyos intereses se vieron limitados por las políticas de Arbenz en materia de reforma agraria, impuestos y derechos laborales.

“-- ¿Usted cree justo, embajador, que la Frutera no haya pagado en toda su historia de más de medio siglo en Guatemala ni un solo centavo de impuestos?—le respondía Arbenz—. Sí, óigalo bien: nunca en su historia. Ni un centavo. Es verdad, ella sobornaba a los dictadorzuelos, Estrada Cabrera, Ubico, que firmaban esos contratos exonerándola de pagar impuestos. Y como ahora ella no puede sobornarme a mí, debe pagarlos, como lo hacen todas las empresas en Estados Unidos y en todas las democracias occidentales. ¿Acaso no pagan impuestos las compañías en su país? Eso sí, aquí pagan menos de la mitad de lo que pagan allá.

El Presidente sabía que era inútil. Y, en efecto, sabía también que el embajador Peurifoy no cesaba en sus intentos de subvertir al Ejército para que se levantara contra su gobierno y diera un golpe de Estado.” (Vargas Llosa, M. 2019. 237-238)

Los personajes, el contexto narrado y las tramas nos hablan de los motivos políticos de esta ficción, también una huella narrativa de la Guerra Fría en Centroamérica. Que su autor sea peruano y español no importa: la nacionalidad no determina sus contenidos ni su naturaleza de huella.

### **3.1.1 La novela**

Con *La guerra del fin del mundo* (1981), *La fiesta del chivo* (2000) y *El sueño del celta* (2010) Mario Vargas Llosa demostró sus habilidades literarias para desarrollar tramas en geografías distintas a la de Perú, su país de origen. En *Tiempos recios* lo vuelve a hacer, movido esta vez por su interés en reflexionar sobre la política latinoamericana, el conflicto entre dictadores, guerrilleros y demócratas y esa conexión entre Trujillo, la caída de Arbenz y el asesinato de Castillo Armas que entrelaza oscuros hilos de la historia política de la región. En ese sentido, *Tiempos recios* continúa lo investigado por él para escribir *La fiesta del chivo* y también relaciona esos acontecimientos convulsos en Guatemala con lo que había ocurrido en Costa Rica en 1948 y lo que posteriormente pasaría en Cuba con el triunfo de la Revolución de 1959. Todo esto se conecta directamente con el tema de este trabajo.

Vargas Llosa, desde su lugar de enunciación, considera que la participación de los Estados Unidos en el golpe contra Arbenz fue una torpeza que estimuló el antinorteamericanismo por toda Latinoamérica y a su vez fortaleció las tendencias marxistas, troskistas y fidelistas, a las cuales él se ha opuesto sistemáticamente desde que rompiera con la Revolución cubana tras el denominado “Caso Padilla” (1971) e iniciara su transformación ideológica de socialista a liberal.

Sobre las consecuencias para Latinoamérica de la intervención norteamericana en la caída de Arbenz, plantea lo siguiente:

“Y de allí saldría también la idea de que era indispensable para la Cuba revolucionaria aliarse con la Unión Soviética y asumir el comunismo, si la isla quería blindarse contra las presiones, boicots y posibles agresiones de los Estados Unidos. Otra hubiera podido ser la historia de Cuba si Estados Unidos aceptaba la democratización y modernización de Guatemala que intentaron Arévalo y Arbenz. Esa democratización y modernización era lo que decía querer Fidel Castro para la sociedad cubana cuando el asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953 en Santiago de Cuba. Estaba lejos entonces de los extremos colectivistas y dictatoriales que petrificarían a Cuba hasta ahora en una dictadura anacrónica y soldada contra todo asomo de libertad.” (Vargas Llosa, M. 2019. 350-351).

Política y literatura son una sola cosa en esta novela que muestra las preferencias políticas liberales y demócratas de Vargas Llosa, su desprecio por las revoluciones socialistas y, además, los vericuetos del poder en sus momentos más perversos: la invención de una propaganda falsa y difamatoria; los preparativos de un golpe de Estado contra un gobierno democrático como el de Juan Jacobo Arbenz; y el plan y la ejecución del magnicidio en contra de Carlos Castillo Armas, llevado a cabo por un alto funcionario de la seguridad de Trujillo, por un militar guatemalteco de alto rango y por un militar de bajo rango, títere de aquellos autores intelectuales.

La tesis de Vargas Llosa, expuesta al final de la novela en la sección titulada *Después*, es que el abuso de los Estados Unidos al etiquetar a Arbenz como comunista y hacerlo caer radicalizó e inclinó a los movimientos políticos latinoamericanos hacia la izquierda guerrillera –que este autor ha combatido ideológicamente en sus artículos y conferencias–, en ocasiones amiga de la URSS

De alguna forma, y en contra de sus posiciones liberales más radicales, Vargas Llosa en *Tiempos recios* reivindica el proyecto democratizador y modernizante de Arbenz y rechaza por ilegítimas y abusivas las acciones en su contra, tanto la propaganda anticomunista como la operación militar que finalmente llevó a la presidencia de Guatemala a Carlos Castillo Armas, hombre mediocre, según esta novela, que además de las diferencias políticas lo odiaba por envidias y resentimientos ocultos y empozados en su corazón.

Esta distribución afectiva de Vargas Llosa marca la dirección ideológica de *Tiempos recios*, novela política que intenta hacer ver a la ficción como si fuera *lo real histórico*. Para ello se vale de los procedimientos propios de los relatos realistas y de uno de los narradores del sistema enunciativo de la novela, un narrador que está por encima de los personajes y que expone datos de la historia con el fin de contextualizar los hechos ficticios. Sumado a esto, en la última sección se introduce en la ficción al mismo autor en una entrevista en los Estados Unidos con la mujer que en “la vida real” fue la amante de Carlos Castillo Armas (Miss Guatemala en la novela, donde aparece como consumada agente de la CIA).

Esta estrategia narrativa realista intenta difuminar las fronteras entre historiografía y novela para aumentar con ello el efecto de verosimilitud en los lectores, que recibimos *Tiempos recios* desde nuestros lugares subjetivos propios y pensamos con esta obra, y desde el presente, la historia de Guatemala. Una novela como esta, para la cual es tan importante la historia, abre nuevamente la discusión sobre los acontecimientos que relata, los cuales están mediados por las competencias intelectuales de su autor, de cada lector y por las emociones que se asocian con ellos. Con la presentación de *Tiempos recios* en Guatemala, en 2019, ese debate volvió a ocupar páginas en los periódicos, lo que también habla del tiempo de la recepción, que, según Paul Ricoeur en *Tiempo y narración*, corresponde al tercer momento de la mimesis.

*Tiempos recios* está organizada en tres grandes secciones: *Antes*, los treinta y dos capítulos de la novela y *Después*. En *Antes* y *Después*, al igual que ocurre en la historiografía, la ficción busca respaldar sus tramas en referentes extraliterarios, eso sí, sin necesidad de usar pruebas o fuentes. En *Antes* se presenta el contexto político de los años de “la primavera democrática” (1944-1954) y el conflicto que vivieron los gobiernos de Arévalo y Arbenz con la United Fruit Company; en *Después*, la entrevista de Vargas Llosa a la mujer que es el pretendido referente real de “Miss Guatemala”.

Además, en ambas secciones se brindan explicaciones y argumentos sobre lo acontecido en Guatemala durante esa década de mediados del siglo XX y sobre personas de la vida real: el mismo autor y sus amigos, Soledad Álvarez y Tony

Rafael, se convierten en personajes dentro de la ficción. Estos amigos de Vargas Llosa, a quienes dedica la novela, le revelaron la intriga que lo impulsó a escribirla. Es decir, fueron quienes le revelaron la participación de Trujillo en el asesinato de Carlos Castillo Armas.

Las tramas de *Tiempos recios*, al nutrirse de acontecimientos históricos, tienen referentes extraliterarios. Sin embargo, la organización de la narración, el estilo del autor, la creación de los personajes ficticios y los contenidos de los diálogos le otorgan su naturaleza novelesca. Esta es una ficción que roza lo historiográfico, principalmente cuando interviene ese narrador que cuenta la historia de la Guatemala de aquellos años como si fuera una antesala de los contenidos de la novela; un narrador que se posiciona por encima de los personajes, en otro registro y, desde ahí, en *Antes*, inicia su relato con el encuentro entre Sam Zemurray, director de la United Fruit Company y Edward L. Bernays, el publicista contratado para inventar la propaganda contra Arbenz, esa que lo etiquetó como comunista en tiempos de Guerra Fría.

Bernays, en una reunión del Directorio de Boston de la United Fruit, expuso su impresión personal sobre lo que ocurría en Guatemala durante el gobierno de Arbenz:

“El peligro de que Guatemala se vuelva comunista y pase a ser una cabecera de playa para que la Unión Soviética se infiltre en Centroamérica y amenace el Canal de Panamá es remoto, y yo diría que, por el momento, no existe, les aseguré. Muy poca gente sabe en Guatemala qué es el marxismo ni el comunismo, ni siquiera los cuatro gatos que se llaman comunistas y que crearon la Escuela Claridad para difundir ideas revolucionarias. Ese peligro es irreal, aunque nos conviene que se crea que existe, sobre todo en los Estados Unidos.” (Vargas Llosa, M. 2019. 22)

La propaganda de Bernays es una ficción difamatoria: no importa su verificabilidad en lo real, lo importante es su verosimilitud que se sostiene en el clima psicosocial que el enfrentamiento mundial y bipolar entre comunistas y capitalistas había ayudado a construir en los Estados Unidos. Fue gracias a ello que esta

propaganda surtió un efecto demoledor para el gobierno de Juan Jacobo Arbenz y para la democracia guatemalteca.

“Contribuyó mucho a que esa ficción se volviera realidad que aquéllos fueran los años peores del maccarthismo y de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética.” (Vargas Llosa, M. 2019. 28)

Fue después de la llamada Revolución de Octubre en 1944 que la United Fruit comenzó a percibir amenazas a su forma de operar en Guatemala, primero con el gobierno de Arévalo y el Código de Trabajo que permitió el surgimiento de sindicatos; y después con el de Arbenz y sus políticas de reforma agraria y de cobro de impuestos a las empresas extranjeras. Ni Arévalo ni Arbenz eran comunistas, ambos eran demócratas y nacionalistas que querían modernizar mediante la intervención estatal en la economía las viejas estructuras sociales, injustas y racistas de Guatemala, país en el cual las diferencias sociales estaban marcadas también por la segregación étnica, con una población indígena que vivía en condiciones infrahumanas.<sup>25</sup>

Esos gobiernos reformistas, en alguna medida semejantes a los de Calderón Guardia, Teodoro Picado y José Figueres en Costa Rica, se convirtieron en enemigos de la United Fruit y eso bastó para que, dadas las condiciones propias de la Guerra Fría, la propaganda de Bernays cayera en tierra fértil cuando fue recibida en los círculos políticos, empresariales y culturales de los Estados Unidos.

Los procedimientos propios de la novela realista comparten con la historiografía una episteme: ambos relatos tratan de contar la vida social. Los historiadores presentan pruebas para fundamentar sus argumentos; los novelistas de esta tendencia nos hacen creer que sus ficciones ocurrieron en el mundo extraliterario. La sociedad está presente en ambos: en la historiografía en su exterioridad; en la literatura en la subjetividad de un tiempo, en este caso la manera

---

<sup>25</sup> Ver al respecto el libro de Cindy Forster incluido en la Bibliografía: *The Time of Freedom: Campesino Workers in Guatemala's October Revolution*. University of Pittsburgh Press. Pittsburgh 2001.

de pensar y de sentir de la clase gobernante guatemalteca durante la “primavera democrática.”

En medio de las secciones *Antes* y *Después* están los treinta y dos capítulos de la novela. Introducción y conclusión, la sección inicial y la final son momentos híbridos entre la historiografía y la ficción. Ambos forman parte de la estructura de *Tiempos recios* y nos brindan a los lectores una contextualización sociopolítica de aquello que se contará en los capítulos propiamente dichos, compuestos por tres grandes hilos narrativos que se entrelazan y retroalimentan: fragmentos de la historia de Guatemala de aquellos años contados en tercera persona; la vida personal y política de Juan Jacobo Arbenz; y el magnicidio de Carlos Castillo Armas.

Este magnicidio ocupa la mayor parte de la novela y en esta trama intervienen Miss Guatemala y su familia, Carlos Castillo Armas, Jhonny Abbes García —es hombre fuerte del sanguinario equipo de seguridad de Trujillo—, el mismo Trujillo y el teniente coronel Enrique Trinidad Oliva, militar guatemalteco que traiciona a Castillo Armas y participa en su crimen. Este último también forma parte de esa operación dominicana que culminó con éxito al matar a Castillo Armas por no corresponderle a Trujillo los favores que el Generalísimo le brindó para que llegar al poder mediante el derrocamiento de Arbenz.

Miss Guatemala es una mujer de la clase alta guatemalteca que cuando era adolescente fue embarazada por un médico izquierdista compañero de generación de su padre. Este hecho abusivo arruinó sus relaciones familiares, la distanció de su papá, la hizo parir un hijo al que nunca quiso y también casarse con un hombre del que se liberó una noche de tormenta, cuando se escapó de su casa para ir a dar a la oficina personal del presidente del país, Carlos Castillo Armas, quien era amigo de su padre y de su marido y que la recibió a aquellas horas de la noche por ser ella quien era. En el momento, el dictador golpista percibió en ella una belleza que no quiso dejar escapar. Desde entonces le montó una casita y la hizo su amante. Esto, en una sociedad tan conservadora como la guatemalteca de aquellos años, polarizó a la población en dos grandes bandos: los seguidores de la esposa, por un lado, y por el otro los de Miss Guatemala.

Este intrigante personaje sostiene en buena medida el hilo narrativo que cuenta la historia del magnicidio de Castillo Armas, ordenado por Trujillo y diseñado y ejecutado por Johnny Abbes García, jefe de la seguridad del dictador dominicano y personaje con referente extraliterario que apareció también en *La fiesta del chivo*. A ellos se suma el teniente coronel guatemalteco Enrique Trinidad Oliva, traidor a Castillo Armas cuyas ambiciones y resentimientos lo hicieron unirse al plan de Trujillo y, después, caer en desgracia: primero va preso, luego sale de la cárcel y pasa a ser poco más que un indigente, es empleado por un narcotraficante y finalmente asesinado en un atentado atribuido a un grupo de jóvenes izquierdistas guatemaltecos.

Abbes García, además de sanguinario, es lujurioso y Miss Guatemala siempre le gustó. Por medio de ella los magnicidas descubren los secretos del dictador y, después de consumado el crimen, Johnny Abbes se la lleva primero a El Salvador y después a aquella República Dominicana tiranizada por Trujillo, donde la convierte en su amante. Ella, una feroz anticomunista que dirige un programa de radio desde el cual defiende a las dictaduras de derecha, recibe favores de la CIA y al final de la novela es entrevistada en su retiro norteamericano por Vargas Llosa. Abbes García pierde su poder tras el atentado que liquidó a Trujillo. Joaquín Balaguer, el nuevo presidente de la República Dominicana, le da entonces un destierro diplomático y a partir de ese momento se vuelve un mercenario que brinda sus servicios a dictadores y tiranuelos. El último fue el Presidente Duvalier, amo de Haití, a quien traicionó enrolándose en una conspiración fallida en su contra que, en apariencia, le cuesta la vida. Se supone que los *tonton macouttes* los asesinaron a él y a su familia en Puerto Príncipe.

Sin embargo, Miss Guatemala abre la sospecha sobre esa versión al asegurarle a Vargas Llosa que Abbes García vive con otra identidad en los Estados Unidos.

“—Esa fue una ficción montada por la CIA para evitarle a Jhonny persecuciones y poder traerlo de manera anónima a los Estados Unidos. No he dicho más que la verdad. Aquí ha vivido Jhonny con nombre supuesto, luego de hacerse una cirugía estética que le cambió la cara, pero no la voz. Y aquí sigue viviendo hasta hoy.

—Si viviera, Abbes García tendría ahora más de ochenta años—la interrumpo—. Y, acaso, estaría cerca de los noventa.

—¿Ah sí? —se sorprende ella—. Yo creía que más.” (Vargas Llosa, M. 2019. 341).

A grandes rasgos, esos son los tres hilos narrativos que conforman la estructura de *Tiempos recios*: el contexto sociopolítico de aquellos años; un breve repaso de la vida de Juan Jacobo Arbenz; y esta última trama, la más importante de la ficción. En ella, el poder, las perversiones sexuales y la violencia se desarrollan y mezclan en medio de sociedades convulsas que dejan ver con claridad algunos de los efectos de los primeros años de la Guerra Fría en Centroamérica y el Caribe.

### 3.1.2. *Tiempos recios* vista como huella narrativa de la Guerra Fría

Si se entiende, como se expuso en un capítulo anterior, que la Guerra Fría fue la explotación geopolítica de un temor, el publicista de la United Fruit Company Edward L. Bernays lo aprovechó a la perfección. Él supo que la psicología de las poblaciones y de los círculos de poder era más importante en aquel entonces que lo que realmente estaba ocurriendo en los campos de batalla o, incluso, en *lo real histórico*. No es casual que haya sido un experto en publicidad quien tuviera esa agudeza mental que permitió diseñar una propaganda para derrocar a un presidente electo por las vías democráticas. La relación entre publicidad, ideología y ficción es muy estrecha, y en cada una de estas manifestaciones sociales juega un papel fundamental la verosimilitud del relato que se crea.

En Guatemala casi no había comunistas ni soviéticos. Ni Arévalo ni Arbenz eran revolucionarios anticapitalistas. Sin embargo, la United Fruit Company, en *Tiempos recios*, logró convencer a la clase gobernante estadounidense de la amenaza que suponían para los intereses norteamericanos en la región las tendencias políticas de aquellos gobiernos. Ahora bien, el hecho de que una mentira sea capaz de derrocar a un presidente implica unas condiciones de posibilidad sociopolíticas muy reveladoras sobre el nuevo orden que surgía en el mundo después de concluida la Segunda Guerra Mundial.

La persecución de comunistas al interior de ese país y en Centroamérica, el Caribe y después América Latina entera, sirvió como argumento de fuerza para

promover o sostener en cada rincón de este continente gobiernos amigos a los intereses de Los Estados Unidos, ya fueran amigos demócratas como José Figueres o dictadores como Trujillo, Somoza o Fulgencio Batista. El anticomunismo como política de la Guerra Fría funcionó como ideología y como campo de fuerza: segregó las sociedades en las que se ejerció; las polarizó en bandos contrapuestos; inventó enemigos, les puso etiquetas y, como en la Guatemala de Arbenz, los sepultó políticamente.

“Dio instrucciones para que la Radio Nacional preparara todo para un mensaje a la nación, que pronunciaría dentro de un par de horas. Después llamó al embajador de México, Primo Villa Michel, con quien había estado en estrecho contacto los últimos días, y le dijo que esta noche, luego de leer su discurso anunciando su renuncia, él y su familia se asilarían en la embajada si el gobierno de México aceptaba recibirlos. El embajador le aseguró que así sería y que se lo confirmaba antes de una hora. El Presidente entonces habló por teléfono con su mujer y se limitó a decirle cuatro palabras: “Prepara las maletas, María”. Hubo un breve silencio y, luego, María Cristina Vilanova le respondió: “Ya están listas, amor. ¿Cuándo será?” “Esta noche”, dijo él.

El Presidente pidió a sus ayudantes que nadie lo interrumpiera. Se encerró en el despacho a preparar su maletín y destruir los papeles que no se iba a llevar. Mientras lo hacía, y luego de más de tres años de no beber una gota de alcohol, se sirvió medio vaso de whisky. Se lo tomó de un solo trago, cerrando los ojos.” (Vargas Llosa, M. 2019. 250-251).

Tal y como he dicho antes<sup>26</sup>, en la literatura retorna lo que alguna vez se reprimió en lo real de la historia. La participación de los Estados Unidos en la caída de Juan Jacobo Arbenz fue negada en los discursos oficiales de ambos países, pese a la campaña internacional en contra de los norteamericanos y en reivindicación de Arbenz. Vargas Llosa no es el primero que escribe sobre aquellos años convulsos en Guatemala. Sin embargo, *Tiempos recios*, publicada en 2019,

---

<sup>26</sup> Ver las referencias a Eduardo Grüner en los apartados teórico y metodológico de este trabajo.

sesenta y cinco años después del golpe, es una huella en la que se puede leer la Guerra Fría en la región. Esto es así porque en esta novela se elabora desde el discurso literario lo ocurrido: el golpe de Estado a Arbenz y el magnicidio en contra de Carlos Castillo Armas. Esos son los acontecimientos, los puntos de inflexión para la sociedad guatemalteca que han requerido elaborarse y entenderse, ya sea en libros de historia o en novelas como esta.

La historia, lo real, precede a la literatura, la posibilita y la condiciona. En una novela como *Tiempos recios*, con tantos referentes extraliterarios, la ficción es también una tentativa de comprensión de lo sucedido. Un intento parcial, transitorio y subjetivo que inquieta y estimula en los lectores la reflexión política en medio de tramas que mezclan personajes inventados con otros sacados de “la vida real”, como es el caso de Arbenz, Trujillo, Castillo Armas o el mismísimo Johnny Abbes García. En esta novela a la literatura se le da importancia como lugar para pensar la política.

El realismo es una tendencia literaria, una forma de escribir relatos que nos seducen mediante la construcción de un mundo hecho de palabras que se elabora manera que se nos parezca a ese otro en el cual vivimos o en el cual vivieron personas como nosotros. No sabremos nunca si Arbenz se tomó un trago de whisky a ojos cerrados después de hablar por teléfono con su esposa antes de redactar su discurso de renuncia. El novelista no tiene la obligación de dar fe, como un notario, de que aquello ocurrió así. A pesar de ello, los lectores le creemos.

Este contrato implícito en el cual una de las partes miente con arte y la otra confía, es el que permite a los lectores adentrarse en la historia política de un país por medio de los artificios de la ficción. Cuando esto ocurre, aparece también la verdad literaria, ese conocimiento que no está en los libros de historia ni en los de filosofía política: la mentalidad de Miss Guatemala, del Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo, de Castillo Armas y Jhonny Abbes. Personajes anfibios, que están en las mentiras y también estuvieron en “la vida real”. Lo que ellos sienten y piensan, sus impulsos y pasiones se parecen a las nuestras y se nos presentan mediadas por la escritura literaria, mediante el diseño de una estructura novelesca que organiza el suministro de la información y distribuye los afectos que la acompañan.

Esa estructura es, en sí misma, una huella y un indicio que nos recuerda lo que ocurrió alguna vez en Guatemala, cuando una compañía frutera internacional se molestó con el gobierno por tener que pagar impuestos, respetar los derechos laborales de sus empleados y ceder al Estado terrenos ociosos. Washington y Moscú tejían en aquel entonces su política internacional. Es probable que lo que ocurría en Guatemala interesara poco a los soviéticos y, a pesar de ello, la sola presencia en el mundo de ese gigante socialista provocó que en los Estados Unidos se creyera sin dificultad la propaganda, esa otra ficción, creada por el publicista Bernays a cambio de su salario pagado mes a mes por la United Fruit Company.

La Guerra Fría fue también un combate ideológico, psicológico y cultural que agitó emociones y se entrelazó con los conflictos nacionales de países periféricos como Guatemala, cuya crisis de 1954 está entre la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica y la Revolución de 1959 en Cuba, todos acontecimientos latinoamericanos enmarcados en el conflicto bipolar entre soviéticos y norteamericanos.

“Querían guardar las apariencias a fin de que no pudiera acusarse a los Estados Unidos en la ONU de ser los verdaderos ejecutores (y, sobre todo, los financieros) de la futura guerra de liberación de la primera república comunista al servicio de Moscú en América Latina.” (Vargas Llosa, M. 2019.62-63).

Ya José Figueres en Costa Rica había dicho lo mismo al calificar su guerra de *liberación nacional* como una contención a las avanzadas comunistas en Centroamérica. El discurso anticomunista les permitía a los gobernantes latinoamericanos de aquel entonces ejercer control social en sus sociedades y congraciarse con los Estados Unidos a cambio de apoyo económico, político y militar. La alineación con el bloque norteamericano les garantizaba a estos gobernantes estabilidad y una prosperidad relativa.

Si bien es cierto que la intervención norteamericana en los conflictos sociopolíticos es innegable, no era posible que se sostuviera abiertamente y sin usos ideológicos que la revistieran de legitimidad o la ocultaran. El anticomunismo en estos casos se ejerció en la práctica mediante testaferros como Carlos Castillo Armas o los mercenarios cubanos en la batalla de Playa Girón. La modernidad a la que pertenecen los Estados Unidos y su defensa republicana de la democracia, por lo

menos antes de Donald Trump, no les permiten autodefinirse como un imperio aún y cuando se comporten en la práctica como uno: uno capitalista que en muchos momentos ha sostenido la democracia como bandera para tener control estratégico sobre otros países. Esto ocurrió con frecuencia en los tiempos de la Guerra Fría, que según Vargas Llosa fueron *Tiempos recios*.

La caída de Arbenz en Guatemala no se entiende si se amputa la dimensión imaginaria de la Guerra Fría: en este caso los efectos psicosociales de lo ideológico, del discurso anticomunista. A los soviéticos les importaba poco o nada la Reforma Agraria de Arbenz –probablemente no la conocieran–, sin embargo, su gobierno fue derrocado porque esa política agraria se planteó como una cabeza de playa soviética en Centroamérica. A criterio de Vargas Llosa, Arbenz admiraba a los Estados Unidos y prefería a este país como modelo de sociedad antes que a la URSS. Esto no fue suficiente: el poder de la United Fruit Company lo hizo tomarse ese trago de whisky con los ojos cerrados, al tiempo que sentía sobre sus hombros una derrota política de la que no se recuperaría nunca, que le costaría tanto la presidencia de la república como la cordura y hasta la propia vida, perdida en un aparente suicidio.

“A Arbenz le gustaba en Fortuny lo que no era él: su espíritu bohemio e indisciplinado, su brillantez, su mariposeo constante por todos los temas de la cultura, sus entusiasmos noveleros por autores, pensadores, películas y cantantes, y también su buen apetito y la alegría con que apuraba los tragos. Era como otro yo, él que era tan ordenado, puntual, disciplinado y riguroso. Ambos tenían largas discusiones en las que a menudo – en especial cuando se acaloraban—intervenia María para calmar los ánimos. Con frecuencia disentían, sobre todo cuando Fortuny hablaba de socialismo y decía que, si había que elegir entre Estados Unidos y la Unión Soviética, él elegiría esta última. En cambio, Jacobo y María se quedaban con Estados Unidos, porque, sostenían, con todos sus defectos, era un país libre y próspero, en tanto que la Unión Soviética era una dictadura, aunque hubiera estado al lado de los aliados en la guerra contra el nazismo hitleriano.” (Vargas Llosa, M. 2019. 98).

Según esta novela ese país próspero y libre, defensor de la democracia, del libre mercado y de las libertades individuales optó para el caso guatemalteco por un

golpe de Estado en contra de un gobierno legítimo y democrata. Un golpe liderado por un militar mediocre, Carlos Castillo Armas, quien por tierra, mar y aire atacaría las defensas del ejército guatemalteco hasta lograr su cometido: la renuncia y el exilio de Arbenz, considerado, pese a su admiración por los Estados Unidos, como quinta columna comunista en Centroamérica, aliado de la Unión Soviética y amenaza temible para la seguridad del Canal de Panamá. Argumentos que ya habían asomado su cabeza en la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica.

*Tiempos recios*, al igual que la propaganda de Bernays, no hubiera sido posible sin la Guerra Fría y sus efectos en Centroamérica, tema que por ha sido muy importante en la carrera intelectual de Mario Vargas Llosa, autor para quien la política no solo es materia prima de sus novelas, sino que también ha sido tema de constante reflexión en sus ensayos y artículos de opinión y también experiencia relevante en su propia vida. Recordemos que en los años noventa fue candidato presidencial en Perú, en unas elecciones en las cuales lo venció el ingeniero agrónomo de origen japonés Alberto Fujimori.

La concepción de la historia como pre-texto para la ficción permite pensar a *Tiempos recios* como huella narrativa de la Guerra Fría y de sus repercusiones políticas en Centroamérica. Como hemos visto, la historia real no pasa de forma directa a los libros, ya sean estos novelas o textos historiográficos. Los libros, las interpretaciones y comprensiones de los fenómenos sociales están mediados por las competencias previas de sus autores, su historia de vida, sus talentos, limitaciones y aquellos afectos que les despierta un determinado acontecimiento.

“Cuando, el 18 de junio de 1954, las tropas del Ejército Liberacionista de Castillo Armas cruzaron por tres lugares la frontera de Honduras, el nuevo embajador de Estados Unidos nombrado por la administración de Eisenhower, John Emil Peurifoy, llevaba ya siete meses en Guatemala. Sin exageración podía decirse que con su energía siempre en efervescencia no había dejado de trabajar un solo día en lo que el secretario de Estado John Foster Dulles, su jefe, le había señalado como su misión: destruir el régimen de Jacobo Arbenz” (Vargas Llosa, M. 2019. 229).

Todos los caminos llevan a la Guerra Fría. Todas las referencias de este párrafo de *Tiempos recios* son propias de ese período y de la forma en la que Estados Unidos operó en distintos lugares del mundo. En la cita anterior, la cadena de mando: presidente, secretario de Estado, embajador tiene como objetivo final derrocar a un presidente de un país en principio independiente por adoptar ciertas políticas reformistas consideradas una amenaza intolerable para Washington. El castigo en contra de Arbenz le enviaba un mensaje ejemplarizante al resto del continente. Un mensaje que años después no les importó mucho ni a Fidel Castro ni a sus hombres del Ejército Rebelde.

La política penetra esta novela y le brinda sus contenidos principales, los cuales siguen una tendencia ideológica y también son objeto de transferencias afectivas expuestas por el sistema de narradores que Vargas Llosa diseñó para contar esta historia atravesada, de principio a fin, por el imperialismo norteamericano en Centroamérica y por ese discurso anticomunista usado como arma de batalla ideológica.

### **3.1.3 Carga afectiva y dirección ideológica en *Tiempos recios***

El argumento que impulsa la dirección ideológica de *Tiempos recios* es contrafactual. Vargas Llosa considera errónea la intervención de los Estados Unidos en la caída de Arbenz y la razón principal es su rechazo al socialismo, a las luchas guerrilleras y sus derivas dictatoriales tal y como, según su opinión, ocurrió en Cuba. Para este autor, sin el golpe de Estado contra Arbenz no hubiera habido Revolución cubana tal y como la conocemos hoy en día.

Esta tesis es simplista: obvia las condiciones sociales que posibilitaron el levantamiento guerrillero contra Fulgencio Batista. Además, es improbable. Sin embargo, condiciona el clima político de *Tiempos recios*, su dirección ideológica y su reivindicación de Juan Jacobo Arbenz como hombre demócrata, modernizante y progresista, defensor de la justicia social e ingenuo; así como su desprecio manifiesto hacia Carlos Castillo Armas, a los dictadores centroamericanos y caribeños y su valoración negativa del intervencionismo norteamericano en la región.

“—Empezamos mal, embajador. Está usted muy mal informado. En esta lista hay sólo los cuatro diputados del Partido Guatemalteco del Trabajo, que se declara comunista, aunque la mayoría de sus dirigentes y su puñado de militantes no sepan muy bien qué es eso del comunismo. Los demás son tan anticomunistas como usted—hizo una pausa y, de la misma manera afable, añadió--: ¿Se ha olvidado que Guatemala es un país soberano y usted sólo un embajador, no un virrey ni un procónsul?” (Vargas Llosa, M. 2019. 231).

Si atamos cabos, en *Tiempos recios* se defiende un modelo político similar al de las democracias occidentales, tal vez más socialdemócrata que liberal. Se ven con buenos ojos la justicia social y la intervención estatal en la economía guatemalteca de mediados del siglo XX, intervención estatal que tuvo lugar mediante políticas como las que hicieron realidad el Seguro Social, el Código de Trabajo, el cobro de impuestos a las empresas extranjeras y la controversial Reforma Agraria de Arbenz.

En esta novela, las valoraciones negativas se dirigen contra las fuerzas políticas que se mueven por detrás de la legalidad democrática. Se incluyen en este grupo los sanguinarios esbirros de los dictadores, como es el caso de Johnny Abbes García, y esos mismos dictadores que quedan retratados de cuerpo entero en sus siniestras conspiraciones. Desde luego, acompaña a este grupo rechazado la sombra de los Estados Unidos, que se tiende sobre Guatemala mediante el diseño imperial e ilegal de un golpe de Estado contra un gobierno democrático.

La carga afectiva negativa en esta novela la expresan sus narradores, por ejemplo, en la descripción de los personajes, lo cual se manifiesta con especial encono cuando aparece en escena el golpista Carlos Castillo Armas:

“Al parecer, Estados Unidos, mejor dicho, el secretario de Estado del Presidente Eisenhower, John Foster Dulles, y su hermano Allen, el jefe de la CIA, habían elegido a Castillo Armas para dirigir la contrarrevolución por no ser tan aristocrático como Ydígoras Fuentes y porque al que tenía cabeza, ideas y prestigio, Córdova Cerna, se le descubrió en aquellos días un cáncer en la garganta. Y también, quizás, porque creían que era el más dócil y manejable del trío, además de lucir en el color

de su piel y los rasgos de su cara más como un indio que como un ladino. ¿A esos méritos debía ser Presidente de la República de Guatemala y héroe del mundo libre? Y estar ahora en Estados Unidos recibiendo condecoraciones, aplausos y ser llamado por los periódicos más prestigiosos, un ejemplo para el resto de América Latina.” (Vargas Llosa, M. 2019. 134-135).

Estas apreciaciones se ponen en boca de un personaje: el doctor Efrén García Ardiles. Este sujeto es el izquierdista que embarazó a Miss Guatemala cuando era adolescente. La sedujo con sus ideas políticas y se aprovechó de la confianza que le ofrecían en la casa de la muchacha por ser amigo de su padre. Para el momento en que el doctor García se refiere así a Castillo Armas, Miss Guatemala ya es la amante del dictador. Entonces se entiende el veneno que acompaña todo el párrafo, que funciona también para darnos la imagen que se quiere sostener sobre Castillo Armas en la novela; a su vez, esa imagen tan despectiva lleva consigo ese rechazo al golpe de Estado, a los dictadores, a los esbirros y al imperialismo encubierto tras las banderas de la democracia y “el mundo libre”, que combatía en medio de la Guerra Fría por salvar al planeta de la amenaza comunista.

Sin embargo, no es desde posiciones comunistas o socialistas que en *Tiempos recios* se expone una animadversión hacia el intervencionismo de los Estados Unidos en América Latina, ni sus alianzas con dictaduras de derecha y sus inclementes esbirros. Es desde el discurso democrático, progresista y moderno que en esta ficción se cuestiona esa forma de hacer política. Desde luego que Vargas Llosa sabe escribir novelas y *Tiempos recios* no es un panfleto. Se vale de un sistema complejo de narradores para expresar estas ideas políticas sin traicionar la autonomía estética de la novela.

“No hay que olvidar que el segundo hombre de la Revolución cubana, el Che Guevara, estaba en Guatemala durante la invasión, vendiendo enciclopedias de casa en casa para mantenerse. Allí conoció a la peruana Hilda Gadea, su primera mujer, y, cuando la invasión de Castillo Armas, trató de enrolarse en las milicias populares que Arbenz nunca llegó a formar. Y tuvo que asilarse en la embajada

argentina para no caer en las redadas que desató la histeria anticomunista reinante en el país en aquellos días. Pero de allí extrajo probablemente unas conclusiones que resultaron trágicas para Cuba: una revolución de verdad tenía que liquidar al Ejército para consolidarse, lo que explica sin duda esos fusilamientos masivos de militares en la Fortaleza de la Cabaña que el propio Ernesto Guevara dirigió.” (Vargas Llosa, M. 2019. 350).

La oposición a las posiciones guevaristas y castristas es una idea central para interpretar la dirección ideológica de *Tiempos recios*, al mismo tiempo es la final: aparece en las últimas páginas de la novela, en la sección titulada *Después*, cuando tras la entrevista con la mujer que fue Miss Guatemala en “la vida real” Vargas Llosa se encuentra con sus amigos Soledad Álvarez y Tony Raful para cenar, conversar sobre lo sucedido y compartir unos vinos italianos en un restorán de Washington, el Café Milano en Georgetown.

Con esto se difuminan las fronteras entre el Mario Vargas Llosa que escribía columnas quincenales en el periódico *El país* y el personaje que él mismo incluyó en la novela para aumentar su efecto de verosimilitud. En todo caso, no sería difícil demostrar que las opiniones políticas del Vargas Llosa de carne y hueso coinciden con algunas de las expuestas por el personaje. El ataque a Cuba, su oposición al autoritarismo, a los dictadores y la defensa de las democracias occidentales son constantes en sus artículos de opinión. Ahora bien, su defensa de Arbenz sorprende porque este político guatemalteco impulsó políticas que están muy a la izquierda de algunas ideas liberales de Vargas Llosa, quien con esto también muestra sus contradicciones.

De tal manera, a la hora de pensar el sistema de posiciones de sujeto de *Tiempos recios*, podemos sostener que el pensamiento político del autor marca la dirección ideológica de la novela, expuesta mediante una pluralidad de narradores, cada uno con su punto de vista, que una vez conocidos y entendidos en su conjunto nos permiten ver esa dirección con claridad. Además, no hay forma de perderse: las últimas líneas de la novela lo dicen con todas las letras:

“Hechas las sumas y las restas, la intervención norteamericana en Guatemala retrasó decenas de años la democratización del continente y costó millares de muertos, pues contribuyó a popularizar el mito de la revolución armada y el socialismo en toda América Latina. Jóvenes de por lo menos tres generaciones mataron y se hicieron matar por otro sueño imposible, más radical y trágico todavía que el de Jacobo Arbenz.” (Vargas Llosa, M. 2019. 351).

Quien expresa estas ideas, ya sea el Vargas Llosa de carne y hueso o el personaje que se le parece, es enemigo de las revoluciones izquierdistas, de la vía armada y también de las dictaduras de derecha que combatieron por todo el continente a los guerrilleros que se alzaron persiguiendo el sueño de cambiar el rumbo de sus sociedades en los años de la Guerra Fría. La opción expresada en el párrafo anterior es la democracia liberal, una opción que, por lo menos en este Vargas Llosa, no siempre ve con malos ojos algunas intervenciones estatales propias de la social democracia, como las que le costaron tan caro a Juan Jacobo Arbenz, hombre dominado por las fuerzas incontrastables que asediaron su gobierno y por sus propios demonios internos.

Es una ficción y no un libro de historia la que nos lleva a estas reflexiones, la literatura y su saber sobre el poder lo que nos permite penetrar en las estructuras subjetivas de un acontecimiento sociopolítico como la caída de Arbenz y reconocer las fuerzas políticas que se disputaron el control de una sociedad periférica como la guatemalteca de mediados del siglo XX, una sociedad que sintió en su propio territorio las implicaciones de estar en una zona de influencia norteamericana durante los primeros años de la Guerra Fría.

#### **3.1.4 La historia en la novela**

Durante la década democrática en Guatemala, esos dos gobiernos consecutivos pretendieron reformar las condiciones desiguales y dictatoriales de ese país, así como la violencia política desplegada para derrocar a Juan Jacobo Arbenz y el posterior magnicidio del militar golpista Carlos Castillo Armas – ejecutado según Vargas Llosa por el largo brazo del Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo–, son los acontecimientos que no solo determinaron el rumbo que siguió la

sociedad guatemalteca a mediados del siglo XX, sino que propiciaron elaboraciones, comprensiones e interpretaciones sobre ellos mediante libros historiográficos o novelas como *Tiempos recios*.

La historia de Guatemala antecede a esta ficción y le brinda su materia prima. Dentro del sistema de narradores diseñado por Vargas Llosa existe uno que se parece a un historiador o a un cronista: se mueve en un registro distinto al de los demás personajes para hablarnos del contexto en el cual se desarrollan las principales tramas de la novela. Gracias a este narrador, Vargas Llosa se ahorra entrar en detalles que contados de forma más literaria hubieran hecho de *Tiempos recios* una novela muy voluminosa.

Desde la primera sección del libro, la que se llama *Antes*, aparece este narrador para contarnos las conversaciones iniciales entre el publicista Edward L. Bernays y el empresario frutero Sam Zemurray: esos hombres que se encontraron en una pequeña oficina ubicada en el corazón de Manhattan para comenzar a idear el plan que acabaría con el gobierno de Arbenz.

“Aunque desconocidos del gran público y pese a figurar de manera muy poco ostentosa en los libros de historia, probablemente las dos personas más influyentes en el destino de Guatemala y, en cierta forma, de toda Centroamérica en el siglo XX fueron Edward L. Bernays y Sam Zemurray, dos personajes que no podían ser más distintos uno del otro por su origen, temperamento y vocación.” (Vargas Llosa, M. 2019. 15).

Este empresario transnacional y el publicista autor del libro titulado *Propaganda* forman parte de “la vida real” y también de la novela. Ellos, como Arbenz, Trujillo, Abbes García o Castillo Armas reúnen esa doble condición que nos lleva a pensar otra vez en las relaciones múltiples que se dan entre la historia y la literatura, mucho más cuando se trata de novelas realistas que echan mano de reconocidos procedimientos para elaborar tramas creíbles para los lectores, ya sean estos espontáneos o profesionales, que en un primer momento tienen la sensación

de que eso que es ficción puede haber ocurrido así en la vida cotidiana de aquellos convulsos años guatemaltecos.

Lo que sostiene el relato como referente en el mundo extraliterario no sobrevive al relato. Las sociedades se transforman día tras día, el paso del tiempo histórico deja muy pocas cosas intactas o puestas en el mismo lugar en el cual alguna vez estuvieron. El pasado se reconstruye mediante la imaginación y el lenguaje y entre las vías para realizar esta operación de la subjetividad encontramos los métodos del historiador y la creatividad inteligente del novelista, formas de saber, narrativas que se entrecruzan y se retroalimentan y que en este trabajo se entienden como huellas de un tiempo social ya ido, formas de contar el tiempo humano.

La escritura de *Tiempos recios* supuso una investigación y una lectura de textos historiográficos, políticos, tal vez sociológicos que alimentaron la creatividad y el oficio literario de un novelista que se interesó por acontecimientos determinantes en la historia guatemalteca y muy reveladores del tipo de relación que tuvieron los Estados Unidos con los países latinoamericanos durante los primeros años de la Guerra Fría.

Ese narrador mencionado anteriormente, el que se parece a un historiador o a un cronista, es un garante de verdad, porque gracias a la información que proporciona los lectores ubicamos al resto de los personajes en coordenadas espacio-temporales y sociales que los vuelven más reales y comprensibles, al mismo tiempo que permite entender las razones socioeconómicas por las cuales una empresa como la United Fruit Company tuvo más poder que el gobierno de Juan Jacobo Arbenz.

“A lo largo de sus viajes, Zemmurray había descubierto el banano en las selvas de Centroamérica y, con una intuición feliz, el provecho comercial que podía sacar de aquella fruta, comenzó a llevarla en lanchas a Nueva Orleans y otras ciudades norteamericanas. Desde el principio tuvo mucha aceptación. Tanta que la creciente demanda lo llevó a convertirse de mero comerciante en agricultor y productor internacional de bananos. Ése había sido el comienzo de la United Fruit, una compañía que, a principio de los años cincuenta, extendía sus redes por Honduras,

Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica, Colombia y varias islas del Caribe, y producía más dólares que la inmensa mayoría de las empresas de Estados Unidos e, incluso, del resto del mundo. Este imperio era, sin duda, la obra de un hombre solo: San Zemurray. Ahora muchos cientos de personas dependían de él.” (Vargas Llosa, M. 2019. 17).

Esos cruces de camino entre la historia, la historiografía y la novela, sumados a los procedimientos narrativos propios de las ficciones realistas, configuran *Tiempos recios*. Las competencias previas de Vargas Llosa, su experiencia como novelista y su pensamiento político; así como el orden y el diseño que siguen las tramas de esta ficción atravesada de principio a fin por el ejercicio del poder en días de Guerra Fría; y la forma en la cual los lectores del siglo XXI recibimos esta obra para pensar desde nuestro tiempo los acontecimientos que ella elabora, son los elementos que redondean su mimesis, entendida esta desde los tres momentos planteados por Paul Ricoeur en *Tiempo y narración*.

A lo largo de la novela, ese narrador cronista o historiador acompaña la narración para vincular historia y literatura, para unir la vida de los personajes de la ficción con un supuesto referente extraliterario, un contexto que en realidad es otro relato: la comprensión de Vargas Llosa sobre esos acontecimientos que le interesaron y lo llevaron a escribir esta novela que narra la caída de Arbenz desde un tipo de sentido trágico, lo inevitable tras la condena de los Estados Unidos a su gobierno. También trágico es el tipo de sentido desde el cual se cuenta el desenlace de Carlos Castillo Armas tras haber desafiado al Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo; y trágico es el rumbo revolucionario latinoamericano después de la intervención norteamericana en Guatemala.

De tal modo, lo que cuenta ese narrador no es la historia, es el resultado de las lecturas que hizo Vargas Llosa en su incursión literaria por Centroamérica. Y ese relato privilegia como causa primera para la caída de Arbenz la invención de una mentira en tiempos de Guerra Fría.

Ahora veremos qué dice Piero Gleijeses sobre esos mismos acontecimientos, cómo elabora él todo aquello en *La esperanza rota. La revolución*

*guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954*. (1991), un libro en el cual el estudio del intervencionismo norteamericano en América Latina también juega un papel muy importante.

### **3.2 *La esperanza rota. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954*. De Piero Gleijeses**

#### **4.2.1 El motivo**

Piero Gleijeses conversó en 1972 con Alfredo Guerra Borges, un comunista guatemalteco que lo conmovió con un relato sobre su militancia política y el sueño de crear una nueva Guatemala, un país más libre y justo. Entonces, este italiano izquierdista, doctor en Relaciones Internacionales y profesor de la Universidad John Hopkins, en Washington D.C., decidió contrastar con “la fría realidad” aquel testimonio sobre esos tiempos esperanzadores y también tristes; la década democrática guatemalteca (1944-1954) que culminó con un golpe de Estado contra Juan Jacobo Arbenz orquestado por los Estados Unidos.

En las páginas de su libro, Estados Unidos aparece como un país que ha considerado Centroamérica y el Caribe como territorio propio, particularmente durante la Guerra Fría, cuando el discurso anticomunista le servía para legitimar injerencias en los asuntos internos de otros estados, intervenciones que debían camuflarse tras las banderas de la democracia y la libertad que, a su vez, le han impedido a ese país norteamericano, capitalista y moderno, exponer abiertamente su vocación imperial.

Gleijeses se impresionó con aquello que le contó el antiguo militante del Partido Guatemalteco del Trabajo y en 1972 comenzó su minuciosa investigación sobre Guatemala y la caída de Arbenz, acontecimiento que es un hito en la historia de las relaciones internacionales entre los Estados Unidos y América Latina y un antecedente ineludible a la hora de pensar la invasión a Bahía de Cochinos, Cuba, en 1961; la denominada Operación Condor en el Cono Sur en los años setenta y el apoyo norteamericano a la contrarrevolución en las guerras centroamericanas de los años ochenta.

Es precisamente en esos años ochenta, finales de la Guerra Fría y convulsión en Centroamérica, que Gleijeses escribe *La esperanza rota*, libro cuya primera

edición salió publicada en 1991 y en el cual, a diferencia de Vargas Llosa, sostiene que Jacobo Arbenz admiraba a la URSS y que en su gobierno y en su propia forma de pensar los comunistas tuvieron una poderosa influencia.

“Cuando se agriaron las relaciones de Estados Unidos con Arévalo y el conflicto con las compañías estadounidenses se agudizó, el nacionalismo frustrado de Arbenz estimuló primero su curiosidad y luego su simpatía por la Unión Soviética. Según palabras de Charnauld MacDonald, para Arbenz la Unión Soviética representaba “algo nuevo en el mundo; algo que se oponía al viejo mundo. Tres hechos básicos llamaban la atención de Arbenz: estaba gobernada por una clase que había sido inmisericordemente explotada; había derrotado al analfabetismo y elevado el nivel de vida en un lapso muy corto; nunca había hecho daño a Guatemala”. Como oficial, Arbenz también estaba profundamente impresionado por el triunfo soviético sobre Hitler; le atribuía este triunfo con creciente frecuencia no sólo al pueblo ruso, sino a su sistema social.” (Gleijeses, P. 2008. 187).

Su esposa María Vilanova, su amigo en las buenas y en las malas José Manuel Fortuny y algunos militantes del PGT formaban parte de su círculo íntimo y trabajaron con dedicación para hacer cumplir el Decreto 900, la reforma agraria, proyecto estrella de la administración Arbenz que, como se sabe, desató la ira de Washington.

Ahora bien, para Gleijeses, esa influencia comunista en Arbenz no llegó nunca al ejército, institución fundamental en la política guatemalteca y leal a Arbenz por otras razones. Mucho menos podría considerarse que esos comunistas amigos de Arbenz y Arbenz mismo estuvieran en alianza con la URSS para convertir a Guatemala en una cabeza de playa soviética en Centroamérica, tal y como lo difundió la propaganda norteamericana que buscaba legitimar el golpe de Estado. Al igual que Vargas Llosa en *Tiempos recios*, Gleijeses piensa que para la intervención norteamericana en Guatemala un factor considerable fue la amenaza que supusieron para la United Fruit Company las reformas impulsadas por Juan José Arévalo y particularmente, por Juan Jacobo Arbenz, debido a la profundidad

de las políticas incluidas en su plan de gobierno. Este factor Gleijeses lo ubica dentro de un contexto mucho más amplio.

“Desde la perspectiva de Washington, Arbenz ultrajó a la UFCO. Si se recuerda la furia de la administración Truman cuando Arévalo trató de poner en vigor el código laboral, se podrá apreciar la gravedad del crimen de Arbenz cuando le embargó tierras a la UFCO. Por lo tanto, no es sorprendente que algunos críticos hayan visto la pesada mano de la UFCO en la decisión de derrocar a Arbenz. “Sin los problemas de la UFCO”, escriben los autores de *Bitter fruit* (Schlesinger and Kinzer), “es probable que los hermanos Dulles no les habrían prestado una atención tan intensa a los pocos comunistas de Guatemala, ya que muchos más habían participado en actividades políticas en mayor escala durante los años de posguerra en Brasil, Chile y Costa Rica, sin que esto causara una excesiva preocupación al gobierno de los Estados Unidos.” (Gleijeses, P. 2008. 494)

Gleijeses considera importante la influencia de la UFCO para la caída de Arbenz, pero engloba toda esta operación dentro de una política mayor: la relevancia que tiene Centroamérica para los Estados Unidos en materia de seguridad y de aprovechamiento económico. Es decir, para Gleijeses la intervención estadounidense de 1954 en Guatemala es consecuente con el lugar estratégico que ocupa Centroamérica en la política internacional norteamericana, mucho más en aquellos primeros años de la Guerra Fría.

“La política guatemalteca de Eisenhower no era una aberración; no la desviaron ni la UFCO, ni Peurifoy ni el senador Joseph McCarthy. Encajaba en una tradición profundamente respetada, compartida por demócratas y republicanos por igual, y centrada en la reivindicación intransigente de la hegemonía estadounidense sobre América Central y el Caribe. Esta intransigencia, que culminó en la serie de intervenciones militares que unen a las presidencias de Theodore Roosevelt, William Taft y Woodrow Wilson, pareció atemperarse en la década de 1930 con la política del Buen Vecino de Franklyn D. Roosevelt. Pero las relaciones de buena vecindad de Roosevelt fueron puestas a prueba una sola vez, ya que los dictadores que infestaban

el área durante su presidencia nunca cuestionaron la hegemonía de Washington.” (Gleijeses, P. 2008. 500-501).

*La esperanza rota* es un libro historiográfico sostenido en una investigación documental exhaustiva, principalmente de fuentes oficiales norteamericanas, y en él se nos presenta una idea que es central para la comprensión de todo el texto, que marca su lugar de enunciación ante un auditorio centroamericano, caribeño y latinoamericano que ha sufrido en carne propia las intervenciones norteamericanas en el subcontinente.

Esa idea es la siguiente: ningún gobierno latinoamericano puede desafiar a los Estados Unidos sin pagar muy caro las consecuencias de su gesto rebelde. Este gesto rebelde no necesariamente debe ser socialista o comunista; perfectamente puede ser democrático, modernizador y ser además la manifestación de una búsqueda por la autonomía de una nación tan desigual como lo era Guatemala antes de 1944 y como los enemigos de Arbenz querían que lo siguiera siendo.

Gleijeses expone y demuestra que las reformas de Arbenz no eran comunistas. Según él, eran progresistas y nacionalistas; proponían intervenciones estatales en dinámicas sociales estratégicas dentro de un mercado capitalista. Sumadas a la promulgación del código laboral y a la creación de la seguridad social del gobierno de Arévalo, la renovación del sistema tributario, la reforma agraria y la inversión en infraestructura buscaban revitalizar un país acostumbrado al miedo, a la injusticia y al dominio dictatorial de una élite heredera de la colonia española sobre una numerosa población indígena sometida y políticamente arrinconada.

En el relato que hace Gleijeses de ese tiempo, Juan Jacobo Arbenz era un hombre de clase media, de padre suizo, farmacéutico caído en desgracia, que se suicidó. Arbenz hizo carrera militar, era inteligente, contaba con convicciones políticas propias, adquirió una cultura sólida a base de lecturas y de conversaciones con intelectuales y saltó al gran escenario público tras la caída del dictador Jorge Ubico, en una conspiración del ejército contra su sucesor, el general Federico Ponce. Con la caída de Ponce en 1944 comenzó la Revolución guatemalteca, que incluyó a los gobiernos de Arévalo y de Arbenz.

Ahora bien, pienso que en el contexto de los años cincuenta del siglo XX, lo importante no era si Arbenz era verdaderamente comunista o no, sino lo que se pensara de él en Washington. Y para Washington el gobierno de Arbenz estaba plagado de comunistas que además de perseguir a las empresas norteamericanas constituían una seria amenaza para la seguridad estadounidense debido a la ubicación geográfica de Guatemala por la supuesta alianza de su presidente con la URSS.

La dirección ideológica del relato de Gleijeses es antiimperialista: para él la caída de Arbenz fue orquestada por Washington y no hubiera sido posible sin la amenaza latente del poderío militar norteamericano. Esta intervención norteamericana –el golpe de Estado dado de Carlos Castillo Armas– coincide con los intereses de las élites guatemaltecas, acostumbradas a defender sus privilegios sociales y a estar resguardadas por dictaduras militares, además de mantener una actitud ante la vida refractaria a toda reforma social en favor de los pobres y de la población indígena.

Arbenz desafió a esta clase social y a los Estados Unidos, y no tenía suficiente poder económico, político ni militar para hacerle frente a las consecuencias de sus decisiones. Esa es, según Gleijeses, la ingenuidad de Arbenz: confiar en la diplomacia, en el apoyo de los países latinoamericanos, de la ONU y en el derecho internacional en un momento en el cual los Estados Unidos dominaban el occidente mundial en medio de las tensiones bipolares de la Guerra Fría, un momento en que el poder era más importante que el derecho.

En la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica, los norteamericanos vigilaron de cerca el transcurrir de los acontecimientos; tomaron partido por los rebeldes y por la oposición; y consideraron con especial atención la participación en aquel conflicto de los comunistas costarricenses y de un miembro de la Legión Caribe como lo fue José Figueres. Somoza intervino en esta guerra y algunos participantes hablaron de fuerzas incontrastables que decidieron la rendición del Gobierno y de los comunistas. Por su parte, el dirigente comunista Manuel Mora Valverde mencionó en uno de sus discursos, sin que esto se pudiera demostrar, una avanzada de militares norteamericanos listos para atacar San José desde el Canal de Panamá.

Los Estados Unidos también tuvo presencia en esa guerra, pero no intervino de manera tan determinante como en 1954 en Guatemala. Para ese entonces, el presidente de Costa Rica, José Figueres Ferrer, era un aliado demócrata de los Estados Unidos y un enemigo tanto de los dictadores de derecha –Somoza, Trujillo o Batista– como de “los comunistas” como Arbenz. La posición de Costa Rica en la Guerra Fría ya tomaba forma: aliada de los Estados Unidos con una organización formalmente democrática y, además, era un país que no tenía ejército.

“Fue en Costa Rica, a principios de 1948, donde Arévalo alcanzó la única victoria de su política caribeña: había ayudado a Figueres a derrocar al gobierno de Picado, al que apoyaban los comunistas. Después de la caída de Picado, Figueres gobernó el país con poderes semidictatoriales y mano dura para con sus derrotados enemigos. A finales de 1949, lo sucedió un presidente conservador, Otilio Ulate. (...) Figueres combinaba una obvia ambición por el poder con una franca hostilidad hacia los dictadores de la región, sobre todo hacia Somoza. Estaba a favor del cambio social moderado; las reformas oportunas, argumentaba, fortalecerían el sistema capitalista. Para la clase alta centroamericana esto era una herejía.” (Gleijeses, P. 2008. 329).

Figueres formó parte de la Legión Caribe mientras le convino a sus intereses de llegar al poder en Costa Rica. Después se apartó y su política internacional se alió a la norteamericana en el contexto de la Guerra Fría, en el cual defendió principios socialdemócratas dentro de un mercado capitalista con un discurso ideológico que combatía tanto a las dictaduras de derecha como a los comunistas, entre los que, según él, estaba Arbenz. Esto aparece así también en este libro de Gleijeses.

Desde el presente, resulta fácil ver que las políticas de Figueres y las de Arbenz tienen importantes similitudes: ambos dirigentes buscaron modernizar las economías de sus países, reformaron el sistema tributario, invirtieron en infraestructura, combatieron la injusticia contra los campesinos y defendieron la institucionalidad pública y las libertades individuales. Claro está que Costa Rica no tiene la misma historia que Guatemala, ni la misma distribución de tierras ni la misma

separación entre clases sociales que incluye una segregación étnica. Además de esas condiciones materiales que distancian tanto a estos dos países centroamericanos, lo que diferenció de manera determinante al gobierno de Figueres del de Arbenz fue el comunismo: en el caso de Figueres, su relación con los Estados Unidos y el rechazo del comunismo; en el de Arbenz, las consecuencias de ser aliado de sus amigos del PGT y desafiar a los norteamericanos sin tener fuerza suficiente para resistir el golpe con el cual responderían. Lo diferenció entonces la posición que cada uno adoptó dentro de las tensiones de la Guerra Fría.

Las opciones Figueres y Arbenz eran posibilidades de acción que tenían los gobiernos latinoamericanos a la hora de relacionarse con los Estados Unidos. Entre ellas contamos: amigos demócratas, amigos dictatoriales, demócratas con tensiones y enemigos abiertamente socialistas como lo fueron los cubanos después de 1961.

Para los Estados Unidos el tipo de gobierno y de organización social de los países latinoamericanos se subordinaba a la seguridad con la que se pudiera garantizar la estabilidad de sus intereses en la región. Lo determinante para ellos no era si esos gobiernos eran democracias o dictaduras, lo que contaba era que sus intereses políticos y económicos estuvieran a salvo. Según Gleijeses así se comporta un imperio.

“Tres fuerzas han configurado la política de Estados Unidos hacia el Caribe, desde que Jefferson puso los ojos en Cuba: la búsqueda de beneficio económico, la búsqueda de seguridad y el orgullo imperial. Estas fueron las tres fuerzas que configuraron la respuesta estadounidense a la revolución guatemalteca. Considérese el escenario: está Jack Peurifoy, “ese embajador ofensivo y arrogante”, está Jacobo el Rojo, y están los bananos.” (Gleijeses, P. 2008. 493)

Piero Gleijeses es profesor especialista en la Política Exterior de los Estados Unidos y *La esperanza rota* es un libro de historia política que conecta los tres acontecimientos que estudio en este ensayo: la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica; la caída de Arbenz en 1954 en Guatemala; y la invasión mercenaria a Bahía de

Cochinos, Cuba, en 1961. Esto muestra algunos de los vasos comunicantes entre estos tres momentos tan determinantes para esos países y también para pensar las relaciones internacionales de los Estados Unidos con ellos en el marco de los primeros años de la Guerra Fría. Este es un conocimiento sobre el pasado latinoamericano que se adquiere por medio de dos vías para acercarse a la historia real: el saber documentado de la historiografía y la subjetividad de una época que se encuentra en las novelas.

*Tiempos recios* y la *Esperanza rota* coinciden en el orden que se les da a los eventos que desembocaron en la caída de Arbenz: Vargas Llosa mueve hacia la derecha a ese político guatemalteco; Gleijeses lo corre a la izquierda. Además, Vargas Llosa se interesa fundamentalmente en el asesinato de Carlos Castillo Armas y la supuesta participación de Trujillo en este crimen. A eso Gleijeses le dedica una línea de su libro de más de quinientas páginas y en ella dice que ese homicidio nunca se aclaró.

Tal vez, una diferencia ideológica importante entre estos dos libros sobre el fin de *la primavera democrática guatemalteca* sea lo que piensa cada uno de sus autores sobre los efectos de la caída de Arbenz en la Revolución cubana. Vargas Llosa lamenta la intervención norteamericana para destituir a un gobierno democrático y piensa que sin el odio que despertó este abuso, en América Latina no se hubiera fortalecido ni la opción guerrillera ni el culto a unos líderes que acabaron convirtiendo a Cuba en una dictadura socialista y pobre que se mantiene así hasta el día de hoy.

Esa posición de Vargas Llosa, además de contrafáctica, es simplista y pasa por alto las condiciones sociales cubanas que posibilitaron el levantamiento guerrillero en contra de la dictadura de Fulgencio Batista. Piero Gleijeses concuerda en parte con estas ideas y le da más importancia para entender ese fenómeno a las relaciones históricas que han sostenido los Estados Unidos con Cuba, una relación dominada por las tensiones entre el imperialismo y el nacionalismo desde que Cuba se independizara de España en 1902, para llegar a convertirse entonces en una república.

Gleijeses, en *La esperanza rota*, parece contestarle a Vargas Llosa aunque su libro fuera publicado en 1991, en medio de una Centroamérica convulsa, y *Tiempos recios* en el año 2019 cuando, en apariencia, la Guerra Fría se podía pensar con mayor distancia.

“Sin embargo, la querrela de los cubanos con Estados Unidos tenía raíces profundas. ¿Qué habría cambiado si no hubiera ocurrido PBSUCCESS? No habría cambiado la amargura por los agravios del pasado: la Enmienda Platt, el derrocamiento de Grau, la condescendencia con Batista. No habría cambiado la vergüenza que daba ver a La Habana convertida en un burdel para los turistas estadounidenses, y a vastos sectores de la economía del país en manos de estadounidenses. El nacionalismo de Fidel Castro y de quienes lo rodeaban no tenía necesidad del drama de Arbenz. Tampoco Castro necesitaba aprender de la experiencia de Arbenz que no debía confiar en el ejército de Batista.” ( Gleijeses, P. 2008. 509).

Esa diferencia de perspectivas entre Vargas Llosa y Gleijeses remite a pensar nuevamente la mediación subjetiva que antecede a la creación de un texto, ya sea este literario o historiográfico. Las competencias previas de los autores, su lugar y tiempo de enunciación, sus afectos hacia un acontecimiento y su ideología política condicionan la comprensión de lo que quieren contar en las tramas que diseñan y estas subjetividades también influyen en la dirección ideológica que les dan a sus narraciones.

### **3.2.2. La dirección ideológica**

En *La esperanza rota*, Gleijeses ordena los acontecimientos políticos que estudia de tal manera que resulte claro para el lector contemporáneo que las diferencias sociales entre la élite guatemalteca y las poblaciones pobres de ese país, mayoritariamente indígenas, han sido abismales y que esa forma de convivencia se ha mantenido por medio de dictaduras militares que controlan un ejército diestro en reprimir cualquier revuelta social.

Además, queda claro en este libro, que esas élites y las dictaduras que las han defendido son amigas de los Estados Unidos, quienes las consideran aliadas y

las respaldan a cambio de apoyo político en los foros internacionales y, principalmente, facilidades para las empresas norteamericanas establecidas en territorio guatemalteco, al mismo tiempo que ese territorio es considerado base para las operaciones y la protección de la seguridad norteamericana en la región. El Caribe y toda Centroamérica han sido vistos de ese modo por los Estados Unidos y no en pocas ocasiones el resguardo del Canal de Panamá ha sido utilizado como argumento para intervenir en asuntos internos de esos otros estados que son mil veces menos poderosos, económicamente dependientes y que en tiempos de la Guerra Fría se vieron obligados a tomar partido, de una u otra forma, por la superpotencia capitalista.

Gleijeses lamenta la caída de Arbenz. Considera que su gobierno fue el mejor que ha tenido Guatemala. También se indigna con la intervención norteamericana, con el diseño de la operación PBSUCCESS que llevaría a Castillo Armas al poder. Esto forma parte de una posición política previa del autor, de cuyas páginas se desprende una defensa sólida del principio de autodeterminación de los pueblos y, en consecuencia, una concepción de los Estados Unidos como potencia imperial ante la cual manifiesta su oposición ética, política y epistemológica. Gleijeses adversa esa vocación que rige las relaciones norteamericanas con sus vecinos del sur desde una posición contraépica, aunque la caída de Arbenz se cuente desde un tipo de sentido trágico.

“En octubre de 1954, Castillo Armas se entronizó como presidente por un período de seis años, después de un plebiscito en el que recibió 99.99% por ciento de los votos. Gobernó hasta su muerte—un asesinato que nunca ha sido resuelto—con el apoyo de la clase alta, de un ejército purgado y de la administración Eisenhower. Para entonces, la paz y la armonía social que Arbenz había perturbado habían regresado a Guatemala y hacía tiempo que el país había dejado de ser noticia en los Estados Unidos. Era de nuevo la alegría de los turistas estadounidenses, con su élite pro estadounidense, sus ruinas mayas y sus indios sonrientes y humildes que vivían su pintoresca existencia tradicional.

Esta imagen placentera oculta la realidad de Guatemala desde la “liberación”. Guatemala es un mundo tenebroso donde reinan la represión y la violencia; posee

el macabro récord de violaciones de los derechos humanos en América Latina.” (Gleijeses, P. 2008. 524).

Este autor piensa que la historiografía como disciplina de estudio ofrece un método para comprender el mundo social, para mirar más allá de los espejismos ideológicos que construyen los bandos en disputa para legitimar sus acciones. Como he dicho en este trabajo, antes de iniciar una investigación histórica, cada autor cuenta con un pensamiento sobre los asuntos políticos mundiales. Ese pensamiento es el que los inclina a realizar una investigación y no otra, a explorar ciertos conflictos sociales y no otros, a tomar partido por una forma de gobierno y no por otra. En ocasiones, los autores intentan esconder su propia ideología tras los mantos de “la ciencia” y la pretendida objetividad. Este no es el caso de Gleijeses.

*La esperanza rota* es un libro de altísimo valor interpretativo, una historiografía fundamentada en fuentes buscadas y examinadas con inteligencia. Está escrito con un lenguaje preciso y claro y, además de lo completo que es, en él su autor expone sin ningún complejo su posición política sobre los acontecimientos que elabora: la caída de Jacobo Arbenz en 1954 en Guatemala por medio de un golpe de Estado orquestado por los Estados Unidos.

En las últimas páginas del libro se perciben la tristeza, indignación e impotencia que siente el narrador al contar cómo un país poderoso aplastó la esperanza de una transformación social justa iniciada en un país pequeño y pobre que, en principio, debería haber tenido derecho a la autodeterminación, a la libre escogencia de la ruta política que mejor satisficiera sus necesidades. El mismo título del libro es una señal de la dirección ideológica de su contenido.

Como hemos visto anteriormente, los Estados Unidos es una potencia moderna. Nacida a la vida mundial tras la independencia ganada a Inglaterra, algunos de sus fundadores combatieron la lógica de dominación imperial y combatieron a las monarquías europeas desde ideales ilustrados; sostuvieron, a pesar de sus contradicciones internas, las banderas de la libertad, la democracia y el respeto a la legalidad. Sin embargo, con el paso del tiempo, el desarrollo del capitalismo, el orden que fue adquiriendo el mundo y el poder económico y militar

acumulado, le confirieron una posición geopolítica similar a la de los antiguos imperios europeos. Después de la Segunda Guerra Mundial, las relaciones internacionales de entonces la han enfrentado a un rival ideológico, también moderno, al que combatió en el mundo entero con el argumento de que el sistema social de su enemigo ponía en riesgo su propia existencia, su modo de vida y la seguridad del llamado mundo libre. Detrás de todas estas transformaciones está el capitalismo realizando su trabajo.

No me resulta difícil entender que América Latina fuera vista por los Estados Unidos como parte de su zona de seguridad nacional y que, al mismo tiempo, los norteamericanos no pudieran sostener en público un discurso abiertamente imperialista para controlar políticamente y aprovechar económicamente para su beneficio los recursos de esta región. Según mi criterio, esto es lo que explica que su discurso y su práctica política no fueran consecuentes, que hayan escogido apoyar a un testaferro golpista como Carlos Castillo Armas para acabar con el gobierno democrático de Juan Jacobo Arbenz.

La Revolución guatemalteca se desarrolló en los inicios de la Guerra Fría. De la lectura del libro de Gleijeses, se puede concluir, que las tensiones bipolares mundiales penetraron los conflictos internos guatemaltecos, el dominio dictatorial de las élites sobre una población indígena que vivía en condiciones miserables. La propaganda norteamericana, que veía a Guatemala como potencial cabeza de playa soviética en Centroamérica, no tiene sustento fáctico: la URSS no tuvo injerencia en el Decreto 900, pues la reforma agraria es la decisión autónoma de un gobierno democrático con derecho a decidir sus políticas internas, al igual que lo hacían la mayor parte de los países que conformaron el llamado “mundo libre”. Esa es la legalidad internacional de un contexto mundial moderno como el de mediados del siglo XX. Sin embargo, esa no era la realidad política. Estados Unidos doblegó a Arbenz, a la ONU, a la OEA y a todo aquel que se opuso a su decisión de ponerle fin a un gobierno considerado su enemigo por pensarlo como comunista y también por las imprudencias y las ingenuidades de su presidente.

Si lo pensamos bien, en Costa Rica, José Figueres también dio un golpe de Estado. En 1948 él no fue electo para ser presidente. Su poder lo ganó en la guerra

y después tomó una serie de decisiones políticas y jurídicas que legitimaron su mandato. Los Estados Unidos lo siguieron de cerca y en algunos momentos también se le acusó de comunista. Al igual que Carlos Castillo Armas, su movimiento político fue conceptualizado como una “liberación nacional”. A diferencia de Arbenz, Figueres era anticomunista, no tenía un ejército que se pudiera poner en su contra y no confrontó los intereses norteamericanos en su país. A diferencia de Castillo Armas, Figueres era un demócrata, por lo menos a nivel discursivo, pues ensombrece esa valoración la forma en que trató a los vencidos en la Guerra Civil, esos comunistas que aparecen como personajes de ficción en la novela *Los leños vivientes*, de Fabián Dobles.

Esas decisiones marcaron la política internacional costarricense, pronorteamericana y anticomunista, dentro de una organización democrática en la cual el Estado realizaba intervenciones estratégicas en una economía capitalista. Figueres nunca tuvo con los Estados Unidos los problemas que marchitaron la vida de Arbenz. De algún modo, esa época, aquellos acontecimientos, delinearon el destino político de Costa Rica y de Guatemala durante la segunda mitad del siglo XX.<sup>27</sup>

“Y con esto volvemos a las palabras de Alfredo Guerra Borges con las cuales empezó este libro: “No era una gran conspiración y no era un juego de niños. Éramos solamente un grupo de jóvenes en búsqueda de nuestro destino”. Fue una revolución desde arriba; fue la hazaña de un pequeño grupo de hombres. Obraron solos en un ámbito internacional que se hizo cada vez más inhóspito. “Éramos como un barquito en una furiosa tempestad”, rememora María de Arbenz. “Luchábamos contra olas enormes”. Esas olas, esa tempestad no eran de origen guatemalteco. Porque un hecho está claro, y hace que la tragedia guatemalteca sea mucho más conmovedora, así como hizo que la intervención le pareciera más necesaria a los Estados Unidos: la oposición civil no tenía ninguna posibilidad de derrocar al gobierno y no había ninguna esperanza de que los militares actuaran en contra de Arbenz. Los conspiradores dentro del ejército eran débiles e ineficaces. La traición

---

<sup>27</sup> Revisar al respecto los siguientes textos incluidos en la bibliografía: *Rehaciendo la política: Costa Rica y Guatemala a mediados del siglo XX*, de Deborah J. Yashar y *Undoing the liberal world order*, de Leon Fink.

de los oficiales tuvo sólo una causa: el miedo a la intervención estadounidense.” (Gleijeses, P. 2008. 520).

Gleijeses piensa como tragedia lo que le ocurrió a Arbenz y se entristece por ello. Esa es la transferencia emocional del autor ante los acontecimientos que narra con precisión en un texto historiográfico fundamentado en una investigación rigurosa. Ello no impide ver las marcas subjetivas de su texto y, a su vez, esas marcas no le restan méritos a su investigación. Al contrario, la vuelven además de inteligente y científica, honesta.

### **3.2.3 La historicidad como método para encontrar la verdad social**

Sin la historia los fenómenos sociales se vuelven irracionales e incomprensibles, “un cuento contado por un idiota”. Entonces, sin la historicidad no existe forma de entender cómo un señor que camina junto a su esposa por una calle de La Habana vieja fue un día presidente de Guatemala y al cabo de unos pocos años haya sido derrocado por una de las superpotencias de la Guerra Fría. Esto no se comprende si no realizamos una narración que lo explique, que ordene en el tiempo social de su país los eventos que lo condujeron a tal desenlace.

Lo mismo ocurre con la historia personal de los individuos cuando tienen la humildad de acostarse en un diván y comienzan entonces a contarle a un psicoanalista los momentos más decisivos de su vida: algunos felices, otros traumáticos; momentos atormentantes o luminosos y, cada uno de ellos, puntos de inflexión en la construcción de una personalidad. O, como en el caso de la caída de Arbenz, en la construcción de un país.

El golpe de Estado contra Arbenz no se entiende sin un relato historiográfico que vincule ese acontecimiento violento con la historia política de un país que lleva consigo los lastres de la herencia colonial española, la presencia de compañías norteamericanas en su territorio y el imperialismo norteamericano ejercido sin contemplaciones durante los primeros años de la Guerra Fría.

La vida de ese señor de antepasados suizos, que una tarde salió a caminar junto a su mujer por La Habana, se puede contar en un libro de historia o en una

novela. Cada uno de estos relatos seguirían reglas distintas, perseguirían objetivos diferentes y usarían, por lo menos en apariencia, lenguajes también distintos.

“En 1960, Jacobo y María se trasladaron a La Habana. Cuba le ofreció a Arbenz un lugar para vivir, la esperanza efímera de que podría ser útil y las humillaciones que nunca cesaron. Para los triunfantes castristas, Arbenz era el símbolo del fracaso. Su exuberante arrogancia no les permitió ver que Arbenz, a diferencia de Castro, había llegado al poder sin su propio ejército y no había recibido ayuda alguna de la Unión Soviética. Le rindieron un homenaje breve por sus esfuerzos como presidente de Guatemala y luego subrayaron que sabrían evitar sus errores. “Los cubanos fueron muy condescendientes”, recuerda María, “era humillante para Jacobo”. Arbenz les pidió “que le dieran algo constructivo que hacer, aunque no estuviera relacionado con la política; se ofreció para dar clases de matemáticas en alguna escuela”. Pero los cubanos le ponían reparos. “Lo hicieron sentir inútil. Todo lo que hicieron fue llamarlo de vez en cuando para que diera entrevistas o pronunciara discursos.” (Gleijeses, P. 2008. 535).

Desde La Habana, en 1960, la Revolución guatemalteca se percibía como derrotada y la cubana surgía victoriosa y llenaba de esperanza a todas las personas que se habían adherido en el mundo a las causas socialistas. Una isla en el Caribe se ubicaba ahora en medio de las fuerzas enfrentadas en la Guerra Fría. Norteamericanos y soviéticos se interesaron entonces por el curso de los acontecimientos que impulsaban aquellos “barbudos” que habían derrotado con las armas a la dictadura de Fulgencio Batista.

Por su parte, según Gleijeses, Juan Jacobo Arbenz comenzó a fortalecer sus ideas políticas de izquierda mediante lecturas y conversaciones con intelectuales de esa tendencia, incluida su mujer. Con su prestigio personal y el poder que había adquirido en el ejército guatemalteco pudo ganar las elecciones presidenciales de 1950 que le permitirían profundizar las políticas reformadoras de la sociedad guatemalteca iniciadas en 1945 por Juan José Arévalo.

“El Código de Trabajo se promulgó en mayo de 1947. Durante el resto de la presidencia de Arévalo, este Código de Trabajo fue para la UFCO el símbolo de la persecución a la que fue sometida. Aunque la lista de los artículos ofensivos era larga, un principio irritaba especialmente a la United Fruit. Este principio establecía diferentes grados de protección y beneficios para los trabajadores de empresas industriales, comerciales y agrícolas. A los obreros agrícolas empleados en fincas de quinientos o más trabajadores permanentes, se les concedieron muchos de los derechos de los trabajadores industriales. Varias Fincas Nacionales, por lo menos cuatro terratenientes guatemaltecos y la UFCO entraban en esa categoría. UFCO tildaba al principio como flagrantemente discriminatorio; los artículos ofensivos tenían que ser modificados o eliminados. La compañía recurrió al Departamento de Estado en busca de apoyo.” (Gleijeses, P. 2008. 122).

Según se desprende de *La esperanza rota*, la modernización de aquella sociedad desigual la realizaría Arbenz por medio de la ejecución de un plan de gobierno que incluía inversión en una infraestructura que favoreciera el intercambio de mercancías, la transformación de un sistema tributario regresivo, el fortalecimiento de las libertades individuales y una reforma agraria ejemplar y determinante. Ese proyecto político que ilusionó a buena parte de la población guatemalteca fue seguido y aplaudido por el progresismo latinoamericano.

Para Gleijeses, Arbenz se formó una cultura política de izquierda, diseñó un plan de gobierno brillante y ejecutó ese plan de gobierno sin considerar las consecuencias de dicha ejecución de gestos desafiantes hacia los Estados Unidos, que terminó derrocándolo por medio de un golpe militar dado por uno de sus testaferros. En 1960, ya profundizada la Guerra Fría, Arbenz llegó a La Habana donde se celebraba con júbilo el triunfo de una nueva revolución que lo miró a él, a su gobierno y a su decisión de renunciar a la presidencia de Guatemala, como un paso fallido en el camino de liberación de los pueblos latinoamericanos. Sin ninguna duda, su caso es un hito en la historia política latinoamericana y es muy probable que él, en aquellos días en La Habana, pensara mucho en esa forma mediante la cual los Estados Unidos suele relacionarse con América Latina.

“La UFCO se había desarrollado rápida y eficientemente en Guatemala. En un acuerdo de 1924 con el Presidente Orellana, consolidó y expandió sus posesiones en la costa del Caribe, creando la inmensa división de bananera; en 1930 se movió hacia la costa del Pacífico de Guatemala, recibiendo una gran extensión de tierra en Tiquisate. Para 1945, era el terrateniente privado más grande y el mayor empleador del país, dejando chiquitos a todos los otros con sus 229,050 hectáreas de tierra y sus más de 15.000 trabajadores.” (Gleijeses, P. 2008, 116).

Según el relato de Gleijeses en *La esperanza rota*, la caída de Arbenz es un acontecimiento que se vincula con una narración más amplia, con hilos narrativos que nos llevan hacia atrás en la historia guatemalteca. Su libro comienza con la dictadura de Jorge Ubico, que era el tipo de gobierno al que estaban acostumbrados los guatemaltecos: tiránico, racista y clasista; que defendía, resguardado por el ejército, los intereses de la élite que a su vez era amiga y aliada de los Estados Unidos.

La perspectiva de Gleijeses incorpora la categoría marxista de “la lucha de clases” y el análisis geopolítico, así como la categoría de imperialismo y un orden cronológico de los eventos que se narran; para construir así un relato historiográfico fundamentado en fuentes que se mencionan en las citas al pie de página, las cuales acompañan la narración de estos eventos conflictivos puestos en el escenario y representados por una potencia capitalista que rompió en mil pedazos la esperanza nacionalista y modernizadora de un país centroamericano pobre y habitado por una estructura social atrasada y desigual.

La élite guatemalteca es heredera de la colonia española y desprecia profundamente a las poblaciones indígenas a las que somete por la fuerza, por medio de leyes injustas y por la ideología de la religión, ya sea la católica, ya sea la neopentecostal. Gleijeses muestra cómo al gobierno de Ubico lo sucedió un militar, Federico Ponce, contra el cual conspiraron los también militares Francisco Javier Arana y Juan Jacobo Arbenz, además del político Jorge Toriello. Tras la derrota de Ponce inició la Revolución guatemalteca, dentro de la cual se dio el asesinato de Francisco Javier Arana por conspirar contra el presidente Juan José Arévalo,

dejando así el campo abierto para el triunfo electoral de Arbenz, a quien apoyaba tanto el ejército como el Partido Guatemalteco del Trabajo.

Las políticas impulsadas tanto por Arévalo como por Arbenz, según Gleijeses, confrontaron la vieja estructura social guatemalteca desde arriba, es decir, desde gobiernos electos democráticamente. Arbenz, siendo militar, era apoyado por el ejército. Sus reformas, que constituyen esa Revolución guatemalteca, fueron límites a los privilegios de las élites y de las empresas transnacionales en favor de las clases medias y de los trabajadores. Esto resultó insoportable para grupos acostumbrados a mandar y a tener al alcance de sus manos las armas suficientes para traerse abajo a cualquier político que se atreviera a desafiarlos.

“Jacobó Arbenz traicionó las esperanzas de la administración Truman. Si hubiera sido el oportunista que los estadounidenses anticipaban, si hubiera sido el cínico que esperaban, hubiera usado el poder de la presidencia para cortejarlos. Si hubiera elegido ese camino no hubieran podido detenerlo. El cuerpo de oficiales del ejército era leal y no quería más reformas; el movimiento obrero urbano era débil y no tenía armas; las zonas rurales estaban tranquilas. Arbenz podría haber hecho fácilmente una pausa en la revolución. En lugar de eso avanzó en un camino sin precedentes y cada vez más peligroso. Su presidencia estaría marcada por tres desvíos: la reforma agraria, los estrechos vínculos con el Partido Comunista y el obstinado desafío a los Estados Unidos. Mientras avanzaba, perdió contacto con el ejército, su base original de poder. Se convirtió en un hombre solitario que tenía que actuar en dos niveles: el Arbenz privado, que solo confiaba en su esposa y en los líderes del Partido Comunista; y el Arbenz público, que ocultaba sus verdaderas creencias. Este hombre reservado y cada vez más acosado llevó a cabo una hazaña única: la primera verdadera reforma agraria de América Central. Como en una tragedia griega, cuanto más lograba más se acercaba a la destrucción y a la destrucción de su sueño. Cuando cayó, en junio de 1954, estaba exhausto mental y físicamente.” (Gleijeses, P. 2008. 177).

En *Tiempos recios*, Vargas Llosa le agrega a esta descripción de Gleijeses, que, en ese despacho presidencial triste, Arbenz se tomó un vaso de whisky con los ojos cerrados, después de no haber probado una sola gota de alcohol en tres años. Ambos autores, el novelista y el historiador, coinciden en las líneas generales del relato que explica la cadena de acontecimientos que provocó la caída de Arbenz. También en la percepción que tienen de Guatemala como un país con un orden social terriblemente desigual y racista. Ambos consideran como factor importante para la intervención norteamericana lo amenazada que se sintió la United Fruit Company con el Decreto 900 de Arbenz. Eso sí, Gleijeses pone un mayor énfasis en el imperialismo norteamericano y Vargas Llosa en la campaña publicitaria organizada por Zemurray y Bernays.

En todo caso, pienso que esa fue la tragedia de Arbenz: avanzar y avanzar en una dirección que lo llevó a chocar de frente con los intereses de los Estados Unidos en Guatemala y con las estructuras de poder de una élite terrateniente que también lo adversaba por comunista. Arbenz no se detuvo, y no tenía poder suficiente para resistir el golpe que se vendría en su contra. Así, al tiempo que observamos la caída de Arbenz, podemos ver cómo los tipos de sentido en las narraciones no son abstracciones formales desconectadas del poder. Todo lo contrario: el poder los atraviesa, les da dirección y las dinámicas sociales los hacen abiertos y no permiten su reducción a cuatro o cinco posibilidades cerradas.

Gleijeses también muestra cómo después de sucumbir también en el campo diplomático, en los foros internacionales y ante la avanzada militar y mercenaria liderada por Carlos Castillo Armas desde Honduras, Arbenz renunció a su puesto de presidente creyendo, otra vez de manera ingenua, que al dejar el poder en manos de uno de sus militares la revolución continuaría aun y cuando él ya no estuviera al frente. Desde luego, los Estados Unidos tenía otro plan.

En 1954 los Estados Unidos dominaba todos los foros internacionales. Fundamentalmente, y para lo que me interesa exponer en este momento, aquellos en cuyas cumbres se tomaban decisiones de relevancia para los países latinoamericanos. Eran el dios que dictaba el destino de los rebeldes a sus fuerzas, el destino de esos políticos inteligentes, imprudentes e ingenuos como Juan Jacobo

Arbenz, un Prometeo muerto en el intento de robarle el fuego a los dioses. En este caso, el fuego era un programa de reforma agraria que conduciría gradualmente a la industrialización y a la modernización de Guatemala. Según Gleijeses, contrario a lo que hizo Fidel Castro años después, Arbenz no intentó colectivizar las tierras guatemaltecas ni impuso un sistema de tenencia de la tierra contrario a los deseos de la población rural.

Aun así, esto no importó. La decisión estaba tomada: Honduras serviría como plataforma para el golpe. De acuerdo con *La esperanza rota*, solo Eisenhower, los hermanos Dulles y unos pocos altos funcionarios de la Casa Blanca y del Departamento de Estado y de la CIA sabía de la planificación de la operación PBSUCCESS.

“Esta era la Guatemala a la que se enfrentó la administración Eisenhower en el verano de 1953, cuando decidió tramar el derrocamiento de Arbenz. Dentro del país, la oposición era débil e ineficaz. Grupos pequeños de exiliados pendencieros rondaban las fronteras de Guatemala, especialmente en Honduras y El Salvador. Incluían a “demócratas” que habían abandonado el país para no someterse a un régimen “comunista”, y a “demócratas” que, habiendo participado en actividades subversivas, habían huido para evitar el arresto o habían sido deportados. A mediados de 1953, la mayoría de los que se habían congregado en Honduras reconocieron como su líder a Castillo Armas, quien gozaba de la protección de Somoza y era el favorito del Arzobispo Rossell y Arellano.” (Gleijeses, P. 2008. 305-306).

La caída de Arbenz se puede ver como una tragedia más allá del sentido literario solo si quien la mira así se duele por lo ocurrido, solo si ese narrador depositó afectos en aquel movimiento político que pretendió cambiar Guatemala. Ese es el caso de Gleijeses, quien, en la historicidad de su libro ordena y explica los acontecimientos que desembocaron en la caída de Arbenz partiendo de los años del gobierno de Ubico y concluyendo con el destino que les tocó vivir a los vencidos tras el golpe de Estado de 1954.

Sin historicidad no contaríamos con una racionalidad suficiente para comprender acontecimientos sociales tan determinantes para un país, como lo fueron para Guatemala los diez años de su revolución y su violento final.

### **3.2.4 La caída de Arbenz y la invasión de Carlos Castillo Armas desde Honduras**

Si ponemos sobre la mesa las distintas fuerzas que se disputaron el control de la política guatemalteca en 1954, la forma literaria que adquiere la narración de la guerra es la tragedia: los dados habían caído, para Arbenz; sus días como presidente de Guatemala estaban contados.

Una banda de mercenarios centroamericanos y de rebeldes guatemaltecos se reunió alrededor de la figura de Carlos Castillo Armas, entrenó en Nicaragua bajo la protección de Anastasio Somoza y, después, en una operación planificada por los Estados Unidos, se desplazó a Honduras desde donde inició la invasión. Por su parte, Arbenz seguía los informes de guerra desde su despacho presidencial en Ciudad Guatemala.

“El New York Times contó una historia diferente. Informó que, en una “maniobra virtualmente desembozada”, los exiliados guatemaltecos eran transportados en aviones hondureños a la frontera guatemalteca. La historia ya era obsoleta antes de aparecer; el 17 de junio había comenzado la invasión de Guatemala.” (Gleijeses, P. 2008. 437).

Según Gleijeses, la capacidad de respuesta del ejército guatemalteco era superior a la capacidad ofensiva de los golpistas. Sin embargo, un rumor carcomía la moral de ese ejército relativamente leal a Arbenz hasta ese entonces: detrás de los golpistas estaba uno de los ejércitos más poderosos de la Tierra. Entonces, el temor de Arbenz y de los altos mandos militares guatemaltecos era por lo que podía llegar a ocurrir con ellos después de vencer a Castillo Armas.

Gleijeses cuenta entonces cómo la base del ejército se movilizó a Zacapa, una ciudad cercana a la frontera con Honduras. La idea era dejar que los rebeldes ingresaran en territorio guatemalteco y evitar una justificación para la intervención

norteamericana directa, que ocurriría si el ejército guatemalteco hubiese penetrado en territorio hondureño.

En *La esperanza rota* se narra la forma en la que se dieron combates en Gualán y en Puerto Barrios con victorias para el ejército y también cómo la inseguridad iba creciendo en la psicología de los altos mandos del ejército guatemalteco. La deslealtad hacia Arbenz creció. Los rebeldes vencieron en Chiquimulas. Poco a poco comenzó a tomar fuerza la idea de la renuncia de Arbenz, quien quería mantener los logros de la revolución guatemalteca iniciada en 1944, fortalecida con el gobierno de Arévalo y profundizada con sus políticas, principalmente esa reforma agraria que amenazó a la United Fruit Company y enfureció a Washington.

“Sin embargo, hay que ver la decisión de Arbenz a la luz de las alternativas que se le presentaron ese fatídico 27 de junio: creía que su renuncia oportuna llevaría a la presidencia a Carlos Enrique Díaz y frustraría el triunfo de Castillo Armas. Su renuncia no fue un acto de cobardía, sino un intento desesperado por salvar lo que todavía pudiera salvarse. “Quizá muchos piensen que estoy cometiendo un error”, reconoció en su discurso de despedida. “En lo profundo de mi corazón no lo creo así. Sólo la historia decidirá.” (Gleijeses, P. 2008. 479).

No me cabe duda de que después de esa decisión su vida se arruinó para siempre y la revolución guatemalteca se acabó. La causa de esto es, principalmente, esa relación dominante de los Estados Unidos con Centroamérica, esa es “la historia” decidiendo. En este juego de poder no se puede obviar eso que Gleijeses llama la ingenuidad de Arbenz, que según el autor consistió en desafiar como lo hizo a un imperio, sostener hasta el final una alianza con sus amigos del Partido Guatemalteco del Trabajo y confiar en el derecho internacional y en los organismos multilaterales.

La decisión de Arbenz ha sido criticada a diestra y siniestra: la izquierda argumenta que debió enmontañarse y encabezar una guerrilla antiimperialista que defendiera la revolución; la derecha que debió romper las alianzas con los

comunistas y detener la reforma agraria. Los diecisiete años que le quedaban de vida fueron muy tristes y humillantes: padeció tragedias familiares y vagó por el mundo cargando sobre sus hombros el peso del fracaso, el peso de la mano de los Estados Unidos. Vivió en México, en algunos países de Europa, en Uruguay y también en La Habana, donde unos nuevos revolucionarios le reprocharon no ser como ellos.

“Jacob Arbenz no es uno de los gigantes de la historia. Cometió graves errores; fue ingenuo. Independientemente de sus convicciones políticas, debió haber sido más severo con los medios de comunicación de la administración. El tono del *DCA*, de otras publicaciones gubernamentales y de la radio, fue innecesariamente provocador, como lo fueron actos tales como el minuto de silencio por Stalin. Subestimó la amenaza de los Estados Unidos hasta finales de 1953, cuando los documentos proporcionados por Delgado no dejaron lugar a dudas de que los Estados Unidos estaban conspirando contra él.” (Gleijeses, P. 2008. 519).

El 11 de septiembre de 1954, después de dos meses de espera, Arbenz recibió el salvoconducto que le otorgó para viajar a México Carlos Castillo Armas, el nuevo presidente de Guatemala.

### **3.2.5 Guatemala, 1954, y Bahía de Cochinos**

Centroamérica y el Caribe forman parte de los intereses nacionales de los Estados Unidos y esta percepción estratégica dentro de su política exterior aumentó en intensidad conforme se profundizó la tensión bipolar con la Unión Soviética. Los conflictos internos de los países centroamericanos y caribeños en los primeros años de la Guerra Fría se seguían con atención en Washington; las desigualdades sociales, los impulsos por cambiar antiguas formas de organización política despertaban sus alarmas y cualquier gestión inclinada hacia la justicia social en los primeros años de ese conflicto bipolar era vista como comunista, etiqueta maldita que justificó operaciones como la caída de Arbenz.

En 1948, como vimos en el capítulo anterior, el conflicto costarricense se monitoreó con atención en los Estados Unidos, preocupado por la influencia de los

comunistas durante los gobiernos de Calderón Guardia y de Teodoro Picado, así como por la relación de José Figueres Ferrer con la Legión Caribe. En Costa Rica y en Guatemala los comunistas perdieron la guerra. Costa Rica se alineó a Washington desde una opción socialdemócrata tolerada y estimulada; Guatemala, después de su “primavera democrática”, continuó aquella larga tradición dictatorial, militar y clasista amiga también de los Estados Unidos.

Una nueva revolución alteraría como nunca las relaciones de los Estados Unidos con el Caribe: Fidel Castro y sus hombres se habían hecho del poder en La Habana y comenzaron a tomar decisiones nacionalistas que confrontaron los intereses norteamericanos. El conflicto con Cuba no tardaría en estallar. Guatemala serviría como antecedente para una nueva intervención mercenaria: Bahía de Cochinos en 1961.

“Eisenhower no se enfrentó a ninguna decisión difícil. Arbenz cayó. La facilidad con que se derrumbó su régimen ayudó a preparar el terreno para Bahía de Cochinos. La confianza excesiva, la falta de reflexión sobre las lecciones de PBSUCCESS y lo que Kirkpatrick ha llamado el amateurismo de la joven agencia hizo que la CIA lanzara la operación cubana como si fuera una grandiosa secuela de la guatemalteca, aunque las dos situaciones eran fundamentalmente diferentes: Castro tenía su propio ejército; Arbenz no. Por consiguiente, PBSUCCESS era una operación psicológica que solo necesitaba un componente paramilitar mínimo, una “chispa”; Bahía de Cochinos era, o debió haber sido, una operación militar. Si la CIA se hubiera detenido a reflexionar sobre la primera, se habría guardado de emprender la segunda. En vez de eso, la agencia no cabía en sí de euforia.” (Gleijeses, P. 2008. 515).

Hasta aquí quedan expuestos los principales hilos narrativos de la trama historiográfica que diseñó Piero Gleijeses en *La esperanza rota*, de su lugar de enunciación y de la dirección ideológica que le dio al libro.

### **3.3 Conclusión**

Toda narración necesita un sujeto que diseñe su sistema de enunciación, sistema en el cual se expresan tanto las transferencias afectivas de los autores depositadas en los acontecimientos que elaboran, como la dirección ideológica que les dan a sus relatos.

Un novelista liberal y un historiador antiimperialista nos permiten comprender un poco mejor qué fue aquello que ocurrió en Guatemala para que cayera el gobierno democrático de Juan Jacobo Arbenz en junio de 1954.

*La esperanza rota* y *Tiempos recios* son huellas narrativas de aquel acontecimiento: una novela y un libro historiográfico que se complementan y confrontan para darnos una visión más amplia de la historia guatemalteca, de su década democrática y de su violento final, el cual, según lo visto, fue orquestado por los Estados Unidos en los primeros años de la Guerra Fría.

Las tramas de estos dos libros han sido escritas por personas que contaban, además de la información obtenida en sus rigurosas investigaciones, con unas competencias intelectuales previas y una visión política propia que condicionó la dirección de estos textos. Gleijeses ubicó la caída de Arbenz en un contexto más amplio que Vargas Llosa: la puso en medio de la política imperial norteamericana para Centroamérica y para el Caribe. De tal manera, la propaganda difamatoria inventada por el publicista Bernays, a la cual el novelista peruano le da tanta importancia, para Gleijeses no tendría sentido sin esa política exterior intransigente de los Estados Unidos, intensificada en los tiempos de la Guerra Fría.

Ni Gleijeses ni Vargas Llosa consideran que las reformas de Juan Jacobo Arbenz fueran comunistas. Sin embargo, Gleijeses le da un peso mayor que Vargas Llosa a la influencia del PGT en el gobierno de Arbenz y a su pensamiento de izquierda. En *Tiempos recios* Arbenz es movido hacia la derecha para oponerlo así a la opción guerrillera que siguieron algunos años después Fidel Castro, Ernesto Che Guevara, sus hombres y sus admiradores posteriores.

De igual modo, el historiador y el novelista difieren en el papel que jugó la caída de Arbenz para la Revolución cubana. Gleijeses les da más peso a las relaciones históricas entre los Estados Unidos y Cuba, mientras que Vargas Llosa piensa que la intervención norteamericana en el desenlace de la administración

Arbenz y el antinorteamericanismo que desencadenó en América Latina fueron determinantes para que la opción revolucionaria al estilo cubano tomara más fuerza, cosa que él lamenta.

Estas reflexiones sobre la política de la región, sobre su historia y sus protagonistas, son posibles gracias al estudio del pasado guatemalteco realizado al interpretar los contenidos de un libro historiográfico fundamentado en fuentes verificables y en una obra de ficción literaria que revela la subjetividad de personajes determinantes para la época en estudio. Juntos, estos libros aumentan la capacidad comprensiva de los lectores que nos aproximamos a dichos acontecimientos tantos años después y que adquirimos con su lectura un pensamiento más profundo sobre ellos, sobre su historia y sobre las relaciones de fuerza que han tenido lugar en esta región del planeta.

Finalmente, al estudiar la caída de Arbenz en 1954, también aparecen con claridad los hilos que la conectan con la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica y con la Revolución cubana de 1959, hilos de las relaciones internacionales de los Estados Unidos con Centroamérica y el Caribe. Los tres acontecimientos definieron el destino político de estos países durante el siglo XX y para el rumbo que siguió cada uno de ellos jugó un papel determinante la relación que sus dirigentes políticos establecieron con los norteamericanos. José Figueres se alió a ellos desde una opción formalmente democrática; Arbenz los desafió desde un nacionalismo progresista y democrático sin tener fuerza suficiente para soportar la reacción en su contra; y Fidel Castro los enfrentó con rebeldía manifiesta optando por el socialismo en plena Guerra Fría. Este último acontecimiento es sobre el cual escribiré a continuación.

#### **4-Capítulo 4. *Revolución*. Los primeros años de la Revolución cubana, de 1959 a 1962.**

En este capítulo interpretaré la representación de contenidos políticos, ideológicos, formales y estéticos en *La consagración de la primavera*, de Alejo Carpentier y en *Historia de la Revolución cubana*, de Sergio Guerra y Alejo Maldonado. A partir de estas fuentes pretendo mostrar cómo este acontecimiento fue el momento más intenso de la Guerra Fría en el Caribe y también, cómo la historiografía y la literatura, pensadas como formas narrativas complementarias, potencian su comprensión.

##### **4.1 *La consagración de la primavera*, de Alejo Carpentier**

Alejo Carpentier fue uno de los escritores e intelectuales cubanos que se adhirieron por completo a la Revolución de 1959, esa es la primavera que se consagra, esa es la referencia histórica del título de su novela. Él celebró este movimiento nacionalista, antiimperialista, socialista y transformador de las estructuras sociales de la isla; apoyó sus principales decisiones políticas, trabajó en el campo cultural y editorial en La Habana revolucionaria y fue por varios años agregado cultural en la Embajada de Cuba en París, ciudad en la que murió en 1980, dejando como legado novelas tan importantes para la literatura latinoamericana como *Ecue-Yamba-O* (1933), *El reino de este mundo* (1949), *Los pasos perdidos* (1953), *El acoso* (1956), *El siglo de las luces* (1962), *El recurso del método* (1974), *Concierto Barroco* (1974), *El arpa y la sombra* (1979) y *La consagración de la primavera* (1978). Esta última es considerada en este ensayo como huella narrativa de la Guerra Fría en América Latina: una novela escrita por un hombre activo en la defensa de la Revolución cubana.

Una cultura enciclopédica, un estilo barroco y una voluntad de comprender mediante la literatura los procesos sociales, culturales e identitarios latinoamericanos y cubanos impulsaron el proyecto creativo de Carpentier. En sus principales novelas, el poder y la historia política ocupan un lugar determinante como objeto de sus reflexiones y presentan mediante un estilo recargado, hiperculto y ambicioso con el cual pretende mostrar las diversas vertientes culturales y las distintas fuerzas políticas que se encuentran en eso que llamamos lo latinoamericano.

Ya en *El siglo de las luces* Carpentier había trabajado la Revolución francesa y los efectos políticos que este acontecimiento histórico tuvo en el Caribe a finales del siglo XVIII e inicios del XIX. En *La consagración de la primavera*, la historia política vuelve a ocupar un lugar central. En esta oportunidad, el escritor cubano se plantea un proyecto de amplísimas dimensiones: contar desde la perspectiva de una pareja de personajes –una bailarina rusa y un arquitecto cubano– los principales acontecimientos de la primera mitad del siglo XX, concluyendo con la triunfante Revolución cubana de 1959 y su defensa armada en la batalla de Bahía de Cochinos, en 1961, cuando un grupo de mercenarios cubanos exiliados en los Estados Unidos pretendió invadir la isla para derrocar al Gobierno de Fidel Castro con el apoyo del presidente John F. Kennedy, en uno de los momentos más intensos de la Guerra Fría en América Latina.

La Revolución cubana llevó a los niveles más altos la confrontación directa de un país latinoamericano en contra de los Estados Unidos, lo cual permite observar con mayor claridad cuál fue la política norteamericana diseñada para América Latina durante la Guerra Fría. Manifestaciones de esta política las habíamos visto ya en la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica, en la caída de Juan Jacobo Arbenz en 1954 en Guatemala; pero con el derrocamiento del dictador Fulgencio Batista en 1959 a manos de Fidel Castro y del Ejército Rebelde, los intereses norteamericanos en Latinoamérica quedaron al desnudo, sobre todo cuando la Revolución cubana entró en alianza con la URSS y la ira norteamericana no se hizo esperar en medio del ajedrez armado que las dos superpotencias jugaban en el mundo.

“Y, entonces, ¡ay vale!... (6 de agosto de 1960—LEY DE NACIONALIZACIÓN DE VEINTISÉIS EMPRESAS NORTEAMERICANAS) Y entre ellas, nada menos que la *Cuban Telephone Company*, *The Cuban American Sugar Mills*, *la United Fruit Sugar Company*, *la Texas Co.*, *la Esso Standard Oil*...

-- ¡Caray! ¡Hasta ahora nadie se había atrevido a tanto!” (Carpentier, A. 1996. 525)

La irrupción de las fuerzas revolucionarias en medio de una sociedad corrupta, gobernada por un dictador entregado a los Estados Unidos y a la mafia de

ese país, es lo que Carpentier simboliza con el nombre de la inquietante pieza musical de Igor Stravinsky, que sirve como título para una novela que expresa la historia mediante el lenguaje de la ficción literaria, que además, deja ver con claridad meridiana la posición ideológica del autor, su celebración de la Revolución cubana y su visión heroica y *contraépica* sobre lo ocurrido en Bahía de Cochinos.

Esta novela fue publicada casi veinte años después del triunfo de Fidel Castro y sus hombres. Para 1978 los apoyos que recibió en sus inicios la Revolución cubana habían disminuido y aumentado las críticas, principalmente por la soviétización del proceso, por la deriva autoritaria y, en algunos casos, por el dominio del aparato estatal cubano sobre las manifestaciones culturales. Ante ese auditorio participa Alejo Carpentier con *La consagración de la primavera*, ese es su contexto y su tiempo de enunciación.

#### **4.1.1 La historia expresada en términos de literatura**

Esteban es un arquitecto cubano de izquierda, despreocupado y de familia burguesa; Vera, una bailarina rusa hija de comerciantes que tuvieron que dejar las ciudades de Petrogrado y Bakú por razones políticas, la primera debido a la Revolución bolchevique y la segunda por conflictos armados entre etnias enemigas: mahometanos, armenios y cosacos, que volvieron imposible la vida de sus habitantes. Ambos personajes son asaltados por las convulsiones de su tiempo, que es otra manera de decir que un determinismo histórico para la vida de los individuos subyace en la visión que Alejo Carpentier tiene sobre los procesos sociales y su influencia en el destino de las personas. A ellos dos un huracán político los lanzó por los aires y los hizo encontrarse y desencontrarse en medio de viajes, guerras, amores, traiciones y revoluciones. A ellos dos los usa Alejo Carpentier para contar su visión sobre ese fragmento del siglo XX que corre entre dos revoluciones: la rusa y la cubana, tan vinculadas entre sí.

“Hay un inconciliable desajuste entre el tiempo del Hombre y el tiempo de la Historia. Entre los cortos días de la vida y los largos, larguísimos años, del acontecer colectivo. Entre lo que se contempla hoy como realidad en gestación, próxima al alumbramiento, y lo que verán los ojos como realidad todavía incumplida, retardada,

modificada, aún por hacerse, al cabo de la muerte de seis, siete, ocho calendarios, de hojas arrancadas y botadas al cesto, con lunaciones, santoral y chascarrillos.” (Carpentier, A. 1996. 83,84).

La historia se cuenta desde el presente. Desde el suyo escribió Carpentier *La Consagración de la primavera* (1978), confiando todavía en una Revolución cubana que tenía para ese entonces casi dos décadas y que no había pasado todavía por todas las vicisitudes que trajo consigo la caída de la URSS y, en consecuencia, el fin de la Guerra Fría con victoria norteamericana.

Nada de eso podía ser previsto por Carpentier, quien celebró en esta novela, frente a sus adversarios dentro y fuera de Cuba, una revolución que él entendía en continuidad con otras revoluciones y con otras guerras de independencia.

“Y sin embargo, una noticia recibida recientemente me había llenado de júbilo: un día, en uno de esos misteriosos impulsos colectivos que, sin voz de mando, sin jefes, conducen las masas a la toma de cualquier Bastilla, el pueblo de La Habana se había arrojado a las calles, espontáneamente, para destruir todas las casas de juego de la ciudad. A hachazos, a mandarriazos, se habían roto las mesas de los números y los tapetes verdes; por el suelo se habían esparcido las ruletas, cubiletes de dados, y fichas de coimes. En horas quedaron destruidos los dominios proconsulares de Lucky Luciano, Frank Costello y sus familias mafiosas...”. (Carpentier, A. 1996. 523).

Revoluciones como la francesa y como la rusa, y guerras de independencia como las que libraron las colonias latinoamericanas en contra del Imperio español, son antecedentes culturales que invaden la subjetividad de los personajes de esta novela hecha de distintos tiempos: un tiempo cronológico para los largos procesos sociales (Historia con mayúscula) y un tiempo subjetivo no lineal para presentarnos la vida de Vera y Enrique (historias), quienes respiran y se mueven en un presente histórico en tránsito hacia el futuro, pero con recuerdos que nos llevan a otros tiempos, a la memoria de lo que fueron ellos mismos, sus familias y sus países.

Carpentier entiende la historicidad como método que permite explicar el presente de un país y de una persona. El tiempo histórico en esta novela se ordena

cronológicamente, desde la Revolución rusa hasta la cubana, pasando por el surgimiento del nazismo, la Guerra Civil española, la ocupación alemana de París, la Segunda Guerra Mundial, el lanzamiento de la bomba atómica en Hiroshima, el inicio de la Guerra Fría y concluyendo con final feliz en la batalla de Bahía de Cochinos, Cuba, en abril de 1961. Ese tiempo histórico brinda los límites de la novela, el momento en que empieza y en que termina. De alguna forma, también dibuja el marco dentro del cual transcurren los tiempos individuales.

Además, este tiempo histórico ordenado cronológicamente es muy importante en *La consagración de la primavera*, ya que aparece como telón de fondo para las peripecias individuales y como constante objeto de reflexión para los personajes. Como decía, en él se desenvuelven el tiempo individual de los personajes, sus vidas independientes y singulares y sus encuentros como pareja. Es desde la subjetividad de Vera y de Enrique que, además de contarse toda la novela, se usa otro orden temporal distinto al cronológico, uno subjetivo o fenomenológico que va y viene entre pasado y presente y que siempre deja abiertas distintas posibilidades de futuro.

Esa apertura o incertidumbre de futuro individual no está tan clara en el tiempo cronológico que Carpentier usa para ordenar los procesos históricos colectivos, ya que para ello parece seguir la teleología propia de las teorías de la historia de un tipo de marxismo, el usado como ideología triunfante en la URSS y sus sociedades satélites, para quienes la revolución socialista y la superación del capitalismo eran algo inevitable, como el destino en la tragedia *Edipo Rey*, de Sófocles.

El final feliz y socialista de *La consagración de la primavera* coincide con esta perspectiva soviética de la historia. Ahora, el momento en el cual leo esta novela – en 2024– me permite percibir desde una distancia crítica sus influencias teóricas y la ideología política de su autor y confrontarlas con una Revolución cubana que todavía está ahí, pero en condiciones muy distintas a aquellas que expuso Carpentier en esta novela, publicada en 1978, dos años antes de su muerte.

Como vimos, la posición de Vargas Llosa sobre Cuba expuesta en *Tiempos recios* (2019) es, desde un punto de vista ideológico, diametralmente opuesta a la

de Carpentier: piensa a Cuba como un país empobrecido y gobernado por una dictadura sellada contra cualquier asomo de libertad y de democracia.

El material que compone *La consagración de la primavera* está conformado por acontecimientos de la historia del siglo XX contados, en apariencia, desde la perspectiva de Enrique y Vera, quienes viven en esas ciudades en las que todo ocurre: Petrogrado, Madrid, París, New York y La Habana. O se ven afectados por los grandes eventos de resonancia mundial de su tiempo o se enteran en los diarios y por la radio de aquello que está ocurriendo en esos días y está transformando la geopolítica del planeta. Digo en apariencia, porque las posiciones de sujeto de estos dos personajes tienen una trampa: en ellos se esconde otro narrador, uno hiperculto que los hace hablar y pensar a todos igual, o por lo menos usar el mismo tono grandilocuente y erudito que es el del autor.

Estos personajes no son marionetas: se notan su personalidad y su individualidad, pero el afán de mostrar ese universo cultural en el que se desenvuelve su historia los opaca y los invisibiliza dentro de la tormenta de datos y de referencias que mueve la pluma del autor cubano a la hora de exponernos un contexto, no exclusivamente geográfico o social, sino también cultural. En este se desarrollan las subjetividades de ese arquitecto cubano y de esa bailarina rusa cuyas peripecias y tribulaciones tenemos que buscar como agujas en un pajar de erudición barroca. Esa es la marca del autor, ese narrador escondido en la mente de Enrique y de Vera que ordena cronológicamente medio siglo XX y celebra el progreso socialista del mundo.

“¡Hasta que, cansado de mierdas les pregunté si eran funcionarios diplomáticos o agentes del FBI! Y ahí está la respuesta (señaló hacia los pasaportes tirados en la mesa). El Maccartismo no es una ficción. Y me habló con lujo de imprecaciones y palabrotas, de ese senador Joseph McCarthy, esquizofrénico y dipsómano que, asistido por un tal Richard Nixon, había desencadenado lo que, en su país, evocándose los siniestros días de los procesos de Salem, llamábase ya la caza de las brujas. El que más, el que menos, había sido objeto de las furias anticomunistas del Torquemada de Wisconsin ...” (Carpentier, A. 1996. 358-359).

Pienso que la historia, entendida como *lo real*, se puede conocer, pero la exposición de aquello que se conoce no es transparente ni completa. Está mediada por lo que he llamado sujeto situado, posiciones subjetivas limitadas y atravesadas por la ideología, los afectos, las competencias previas de los autores y los intereses políticos ocultos tras la publicación de un libro. Resulta difícil que el agregado cultural de la Embajada de Cuba en París publicase en 1978 una novela en contra de la Revolución cubana.

*La consagración de la primavera* es un canto a esa revolución y ese narrador escondido al que me refería ordena y piensa la historia desde la materialidad de las guerras y el conflicto entre clases y entre países, entre imperios y colonias, haciéndola avanzar con el corazón inclinado hacia el lado progresista: este narrador en la Revolución francesa sería jacobino; en la Revolución rusa, bolchevique y antizarista; en la Guerra Civil española, republicano; en la Segunda Guerra Mundial, aliado pero soviético de preferencia; en la Guerra Fría, socialista en confrontación con el capitalismo norteamericano; y, en la Revolución cubana, castrista por los cuatro costados. Alejo Carpentier después del caso *Padilla* (1971) se quedó del lado de Fidel Castro.

A diferencia de los historiadores profesionales, Carpentier se acerca a los acontecimientos históricos de la primera mitad del siglo XX elaborándolos mediante la libertad de estilo que le permite el lenguaje literario y utilizando para ello las vidas de dos personajes que le ayudan a atravesar aquellos años desde la perspectiva individual de sus inquietudes emocionales, sus cambios de posición ideológica, sus viajes por distintas ciudades del mundo, sus historias familiares y sus posibilidades sociales. La creación de personajes y la exposición, más que la explicación, de los grandes eventos sociales separa a *La consagración de la primavera* de un libro sobre la historia del siglo XX. Sin embargo, su vocación por comprender las grandes transformaciones sociales de ese tiempo la hace entrar en constantes diálogos con el conocimiento historiográfico y con las teorías y filosofías de la historia que el autor también conoce.

Se puede decir que categorías como *lucha de clases*, *materialismo dialéctico* y *determinismo social* forman parte de la base teórica desde la cual Carpentier ordena cronológicamente los principales acontecimientos políticos de la primera mitad del siglo XX, base teórica desde la cual también concibe la influencia de estos acontecimientos en la vida de los personajes de su novela. En su exposición literaria privilegia las manifestaciones culturales, intelectuales y artísticas que van creando el marco de referencias en el que se mueven Vera y Enrique, que son también intelectuales, artistas y militantes que participan de las discusiones de su tiempo, y que se ven arrastrados por las confrontaciones sociales que sacudieron el mundo que les tocó en suerte vivir.

“Una tarde en que le oigo designar a mi país con el nombre de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas solo se me ocurre tomarlo en broma, diciéndole que eso será por muy poco tiempo, pues los que saben de eso dicen que...-- Dicen tonterías, porque la Revolución Rusa es una resultante lógica, inevitable de vuestra propia historia, historia que se expresó más de una vez en términos de literatura.” (Carpentier, A. 1996. 504).

En términos de literatura expresó Carpentier ese medio siglo de migraciones y transformaciones y lo hizo dominando a sus personajes con un desbordante conocimiento cultural, volviéndolos intelectuales y cultos como él, obviando las conversaciones de la gente común y corriente, la que no conoce de arte ni de política ni de historia. Una debilidad de esta novela es la sobreintelectualización de la vida cotidiana de unos personajes usados para expresar el pensamiento de su autor sobre un medio siglo tormentoso y apasionante para cualquier interesado en descubrir los misterios de la historia humana en el reino de este mundo.

No es la teoría de *lo real maravilloso* la que está implícita en *La consagración de la primavera*. El de esta novela es otro Carpentier, el intelectual volcado a pensar la política y la Historia con mayúscula, un hombre interesado en recorrer con sus personajes la Rusia zarista, la lucha bolchevique, la España de las brigadas antifranquistas, el París de los surrealistas, la Alemania nazi, el New York de los

amantes de paso, la Cuba “agringada” y corrupta de Gerardo Machado y, principalmente, de Fulgencio Batista; la Venezuela petrolera y la irrupción revolucionaria de un Ejército Rebelde y cubano que resuelve hasta los problemas amorosos de Enrique y de Vera, quienes para entonces habían sufrido en carne propia los embates de una historia social que los movía a su antojo, en ocasiones sin clemencia alguna, como cuando Jean Claude, el primer marido de Vera, muere en la Guerra Civil española.

“Y, una tarde, me hallé sola en la casa de la Rue de la Montagne Sainte-Geneviève a donde nos habíamos mudado recientemente, sollozando sobre una carta. La Historia, una vez más, me había salido al encuentro.” (Carpentier, A. 1996. 506).

Esa expresión literaria: “La Historia, una vez más, me había salido al encuentro”, implica una posición teórica, un determinismo social que limita y condiciona la libertad individual. Implica una perspectiva marxista sobre el papel que juegan las condiciones sociales en la constitución de personalidades y destinos humanos.

Vera y Enrique se encuentran en París: ella, hija de migrantes rusos, tuvo un primer marido francés e izquierdista y descubre en la danza la pasión de su vida, lo cual la lleva a formar parte del ballet de Diaghilev que estuvo en el estreno de *La Consagración de la primavera*, de Stravinsky; su sueño será entonces volver a montar una vez más esa obra tan compleja. En Londres y en París se dedica a la danza. Por su parte, Enrique es un muchacho solitario, enamorado, con estudios en arquitectura, aficiones intelectuales y criado por la hermana de su madre, una aristócrata cubana dicharachera e influyente que con su dinero lo saca del país para protegerlo de la dictadura de Gerardo Machado, que lo persigue por revoltoso y “comunista”.

“Había, pues, que buscar una tercera solución – tercera solución que tampoco podía ser, desde luego, de tipo nazi o fascista. Pero esa tercera solución era la que no acababa yo de hallar—ni parecían hallarla en la revuelta Cuba de ahora, mis

compatriotas. Por lo tanto, me resolví a esperar. Y, ante la incapacidad en que me hallaba de responder a mis propias interrogantes, opté por el agnosticismo, el no saber, no discutir, rehuir, no leer los periódicos, no reflexionar.” (Carpentier, A. 1996. 85).

Aunque Enrique nunca tuvo muy clara su posición política, siempre se movió dentro del lado izquierdo del espectro ideológico y, en su vida personal, nunca tuvo dificultades económicas. Después de huir de Gerardo Machado y de su policía pasó por México, donde se fascinó con la cultura barroca y “real maravillosa” de aquel país. En México percibe la mezcla de lo indígena, lo europeo y lo moderno desde los ojos de la teoría de lo real maravilloso expuesta por Alejo Carpentier por primera vez en 1949, en el prólogo a su novela *El reino de este mundo*, donde expresó que la historia de América es toda, por lo insólita, una crónica de lo *real maravilloso*, categoría estética y cultural utilizada por él para dar cuenta de múltiples eventos sorprendentes y mestizos que forman parte de la vida cotidiana de los países de este continente.

Entonces Enrique, ese arquitecto medio vagabundo y sin problemas de dinero, se embarca hacia Europa donde participa en las brigadas antifranquistas y republicanas durante la Guerra Civil española. Posteriormente, en París se hace de una novia judía quien nunca vuelve de un viaje que hizo a la Alemania nazi, lugar sombrío y hostil adonde él la va a buscar para no encontrarla nunca más. Otra vez la inclemente historia decide sobre la voluntad individual. Vera pierde a su primer marido en España y así, solos los dos, liberados por *la Historia* de sus antiguas parejas, se encuentran en Francia, desde donde deciden viajar a Cuba para escapar de las tensas condiciones de vida propias de una Europa en guerra contra Hitler.

“Vera, repentinamente atenta a las contingencias políticas, había sentido muy pronto la ascensión de los peligros, compartiendo mi ansia de cruzar el Océano antes de que tronaran los cañones sobre una Europa enferma de arengas ladradas en estadios empavesados de swásticas o grandes Plazas de Italia cuyo abolengo era usado para fines de propaganda. Y lo que en mí era temor debido a razonamientos y percepción de lo circundante, se había vuelto para ella un miedo que no lograba

apartar de su mente, miedo al que se añadía el recuerdo de otros miedos conocidos en la niñez ante acontecimientos que, como los de ahora, la habían amenazado en carne propia.” (Carpentier, A. 1996. 197).

En carne propia viven los personajes los episodios sociales que en los libros de historia son presentados sin esa cercanía ficticia, sin esa presencia y ese testimonio que incluye las emociones y las pasiones de gente que transita su vida cotidiana en medio de guerras y de tumultos. De esta forma los lectores percibimos un efecto de realidad que nos permite percibir la subjetividad de los protagonistas en medio de sociedades en conflicto, de acontecimientos que vienen a ser puntos de inflexión en la historia de países como Rusia, España, Francia, Alemania y Cuba. La distante Cuba donde el arquitecto burgués con sensibilidad de izquierda y la bailarina rusa traumada por las revoluciones y por las batallas, arribaron como pareja para hacer una vida aventurera en medio de los primeros pasos de la dictadura de Fulgencio Batista, amigo, en tiempos de Guerra Fría, de la mafia italo-americana y de los Estados Unidos.

“-- ¡Bah— dije, para calmarlo: ¿Tú no dijiste que el presidente Prío era una basura? ¡Basura sobre basura! --¡Grave, gravísimo—repetía él: porque si Cuba no ha tenido un solo gobernante respetable desde los inicios del siglo (sin hablarse del tirano Machado, aquel a quien Rubén Martínez Villena llamó el asno con garras) es la primera vez que en este país se da un golpe militar. ¡Un cuartelazo!... aquí, donde habíamos permanecido al margen de la endémica pesadilla de América Central, de Bolivia, de otros países del continente. Pero ahora están los dados echados. Hemos venido también a caer bajo el imperio de las fustas y charreteras. ¡Hoy se nos ha lucido el Sargento Batista!” (Carpentier, A. 1996. 319).

Se ve entonces, otra vez, a la historia trabajando como causa ausente de la literatura, como pre-texto que le brinda a los autores el material social al que posteriormente ellos le darán forma en tramas diseñadas de acuerdo con sus competencias previas y al dictado de sus afectos, siempre presentes en la elaboración ficticia de acontecimientos tan determinantes que vuelven imposibles

tanto la neutralidad subjetiva como una versión completa y final de lo sucedido en el campo social.

Desde la perspectiva de Enrique y Vera, que es la de Alejo Carpentier, Cuba es pensada como un país que dejó de ser colonia española para pasar a ser colonia norteamericana. Es mediante la Revolución de 1959 que se espera que toda esa dependencia económica y política cambie. Estos personajes viajan a Cuba huyendo de Europa: Enrique concluye sus estudios de arquitectura en la Universidad de La Habana, ciudad donde pone su propio *estudio*, con lo cual consigue una nueva fuente de ingresos y, a su vez, traiciona sus aspiraciones artísticas dentro de la arquitectura, ya que se debe plegar a los gustos “funcionales” de sus clientes, una burguesía cubana influenciada por la cultura norteamericana.

Vera da clases de danza y gracias a su mirada curiosa comenzamos a percibir el talento para la música y para el baile propio de la población cubana, principalmente de la población negra, marginada de muchas actividades sociales por un racismo heredero de la época de la colonia español que penetra todas las capas sociales. De la mano de Vera, Carpentier nos lleva a conocer una sociedad corrupta e injusta que comienza a rebelarse contra la dictadura de Batista.

En sus tiempos libres Enrique viaja y se solaza con Teresa, que es su prima aristócrata y su amante liberal y lujuriosa. Estos encuentros con Teresa y la violencia de la represión de la policía de Batista contra cualquier intento rebelde acabarán con la academia de Vera y con su relación con Enrique, quien también se ha enrolado en actividades subversivas y clandestinas que despiertan su paranoia, hasta que ese padecimiento psíquico lo lleva a viajar a Venezuela, gobernada para entonces por el dictador Marcos Evangelista Pérez Jiménez.

En Venezuela, el arquitecto se esconde de Batista al tiempo que trabaja en su profesión, viaja por las playas y selvas de aquel territorio petrolero y disfruta con una amante de paso. Vera se refugia en Baracoa, donde descubre de la mano de José Martí la Cuba profunda. Posteriormente, la Revolución y Bahía de Cochinos los volverán a unir al final de la novela, donde se cierran los distintos tiempos: el histórico y los individuales.

“Y crucé un vasto océano para escapar a una nueva guerra que ensancharía, finalmente, el ámbito geográfico de la Revolución de Octubre, para que yo, hoy, la fuera de horarios, la fuera de calendarios, la fuera del mundo, refugiada en el lugar más recóndito de cuantos había conocido, me viese bruscamente sumida en la realidad de algo que sólo puede definirse en términos de Revolución. De pronto me invade una inmensa fatiga, una inconmensurable mansedumbre, un asentimiento pleno y total. Me rindo. Estoy cansada de huir, de huir siempre. He querido ignorar que vivía en un siglo de cambios profundos y, por no admitir esa verdad, estoy desnuda, desamparada, inerme, ante una Historia que es la de mi época – que quise ignorar.” (Carpentier, A. 1996. 509)

Tal y como expuse al inicio de este trabajo, la realidad es la vigilia de los personajes y de los autores. Un postulado, lo que ellos piensan sobre lo que ocurre en su interior y a su alrededor. Para Vera, y también para Carpentier, en *La consagración de la primavera* la Revolución cubana es una continuación, un “ensanchamiento geográfico”, de la Revolución de Octubre y Vera, por más que quiso ignorar la Historia de su época, se tiende rendida ante lo inevitable: el empuje social de una Historia colectiva que se enrumba a transformar la vida humana en el planeta en dirección al socialismo.

Esta novela elabora en la ficción la primera mitad del siglo XX: un tiempo pensado como convulso y de profundos cambios a los cuales se suma al final la Revolución cubana. Sin duda, la voluntad de Carpentier acercarse a ese momento social, a ese punto de quiebre histórico mediante las posibilidades que brinda la literatura.

Entonces, en ese medio siglo de profundas transformaciones y de migraciones, al llegar la Guerra Fría, la confrontación mundial se vuelve bipolar y Carpentier, Vera y Enrique, toman partido por la URSS y por Cuba, cuyos “barbudos” se alzan contra Batista y contra el Imperio que lo respalda en un gesto que se convierte en un hito en las relaciones internacionales de los Estados Unidos con los países latinoamericanos.

La Revolución rusa es puesta en *La consagración de la primavera* como el gran acontecimiento del siglo XX: el gran cambio en un siglo de cambios, un

parteaguas cuyos efectos alcanzan Cuba, y así la revolución de 1959 se enlaza con la bolchevique en una comparación mental que muestra las bases teóricas desde las cuales Carpentier piensa la *Historia*, esa *Historia* que él escribe con mayúscula y que trata de desentrañar mediante esta novela.

“Cada día la vida se hace más difícil. Hay que tomarlo con paciencia. Son engorros de nuestra maldita época. ¡Ay, los tiempos en que podías pasar diez fronteras, dar la vuelta al mundo, sin una sola visa! Todo eso de las visas y permisos, data de la Revolución Rusa, que vino a enredarlo todo...-- Te haré observar que la Rusia de los Zares fue el primer país de Europa que puso obstáculos a la libre entrada de viajeros. – A causa de los nihilistas, de los atentados terroristas, y de los muchos revolucionarios rusos que vivían en Suiza, en Francia, en Inglaterra. -- ¿Vamos a volver a la eterna discusión?” (Carpentier, A. 1996. 357).

Esta discusión entre Enrique y Vera se originó a raíz de unas visas que les solicitó el Consulado de los Estados Unidos en La Habana. Muestra otra vez a unos personajes agobiados por los rigores de su época, tiempo histórico que Carpentier está interesado en exponer. Es eso sobre lo que reflexiona a lo largo de las casi seiscientas páginas de la novela: las profundas transformaciones de medio siglo XX que concluyen en los capítulos que le dedica a la Revolución cubana, desde el asalto al Cuartel Moncada hasta la batalla de Bahía de Cochinos.

#### **4.1.2 La Revolución cubana como acontecimiento**

La posición que asume Alejo Carpentier para pensar la Revolución cubana de 1959 no dista mucho de la oficial. A lo largo de las eruditas páginas de *La consagración de la primavera*, sus personajes van manifestándose sobre Cuba, su cultura, sus políticos y el racismo. En esta novela, antes de la Revolución, Cuba es un lugar injusto, desigual, clasista, racista, gobernado por dictadores corruptos y que en su fase republicana también ha tenido presidentes demócratas igualmente corruptos.

La visión de hombre intelectual y económicamente acomodado que tiene Enrique, le permite a Carpentier expresar sus críticas a una burguesía cubana

culturalmente mediocre y avariciosa, admiradora de los Estados Unidos y habitada por un profundo desprecio hacia la población negra y los pobres. El lenguaje dicharachero y explosivo, así como el humor, están presentes en los personajes cubanos que aparecen en esta novela en que, después de que su autor nos ha llevado de viaje por las grandes guerras europeas, arribamos a las costas de una isla caribeña que será escenario de otra revolución, una que no solo acabará con un dictador como Fulgencio Batista, sino que llevará a su país a ponerse en medio de las disputas bipolares que sostenían las dos superpotencias mundiales durante la Guerra Fría.

Los personajes de *La consagración de la primavera* reciben noticias de lo que está ocurriendo en Santiago de Cuba con el asalto al Cuartel Moncada, llevado a cabo por un joven abogado llamado Fidel Castro. Por medio de estas noticias se habla de su detención, de sus planes rebeldes, de la admiración que despierta en la gente y de su confrontación directa con Batista. Fidel Castro es presentado en esta ficción literaria como héroe: siempre se le percibe con admiración y su figura es concebida como la de un líder capaz de transformar las viejas estructuras sociales cubanas. Un líder *contraépico* capaz de unir sus esfuerzos revolucionarios con aquellos cambios también profundos que habían impulsado en Rusia los bolcheviques de Lenin.

“TRÁGICO BALANCE DEL ASALTO AL CUARTEL MONCADA POR VARIOS GRUPOS REVOLUCIONARIOS QUE SE DICE ESTABAN MANDADOS POR EL DR. FIDEL CASTRO. Y el mismo día 28, reproducía y comentaba la prensa un discurso de Batista en que, desde su baluarte máximo del polígono de Columbia, rodeado de sus mejores tropas y de sus instructores militares norteamericanos, afirmaba el dictador que la acción del Moncada era obra de mercenarios... SOY EL ÚNICO RESPONSABLE, dice Fidel Castro en su declaración. Mostrando en toda una pasmosa serenidad, este hombre joven y robusto, sobre quien pesa una responsabilidad cuya gravedad no puede ignorar, porque se trata precisamente de un abogado, narró con palabra fácil y elocuente todos los detalles de su plan y su desarrollo hasta su captura y su traslado a la ciudad” (Carpentier. 1996. 325-326-327).

Como se ve, en esta novela, personajes literarios de referente histórico conviven con otros estrictamente ficticios, generando así ese efecto de verosimilitud propio de los procedimientos del realismo literario que acercan la ficción literaria a la historiografía por su pretensión de exponer momentos sociales que funcionan como puntos de inflexión en la vida de un país y que exigen ser elaborados desde distintas perspectivas y métodos dadas las determinantes consecuencias emocionales y políticas que generan.

Un punto de inflexión, un acontecimiento es la Revolución cubana de 1959 y así es presentada en *La consagración de la primavera*, empezando con ese asalto al Cuartel Moncada en 1953, para continuar después con noticias sobre las acciones de los guerrilleros, su viaje a México, los atentados en La Habana, el desembarco del Granma, sus acciones en la Sierra Maestra y sus nombres: Fidel Castro, Camilo Cienfuegos, Ernesto *Che* Guevara, Raúl Castro; que siempre son presentados con admiración.

Por el contrario, Fulgencio Batista aparece en esta novela como un dictador corrupto que lidera una policía sanguinaria y es amigo de la mafia norteamericana que ha llenado de casinos y de prostitución a la ciudad de La Habana, lugar rodeado de mar en el que los amigos bailarines de Vera sufren hostigamientos y donde la tía aristócrata de Enrique tiene acceso directo al presidente.

La presencia de Batista, como aparece en esta novela, justifica y legitima la acción revolucionaria de Fidel Castro y de su Ejército Rebelde, quienes desde la Sierra Maestra pretenden tumbar al gobierno y nacionalizar las empresas transnacionales establecidas en Cuba sin que les importe la ira que estas acciones puedan despertar en Washington.

A diferencia de Jacobo Arbenz, Fidel Castro tenía un ejército propio. A diferencia de *Los leños vivientes* de Fabián Dobles y de *Tiempos recios* de Mario Vargas Llosa, las coordenadas espacio temporales de *La consagración de la primavera* son mucho más amplias: incluyen la historia del mundo, a cuya corriente progresista es unida la Revolución cubana de 1959.

“Y empezaba yo a barruntarme que, tras este empeño de defender un occidente más amenazado en sus más finas tradiciones por una constante y agresiva invasión de la publicidad norteamericana que por cualquier otra cosa, lo real, lo inconfesado, estaba en un tremendo miedo a quienes, en la Batalla de Stalingrado, habían determinado el desenlace de la última guerra. El hecho de que los rusos hubiesen llegado a Berlín antes que nadie; el hecho de que Leningrado hubiese resistido un asedio de novecientos días; el hecho de que las gentes de mi raza hubiesen resistido con denuedo donde otros habían capitulado desde el primer momento, jodía -esa es la palabra- a más de uno.” (Carpentier, A. 1996. 368).

*La consagración de la primavera*, valiéndose de esa erudición barroca, pone el acontecimiento de la Revolución cubana en el mapa de los grandes cambios de esa primera mitad ampliada del siglo XX, la vincula a otras revoluciones y en ella sus personajes profundizan en el contenido de esa palabra, *Revolución*, que gracias a la teoría política dejó de significar simplemente el movimiento cíclico de los astros para implicar también radicales transformaciones sociales libertarias e igualitarias que se potencian unas a las otras.

Así como había ocurrido con la nobleza francesa o con la rusa, los abusos de Batista y sus alianzas con los militares y políticos norteamericanos, así como con Frank Costello, Lucky Luciano y sus familias mafiosas, legitiman el inicio de la lucha armada de un Ejército Rebelde percibido en la novela como heroico, valiente y decidido a llevar hasta las últimas consecuencias sus planes revolucionarios, que eran planes independentistas, antiimperialistas, nacionalistas e inicialmente democráticos.

La gente se fue sumando al movimiento que crecía en la Sierra Maestra y que dejaba sentir sus efectos en la ciudad de La Habana, ya sea por atentados terroristas o por la sanguinaria represión de la policía del régimen, como la de esa mañana funesta en la Habana Vieja cuando destruyeron la academia de Vera y liquidaron a casi todos sus bailarines. Para entonces, Enrique ya se había ido a Venezuela víctima de un miedo que algunos años después no se perdonaría.

El Ejército Rebelde estaba bien armado y sabía pelear, crecía y pasaba de acciones de defensa a operaciones ofensivas. Carpentier lo compara con los

guerreros mambises que lucharon por la independencia en contra de España, en una vinculación también hecha por Fidel Castro, quien pensaba su revolución como una continuación de aquella primera independencia. Era una guerra de aspiraciones monumentales, al igual que las pretensiones literarias de Carpentier en su novela: elaborar mediante el lenguaje literario, entre otros, un acontecimiento tan importante para América Latina y para el mundo como lo fue la Revolución cubana, levantada contra un dictador vernáculo y también contra los intereses imperiales y capitalistas de una potencia mundial que los vigilaba a noventa millas de distancia.

Los ojos del mundo se volvieron hacia Cuba. En la novela la exaltación aumenta y el Ejército Rebelde es visto como algo limpio y puro que se espera derrote la podredumbre que se ha apoderado de La Habana. Enrique desde Venezuela y Vera desde Baracoa siguen con atención y entusiasmo los eventos militares: Remedios, Placetas, Santa Clara, los enfrentamientos entre el ejército oficial y esos guerrilleros míticos que usaban barbas y que tenían ganado el amor de la gente –los pobres, los humildes, los negros– que los esperó victoriosos en La Habana. Esa es la perspectiva desde la cual Carpentier cuenta ese acontecimiento en esta novela política e histórica, erudita y parcializada, sin rubor alguno en favor de los revolucionarios cubanos.

“Abrí todas las ventanas de la casa. Las calles estaban llenas de una multitud jubilosa que parecía haber recobrado voces por harto tiempo acalladas. Frente a mí pasaron algunos con el puño en alto: ¡Viva la Revolución! ¡Viva! - dije. - ¡Más alto: no se la oye- me dijo el médico. - ¡Viva la revolución! - Grité, esta vez alzando una mano abierta, blanda, indecisa. -Así no. Es con el puño cerrado. Fíjese: haga como yo. Acabé por levantar el puño a la altura de la sien, recordando que así hacían Gaspar y Enrique- y acaso también Calixto, ahora. -Bien- dijo el médico: A la una, a las dos, a las tres: ¡Viva la Revolución! - clamamos los dos al unísono. - ¡Viva! - respondió la calle entera.” (Carpentier, A. 1996. 510)

#### **4.1.3 El afecto**

En *La consagración de la primavera*, la empatía de los personajes y, del autor está puesta del lado de los revolucionarios, de un Ejército Rebelde que se presenta

como heroico y libertador, unos hombres admirados por toda aquella población que ha sufrido la corrupción de gobiernos ajenos a los intereses populares, títeres tanto de los Estados Unidos como de la burguesía nacional.

La posición de Alejo Carpentier en esta novela no deja dudas: apoya la Revolución, está comprometido con ella, la defiende y la celebra con su literatura barroca y erudita. La justifica y entiende valiéndose para ello de un conocimiento enciclopédico que expone ante los lectores por medio de personajes que, al igual que él, están del lado rebelde.

Enrique y Vera apoyan la Revolución, se suman a ella. Si en algún momento tuvieron dudas sobre la posición ideológica que debían adoptar en un mundo tan convulso como el de esa primera mitad del siglo XX, al llegar al gran acontecimiento cubano sus dudas se disipan y se dejan ir, movilizados por esa corriente social que se abrió paso con fuerza y alegría irrumpiendo un mundo que vivía otra guerra, una Guerra Fría que desde esta novela apenas se vislumbra y cuyos efectos los esperaban a la vuelta de la esquina.

Otra vez la *Historia*, que Carpentier escribe con mayúscula, condiciona la percepción de realidad de sus personajes: la muerte de sus amigos bailarines a manos de la policía de Batista y sus estudios sobre Cuba desde su estancia en Baracoa, vuelcan a Vera en favor de esa revolución que cambió sus percepciones anteriores sobre las revoluciones. Esa Revolución cubana que le permitió dejar atrás sus traumas infantiles provocados por otras revoluciones y otras guerras.

Enrique dejó Venezuela y voló hacia La Habana para sumarse al triunfo de los “barbudos”. Se puso a trabajar como arquitecto al servicio de un movimiento político que entre sus múltiples nacionalizaciones incluyó la de los servicios arquitectónicos, a los que una vez siendo estatales, él se sumó raudo y feliz como también lo hizo cuando tocó defender la revolución frente a los mercenarios que invadieron Bahía de Cochinos. Para ese entonces Enrique tenía cincuenta años y puso su conocimiento militar adquirido en España al servicio de las milicias revolucionarias lideradas por Fidel Castro.

En cuanto a posición ideológica y transferencias afectivas, esta novela es bastante clara: su punto de vista dentro de la Guerra Fría es antiimperialista,

revolucionario y cubano. Cada persona es hija de su tiempo y cada cual defiende sus intereses. No se le podía pedir a Carpentier que escribiera en su novela lo que iba a suceder después de Bahía de Cochinos o que predijera la caída de la URSS. Lo que sí sorprende es la ingenuidad y la pobreza literaria con la cual la concluye, dejando en el aire esa incómoda sensación de que la Revolución es casi un acto mágico, que no solo resuelve antiquísimos problemas sociales, sino también los amorosos. Vera y Enrique se juntan de nuevo tras la Batalla de Bahía de Cochinos, los amigos oportunistas caen en desgracia, los bailarines de la academia que han quedado vivos triunfan junto a las tropas de Fidel Castro, Teresa se va del país diciendo antes que ella no está hecha para revoluciones de negros y pobres.

“Aquí hay un pueblo que no tenía fe en nada y hoy cree en algo. Y yo estoy más allá de esa transformación de las conciencias. No tengo madera revolucionaria, ni alma de Louise Michel, Rosa Luxemburgo o Clara Zetkin.” (Carpentier, A. 1996. 537).

La culpabilidad de Enrique por haberse ido a Venezuela se lava con su participación heroica en playa Girón. Dicho de otro modo, los buenos ganan y los malos pierden en esta novela que, a pesar de su erudición, es maniquea e ingenua en su final. No entiende Alejo Carpentier que la *Historia* escrita con mayúscula puede ser también una ideología y que “*lo real histórico*” corre más allá de los libros y solo se cierra en las teorías autoritarias. Este autor cubano parece no entender, o no le interesa hacerlo, que los finales, y más los felices, solo son posibles gracias a los artificios de la ficción literaria.

“De los altos de una Sierra que solo conocía vagamente por los tratados geográficos mal estudiados en el colegio, surgidos de verdores y nieblas, habían bajado al llano esos –para mí—casi míticos personajes que habían ido cobrando contorno, estatura, fisonomía y dimensión humanas, heroica o carismática, a la par que sus nombres se iban grabando sucesivamente, a tenor de sus proezas, en la memoria de las gentes: Fidel Castro, Ernesto *Che* Guevara, Raúl Castro, Camilo Cienfuegos y otros más.” (Carpentier, A. 1996. 520).

Alejo Carpentier y sus personajes se maravillan con los rebeldes y reconocen que en la sociedad cubana algo pasó, algo cambió tras el triunfo revolucionario, un fervor y una pasión sumarán a la gente a ese movimiento que irrumpió con fuerza descomunal en el panorama político de la isla. La reacción norteamericana no se haría esperar.

#### **4.1.4 Bahía de Cochinos**

La euforia revolucionaria continúa en la novela hasta llegar a su punto culminante en la batalla de Bahía de Cochinos, donde las fuerzas cubanas y revolucionarias vencieron una invasión mercenaria. Fidel Castro venció ahí donde Arbenz se rindió y esto se lo hicieron saber los cubanos a Arbenz cuando lo recibieron en La Habana como un huésped derrotado y cubierto por una extraña sombra.

Tras el triunfo revolucionario no se hicieron esperar las reacciones norteamericanas ni las de los cubanos enemigos del Ejército Rebelde y del nuevo Gobierno Revolucionario. Las ondas de radio emitidas desde Miami pretendían influir en las conciencias de los cubanos de la isla con propaganda anticastrista. Por su parte, para los Estados Unidos resultaba intolerable “la soberbia” de Fidel Castro, su desafío expresado con claridad meridiana al nacionalizar empresas norteamericanas y, posteriormente, al coquetear con la URSS en plena Guerra Fría y encontrándose a solo noventa millas de las costas de La Florida.

Se anunciaron entonces sanciones económicas y políticas; se desprestigió a los cubanos en los distintos foros internacionales; y se le exigió al resto de países latinoamericanos una lealtad a los Estados Unidos a prueba de fuego, en una actitud intransigente que recrudecería aún más las tensiones de la Guerra Fría en el continente. Además, en aquellos primeros años de la Revolución se reportaron bombardeos en La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba, bombardeos realizados por aviones de fabricación norteamericana.

La confrontación era inevitable: la Revolución cubana había desafiado al dominio norteamericano sobre Latinoamérica. El castigo debía ser ejemplar. Ningún país hasta entonces se había atrevido a tanto. Una vez que regresó de Venezuela,

Enrique comenzó a trabajar para el Estado como arquitecto. Además, dada la situación política y el llamado de Fidel Castro a defender la Revolución y a convertir a cada ciudadano en un miliciano, Enrique se sumó con sus cincuenta años a cuestas y su experiencia adquirida en la Guerra Civil española a los entrenamientos militares en la playa de Santa María del Mar. Rápidamente le dieron condición de instructor y cuando llegó la invasión de Bahía de Cochinos, en abril de 1961, sin dudar se subió en uno de los viejos autobuses que trasladaron a las fuerzas revolucionarias de La Habana a playa Girón.

La batalla de Bahía de Cochinos es en *La consagración de la primavera* un acontecimiento dentro de ese otro mayor que es la Revolución cubana. El ejército de mercenarios compuesto por exiliados cubanos radicados en los Estados Unidos y apoyados por el presidente norteamericano John F. Kennedy constituía una prueba máxima para el gobierno revolucionario. Una victoria mercenaria hubiera implicado el tempranísimo fin de una Revolución que encendió esperanzas de cambio social en todo el mundo progresista. De igual forma, una victoria revolucionaria en Bahía de Cochinos significaba un triunfo mayúsculo para las filas de Fidel Castro y la derrota del imperialismo que potenciaba la victoria obtenida por los rebeldes sobre la dictadura de Fulgencio Batista.

Alejo Carpentier entendió bien la trascendencia de esta batalla de 1961 y la eligió escenario histórico para el cierre de su novela. Enrique combate en playa Girón y es herido, en una experiencia que se narra desde su propia perspectiva, desde la mente de un soldado que, debido al dolor físico, a la pérdida de sangre y a la impresión emocional, va perdiendo poco a poco la conciencia.

“La Revolución ha salido victoriosa, aunque pagando un saldo elevado de vidas valiosas de combatientes revolucionarios que se enfrentaron a los invasores y los atacaron incesantemente sin un solo minuto de tregua, destruyendo así, en menos de setenta y dos horas, el ejército que organizó durante muchos meses el gobierno imperialista de los Estados Unidos... El enemigo ha sufrido una aplastante derrota.” (Carpentier, A. 1996. 569).

Cuando Enrique recobra la conciencia, se encuentra en un hospital en el cual es tratado como un héroe, acompañado de sus amigos y de Vera, quien, gracias a los tremendos acontecimientos históricos de los últimos tiempos, le perdona sus infidelidades y está dispuesta a cuidarlo y a continuar una vida con él en esa Habana revolucionaria en la cual podría montar en danza nuevamente y por fin *La consagración de la primavera*, esa complejísima pieza de Igor Stravinsky.

Así termina la novela, en un punto donde el cierre del tiempo histórico implica también la resolución de los conflictos individuales, dejando en los lectores una sensación de esperanza y de voluntad de futuro alimentadas por el triunfo revolucionario en Bahía de Cochinos. Triunfo que Carpentier celebra por todo lo alto.

En un gesto que no permite equívocos sobre su posición política, el novelista cubano usa en las páginas finales de su erudita, ingenua y maniquea novela, un discurso de Fidel Castro:

“¡Nosotros, con nuestra Revolución, no sólo estamos erradicando la explotación de una nación por otra nación, sino también la explotación de unos hombres por otros hombres! ¡Nosotros hemos condenado la explotación del hombre por el hombre, y también erradicaremos en nuestra patria, la explotación del hombre por el hombre!...Compañeros obreros y campesinos: ésta es la Revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes. Y para esta Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, estamos dispuestos a dar la vida.” (Carpentier, A. 1996. 575).

Esta posición subjetiva e ideológica de Alejo Carpentier, expuesta en *La consagración de la primavera*, expresa con claridad lo que pienso que ocurre con el conocimiento de la historia expuesto ya sea en la historiografía o en en la novela: los relatos están mediados por un sujeto situado que los posibilita, que deposita en ellos una carga afectiva y que les da una dirección ideológica.

Desde la actualidad, esta novela se percibe con distancias críticas. Aquel proyecto que Carpentier celebró eufórico y en combate contra críticos de finales de los años setenta, sobrevive con mucha dificultad, acusado no en pocas

oportunidades de haber sido raptado por una dictadura. Además, el peso de los Estados Unidos se ha hecho sentir con fuerza imperial en la vida cotidiana de distintas generaciones de cubanos a lo largo de sesenta y cinco años. A su vez, la URSS cayó derrotada por fuerzas internas y también por sus enemigos internacionales liderados por los Estados Unidos; por su parte, Fidel Castro murió y de los revolucionarios que formaron el Ejército Rebelde nadie o casi nadie está vivo. Finalmente, el capitalismo no ha caído. Todo lo contrario, se fortalece amenazándonos incluso con acabar con la vida humana sobre la tierra y resulta difícil encontrarle alternativas desde las sociedades latinoamericanas contemporáneas, tan impermeables al pensamiento crítico y tan dependientes todavía de los Estados Unidos.

La historia ha seguido su marcha ineludible e incierta desde aquel año 59 y el conocimiento sobre lo que ocurrió en el mundo en la última década del siglo XX y en las primeras del siglo XXI, posibilitan relativizar esa euforia, tal vez interesada, expresada por un escritor tan complejo e importante para la literatura latinoamericana como lo fue Alejo Carpentier.

De igual modo, otros escritores cubanos, tan importantes como Carpentier, han confrontado la versión oficial de la Revolución cubana presentada por él en *La consagración de la primavera*, mediante ese lenguaje literario barroquísimo y recargado de erudición.

Guillermo Cabrera Infante, Reinaldo Arenas y más recientemente Leonardo Padura y Wendy Guerra, entre otros, han propuesto con su literatura visiones sobre aquella revolución muy distintas a la carpenteriana. Lo cual deja sobre la mesa una de las principales ideas de este trabajo: la historia es lo real, no se agota en un solo libro. Diversos autores, desde diversos puntos de vista y con diversos métodos, compiten en una lucha por el sentido, mediante elaboraciones también diversas acerca de complejos acontecimientos sociales que despiertan pasiones en políticos, filósofos, ideólogos de partido, historiadores y novelistas.

*La consagración de la primavera* es una novela que se plantea problemas que interesan a los historiadores, brinda mucho conocimiento sobre la época de su interés, vincula el tiempo histórico colectivo y público con los tiempos individuales y

privados de sus personajes, al mismo tiempo que ordena en su trama una serie de acontecimientos determinantes para el mundo, como lo fueron los de la primera mitad del siglo XX, concluyendo su exposición con otro acontecimiento, la Revolución cubana de 1959 y la batalla de Bahía de Cochinos en abril de 1961.

La perspectiva ideológica desde la cual Carpentier elabora estos eventos sociales no es muy distinta a la versión oficial que en Cuba se ha sostenido sobre ellos. Ahora bien, esta novela no es solo propaganda: el conocimiento cultural del autor, sus habilidades literarias y sus inquietudes intelectuales la ubican en un lugar importante dentro de la literatura latinoamericana. El estilo carpenteriano y lo ambicioso de su proyecto diferencian a *La consagración de la primavera* del realismo socialista promovido para la literatura en la URSS, aún y cuando su dirección ideológica sea la misma que la del gobierno revolucionario cubano. Ese es su lugar de enunciación en un contexto, finales de los años setenta, que se había vuelto un poco más crítico hacia la Revolución cubana.

A continuación, interpretaré estos acontecimientos al ser contados desde la historiografía, al trabajar el libro *Historia de la Revolución cubana* (2009), de los historiadores Sergio Guerra y Alejo Maldonado, y pensar entonces cómo entienden ellos lo ocurrido en Cuba desde el año 59 en adelante, poniendo especial énfasis en los primeros años de la Revolución y en el lugar que ella ocupó dentro de la Guerra Fría.

#### **4.2 *Historia de la Revolución cubana*, de Sergio Guerra y Alejo Maldonado**

En este libro, escrito a cuatro manos por los historiadores Sergio Guerra y Alejo Maldonado, cubano y mexicano respectivamente, se menciona a José Figueres y a Juan Jacobo Arbenz en dos momentos (Ver páginas 66 y 82). A Figueres por haber donado un contingente de armas a la Revolución y a Jacobo Arbenz como víctima del anticomunismo latinoamericano, del imperialismo norteamericano y como uno más de los cientos de participantes que una vez se reunieron en la Plaza de la

Revolución a escuchar el discurso victorioso de un Fidel Castro heroico y aclamado por las multitudes.

José Figueres, cuando fue miembro de la Legión Caribe, adversó a Batista. En consecuencia, apoyó en sus inicios al movimiento aparentemente “democrático” de Fidel Castro con armas. Este apoyo se dio hasta que en San José se percibió comunismo dentro de las filas revolucionarias cubanas, por lo que aquel apoyo era algo que la política internacional pronorteamericana de Costa Rica no permitiría que continuase dándose.

Por su parte, la Revolución guatemalteca, a diferencia de la cubana, fue sofocada por la intervención norteamericana por medio del testaferro Carlos Castillo Armas y su ejército de mercenarios, usando para ello, entre otros recursos, una campaña difamatoria que acusaba a Arbenz de comunista y de aliado soviético, un peligro para la seguridad del Canal de Panamá y para los Estados Unidos.

“Lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es que estemos aquí, lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es la entereza, el valor, la firmeza ideológica, el espíritu de sacrificio y el espíritu revolucionario del pueblo cubano. ¡Eso es lo que no pueden perdonarnos, que estemos ahí en sus narices! ¡Y que hayamos hecho una Revolución Socialista en las propias narices de los Estados Unidos!” (Guerra, S. Maldonado, A. 2009. 102).

Esta cita del libro de Guerra y Maldonado, en la que se reproduce un discurso de Fidel Castro, muestra cómo aquello de lo que los norteamericanos acusaron a Juan Jacobo Arbenz de manera infundada, Fidel lo reivindicó con rebeldía y valentía: él asumió el riesgo de impulsar un proyecto político que representaba todo aquello que los Estados Unidos tenían prohibido defender en América Latina. Fidel los confrontó e irrespetó en el lenguaje y en la práctica, mediante discursos encendidos, nacionalizaciones de sectores estratégicos de la economía cubana y, posterior y principalmente, con un cambio de política internacional: de una completa dependencia de los Estados Unidos desde la independencia de España hasta el primero de enero de 1959, para pasar a partir a una nueva dependencia económica

y política, la establecida con la URSS por parte del Gobierno Revolucionario que siempre intentó conservar cierta autonomía política frente a los intereses de la superpotencia socialista.<sup>28</sup>

Esta nueva relación internacional, la dependencia con la Unión Soviética, se fue dando por etapas y quedó completamente al descubierto en los años noventa, con la caída de la URSS y la adopción de medidas para la guerra utilizadas en tiempos de paz: el llamado Período Especial, al cual Guerra y Maldonado le dedican el capítulo número cinco de su libro.

La reacción norteamericana a los desafíos cubanos no se hizo esperar: los primeros años de la Revolución son también los años del inicio del sistemático sabotaje norteamericano y de los cubanos enemigos, en contra de este movimiento político nacionalista, antiimperialista y socialista que los historiadores Guerra y Maldonado, ambos graduados en la Universidad de La Habana, registran y elaboran desde 1959 hasta el año 2008, incluyendo también en su libro un capítulo de antecedentes sociopolíticos de la vida cubana entre 1902 y 1959, cuando una burguesía en alianza con los Estados Unidos era resguardada por gobernantes corruptos y ajenos a los intereses populares que la Revolución sí quiso defender.

“La llegada al poder de Batista significó un control estatal aún más férreo y antipopular, y abrió una etapa de terror, autoritarismo y entrega sin precedentes a los intereses norteamericanos. El establecimiento de un régimen de esta naturaleza en Cuba estaba no solo relacionado con las ambiciones de una inescrupulosa camarilla militar vinculada a Estados Unidos, sino también al clima macartista y de “guerra fría” que entonces imperaba a escala internacional.” (Guerra, S. y Maldonado, A. 2009. 28).

En el relato que realizan estos historiadores, al igual que ocurre en *La consagración de la primavera*, de Alejo Carpentier, se considera el terror antipopular de la dictadura de Batista, su corrupción, su alianza con los norteamericanos y el

---

<sup>28</sup> Ver al respecto el libro de Peter Shearman incluido en la bibliografía: *The Soviet Union and Cuba*. Taylor & Francis. 2022.

contexto de Guerra Fría como condiciones de posibilidad para la Revolución, que al entrar en alianzas con la URSS y el campo socialista generó que los Estados Unidos optaran por la contrarrevolución como política internacional para Cuba, una política que a su vez debía ser ejemplarizante para el resto de América Latina.

A pesar de su ingenuidad final, *La consagración de la primavera* es una novela que aporta mucho conocimiento sobre la primera mitad del siglo XX, con especial énfasis en la Cuba de la dictadura batistiana y los primeros tres años de la Revolución. Esta novela incluye en sus páginas, hasta el año de 1961, casi los mismos acontecimientos que trabajan Sergio Guerra y Alejo Maldonado en su libro de historia, organizados en el mismo orden cronológico y siguiendo la misma dirección ideológica que le dio Carpentier a su erudita novela.

La prevalencia del sujeto a la hora de elaborar relatos que he propuesto en este ensayo, ya sean estos novelescos o historiográficos, no implica de ninguna manera un escepticismo sobre la posibilidad del conocimiento histórico. Lo que considero desde esta concepción teórica son las mediaciones sociales, contenidas en un sujeto que escribe, mediaciones que condicionan la ideología del texto en estudio y vuelven imposible su neutralidad política.

Alejo Carpentier, en *La consagración de la primavera*, al contextualizar las peripecias de sus personajes brinda un erudito panorama cultural e historiográfico que nos adentra en las grandes transformaciones sociopolíticas del siglo XX, las cuales implican una comprensión y una rigurosa investigación previa que complementa otros estudios historiográficos que se podrían realizar sobre esa misma época.

Para volver a los primeros años de la Revolución y al sabotaje contrarrevolucionario norteamericano y de los cubanos en el exilio, dos acontecimientos destacan dentro de las acciones agresivas contra la isla: la invasión de Bahía de Cochinos, en abril de 1961, y la Crisis de los misiles de octubre de 1962, verdaderos hitos en esta materia dadas sus dimensiones e implicaciones mundiales. Por ejemplo, la crisis de los misiles pudo haber dado inicio a una guerra nuclear de consecuencias insospechadas entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Los antecedentes de la Revolución, su triunfo y estos primeros años es lo que interpretaré con mayor dedicación en *Historia de la Revolución cubana*, de Sergio Guerra y de Alejo Maldonado, historiadores que en asuntos ideológicos juegan en el mismo equipo que Alejo Carpentier.

#### **4.2.1 Otra huella narrativa de la Guerra Fría en el Caribe**

El libro de Guerra y Maldonado está organizado en cinco etapas que implican una explicación de lo sucedido en Cuba, una legitimación de la Revolución y una toma de partido en favor de ella a cincuenta años de su triunfo, en una actitud que podríamos calificar como afirmativa y celebratoria.

Antecedentes y causas, el inicio de la Revolución (1953-1958); el tránsito del capitalismo al socialismo (1959-1961); las bases del Estado socialista (1962-1970); la institucionalización de la Revolución (1971-1989); y el Período Especial (1990-2004) son los principales capítulos del libro, que se acompañan de un ensayo introductorio y de otro sobre el presente y el futuro de la Revolución escritos por otros autores también en el año 2009, autores que comparten la misma tendencia ideológica de Guerra y de Maldonado y a cuyos textos no haré mayor referencia en este ensayo, por estar ellos más allá de mis intereses de investigación.

Si existe un momento cumbre para pensar las tensiones de la Guerra Fría en el Caribe ese es el acontecimiento de la Revolución cubana en sus primeros años. Si la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica y la caída de Arbenz en 1954 en Guatemala mostraron la injerencia norteamericana en asuntos internos de estos países de manera más o menos velada, en Cuba todo se puso sobre la mesa: la rebeldía del Gobierno cubano, la opción socialista de Fidel Castro, su alianza con la URSS y la política abiertamente contrarrevolucionaria de los Estados Unidos.

Son miles de libros los que se han escrito y publicado a lo largo y ancho del mundo para tratar este momento. Novelas, reportajes, crónicas, ensayos, investigaciones, textos historiográficos han tratado de dar cuenta de lo ocurrido en la vida política de la mayor de las Antillas a partir del primero de enero de 1959.

Al aumentar las dimensiones de un acontecimiento, su intensidad y los efectos sociopolíticos que genera, mayor es la necesidad de darle explicación, de narrarlo en textos que forman parte de la batalla de las ideas, de una guerra por el

sentido, de una política de la verdad. Pienso que eso pasó con la Revolución cubana: autores de uno y de otro bando elaboraron discursos y textos, ya sea legitimándola y apoyándola o atacándola y condenándola.

Como ocurre con los puntos de quiebre en la vida de un individuo, los impactos del mundo que cambian una cotidianidad en un primer momento no se pueden percibir con claridad a pesar de la alteración emocional que generan. De igual modo ocurre en la vida social, con la diferencia de que en ella no estamos en presencia de una personalidad compuesta por instancias, sino de una sociedad en conflicto, habitada por bandos enemigos capaces de matarse entre sí o de confrontarse por medio de libros, sean estos novelas o textos de historia. Ninguno de ellos es ajeno a la batalla que subyace y antecede a su escritura.

“Sin duda, la Revolución cubana abrió también una nueva etapa en la historia de América Latina, que se ha caracterizado por el desarrollo del movimiento de liberación nacional y los desafíos a la hegemonía de Estados Unidos y la globalización neoliberal. A partir de 1959, se inició una época de gran efervescencia social y política en todo el continente, dominada por significativos combates revolucionarios y antiimperialistas, poderosas luchas obreras, el despertar de importantes sectores campesinos e indígenas, la elevación del espíritu combativo de las masas marginales y las amplias movilizaciones estudiantiles. Junto a ello comenzaron a escucharse desesperados llamamientos de círculos burgueses en reclamo de un nuevo trato por parte de Estados Unidos.” (Guerra, S. Maldonado, A. 2009. 11)

*Historia de la Revolución cubana* es una más de las huellas narrativas que dejó el ingreso victorioso a La Habana del Ejército Rebelde, que luego pasó a ser el Gobierno Revolucionario y cuyos dirigentes políticos aprovecharon con habilidad el cambio ocurrido en la geopolítica internacional para sostener su revolución. Forman parte de ese ajedrez internacional el fortalecimiento de la URSS y del campo socialista, las luchas anticoloniales en Asia y África y las tensiones dentro del bloque capitalista, el llamado *mundo libre*.

*El orden del discurso* en este libro lleva consigo una pasión revolucionaria escondida entre datos estadísticos, puestos ahí para respaldar afirmaciones y explicaciones que legitima a esa Revolución que se levantó en contra de las viejas estructuras de la burguesía cubana, el ejército y los tentáculos imperiales que no querían soltar un territorio percibido como suyo desde la guerra con España y que ahora veían alejarse hacia los brazos de un enemigo aún más poderoso, la temible URSS, cuyo fantasma alteró la política interna de Washington y aún más su política internacional.

*La consagración de la primavera* brinda el contexto cultural para los eventos sociales elaborados en este libro de historia con frialdad y distancia científicas. Este carácter, sin embargo, no elimina las posiciones de sujeto que se perciben en él: la dictadura de Batista se desprecia, así como el viejo orden burgués presentado como racista y corrupto; la insurrección es objeto de una carga afectiva de respaldo, desde el asalto al Cuartel Moncada hasta el descarrilamiento del tren del ejército en Santa Clara por parte de los hombres del *Che* Guevara. Cada momento insurreccional está explicado por causas que al mismo tiempo lo justifican: una policía sanguinaria, un orden social injusto, los abusos imperiales y la defensa de la Revolución ante la agresión mercenaria.

Estas posiciones de sujeto no descalifican un texto de historia ni lo convierten en falso o mentiroso. Lo que permiten es mostrar la inevitable penetración política en sus páginas, que a su vez deja constancia de su visión parcial sobre un “real histórico” que supera, antecede y sucede a la narración.

Guerra y Maldonado publicaron su libro en 2009, a cincuenta años de la caída de Batista y con la prudencia correspondiente de las personas serias que han visto las distintas etapas de una Revolución larga, compleja y sufrida. Ellos no expresan la euforia de Carpentier por las exigencias de su oficio y porque su lugar de enunciación, el tiempo de su escritura, es otro: uno desde el cual no se puede soslayar la caída de la URSS ni del campo socialista, el fin de la utopía socialista, el doloroso período especial y la rigidez anacrónica de las sanciones norteamericanas, cuyos efectos se han hecho sentir con violencia en la economía cubana y en distintas generaciones de cubanos.

Un libro de historia es una manifestación que se vale del lenguaje y de teorías previas para darle un orden cronológico a eventos sociopolíticos que a su vez requieren una explicación, una argumentación fundada en fuentes y en pruebas que respalden sus principales afirmaciones.

Este libro de Guerra y Maldonado lleva un epígrafe de Ernesto Che Guevara. En él, al igual que ocurre en *La consagración de la primavera*, el guerrillero habla de las revoluciones:

“La historia de las revoluciones tiene una gran parte subterránea, no sale a la luz pública. Las revoluciones no son movimientos absolutamente puros; están realizados por hombres y se gestan en medio de luchas intestinas, de ambiciones, de desconocimientos mutuos. Y todo esto cuando se va superando, se convierte en una etapa de la historia, que bien o mal, con razón o sin ella, se va silenciando y desaparece.” (Guerra, S. Maldonado, A. 2009. 15).

Estas reflexiones del *Che* no solo dan muestra de la tendencia ideológica de los autores. También exponen la visión conflictiva, agónica y de tensiones desde la cual entiendo el desarrollo de las sociedades y su expresión narrativa. Sin duda, la Revolución cubana es una etapa de la historia latinoamericana ineludible a la hora de pensar la Guerra Fría y la relación de dominación que han ejercido los Estados Unidos sobre los países latinoamericanos. Cada uno de los libros estudiados en este ensayo la muestran: surge en estos libros como síntoma de un campo de batalla compuesto por fuerzas desiguales, en el cual la superpotencia capitalista de la Guerra Fría despliega su poder y silencia momentos tan determinantes para la historia del mundo como lo fue la Revolución cubana en los años sesenta.

Me parece que la euforia por su victoria, la ilusión que generó en el mundo progresista y el impulso que le dio a la izquierda del Tercer Mundo se apagaron en parte porque los Estados Unidos la logró controlar, en parte por el rechazo que ha generado a diestra y siniestra el autoritarismo de sus gobernantes. Pero también porque el mundo cambió, moviéndose muy a la derecha de aquello que soñó la

izquierda latinoamericana revolucionaria que vibró con la entrada triunfal de los barbudos en la ciudad de La Habana.

Como he dicho, ese es el acontecimiento principal de la Guerra Fría en América Latina, el cual dejó al descubierto el intervencionismo norteamericano en la región, el doble discurso de la democracia que evidenció su irrespeto galopante a la legalidad moderna y progresista que defiende la autodeterminación de los pueblos, el legítimo derecho que tiene todo país de elaborar las políticas que le permitan una mejor satisfacción de sus necesidades. Sin Cuba esto no habría quedado tan claro. Cuba representa la rebelión de un país latinoamericano pequeño y pobre contra los Estados Unidos y, también, las consecuencias que se pagan por semejante gesto.

“El fracaso de Hubert Matos fue la última de las tentativas encaminadas a transformar desde el poder el régimen revolucionario. A partir de ese momento, la confrontación asumirá perfiles violentos, la burguesía se pasará decididamente a la contrarrevolución y encabezará la formación de los primeros grupos clandestinos; el objetivo será revertir el proceso revolucionario, no transformarlo, y el Gobierno norteamericano convertirá la contrarrevolución en su política oficial hacia Cuba.” (Guerra, S. Maldonado, A. 2009. 86).

Guerra y Maldonado cuentan cómo después de varios años de lucha insurreccional, los rebeldes vencieron al dictador Fulgencio Batista y a su ejército, que en los meses finales de su mandato perdió el apoyo de los Estados Unidos. Los rebeldes constituyeron un nuevo gobierno y, dada su vocación nacionalista-antiimperialista y el acomodo internacional de fuerzas, optaron por el socialismo como política de Estado, en plena Guerra Fría y a noventa millas de los Estados Unidos. Sin duda, esto que acabo de narrar reúne todas las condiciones para ser pensado como un acontecimiento sociopolítico de resonancia mundial. Y así lo fue.

Este acontecimiento ha sido narrado y pensado desde muchas perspectivas. Tanto Sergio Guerra y Alejo Maldonado en su libro de historia, como Alejo Carpentier en *La consagración de la primavera*, se ponen de su lado: Carpentier

cuenta la Revolución con pasión; estos dos historiadores la legitiman, comprenden y exponen con método, pero sin ocultar su simpatía y concordancia con ella, así como su rechazo hacia la política contrarrevolucionaria de los Estados Unidos y de los cubanos que desde fuera de la isla le declararon la guerra a la Revolución.

En un libro de historia, la dirección ideológica no se expone mediante diálogos entre personajes que expresan sus emociones y puntos de vista ni mediante declaraciones de un narrador omnisciente que domina todas las tramas. Tampoco en el desenlace feliz que puede tener una novela. En un libro de historia como este, la dirección ideológica se lee en las sutilezas que acompañan a las causas explicativas, en los nexos causales establecidos entre un evento social y otro que lo sucede y al cual se le da el lugar de consecuencia del anterior.

“Estas disposiciones se complementaron el 13 de octubre de ese mismo año (1960) con la expropiación de otros grandes consorcios extranjeros y de los principales bienes de la burguesía cubana: unas 382 compañías, incluyendo 105 fábricas de azúcar, 50 industrias textiles, 8 empresas de ferrocarriles, 11 circuitos cinematográficos, 13 tiendas por departamentos, 16 molinos arroceros, 6 fábricas de bebidas alcohólicas, 11 tostaderos de café, 47 almacenes comerciales mayoristas y minoristas de la burguesía cubana, situada ya abiertamente al lado de la contrarrevolución de los Estados Unidos, lo que entregó al Estado todas las empresas nacionales y foráneas con más de 25 trabajadores. Para algunos observadores, como el agrónomo francés René Dumont, a ese resultado se llegó debido a que “la Revolución cubana se radicalizó bajo la presión de los acontecimientos, y por la estupidez y el empecinamiento de los Estados Unidos”. (Guerra, S. Maldonado, A. 2009. 95-96).

Estas sutilezas explicativas contienen una posición de sujeto, una visión política del mundo, una carga afectiva empática hacia la Revolución, por un lado, y hostil hacia el imperialismo norteamericano por el otro. A lo largo del libro podemos encontrar citas como la anterior, argumentaciones similares que nos dejan de cara al *orden del discurso* de este libro serio, honesto y claro en su estilo en apariencia “objetivo”. Un estilo del cual se excluye al yo y que se vale de narraciones

impersonales. Tal y como lo mandan las exigencias del oficio del historiador tradicional.

Es importante señalar aquí que esta posición propia del tradicionalismo historiográfico se opone a la idea de Ivan Jablonka, expuesta en el aparato teórico de este trabajo, sobre la necesidad de hacer visible al sujeto que escribe los textos historiográficos.

Entre las argumentaciones de Guerra y Maldonado legitimadoras de las decisiones revolucionarias, encontramos los excesos dictatoriales y corruptos de Batista como causa de la insurrección y de los juicios sumarios una vez tomado el control del Estado por parte de los rebeldes. Además, ellos sostienen que la intransigencia de los norteamericanos provocó la alianza con la URSS y el rumbo socialista de la Revolución. En otro tiempo, o en otra etapa, se dice que no se permitía la oposición política dentro de la Revolución porque es una marioneta del imperialismo. Este tipo de lógica es válida, pero en lo que pongo énfasis es en la toma de posición política que representa, una posición de sujeto que nos permite entender la dirección ideológica de este libro de historia que coincide con la defendida por Alejo Carpentier.

“Para nosotros, sin embargo, la Revolución cubana se desarrolla actualmente en toda su plenitud, y buena parte de su vitalidad está asociada a la incesante actividad del comandante Fidel Castro, el gran inspirador de la permanente renovación del proceso revolucionario en la Mayor de las Antillas.” (Guerra, S. Maldonado, A. 2009. 150)

Pude haber escogido para este ensayo un libro de historia de la Revolución cubana cuya posición ideológica fuera más crítica con ese proceso político. Sin duda los hay. Sin embargo, mi interés en este trabajo no ha sido presentar posiciones de sujeto encontradas, sino mostrar en los textos esas posiciones, las competencias previas de los autores, la mediación subjetiva y social que recorre los libros y que se ubica entre el tiempo en el cual ocurrió un acontecimiento y el tiempo de su narración.

En ese *orden del discurso*<sup>29</sup>, atravesado por el deseo y por la política, Guerra y Maldonado encuentran en los primeros años de la Revolución cubana una lucha de tendencias al interior del Movimiento 26 de Julio: una moderada o conservadora y dos de izquierda; una nacional reformista y antisoviética y otra socialista. Poco a poco fue ganando esta última, en la cual estaban Raúl Castro y el *Che* Guevara. Por su parte Fidel, con el transcurrir de los acontecimientos, se fue inclinando hacia la tendencia socialista.

En este libro se muestra cómo, desde muy temprano, la Revolución encontró en la URSS un aliado poderoso para enfrentar la reacción contrarrevolucionaria promovida por los Estados Unidos. Esta alianza multisectorial no dejaría de fortalecerse, lo cual agudizó la hostilidad norteamericana hacia la isla. Además, entre la burguesía cubana en el exilio y los Estados Unidos existía una comunidad de intereses, lo cual le dio forma al otro bando dentro de este conflicto internacional que dejó al descubierto las dinámicas de la Guerra Fría que regían el orden mundial de aquel entonces.

Según Guerra y Maldonado, las políticas de nacionalización de importantes campos de la economía cubana, el fortalecimiento del Estado y del sector público, las limitaciones a la propiedad privada, la promulgación de una normativa jurídica revolucionaria, el interés por mejorar las condiciones de vida de las clases bajas y su empoderamiento; en síntesis, la opción socialista que siguió la Revolución, tuvo a la violencia terrorista como reacción y, a nivel de organismos internacionales, una intensa actividad de desprestigio a Fidel Castro y a su gobierno por parte de los Estados Unidos, cuya política contrarrevolucionaria y sus movimientos estratégicos fueron provocando las rupturas de relaciones diplomáticas entre Cuba y muchos de los países latinoamericanos, al mismo tiempo que la isla las establecía con el campo socialista, pasando a formar parte de él, “un ensanchamiento geográfico” de ese campo, tal y como lo dice Alejo Carpentier en *La consagración de la primavera*.

---

<sup>29</sup> La referencia es al libro de Michel Foucault titulado *El orden del discurso*. Tusquets Editores. Argentina. 1973.

“Durante los dos primeros años del período revolucionario, el poder otorgado a los sectores populares, el carisma de la dirigencia y la actitud agresiva del Gobierno norteamericano cristalizaron la política revolucionaria. La dinámica de Fidel-patria-revolución aparece como resultado de los acontecimientos de 1959, y desde entonces ha sido el eje de la política cubana.” (Guerra, S. Maldonado, A. 2009. 103).

En este momento en el que escribo, la Revolución cubana tiene 66 años y todavía se sabe de ella por las noticias internacionales, aunque no por las mismas razones ni con la misma intensidad que en sus primeros años. Tal y como he dicho, mi interés no es interpretar en este libro todo lo que implicó esa Revolución, todos sus años, sino solo los primeros, dada la relevancia que tuvo dentro del primer período de la Guerra Fría y sus efectos en Centroamérica y en el Caribe.

La Revolución cubana realizó sus cambios económicos y sociales más radicales durante los años sesenta y llevó adelante un proceso de institucionalización durante los setenta. Es en los primeros años que tienen lugar los acontecimientos más dramáticos, los de mayor resonancia mundial. Aún y cuando las agresiones de uno u otro tipo en contra de Cuba se han dado durante todo el proceso, la intensidad y frecuencia de los primeros años vuelve a estas agresiones acontecimientos en sí mismos, acontecimientos dentro de un acontecimiento mayor, y como tales requirieron su elaboración textual, que en este caso, es la realizado por Guerra y Maldonado.

Alejo Carpentier escogió la batalla de Bahía de Cochinos en abril de 1961 como momento final y resolutorio para *La consagración de la primavera*. Por su parte, Sergio Guerra y Alejo Maldonado le otorgan a ese acontecimiento un lugar de mucha importancia para el tránsito del capitalismo al socialismo en Cuba, tanto a esa batalla en playa Larga y en playa Girón, como a la Crisis de los misiles de octubre de 1962.

Estos historiadores citan al ex presidente Richard Nixon para reforzar sus argumentos sobre las agresiones norteamericanas a la isla:

“A principios de 1960, llegó a prevalecer por fin la postura que yo había estado sosteniendo durante nueve meses, y la CIA recibió instrucciones de facilitar armas, municiones y entrenamiento a los cubanos huidos del régimen de Castro, exiliados en los Estados Unidos y otros países de América Latina (...). La operación se realizaba en secreto. En ninguna circunstancia podía descubrirse ni incluso mencionarse.”

A partir de ese momento se incrementaron notablemente, con la abierta complicidad de la burguesía cubana, los terratenientes y otros sectores nacionales adinerados toda una serie de actividades subversivas promovidas por la descarnada ayuda norteamericana.” (Guerra, S. Maldonado, A. 2009. 91).

#### **4.2.2 Bahía de Cochinos y la Crisis de los misiles**

La explosión de bombas en la ciudad o en el puerto; el atentado contra un barco o los bombardeos desde avionetas; la organización de fuerzas contrarrevolucionarias en la Sierra de El Escambray y en Miami; daban muestras de la voluntad por revertir una Revolución que afectó los intereses de la estructura política que gobernó la isla desde la Independencia de España hasta el primero de enero de 1959: la burguesía cubana en alianza con el poderío norteamericano.

Entonces, además de realizar su proyecto político, la Revolución tuvo que diseñar estrategias de defensa que le permitieran neutralizar y reducir al mínimo los ataques en su contra. En ese contexto es que se da la invasión a Bahía de Cochinos, que representó una escalada en los niveles de violencia entre los bandos enfrentados y, a su vez, un acontecimiento que despertó pasiones, lecturas e interpretaciones alrededor del mundo. Con esta invasión, la voluntad imperial de los Estados Unidos quedaba expuesta con claridad meridiana.

“Mientras tanto el conflicto con Estados Unidos continuaba agravándose, como demostró la ruptura de relaciones diplomáticas (3 de enero de 1961) y el envío de una fuerza militar de exiliados cubanos, organizada y entrenada desde fines de 1960 por la CIA en Guatemala y Nicaragua, que desembarcó al sur de la provincia de Las Villas, en la ciénaga de Zapata, a mediados de abril de 1961” (Guerra, S. Maldonado, A. 2009. 100).

Al igual que ocurrió en Guatemala, en playa Girón los Estados Unidos se valió de grupos nacionales mercenarios, cubanos en este caso, para atacar al gobierno revolucionario de manera indirecta. Sin embargo, al fracasar el plan se hizo público el apoyo norteamericano a la invasión, entonces la reacción internacional en su contra no se hizo esperar. Cuba había vencido en el campo de batalla y en los escenarios políticos internacionales. El presidente Kennedy y la CIA salieron muy debilitados tras este evento.

Guerra y Maldonado lo conciben y exponen como uno de los pasos más importantes en el proceso de consolidación del tránsito del capitalismo al socialismo. En su libro, ellos no exponen los combates desde la perspectiva de soldados sangrantes que están en el campo de batalla a punto de perder su conciencia. La aproximación es distinta a la literaria: los historiadores no describen esas playas de la ciénaga de Zapata, ni los arenales, ni las caras de los mercenarios, ni la decisión y la entrega de los defensores de la Revolución y sus historias personales, ni las familias que dejaron en sus casas para salir a la guerra en defensa de su patria. En los libros de historia la perspectiva de los individuos importa poco: los historiadores suelen realizar síntesis explicativas que excluyen de ellas las emociones de los participantes y, aún más, las propias, ante los eventos sociales que relatan.

Además de usar fuentes para probar argumentos, de explicar los acontecimientos que ordenan cronológicamente y de reducir el uso de adjetivos, los historiadores excluyen al yo de sus relatos, con el propósito de acercar sus métodos a los empleados en las ciencias naturales y garantizarse así la pretendida “objetividad” y la “verdad” (positiva) de sus investigaciones. Ese es el divorcio entre la historiografía y la literatura promovido por algunos historiadores con el fin de obtener para la historia un estatus más científico que artístico o existencial.

Los acontecimientos de la Revolución cubana elaborados en *La consagración de la primavera* y en este libro de Guerra y Maldonado son los mismos. El orden cronológico se usa en ambos textos para referirse a ellos, la dirección ideológica de estos autores también es la misma, los tres defienden la Revolución y nos enseñan a pensar la historia, a conocer lo que ocurrió en Cuba en

el siglo XX. Sin embargo, el estilo expositivo de Guerra y de Maldonado es muy distinto de la grandilocuencia y la recargada erudición usada en la narración carpenteriana. Ellos buscan la precisión explicativa; Carpentier hacer arte, un arte que contiene la *Historia* escrita con mayúscula y las historias individuales de personajes que tienen derecho, a diferencia de los historiadores, de expresar abiertamente sus emociones y sus pensamientos más íntimos. Los historiadores también los tienen, son humanos, pero en sus textos no pueden exponerlos libremente, ese no es su oficio ni su voluntad. Y, a pesar de estas restricciones profesionales, esos afectos salen a la luz mediante la lectura atenta de las posiciones de sujeto que organizan la estrategia narrativa de un texto historiográfico.

Guerra y Maldonado no hablan de manera eufórica del triunfo revolucionario en Girón, pero lo celebran al tiempo que cuentan cuáles fueron los bandos enfrentados, las alianzas internacionales y la naturaleza de esa operación ilegal organizada y apoyada por los Estados Unidos.

“Como parte de los planes de invasión fraguados por la CIA, aviones procedentes de Centroamérica pilotados por exiliados bombardearon el 15 de abril varios aeropuertos cubanos (Santiago de Cuba, San Antonio de los Baños y Ciudad Libertad) y provocaron 7 muertos y medio centenar de heridos. Dos días después la Brigada 2.506 – que comandaban José Pérez San Román y Manuel Artime-, integrada mayoritariamente por militares batistianos y jóvenes de origen burgués, desembarcaba en la ciénega de Zapata por playa Larga y playa Girón en la bahía de Cochinos, pero fue derrotada en setenta y dos horas (el 19 de abril) por las milicias obreras y campesinas y el Ejército Rebelde provistos recientemente de armamento soviético y checo.” (Guerra, S. Maldonado, A. 2009. 101).

En setenta y dos horas Fidel Castro y sus hombres vencieron a aquella operación imperial. A diferencia de lo que ocurre en *La Consagración de la primavera*, el libro de la historia no termina aquí, tal y como lo muestran Guerra y Maldonado: las agresiones a la isla continuaron y la defensa diseñada por el Gobierno revolucionario incorporó la alianza militar con la URSS, una medida confrontativa al máximo en contra de los intereses norteamericanos. Una medida

tomada por hombres de guerra, entrenados en ella, acostumbrados a pensar como tales, que estaban dispuestos a llevar hasta las últimas consecuencias su decisión de levantar una revolución socialista a noventa millas de los Estados Unidos.

Esta decisión política tuvo múltiples consecuencias en los círculos de poder de Washington. Lo que estaba ocurriendo en Cuba en aquel entonces superaba, por mucho, lo sucedido en la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica y en la Guatemala gobernada por Juan Jacobo Arbenz. Las dimensiones del *asunto cubano* eran muy grandes y exigían entonces medidas de reacción que estuvieran a la misma altura de los hechos que se estaban dando en la mayor de las Antillas. Sin duda, Cuba potenció el enfrentamiento directo entre la Unión Soviética y los Estados Unidos: los barbudos de la Sierra Maestra no solo acabaron con el gobierno de un dictador corrupto, sino que, en octubre de 1962, estuvieron a punto de provocar una guerra nuclear en el Caribe, guerra nuclear que funcionó como amenaza y fuente del miedo que sostuvo por décadas a la Guerra Fría como orden mundial.

“Esta crisis, la más peligrosa en toda la historia de la *Guerra Fría* entre Estados Unidos y la Unión Soviética, estuvo originada por la instalación en Cuba de 42 misiles balísticos soviéticos de alcance medio, amparada por un tratado firmado secretamente en agosto de 1962 entre La Habana y Moscú con el propósito de desestimular una intervención militar en la isla. Detectados los emplazamientos por los servicios de inteligencia norteamericanos el 14 de octubre, el presidente John F. Kennedy exigió la inmediata salida de las armas (día 22) y dispuso el bloqueo naval a Cuba, lo que abrió la posibilidad de una conflagración nuclear, evitada por la decisión unilateral soviética de retirar los cohetes (28 de octubre).” (Guerra, S. Maldonado, A. 2009. 106).

En medio de dicha confrontación entre las dos superpotencias, los cubanos necesitaban defender sus intereses. Su agenda no coincidía necesariamente con la de la URSS, lo cual provocó tensiones entre caribeños y soviéticos. Cada parte involucrada luchaba por lo suyo. El objetivo principal de los cubanos era garantizar su seguridad nacional, evitar nuevas agresiones norteamericanas y la continuidad de la Revolución.

Al negociar los Estados Unidos y la URSS la retirada de los misiles soviéticos en Cuba y de misiles norteamericanos en Turquía, la crisis se fue acabando. Después de la batalla de Bahía de Cochinos y de la Crisis de octubre del 62, ambas con resultados favorables para la Revolución, el proyecto socialista de la isla se fue afianzando. A esto se le sumó la derrota de los movimientos armados contrarrevolucionarios en la isla, la muerte de Kennedy y el amplio respaldo internacional que recibió Cuba. Esto terminó de darle estabilidad a un proceso político que fue un verdadero punto de inflexión en la geopolítica del mundo entero. Un proceso político que, en su libro, Guerra y Maldonado respaldan, medio siglo después de su inicio, cuando lo reconstruyen en un texto historiográfico que deja ver su dirección ideológica.

Desde luego que acertó Alejo Carpentier al incorporar en su novela a la Revolución cubana como parte de las grandes transformaciones sociales del siglo XX, una más de las que han servido como fuente, como causa ausente, para la escritura de libros de historia y de novelas que quisieron decir *la verdad* sobre lo ocurrido en Cuba tras la revolución de 1959.

#### **4.2.3 Contraépica y pasión revolucionaria**

En un conflicto entre partes las fuerzas enfrentadas no siempre son iguales. Las tensiones sociales involucran la voluntad de un grupo que quiere dominar a otro y, a su vez, la voluntad rebelde ante aquella dominación. Hegel sintetizó este proceso en la llamada dialéctica del amo y el esclavo<sup>30</sup> que, además del juego de fuerzas en disputa implica los procesos de conciencia que este genera. Esa guerra por el dominio de un país o por su independencia se puede narrar desde cualquiera de las posiciones, ya sea en defensa del conquistador, mediante una narración épica, ya sea desde la lidia del siervo que aspira a ser libre y que en el camino conoce los deseos, secretos y debilidades del amo. Esta última se narra desde lo que Eduardo Grüner, en su ensayo *La oscuridad y las luces*<sup>31</sup>, llamó el modo

---

<sup>30</sup> Ver *La fenomenología del espíritu*. Páginas 113-114. Fondo de Cultura Económica. España. 1982.

<sup>31</sup> Ver páginas que van de la 419 a la 496 de ese libro incluido en la bibliografía.

*contraépico*, o convertir la tragedia en épica, que expresa el recorrido del siervo en su guerra de liberación.

Tanto en *La consagración de la primavera* como en *Historia de la Revolución cubana*, la gesta de Fidel Castro y del Ejército Rebelde se cuenta desde ese sentido *contraépico*, eso sí, si la pensamos en rebeldía contra los Estados Unidos. Ellos son representados en ambos libros como defensores de las clases bajas cubanas gobernadas hasta entonces por tiranos corruptos o por demócratas igualmente corruptos que además contaron con el apoyo norteamericano, visto como Imperio capitalista que sucedió al Imperio español en el control del territorio de la mayor de las Antillas.

En esta gesta triunfal, el dictador Batista huye a República Dominicana en busca de la protección de su homólogo Rafael Leónidas Trujillo. Los barbudos – rebeldes y guerrilleros– ingresaron victoriosos a La Habana dispuestos a cambiar el mundo en tiempos de Guerra Fría. Una vez vencido al dictador interno resultó inevitable para ellos enfrentarse al poder de los Estados Unidos, aliado de Batista, de Trujillo y de cualquier gobierno latinoamericano que defendiera sus intereses en la región.

Esta es una segunda etapa en la narración *contraépica* de la Revolución cubana. Alejo Carpentier la concluye en la batalla de Bahía de Cochinos, en medio del júbilo de los rebeldes ahora convertidos en Gobierno. Por su parte, los historiadores Guerra y Maldonado continúan su exposición documentada sobre este proceso político hasta el año 2009, a cincuenta años del triunfo. Así podemos pensar varios movimientos dentro de este largo y complejo proceso.

En la lucha del Ejército Rebelde contra Batista sin duda está presente lo *contraépico* y también en relación con los Estados Unidos, dadas las diferencias de poder entre los dos bandos en disputa.

Ahora, en relación con la población cubana y con los cubanos en el exilio el tono *contraépico* puede ser cuestionado, podría pasar a épico y narrarse desde la posición del amo. Guerra y Maldonado no lo hacen. Para ellos los cubanos en el exilio son burgueses enemigos de la Revolución popular, y siempre son aliados de los Estados Unidos. De tal manera que las medidas políticas adoptadas por el

Gobierno cubano después del 1 de enero de 1959 siempre son legitimadas por ellos de una u otra forma.

Si nos posicionamos desde la perspectiva, por ejemplo, del escritor homosexual y anticastrista Reinaldo Arenas en su autobiografía *Antes de que anochezca* (1990), la posición *contraépica* es la suya y, por el contrario de lo que piensan Carpentier, Guerra y Maldonado, la posición del amo la ocupan Fidel Castro y su gobierno, que desde los inicios de la Revolución orientaron su política hacia los intelectuales siguiendo aquella famosa sentencia expresada por Castro en 1961 tras el cierre de la revista *Lunes de Revolución*, de la cual estuvo a cargo el novelista Guillermo Cabrera Infante. En ese momento Fidel Castro reunió a un grupo de intelectuales y les advirtió: “Dentro la Revolución todo, contra la Revolución nada.”

Después de 1970 el control estatal de la cultura aumentó. En esos años se dio el llamado quinquenio gris, que incluyó además la persecución de los homosexuales. En ese contexto y en el de los años posteriores es imposible que alguien como Reinaldo Arenas, perseguido por múltiples causas, vea la Revolución cubana en modo *contraépico*. Todo lo contrario, en *Antes de que anochezca*, su autobiografía, el “siervo” es él y el “amo” es Fidel Castro.

De tal manera, lo que es cómico para alguien puede ser trágico para otra persona. Asimismo, lo que es *contraépico* para unos historiadores puede ser trágico para un novelista como Reynaldo Arenas, por citar solo un ejemplo. Entiendo por esto que un mismo acontecimiento social se puede expresar de múltiples formas y cada una de ellas depende del sujeto que las elabora y organiza en novelas o en libros de historia. Por eso es que, como dije antes, los tipos de sentido en las narraciones no pueden ser cerrados y no deben ser camisas de fuerza interpretativas.

En el libro de Guerra y Maldonado se percibe la pasión revolucionaria, aún y cuando se exprese mediante “datos duros” tomados de censos o de estudios sobre la economía cubana de un período. Esos datos en este libro, como las legitimaciones y los nexos de causalidad que ya he señalado, se expresan en medio de una batalla de ideas, en la cual siempre ha estado la Revolución cubana, y esta expresión de los historiadores toma partido por ella:

“Desde fines de los setenta, y, sobre todo, en la primera mitad de los ochenta, los casi diez millones de habitantes de la isla fueron elevando sustancialmente los índices de su nivel de vida: no había prácticamente desempleo (3,4%); se disfrutaba de una dieta sana y equilibrada que garantizaba a toda la población cubana un promedio de 2.848 calorías per cápita diarias; hacia 1985 el 85% por ciento de las viviendas estaban electrificadas, y el 91% de ellas tenía televisión, el 50% refrigeradoras, el 59% lavadoras y un 69% ventiladores. Además, se fueron mecanizando las duras tareas del corte de la caña de azúcar: en 1970 el mecanizado apenas alcanzaba al 2% de la cosecha, en 1983 ya era el 52%, y en 1988 alcanzaba el 63%.” (Guerra, S. Maldonado, A. 2009. 129).

Siguiendo los tres momentos de la mimesis expuestos por Paul Ricoeur en su libro *Tiempo y narración*, las competencias previas de estos autores, su teoría de la historia, su formación historiográfica y su historia personal median en la dirección política que le dan a la trama principal de su libro y condicionan la organización de su relato. Este, leído casi quince años después de su publicación, me permite tener una distancia crítica y relacionarlo con aquella erudita novela de Alejo Carpentier, que es un canto a esa Revolución cubana que tantas pasiones despertó y tantos relatos, a favor y en contra, ha facilitado.

### **4.3 Conclusión**

Desde la lectura de estos dos libros se pueden identificar dos grandes tendencias que compiten en la política cubana, dos tendencias que tienen décadas de estar en disputa. Me refiero al anexionismo y al nacionalismo. Este último puede ser reformista o revolucionario.

A partir de estas distinciones, la Revolución de 1959 viene a ser el momento más radical del nacionalismo cubano, una continuación socialista de las luchas de independencia en contra de España, un momento en el cual, como dicen Guerra y Maldonado, se le da un carácter antiimperialista y anti norteamericano a la *cuestión nacional*.

Desde una novela que es un hito en la historia de la literatura cubana y desde un texto historiográfico documentado y fundado, me he acercado al acontecimiento más importante de la Guerra Fría en América Latina, uno que puso al mundo al borde de una guerra nuclear en octubre de 1962.

*La consagración de la primavera* no forma parte de eso que Alejo Carpentier llamó “*lo real maravilloso americano*”. Esta novela no trata del mestizaje entre lo europeo, lo negro y lo indígena que convergen en manifestaciones culturales insólitas, tales como aquella aparición sorprendente de un ángel con maracas en medio de una iglesia incendiada y abandonada en un rincón venezolano. Sin embargo, resulta igualmente alucinante que un abogado elocuente y valiente, originario de Santiago de Cuba, haya organizado una insurrección, un movimiento guerrillero dispuesto a enfrentar cualquier obstáculo que se le pusiera por delante: el fracaso del Asalto al Cuartel Moncada, la prisión posterior, la amnistía concedida, el viaje de preparación a México, el desembarco del Granma del que sobreviven solo doce hombres que fueron quienes continuaron el plan insurreccional original, sumando gente a su refugio en la Sierra Maestra desde donde comandaron la estrategia que desembocó en el derrocamiento de Batista, su huida a República Dominicana y la constitución de un Gobierno Revolucionario dispuesto a enfrentarse a los Estados Unidos hasta el límite de llevar al mundo al borde de una guerra nuclear.

Hay algo sorprendente en todo esto. Un acomodo de fuerzas internacionales único brindó las condiciones geopolíticas para que esto sucediera así. Las tensiones propias de la Guerra Fría que libraban los Estados Unidos y la URSS, el crecimiento del campo socialista, las guerras de independencia en África y en Asia, las diferencias entre los países del llamado “mundo libre” forman parte del escenario internacional en el cual se ha desarrollado la Revolución cubana, la cual tiene sesenta y seis años y cuyos primeros tres he tratado de interpretar y de exponer en este capítulo mediante la lectura complementaria de un texto historiográfico y de uno literario que se potencian y que coinciden en su dirección ideológica y en la carga afectiva depositada en ellos por sus autores.

El día de hoy, la Revolución cubana ha sido controlada por los Estados Unidos: ya no opera como mito movilizador de insurrecciones a lo largo y ancho del Tercer Mundo tal y como ocurrió durante los años sesenta, setenta e incluso en los ochenta, si tomamos en cuenta las guerras centroamericanas del último período de la Guerra Fría. Hoy en día el embargo norteamericano en contra de Cuba es un anacronismo y una crueldad que ha servido también para justificar el ejercicio autoritario del poder por parte de los políticos de la Revolución, que muchas veces han legitimado sus medidas abusivas con el argumento de estar en guerra contra el imperialismo. Del mismo modo que han impedido cualquier oposición democrática al régimen al interior de la isla, acusándolo de marioneta de los Estados Unidos.

Al igual que ese embargo, las novelas y los libros de historia pueden ser pensados como huellas, como vestigios de un tiempo que se ha ido y que gracias al lenguaje es posible recuperar para discutirlo, para interpretarlo, para integrarlo al presente y para buscar en él posibilidades de futuro.

El acontecimiento cubano aquí estudiado puso al descubierto el intervencionismo norteamericano en la región y superó por mucho lo que había ocurrido en este sentido en Costa Rica en 1948 y en Guatemala en 1954, momentos todos que se entrelazan y se influyen dentro de lo que fueron los primeros años de la Guerra Fría, cuyos efectos se hicieron sentir con fuerza en Centroamérica y en el Caribe, dejándonos de paso buenos libros para leer y para pensar el mundo en el que respiramos.

## 5-Conclusiones

### De los hechos a las historias.

Aquellas conversaciones familiares sobre La Habana y sobre la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica, en las casas de mis abuelos, donde yo prestaba atención mientras ellos apasionados defendían a un bando político y odiaban al otro, se continuaron con mis lecturas espontáneas de novelas, libros de historia y de filosofía, lecturas solitarias que después fueron sucedidas por la asistencia a la Universidad de Costa Rica, donde aprendí a relacionar de manera interdisciplinaria los temas de mi interés en diálogo libre con profesores, compañeros y amigos, dentro y fuera del campus, en encuentros fascinantes que me dejaron huellas y preguntas cuyas respuestas he pretendido elaborar en este trabajo.

Al igual que Theodor W. Adorno en su ensayo titulado *La herida de Heine*<sup>32</sup>, pienso la literatura como expresión subjetiva de conflictos sociales. Entonces, creo que mediante las novelas podemos conocer la subjetividad de una época, sus pensamientos y las emociones de personajes ubicados en situaciones sociales que también llegamos a comprender mediante la ficción, mediante el arte de inventar historias que siempre están conectadas con una vida social que las antecede y que influye en la perspectiva de los autores, quienes no se pueden librar ni de sus afectos ni de la ideología que los atraviesa y que aparece expuesta en los textos literarios que posteriormente recibimos como lectores desde nuestro tiempo, desde nuestro lugar social y desde nuestra propia subjetividad.

A lo largo de estas páginas he intentado argumentar cómo el lugar subjetivo desde el cual los historiadores piensan sus temas de interés, también afecta la escritura de sus libros, en los que podemos rastrear ideologías, deseos, competencias teóricas, traumas sociales y personales. Dicho de otro modo, en los novelistas y en los historiadores podemos observar, de distinta manera, el ejercicio de la mimesis en acción, es decir, las competencias de los autores, la construcción de una trama que elabora un acontecimiento social significativo, la recepción de esa trama por parte de lectores de distintos tiempos. En ambos oficios narrativos

---

<sup>32</sup> Ver páginas que van de la 94 a la 98 del libro *Notas sobre literatura* incluido en la bibliografía.

convergen posiciones de sujeto que condicionan la mirada, el pensamiento y la voluntad de comprender el mundo en el que respiramos. La diferencia está en la naturaleza de la trama, en las reglas que rigen una perspectiva y otra. Entonces, los caminos se bifurcan cuando profundizamos en cuál es la verdad de las novelas y cuál la verdad de la historiografía.

Al inicio de esta investigación tenía dudas sobre la posición que asumiría para pensar la relación y la comparación que se pueden establecer entre la historiografía y las novelas; tenía claro eso sí que no sería la del realismo ingenuo ni tampoco la postmoderna que no diferencia entre una y otra formas de relatar y de elaborar acontecimientos. En el medio están el realismo crítico y la posición del *sujeto situado* que finalmente fue la que escogí. Esta última me permitió abordar e integrar el estudio de ambas formas de relatar; la del realismo crítico me parece que no necesariamente funciona para pensar los textos literarios.

Por su parte, la posición del *sujeto situado* implica el reconocimiento de una diferencia constitutiva entre lo ocurrido y lo narrado, así como una mediación inevitable de la subjetividad de las autoras o de los autores en todas las etapas que supone la elaboración de un texto, su diseño, su escritura. Ya sea este texto uno historiográfico o uno literario. Además, ese *sujeto situado* es portador de tendencias ideológicas de su tiempo, diseña un sistema de sujetos dentro de los textos y en ellos aparece elaborado aquel acontecimiento social que antecede y condiciona a la escritura, acontecimiento social que al mismo tiempo transforma el curso de un país y potencia múltiples elaboraciones discursivas sobre él, elaboraciones que son relativas al sujeto que las enuncia, que son transitorias y cuyo estatuto de verdad es distinto en la historiografía y en las novelas, aunque para ambos casos esté implicado un relato que se construye y que antes no existía, un relato que no está en las cosas, que está hecho de palabras, tanto para un caso como para el otro, aun y cuando tendencias historiográficas pretendan acercar su disciplina a las ciencias naturales y alejarla de las bellas artes donde desean mantener a la literatura.

Sin embargo, reconozco que los estatutos de verdad de ambas formas de narrar son diferentes. La verdad de la historiografía es positivista, se fundamenta en

pruebas y en fuentes, es una verdad que se argumenta y que se demuestra; mientras que la verdad de las novelas está en la subjetividad, en los misterios del corazón, en las temporalidades que se diseñan, en la mentalidad de una época expuesta en ficciones que conectan a los autores con los lectores por medio de una trama coherente y verosímil. Ambas formas de relatar llegué a pensarlas, finalmente y gracias a las categorías teóricas usadas en este trabajo, como medios complementarios de saber. Es decir, desde mi punto de vista, un acontecimiento se comprende mejor al pensarse mediante textos historiográficos y novelas, todos juntos, saberes integrados que ensanchan nuestras miradas y nuestras conciencias sobre la sociedad y sus formas de expresión.

La posición del sujeto en situación me ha permitido hilvanar, a lo largo de este texto, una idea importante: pensar la cultura y pensar la sociedad no son actividades que se realicen de manera directa. El social no es un conocimiento transparente ni neutral. Este tipo de saber está mediado por un sujeto que tiene unas competencias intelectuales y no otras, que deposita cargas afectivas empáticas en un bando político y no en otro. Esto también opera así con los odios, con aquellas actitudes de rechazo hacia, por ejemplo, prácticas sociales injustas, abusivas y crueles en las cuales un autor se inclina siempre por uno de los protagonistas en combate: por el amo o por el siervo; y eso involucra afectos, historia de vida, una ética, una visión política del mundo y un deseo de participar en la batalla mediante las ideas, mediante la exposición de tramas de sentido que pueden adquirir la forma de una novela o de un libro de historia.

Uno de los hallazgos de esta investigación ha sido el descubrir y mostrar cómo las novelas no son ajenas a lo ideológico, exponer cómo ellas también están atravesadas por las tensiones ideológicas de una época o de varias; contrario a aquello que se ha dicho muchas veces sobre la posibilidad de la ficción literaria de justamente superar lo ideológico. En ese sentido, buscar en cada texto su dirección ideológica y descubrir cómo ella condiciona los tipos de sentido que organizan los relatos, historiográficos y literarios, ha sido una constante metodológica en mi lectura de los seis libros escogidos.

En esos libros está la sociedad. Son productos de una sociedad y de una cultura que se puede interpretar en ellos. Y esto es así porque tanto las novelas como los textos historiográficos brindan conocimiento, al mismo tiempo que son escenarios de los conflictos sociales que alimentan sus tramas. Aunque este no sea el propósito original de los novelistas, en sus ficciones hay un saber social por descubrir y, a su vez, esas ficciones, relativamente autónomas, son síntomas de un campo social en el que surgen, huellas de un tiempo histórico cuya subjetividad recobramos en ellas. Un tiempo histórico que ya no está y del cual solo quedan los recuerdos, vestigios dispuestos siempre a ser interpretados en otro tiempo histórico, el de la recepción, distinto al de la enunciación y, también, al tiempo enunciado.

Por el contrario, los historiadores pretenden desde el inicio de sus investigaciones obtener un saber y darlo a conocer mediante un relato fundado en fuentes que cumplen la función de una prueba –como en el discurso jurídico–, un elemento indiciario que demuestra lo que se argumenta y a partir del cual se explica y expone una tesis en un relato que es organizado y diseñado por una subjetividad que tiene unas competencias intelectuales, una interpretación teórica y una posición política propias.

Ambos, el saber de la historiografía y el que está en las novelas, son saberes sobre la vida humana en el mundo, son formas de narrar el tiempo humano que incluyen el orden cronológico de los grandes acontecimientos y, también, la experiencia fenoménica de las subjetividades, esos tiempos *otros*, saltarines y personales, que van de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás movidos por el deseo que bordea olvidos, material reprimido que se libera en los textos, en la escritura entendida como gesto que canaliza emociones y entrelaza pensamientos.

Ambas perspectivas, la novelesca y la historiográfica, se complementan y permiten un conocimiento más amplio de aquello que estudiamos, ellas incluyen tanto los movimientos objetivos como los subjetivos y expresan, hasta donde se puede, una elaboración textual sobre acontecimientos políticos y sobre períodos de tiempo histórico. Una elaboración textual que es socialmente simbólica.

La perspectiva teórica desde la cual he abordado el conjunto de problemas de este trabajo no es un escepticismo. Todo lo contrario: he planteado que mediante

los textos historiográficos y las novelas se puede conocer la historia, lo que pasa es que eso a lo que he llamado con Fredric Jameson *lo real histórico* no se puede decir completo, no se puede simbolizar de manera absoluta ni permanente.

Las elaboraciones textuales sobre *lo real histórico* lo llevan consigo, pero no lo agotan, y cada sujeto que exprese algo sobre él lo hará desde una mirada única que, además, brinda soluciones: novelas o libros de historia con saberes parciales y transitorios que participan a su vez en la batalla de las ideas, en la guerra por el sentido, en la política de la verdad.

Desde esta posición teórica, que privilegia la participación subjetiva en la elaboración de los relatos, he leído los efectos de la Guerra Fría en Centroamérica y el Caribe: en la Costa Rica de 1948, en la Guatemala de la década que corre entre 1944 y 1954 y en Cuba entre 1959 y 1962, en seis huellas narrativas: tres libros de historia y tres novelas que me han permitido explorar y comprender mejor tres acontecimientos determinantes para las sociedades de esos países cuyos conflictos internos se vieron alterados, en aquellos años, por el gran conflicto que regía el orden mundial de entonces, las tensiones bipolares entre los Estados Unidos y la Unión Soviética –una potencia capitalista y otra socialista– cuyo enfrentamiento a lo largo de aproximadamente cuarenta y cinco años se llamó *Guerra Fría*, un período que entiendo como un orden mundial fundamentado en la explotación geopolítica de un temor. El temor a la guerra nuclear.

En ese reparto del mundo, América Latina era pensada como zona de histórica influencia norteamericana, de manera que cualquier movimiento progresista, cualquier movimiento político que defendiera e impulsara medidas tendientes a la justicia social y a la intervención del Estado en la economía de mercado, era acusado de comunista y esta etiqueta implicaba una prohibición, una persecución y, en ocasiones, también intervenciones militares. Este contexto social, estas dinámicas de poder anteceden la elaboración de los textos y condicionan las miradas de los autores escogidos, cada uno en su momento.

Los casos estudiados en la interpretación del corpus seleccionado, al pasarse por la lupa de la literatura comparada, nos muestran tres posibilidades de injerencia norteamericana en conflictos políticos nacionales de países considerados

dentro de su zona de influencia. Tres posibilidades sociopolíticas con diferente resolución.

Tres posibilidades sociopolíticas cuyo escenario es el Caribe, una zona geográfica condenada por su cercanía a los Estados Unidos, una zona cuyos pequeños países difícilmente pueden esquivar las disposiciones norteamericanas en materia de política internacional, más si se trata, como ocurrió durante la Guerra Fría, de ganarle territorios al enemigo. En Costa Rica, en Guatemala y en Cuba, a través de la ventana que abren los seis libros estudiados, se puede observar con claridad esa condición caribeña de dependencia y sometimiento al que terminan cediendo las aspiraciones de alcanzar grados de autonomía por parte de países con poca capacidad de competir o de adversar a su poderoso vecino.

Esos seis libros que he estudiado e interpretado son las huellas narrativas de aquella época, de aquel pasado, ellos me han permitido asomarme a él gracias también a categorías teóricas tales como mimesis, inconsciente político, acontecimiento, sujeto situado, posiciones de sujeto en los textos, ideología, tipos de sentido, transferencia de afectos.

La posición del sujeto situado, a mi juicio, se complementa muy bien con los tres momentos de la mimesis trabajados por Paul Ricoeur en *Tiempo y narración*, ese primer momento dedicado a las competencias de los autores, el segundo a las tramas propiamente dichas y el tercero a la recepción que se hace de esas tramas por parte de los lectores de distintos tiempos. Las competencias previas de novelistas y de historiadores condicionan la elección de su objeto de estudio y de trabajo, su aproximación afectiva, su dirección ideológica, la cual se puede leer en las tramas, cuyas reglas son distintas al tratarse de una novela y al tratarse de un texto historiográfico, debido esto a los estatutos de verdad referidos anteriormente.

En esas tramas también he pensado los tipos de sentido, que son formas de organizar el relato que implican visiones de mundo y afectos, tipos de sentido que no deben ser camisas de fuerza o listas cerradas, ya que ellos dependen de condiciones sociohistóricas y de dinámicas de poder que los afectan y los superan. Dicho de otro modo, las grandes transformaciones de las sociedades modifican también las formas de expresión de una época.

Así, otro de los hallazgos de esta investigación es la relevancia que adquirió para la interpretación de los libros que conforman el corpus el tipo de sentido contraépico, o esa otra épica, de la que habla Eduardo Grüner en su libro *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*, y que se refiere, como hemos dicho antes, a la voz de los vencidos que retorna en los textos literarios. Pienso que también funciona para explicar dinámicas de poder al interior de los textos historiográficos tal y como ha quedado expuesto en los capítulos anteriores.

Este tipo de sentido expresa el acontecimiento desde la posición del siervo, del derrotado, del sometido que, sin embargo, se emancipa y se rebela en las letras, en el discurso que elabora gestas de sublevación ocurridas o deseadas y que se contraponen a los vencedores épicos que se proyectan en el futuro y se legitiman en el pasado.

Por esto mismo he sostenido que las elaboraciones textuales, literarias o historiográficas, forman parte de una política de la verdad, ellas surgen en una sociedad en conflicto y compiten con otros discursos y con otras elaboraciones textuales para dominar lo que se piensa y se pensará sobre un acontecimiento. Para Grüner<sup>33</sup>, parafraseando a Walter Benjamin, la historia del progreso indefectible-la historia teleológica- solo podría ser la de los vencedores. Entonces, la de los vencidos sería una historia subterránea que se asoma con intermitencia para luego volver a ser aplastada por la épica del amo. Esa tensión entre tragedia, épica y contraépica ha sido fundamental para pensar los seis libros en cuestión, esos mediante los cuales he tratado de aproximarme a tres acontecimientos que fueron puntos de inflexión en la historia del siglo XX de Costa Rica, Guatemala y Cuba.

*Los leños vivientes*, de Fabián Dobles, es una huella narrativa que privilegia la visión de los comunistas en la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica, en ella el autor respalda a los vencidos, muestra su tragedia y, también, los reivindica en lo que hemos llamado tipo de sentido contraépico. En el caso de *Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica 1940-1948*, David Díaz también es contraépico, él introduce en su narración democrática sobre esa guerra, una pluralidad de voces

---

<sup>33</sup> Ver página 493 del libro *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*.

y a todas les otorga una dimensión de verdad, su pluralismo incluye tanto a los vencedores como a los vencidos, destaca a las clases trabajadoras, a algunos de sus representantes, al mismo tiempo que abre la dimensión imaginaria y subjetiva como objeto de estudio para el historiador, para ese estudioso que con su libro pretende hacer ciencia.

A partir de estos dos libros, vemos cómo la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica fue seguida de cerca por Washington. La presencia en ella de un partido comunista y de la Legión Caribe encendió las alarmas. Estados Unidos tomó partido por los rivales de los comunistas y de los gobiernos de Calderón Guardia y de Teodoro Picado. Primero apostaron por el conservador Otilio Ulate y después por el ganador de la guerra, el socialdemócrata José Figueres, quien una vez en el gobierno abandonó los planes de la Legión Caribe y alzó las banderas anticomunistas que le facilitaron el ejercicio del poder y mejoraron su relación con los Estados Unidos, algo indispensable para la estabilidad social de cualquier país latinoamericano, mucho más si este no tiene ejército. En el otro bando, algunos comunistas costarricenses se fueron al exilio y otros fueron hostigados y perseguidos en sus trabajos y en su vida cotidiana. Algunos fueron asesinados, como los mártires del Codo del diablo. Sobre esa verdad de los comunistas que aparece en estos dos libros se construyó el proyecto socialdemócrata costarricense.

En el caso guatemalteco, *Tiempos recios*, de Mario Vargas Llosa, es una huella narrativa que evidencia la pretensión de su autor por apropiarse de la figura de Juan Jacobo Arbenz, de llevárselo al bando de los liberales, los progresistas y los demócratas, al mismo tiempo que condena a los Estados Unidos por su participación en la caída de Arbenz y los responsabiliza por haber estimulado con ello la opción revolucionaria y guerrillera que vino después, por ejemplo, el caso cubano, al cual este escritor rechazó y combatió. En ese sentido, esta novela es trágica, Arbenz no tenía salida, el poder norteamericano marcó su destino. Sin embargo, el tipo de sentido contraépico aparece de forma tímida en la crítica a la política imperialista norteamericana planteada también por Vargas Llosa.

En *La esperanza rota*, de Piero Gleijeses, esa actitud contraépica es más fuerte y decidida. Este autor condena y se opone sin miramientos al

intervencionismo norteamericano en América Latina. Él defiende el proyecto de Arbenz, claro, presenta un Arbenz más socialista, un político con pensamiento de izquierda propio, con amigos que eran intelectuales y militantes comunistas, quienes tenían influencia en sus decisiones gubernamentales. Si Vargas Llosa sostiene en *Tiempos recios* que Arbenz admiraba a los Estados Unidos, Gleijeses muestra en *La esperanza rota* que su admiración era por la URSS. Esto es un claro ejemplo de todo lo que he dicho sobre estos asuntos: la diferencia de posiciones subjetivas, atravesadas por la ideología y condicionadas por las competencias previas de los autores determinan la dirección de un texto. Ambos libros elaboran los mismos acontecimientos y, sin embargo, su visión sobre algunos de los sujetos en acción cambia, así como sus interpretaciones sobre las causas de acontecimientos que les siguieron, como la Revolución cubana.

Ahora bien, de la lectura de ambos queda claro que mediante una campaña publicitaria difamatoria Juan Jacobo Arbenz fue acusado de comunista, de aliado de la Unión Soviética y de ser un serio peligro para la seguridad del Canal de Panamá. Su política de reforma agraria, su sistema tributario y la legalidad laboral que impulsó para cambiar las condiciones de vida de una sociedad guatemalteca atrasada, desigual y racista, lo hicieron confrontar los intereses de la United Fruit Company y recibir el castigo de Washington por ese desafío: un golpe de Estado organizado por ellos, para el cual escogieron como líder de una banda de mercenarios al militar Carlos Castillo Armas que, tras los combates, logró su cometido, la renuncia de Arbenz y el fin de la Revolución guatemalteca.

De Cuba, contamos con dos narraciones contraépicas si las pensamos en la confrontación de la Revolución cubana de 1959 con los Estados Unidos. Tanto Alejo Carpentier en *La consagración de la primavera*, como Sergio Guerra y Alejo Maldonado en *Historia de la Revolución cubana* afirman la Revolución, toman partido por ella, eso sí, desde dos momentos históricos muy diferentes, Carpentier en 1978 y los historiadores Guerra y Maldonado en el año 2009.

En esta novela, que hace muchos años me deslumbró y hoy le pude ver varias debilidades, Carpentier forma parte de quienes sintieron en sus propios cuerpos la esperanza y la euforia desatadas en el mundo entero por Fidel Castro y

sus guerrilleros. En el caso de Guerra y Maldonado, ellos conmemoran, explican y defienden la Revolución cubana en su aniversario número cincuenta. Ambas posiciones las he relativizado al plantear que si bien es cierto esa gesta política puede considerarse contraépica en relación con los Estados Unidos, también puede pensarse como épica y dominante en relación, por ejemplo, con los cubanos que no la apoyaron ni la apoyan hoy en día.

Así como me ocurrió a mí cuando leí por segunda vez *La consagración de la primavera*, mucha gente cambió de posición en relación con Cuba, el espíritu crítico aumentó, no todo se puede percibir entonces como blanco o negro, no hay buenos y malos, ni el autoritarismo está puesto en uno solo de los bandos en disputa.

Sin embargo, volviendo a estos dos libros, es desde el punto de vista contraépico que se cuenta cómo a noventa millas de las costas de La Florida, una insurrección popular contra un dictador corrupto casi provoca el estallido de una guerra nuclear. Fidel Castro y once hombres más sobrevivieron al desembarco del Granma y al recibimiento a balazos en las costas orientales cubanas, aquel recibimiento hostil que tenía preparado para ellos el ejército de Fulgencio Batista, aliado de los norteamericanos y de la mafia.

Esos doce guerrilleros buscaron como refugio y base de operaciones la Sierra Maestra, desde donde ejecutaron su estrategia rebelde, el derrocamiento de la dictadura batistiana y el inicio de una Revolución que unió, en tiempos de Guerra Fría, la cuestión nacional cubana con el antiimperialismo y, dado el reacomodo de fuerzas internacionales, optó por el socialismo como política de Estado y cambió la histórica dependencia económica y política con los Estados Unidos por una nueva –su alianza con la URSS– la cual les permitió sobrevivir a las agresiones norteamericanas ejercidas en diversos campos y por diversos medios a lo largo de los años.

El resultado de todos estos eventos fue una confrontación directa con los Estados Unidos que trajo consigo sanciones económicas, una guerra de desprestigio diplomático en América Latina, agresiones terroristas, la invasión mercenaria de Bahía de Cochinos y, entre muchas acciones más, la Crisis de los misiles en octubre de 1962, momento cumbre de las tensiones bipolares en América

Latina que tuvo al mundo a muy poco de presenciar el inicio de una guerra nuclear de consecuencias insospechadas entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

La Revolución cubana sigue ahí, sesenta y seis años después, como vestigio de la Guerra Fría y en condiciones muy distintas a las de los años sesenta. Estos dos libros, uno historiográfico y una novela, permiten comprender los antecedentes de esa mala relación entre Cuba y los Estados Unidos que continúa y a veces parece que favorece a ambos gobiernos: al cubano para legitimar el ejercicio de su poder y a los norteamericanos, con sus ligeras variantes entre demócratas y republicanos, para aprovechar en su política interna los efectos sociales que *el caso Cuba* genera y para mostrarle a América Latina y al mundo entero el castigo ejemplarizante que puede recibir un país que se atreva a desafiar a los Estados Unidos y a sus intereses.

Al iniciar este trabajo, nunca pensé que le brindaría tanta atención al imperialismo norteamericano en Centroamérica y en el Caribe. Originalmente me propuse reflexionar sobre la relación de múltiples vías que se da entre la historiografía y las novelas, teniendo como escenario de fondo historias que se me hacían familiares y que a su vez representaban puntos de inflexión en la vida de sus países, esto en el contexto de la Guerra Fría, en sus primeros años, un período que desde los tiempos que corren consideré que se podía pensar con mayor distancia y, por tanto, también con mayor claridad.

Ahora, al igual que ocurre cuando un paciente se tiende en un diván y comienza a conversar sobre sus síntomas con el psicoanalista, en la interpretación de textos tampoco se sabe de previo el rumbo que seguirá el discurso. Así me pasó con cada lectura que realicé sobre el corpus escogido. Dejé hablar a los libros para luego interpretarlos desde mi punto de vista, desde mi lugar de comprensión y, posteriormente, de enunciación.

Cada uno de los acontecimientos que abordan los libros que estudié nos hablan de un campo de batalla social que los antecede y en el cual el intervencionismo norteamericano fue factor determinante para la resolución de los conflictos en la política interna de esas naciones caribeñas y para el rumbo que siguieron esas sociedades durante la Guerra Fría. Costa Rica optó por un modelo

socialdemócrata y una política internacional alineada a los intereses norteamericanos, Guatemala continuó con la larga lista de dictadores y gobiernos autoritarios aliados de los Estados Unidos que resguardaron los intereses de las clases altas nacionales en una sociedad considerablemente desigual y violenta.

Por su parte, Cuba, que representa el conflicto más intenso de la Guerra Fría en América Latina, optó por impulsar una economía socialista a noventa millas de los Estados Unidos, valiéndose de las alianzas internacionales que el acomodo de fuerzas de la Guerra Fría le permitió, con las consecuencias sancionatorias ejercidas por los Estados Unidos ya referidas y mostrándonos a todos la altísima importancia geoestratégica que tiene el Caribe para los Estados Unidos.

Tal y como he dicho anteriormente, un acontecimiento implica tanto un punto de quiebre en la vida de una sociedad como la necesidad de darle explicaciones, la necesidad de elaborar a nivel del registro simbólico aquello que ocurrió en *lo real histórico*.

Es por eso que *los hechos* pasan a ser *historias* contadas cada una desde una perspectiva única, que se interpreta también desde una subjetividad singular. Eso hice en este trabajo, darle estatus de verdad a lo expresado en las novelas y leer, tanto en ellas como en los libros de historia estudiados, elaboraciones atravesadas por la ideología sobre tres acontecimientos que son hitos en la historia de Centroamérica y del Caribe en tiempos de Guerra Fría.

A partir de la lectura de novelas y libros de historia encontré entonces tres modelos de organización de la sociedad muy distintos, los tres dependientes de las relaciones de sus países con los Estados Unidos. Ni la socialdemocracia costarricense, ni los dictadores guatemaltecos ni el socialismo cubano tal y como se han desarrollado hubieran sido posibles sin la presencia de los Estados Unidos y su política de Guerra Fría para Centroamérica y para el Caribe.

Esas tensiones y la dependencia latinoamericana con los Estados Unidos, constituyen el fondo social, el inconsciente político que sale a la luz en estos libros, ese es el campo de batalla que antecede a estos seis textos, que son expresiones subjetivas de aquel viejo conflicto político que por ahora no se acaba. Ya veremos

lo que ocurrirá en América Latina en los tiempos por venir, ya veremos cuáles serán las novelas y los libros de historia que se escribirán para entonces en estas tierras.

Antes de que eso ocurra, afirmo por mi parte que el futuro siempre está abierto y en disputa, tanto en el campo sociopolítico como en los libros que intentan narrarlo. Eso es lo que sostienen también los pensadores utópicos que tanto me han enseñado, que tanto he disfrutado, aquellos que han abierto avenidas en el tiempo, adversado sociedades dadas que otros pensaron como estáticas y combatido con su inteligencia y su voluntad jacobina el fatalismo atávico.

Interpretar estos seis libros que he estudiado desde la perspectiva del *sujeto situado*, relativizar sus tramas, mostrar su transitoriedad y su parcialidad ideológica ha sido también una forma de combatir las posiciones autoritarias, las que se pretenden únicas, una forma de abrir los debates sobre asuntos sociales, epistemológicos y políticos, una forma de defender la polifonía, esa concurrencia de voces de la que tanto sabe la literatura.

## **6-Bibliografía**

La sistematización de todos estos trabajos se ha llevado a cabo pensando en los objetivos de esta investigación, así como en los contenidos y en el orden de sus capítulos.

Dado el carácter también teórico de esta investigación, la discusión con muchos de los textos aquí referidos se encuentra en los aparatos introductorio y teórico, lo cual se conecta con lo expuesto también en el estado de la cuestión.

La bibliografía se divide entonces en textos que son fuentes historiográficas y literarias, textos sobre el corpus seleccionado, textos teóricos, textos de crítica literaria y bibliografía general.

### **A- Fuentes literarias e historiográficas**

#### **a-Literarias**

Carpentier, Alejo. *La consagración de la primavera*. Barcelona. Plaza y Janés. 1996.

Dobles, Fabián. *Los leños vivientes*. San José, 1962. Imprenta Elena.

Vargas Llosa, Mario. *Tiempos recios*. Barcelona: Editorial Alfaguara. 2019.

#### **b-Historiográficas**

Díaz Arias, David. *Crisis social y memorias en lucha. Guerra civil en Costa Rica. 1940-1948*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2015.

Gleijeses, Piero. *La esperanza rota. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954*. Guatemala: Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos de Guatemala, 2005.

Guerra, Sergio y Maldonado Alejo. *Historia de la revolución cubana*. Tlalaparta. 2009.

### **B-Textos críticos sobre el corpus seleccionado**

#### **B.1- Sobre *Los leños vivientes*, de Fabián Dobles**

Chan Wong, Hilda. *Visión del relato *Los leños vivientes* de Fabián Doble a partir del método estructural*. Tesis Licenciatura en Filología Española. Universidad de Costa Rica. 1979.

Díaz, Doriam. *Recuerdos del 48*. Semanario Universidad. 23 de agosto 1996.

Garnier, José Fabio. *Cien novelas costarricenses. 1884-1956*. EUNA. San José. Costa Rica. 2017.

Piedra, José. *Los leños vivientes. La última y mejor novela de Fabián Dobles*. Adelante. Domingo 18 de marzo de 1962.

Salas Zamora, Edwin. *Los leños vivientes de Fabián Dobles*. Repositorio. Universidad Nacional. 1979.

## **B.2- Sobre *Tiempos recios*, de Mario Vargas Llosa**

Carías, Danilo e Jesús. “*Una partida de rocambo en tiempos recios*”. Plaza Pública 18 de octubre 2019: s.p. Web.

De la Iglesia-Caruncho, Manuel. “*Guatemala, enigmática y desconocida*”. Wall Street International 30 de noviembre 2019: s.p. Web.

Figueroa Ibarra, Carlos. “*Vargas Llosa en Guatemala: recuperando a Árbenz para la derecha*”. Nuestra América 14 de diciembre 2019: s.p. Web

García, Jacobo. “*La recién llegada de Vargas Llosa a Guatemala*”. El País 4 de diciembre 2019:s.p. Web.

García Ferreira, Roberto. “*Tiempos recios o algo más que una novela*”. Brecha 3 de enero 2020:18-20. Impreso.

Liano, Dante. “*Retar a las sombras*”. El Periódico 27 de octubre 2019: s.p. Web.

Mayora, Eduardo. “*¿Qué nos ha planteado Vargas Llosa?*” Prensa Libre 12 de diciembre 2019: s.p. Web.

Morales, Mario Roberto. “*La apropiación neoliberal de Árbenz*”. El Periódico 4 de diciembre 2019: s.p. Web.

Moreno de León, Jaime. “*Tiempos recios, de visita en Guatemala*”. El Periódico 4 de diciembre 2019: s.p. Web.

Moreno de León, Jaime. “*Entrevista*”. El Periódico 25 de noviembre 2019: s.p. Web.

Payeras, Javier. “*Anotaciones de Tiempos recios*”. Penúltima 26 de octubre 2019: s.p. Web.

Reyes, Ingrid. “*Vargas Llosa y sus 10 declaraciones sobre Guatemala, las dictaduras y su libro ‘Tiempos recios’*”. Prensa Libre 3 de diciembre 2019: s.p. Web.

Rivera, María Inés. “Árbenz una biografía, tiene una historia que contar”. La República 28 de noviembre 2019: s.p. Web.

Ruano, Edgar. “Mini crónica de la presentación de un libro”. Diario La Hora 12 de diciembre 2019: s.p. Web.

Sabino, Carlos. Árbenz. *Una biografía*. Guatemala: Graffía, 2019. Impreso.

Sandoval, Mario. “Columnas diarias. Surge libro previo sobre el magnicidio”. Prensa Libre 2 de diciembre 2019: s.p. Web.

Tarracena Arriola, Arturo. *Tiempos recios de ayer y recios tiempos de hoy. Ideología, historia y literatura*. Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos. 40 (2020): 165-172 Web.

Toriello, Lionel. “Los Triunviros y el Chilacayote”. El Periódico 10 de diciembre 2019: s.p. Web.

Urbina Nicasio. *Intención autorial en Tiempos recios de Mario Vargas Llosa*. Revista Carátula. 23 de noviembre 2020.

Vargas Llosa, Mario. “En nombre de la autodefensa se destruye la democracia”. Babelia, El País 12 de octubre 2019: s.p. Web.

### **B.3 Sobre *La consagración de la primavera*, de Alejo Carpentier**

Flóres Jaimes, Johana Paola. *El entusiasmo en La consagración de la primavera: relaciones y tensiones entre estética y política*. Pontificia Universidad Javeriana 2015.

Hamilton, Ángela. *Alejo Carpentier-La consagración de la primavera*. Munich, Grin Verlag, <https://www.grin.com/document/101673>

Jansen, André. *¿Es La consagración de la primavera (1978) la obra maestra de Alejo Carpentier?* Alicante: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes <https://www.cervantesvirtual.com>ind lark: 15985116mc629t6

Pérez, Rafael. *La consagración de la primavera de Alejo Carpentier: una interpretación dialéctica de la historia*. Revista Letras. Universidad Nacional. 1986.

*Sintagmas y paradigmas en La consagración de la primavera*. Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica, 14 (2), 25-54 <https://doi.org/10.15517/rfl.v14i2.18851>

Tovar, Paco. *Stravinsky y Carpentier: La consagración de la primavera* <https://www.raco.cat> 1986.

Vanderheyden, Adrien. *Le inconscient patriarcal d Alejo Carpentier dans La consagración de la primavera*. UAM Ediciones. Cultura de la República. Revista de análisis crítico (CRRAC) (3). <https://doi.org/10.15366/crrac2019.3.003>

#### **B.4 Sobre *Crisis social y memorias en lucha: Guerra Civil en Costa Rica*, de David Díaz Arias**

Lehoucq Fabrice. *Díaz Arias. 2015. Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica, 1940-1948. San José, Costa Rica: Editorial Universidad de Costa Rica*. The American Historical Review, Volume 121, Issue 5, Diciembre 2016.

Muñoz Guillén, Mercedes. *David Díaz Arias. 2015. Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica, 1940-1948. San José, Costa Rica: Editorial Universidad de Costa Rica*. Revista Diálogos. Universidad de Costa Rica. Noviembre 25. 2015.

Raventós Vorst, Ciska. *Comentario al libro: Díaz-Arias, David, (2015, Crisis social y memorias en lucha: Guerra Civil en Costa Rica. (Colección Historia de Costa Rica) Editorial de la Universidad de Costa Rica*. Diálogos. Revista de Historia. Universidad de Costa Rica. Noviembre 2015.

Vidal Ortega, Antonino. *David Díaz Arias. 2015. Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica, 1940-1948. San José, Costa Rica: Editorial Universidad de Costa Rica*. Revista Diálogos. Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología del Caribe Colombiano. Enero-abril 2017. Páginas 229-235.

#### **B.5 Sobre *La esperanza rota*, de Piero Gleijeses**

Alarcón, Ricardo. *Piero Gleijeses y la verdad liberada*. Cubadebate. 03-07-2015

Castellanos, Álvaro. Opinión. *La esperanza rota*. Plaza Pública. 23-10-2012

García Ferreira, Roberto. *Espionaje y política: La Guerra Fría y la inteligencia policial uruguaya. 1947-64* Revista de historia enero-diciembre 2011. Páginas 13-33 UNA.

Herrera, Gabriel *¿Cómo se rompe una esperanza?* Hemeroteca-La Hora. Junio 20, 2009.

Juárez, Francisco. *La esperanza rota*. Opinión. Rincón literario. Septiembre 17, 2014.

### **B.6 Sobre *Historia de la Revolución cubana*, de Sergio Guerra y Alejo Maldonado**

Acón López, Óscar. *Revolución e historia comparada de América Latina: una entrevista con el profesor Sergio Guerra Vilaloy*. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas. (30) MC 2023. <https://doi.org/10.6018/nov.557931>

Eversley Torres, Francisco J. *Sergio Guerra Vilaloy, Alejo Maldonado Gallardo y Roberto González Arana, tres revoluciones que estremecieron el continente en el siglo XX. México, Cuba y Nicaragua*. Santa Marta Editorial Unimagdalena, Ediciones Uninorte, 2020. Historia Caribe. Octubre, 28, 2022.

García Aguirre, Feliciano. *Reseña de "Historia de la revolución cubana", de Sergio Guerra y Alejo Maldonado Gallardo*. Theonai (En línea) 2006 (13) <https://www.redalyc.org/articulo.oalid-12401311>

Longan Phillips, Shirley. *Contar La Habana Vieja Prerevolucionaria Desde la ciudad, el Comercio y Tres hitos puntuales: Diamantes, El National City Bank y La Llegada de la Revolución* Revista Herencia, 35(1) enero-junio 2022 58-69.

### **C- Estudios Historiográficos**

Acuña, Miguel. *El 48*. Litografía e Imprenta Lil. San José. 1990.

*Latin America between the Second World War and the Cold War 1944-1948* (Cambridge: Cambridge University Press, 1992), pp. 1-32.

Acuña Ortega, Víctor Hugo. *La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870*. Revista de Historia, número 45 (enero-junio del 2002), pp 191-228.

Acuña Ortega, Víctor Hugo. *Historia del Vocabulario Político en Costa Rica. Estado república, nación y democracia (1821-1949)*, en Arturo Tarracena y Jean Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica. Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. 1995, pp63-74.

Calandra, Benedetta y Marina Franco (editoras), *La Guerra Fría Cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas* (Buenos Aires: Biblos, 2012).

Cardoza y Aragón, Luis. *La revolución guatemalteca*. Ediciones Cuadernos Americanos. México. 1955.

Forster, Cindy. *The time of freedom: campesino workers in Guatemala's October Revolution*. University of Pittsburg Press. Pittsburg. 2001.

Cuevas Molina, Rafael. *Tendencias de la dinámica cultural en Costa Rica en el siglo XX*. Cuadernos de historia de las instituciones de Costa Rica. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José. 2003.

Cullather, Nick, *Secret history: the CIA's Classified Account of its Operations in Guatemala, 1952-1954* (Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1999).

Dallin, David J., *The New Soviet Empire* (New Haven: Yale University Press, 1951).

de la Fuente, Alejandro, *A Nation for All: Race, Inequality, and Politics in twentieth century Cuba* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001).

Diaz Arias, David y Alexia Ugalde, *Ecos de un golpe en 'la nacion modelo de Centroamerica: la caida de Jacobo Arbenz, una invasion y la prensa costarricense, 1954-1955*, Revista de Historia de América (Mexico), No. 149 (julio-diciembre 2013), pp. 151-169.

Diaz Arias, David, *La temprana Guerra Fría en Centroamérica: Nathaniel P. Davis, los Estados Unidos y la Guerra Civil de 1948 en Costa Rica*, OPSIS (Brasil), Volumen 14, Numero Especial (2014), pp. 18-37.

Díaz Arias, David. *La fiesta de la independencia en Costa Rica*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José. 2007.

Díaz Arias, David. *La fiesta de la independencia en Costa Rica (1860-1915)*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José. 2007.

Díaz Arias, David. *Campaña Nacional y memoria conmemorativa. Un análisis historiográfico*. En Molina y Díaz, *La Campaña Nacional (1856-1857)*, pp 37-69.

Fink, León, *Undoing the liberal world order*. Columbia, press. 2022.

Gamboa Brenes, Manuel, *El anticomunismo en Costa Rica y su uso como herramienta política antes y después de la Guerra Civil de 1948*. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, No. 39 (2013), pp. 143-165.

García Ferreira, Roberto (editor), *Guatemala y la Guerra Fría en América Latina (1947-1977)* Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, 2010.

García Ferreira, Roberto, *Bajo vigilancia: la CIA, la policía uruguaya y el exilio de Arbenz (1957-60)* Guatemala: Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Universidad de San Carlos de Guatemala, 2013.

García Ferreira, Roberto, *La CIA y el caso Arbenz*. Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, 2009.

García Marquez, Gabriel, *La soledad de América Latina. Brindis por la poesía*. Cali, Colombia: Corporación Editorial Universitaria de Colombia, 1983.

Garrard-Burnett, Virginia, Mark Atwood Lawrence y Julio Moreno (editores), *Beyond the Eagle's Shadow: New Histories of Latin America's Cold War*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2013.

Gleijeses, Piero, *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002.

Gleijeses, Piero, *Shattered Hope: the Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1991.

Gleijeses, Piero, *The Cuban drumbeat: Castro's Worldview: Cuban Foreign Policy in a Hostile World*. New York: Seagull Books, 2009.

Gleijeses, Piero, *Visions of Freedom: Havana, Washington, Pretoria and the Struggle for Southern Africa, 1976-1991*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2013.

Guerra, Lillian, *Visions of Power in Cuba: Revolution, Redemption, and Resistance, 1959-1971*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2012.

Hobsbawm, Eric J., *The Age of Extremes: a History of the World, 1914-1991*. New York: Vintage Books, 1996.

Leslie Bethel and Ian Roxborough, eds. *Latin America between the Second World War and the Cold War 1944-1948*. Cambridge University Press. Cambridge. 1992.

López, Juan Diego. *Los cuarenta días de 1948. La Guerra Civil en Costa Rica*. Editorial Costa Rica. San José, Costa Rica. 1998.

Méndez, Rafael Ángel. *Imágenes del poder: Juan Santamaría y el ascenso de la nación en Costa Rica (1860-1915)*. Editorial de la Universidad Estatal a Distancia. San José. 2007.

Molina Jiménez, Iván y David Diaz Arias (editores), *Ahí me van a matar. Cultura, violencia y Guerra Fría en Costa Rica (1979-1990)*. San Jose, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2018.

Molina Jiménez, Iván. *Costarricense por dicha. Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José. 2002.

Molina Jiménez, Iván y David Diaz Arias (editores), *El verdadero anticomunismo. Política, género y Guerra Fría en Costa Rica (1948-1973)*. San Jose: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2017).

Molina Jiménez, Iván, *Anticomunismo reformista: competencia electoral y cuestión social en Costa Rica (1931-1948)* San José: Editorial Costa Rica, 2009.

Molina Vargas, Silvia Elena, *Figueres Ferrer y Mora Valverde: diplomacia del café y acercamiento de antagónicos (1971-1972)*. Diálogos Revista Electrónica de Historia, número especial (2008), pp. 1900-1923.

Muñoz Guillén, Mercedes, *Democracia y Guerra Fría en Costa Rica: El anticomunismo en las campañas electorales de los años 1962 y 1966*. Diálogos. Revista electrónica de Historia, Vol. 9, No. 2 (2008), pp. 160-185.

Olander, Marcia K., *Central American Foreign Policies and the Costa Rican Civil War of 1948: Picado, Somoza and the Desperate Alliance*. Tesis de Doctorado en Historia, University of Kansas, 1999.

Ommen, Eline van, *The Sandinista Revolution in the Netherlands: the Dutch Solidarity Committees and Nicaragua (1977-1990)*, Naveg@mérica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas, No. 17 (2016).

Palmer, Steven. *A Liberal Discipline: Inventing Nations in Guatemala and Costa Rica*. Ph. D. dissertation. Columbia University. New York. 1990.

Palmer, Steven. *Sociedad Anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica, 1848-1900*. En Iván Molina y Steven Palmer (editores). *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*. EUNED. San José. 2004.

Pérez, Nicolás. *Volando bala 1948*. Gráfica Cabal. San José, Costa Rica. 1998.

Pettinà, Vanni. *Historia mínima de la guerra fría en América Latina*. Ciudad de México: El Colegio de México. 2018.

Powaski, Ronald E., *The Cold War: The United States and the Soviet Union 1917-1991* (New York: Oxford University Press, 1998).

Rojas Mejías, Diana, *Leer después del 48 y en la Guerra Fría. Críticos literarios, escritores y Editorial Costa Rica en las construcciones discursivas sobre la literatura costarricense, 1950-1980*. Heredia, Costa Rica: Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional, 2016.

Saunders, Frances Stonor, *The Cultural Cold War: the CIA and the World of Arts and Letters*. New York: W.W. Norton & Co., 2000.

Schifter, Jacobo, *Costa Rica, 1948: análisis de documentos confidenciales del Departamento de Estado*. San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982.

Schifter, Jacobo, *Las alianzas conflictivas: las relaciones de Estados Unidos y Costa Rica desde la Segunda Guerra Mundial a la Guerra Fría*. San Jose, Costa Rica: Asociación Libro Libre, 1986.

Shearman, Peter. *The Soviet Union and Cuba*. Taylor & Francis. 2022.

Solís, Manuel. *La institucionalidad ajena*. Editorial UCR. San José, Costa Rica. 2002.

Yashar, Deborah J. *Rehaciendo la política: Costa Rica y Guatemala a mediados del siglo XX*. Artículo.

### **D-Textos teóricos**

Este tipo de trabajos incluye textos teóricos sobre filosofía, historia y otros que muestran cómo ha sido pensada la relación historiografía-literatura.

Alemán, Jorge. *Horizontes neoliberales en la subjetividad*. Argentina: Grama Ediciones. 2016.

Alvarenga Venutolo, cia. *Historia y literatura en el futuro próximo: ¿disolución de la historia en la literatura o profundización de un intercambio fructífero entre ambas?* Historia: ¿ciencia, disciplina social o práctica literaria? Ed. Ana Paulina Malavassi Aguilar. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006. 23-33.

Barthes, Roland. *¿Historia o literatura? Sobre Racine*. México, D.F.: Siglo XXI, 1992. 174-194.

Barthes, Roland. *El discurso de la historia*. [1967]. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós, 1987. 163-177.

- Bloch, Marc. *Apología del oficio del historiador*. México. Fondo de Cultura Económica. 2001.
- Burke, Peter. *Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración. Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.
- Díaz Arias, David. *¿Cómo trabaja Clío? Los dilemas en la construcción del pasado y el papel de la imaginación histórica. Historia: ¿ciencia, disciplina social o práctica literaria?* Ed. Ana Paulina Malavassi Aguilar. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006. 35-42.
- De Certeau, Michel. *La operación histórica. Historia y literatura*. Ed. Françoise Perus. México, D.F.: Insituto Mora/UAM. 31-69.
- Dosse, François. *El acontecimiento histórico entre Esfinge y Fénix. Historia y gráfica* 41 (2013): 13-42.
- Fumero, Patricia. *Historia y Literatura: una larga y compleja relación. Intersecciones y transgresiones: Propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas - I*. Ed. Werner Mackenbach. Guatemala: F&G Editores, 2008. 21-32.
- García, George I. *Marx, historiador de espacios y tiempos sociales*. Clacso. Buenos Aires. 2022.
- Ginzburg, Carlo. *History, Rethoric and Proof*. Hannover: University Press of New England, 1999.
- Jablonka, Ivan. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Kohut, Karl. "Historiografía y memoria". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* (julio-diciembre 2004). <<http://istmo.denison.edu/n09/articulos/historiografia.html>>.
- Lukács, Georg. *La novela histórica*. Biblioteca Era. México. 1966.
- Jiménez, Alexander. *El imposible país de los filósofos. El discurso filosófico y la invención de Costa Rica*. Ediciones Perro Azul. San José. 2002.

Molina Jiménez, Iván. *Narrativa histórica y narrativa literaria. Historia: ¿ciencia, disciplina social o práctica literaria?* Ed. Ana Paulina Malavassi Aguilar. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006. 3-11.

Nora, Pierre. "Histoire et roman: où passent les frontières?" *Présent, nation, mémoire*. París: Gallimard, 2011. 115-127.

Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración. El tiempo narrado*. México, D.F.: Siglo XXI, 1996.

Ricoeur, Paul. *Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado*.

White, Hayden V. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Buenos Aires: Paidós, 1992.

"*Pasado práctico*". Prometeo libros. Buenos Aires, Argentina. 2020

Zizek, Slavoj. *Acontecimiento*. México: Sexto Piso. 2014

*El espectro de la Ideología*. En *Ideología: un mapa de la cuestión*. México: Fondo de Cultura Económica. 2003.

*El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI. 1992.

### **E-Textos de crítica literaria**

Gil-Albarellos, Susana. *Literatura comparada y temalogía. Aproximación teórica*. Exemplaria 7. Universidad de Huelva. 203

Grinberg Pla, Valeria, y Werner Mackenbach. *La (re)escritura de la historia en la narrativa centroamericana*". En: *Héctor M. Leyva, Werner Mackenbach y Claudia Ferman, (eds.): Literatura y compromiso político. Prácticas político-culturales y estéticas de la revolución. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – IV*, Guatemala: F&G Editores, 2018. 341-379.

Quesada Soto, Álvaro. *Uno y los otros. Identidad y literatura en Costa Rica 1890-1940*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José. 1998.

Mackenbach, Werner, Rolando Sierra y Magda Zavala (eds.) *Historia y ficción en la novela centroamericana contemporánea*. Tegucigalpa: Ediciones Subirana, 2008.

Mackenbach, Werner. *Literatura, Memoria e Historia en Centroamérica*. En: *Ius fugit*. Revista interdisciplinaria de estudios histórico-jurídicos, no. 19, 2016: 354-358.

Mackenbach, Werner. *Historia, memoria y ficción. Tirana Memoria de Horacio Castellanos Moya*". En: Ayer. Revista de Historia Contemporánea, no. 97, 2015 (1): 83-111.

Mackenbach, Werner. *Narrativas de la memoria en Centroamérica: entre política, historia y ficción*. En: Beatriz Cortez, Alexandra Ortiz Wallner y Verónica Ríos Quesada (eds.): (Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – III. Guatemala: F&G Editores, 2012: 231-257.

Mackenbach, Werner; Leiva, Héctor; Fernán, Claudia. *Literatura y compromiso político. Prácticas político-culturales y estéticas de la revolución*. Guatemala: F y G Editores. 2018.

Mackenbach, Werner. *Propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas*. I. Ed.. Guatemala: F&G Editores, 2008.

Rojas, Rafael. *La polis literaria*. España: Taurus. 2018.

Strausfeld, Michi. *Mariposas amarillas y los señores dictadores*. Debate. España. 2021.

Stonor, Saunders Frances. *La CIA y la guerra fría cultural*. Madrid. Editorial Debate. 2001.

### **F-Bibliografía General**

Adorno, Th. W. *Notas sobre literatura*. Madrid, España. Akal. 2003.

Auerbach, Erich. *Mímesis. La representación de la realidad en la cultura occidental*. México D.F. Fondo de Cultura Económica. 1950.

Ayén, Xavi. *Aquellos años del Boom*. España: Debate. 2019.

Bajtín, Mijaíl. *Problemas literarios y estéticos*. La Habana. Editorial Arte y Literatura. 1986.

Barahona, Macarena. *Nuevos documentos de 1948. Los proscritos*. San José. Editorial Costa Rica. 2015.

Barthes, Roland. *Mitologías*. México, D.F.: Siglo XXI, 1997. 235.

Beevor, Antony. "La fiction et les faits". *Le Débat* 165 (2011): 26-40.

Bouju, Emmanuel. "Exercice des mémoires possibles et littérature 'à présent'. La transcription de l'histoire dans le roman contemporain". *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 65.2 (2010): 417-438.

Burdiel, Isabel, y Justo Serna. *Literatura e historia cultural o Por qué los historiadores deberíamos leer novelas*. Valencia: Episteme, 1996.

Burke, Peter, ed. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

Burke, Peter. *Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración. Formas de hacer Historia*. Ed Peter Burke. Trad. José Luis Gil Aristu. Madrid: Alianza Editorial, 1993 (segunda reimpresión 1996). 287-305.

Canal, Jordi. *Presentación. El historiador y las novelas. Dossier: Historia y Literatura*. Ed. Jordi Canal. *Ayer* 97.1 (2015): 13-23.

Canal, Jordi. *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política, literatura*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014.

Canal, Jordi, ed. "Dossier: Historia y Literatura". *Ayer* 97.1 (2015): 13-111.

Compagnon, Antoine. "Histoire et littérature, symptôme de la crise des disciplines". *Le Débat* 165 (2011): 62-70.

Carpentier, Alejo. *El siglo de las luces. La Habana. UNEAC. 1993*.

Castro Gómez, Santiago. *Althusser, los estudios culturales y el concepto de ideología*. <https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/iberoamericana/article/view/5813/5958>

De Certeau, Michel. *The writing of history*. Nueva York: Columbia University Press, 1989.

De Certeau, Michel. "La operación histórica". *Historia y literatura*. Ed. Françoise Perus. México, D.F.: Insituto Mora/UAM, 1997. 31-69.

Eagleton, Terry: *Ideology, an Introduction*. Buenos Aires. Paidós. 1997.

Ette, Ottmar: *Memoria, Historia, Saberes de la convivencia. Del saber con/vivir de la literatura*. Revista ISEGORÍA. Julio-Diciembre. 2011.

Fontana, Josep. *La Historia después del fin de la Historia*. Barcelona: Crítica, 1992.

Ginzburg, Carlo. *History, Rethoric and Proof*. Hannover: University Press of New England, 1999.

Ginzburg, Carlo. *Mitos, emblemas e indicios*. Barcelona. España. Editorial Gedisa. 2010.

González, Luis. *El oficio de historiar*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1999.

Gossman, Lionel. *Between History and Literature*. Cambridge: Harvard University Press, 1990.

Grüner, Eduardo. *La oscuridad y las luces, capitalismo, cultura y revolución*. Buenos Aires: Edhasa. 2010.

Fragomeno, Roberto. *Todas las palabras y los silencios juntos. Filosofía y literatura en Hegel*. 2019. Editorial Arlequín. Costa Rica.

Franco, José. *Las luciérnagas de la muerte*. Euroamericana de Ediciones. 2001. Panamá.

Hartog, François. "Ce que la littérature fait de l'histoire et à l'histoire". Fabula. La recherche en littérature. Colloques en ligne. Littérature et histoire en débats. <<http://www.fabula.org/colloques/document2088.php>>.

Hall, Stewart. *Significado, representación e ideología*. [https://www.ramwan.net/restrepo/documentos/sin\\_garantías.pdf](https://www.ramwan.net/restrepo/documentos/sin_garantías.pdf) 193-220.

Hegel, G.W.F. *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica. 2017.

Hobsbawm, Eric. *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires. Grijalbo Mondadori. 1998.

Iggers, Georg G. *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. Trad. Iván Jaksic. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012.

Kant, Immanuel. *Crítica del juicio*. Madrid, España. Editorial Tecnos. 2007.

Kechekian, S.F y Fetkin, G.I. *Historia de las ideas políticas desde la antigüedad hasta nuestros días*. Buenos Aires: Editorial Cartago. 1959.

Jameson, Frederic. *Documentos de cultura, documentos de barbarie*. México: Alianza Editorial. 1989.

*Las antinomias del realismo*. España. Akal. 2018.

*Imaginario y simbólico en Lacan*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto. 2014

La Capra, Dominick. *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. 2005.

*Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. México: Fondo de Cultura Económica. 2006.

*History, literature, critical theory*. Cornell University Press. 2013.

Lukacs, John. *El futuro de la Historia*. Madrid: Turner, 2011.

McMahon, Robert J. *La Guerra Fría. Una Breve Introducción*. Alianza Editorial. 2003

Martí I. Puig, Salvador. *La revolución enredada. Nicaragua 1977-1996*. España: Editorial Los Libros de la Catarata. 1997.

Molina Jiménez, Iván. *Narrativa histórica y narrativa literaria. Historia: ¿ciencia, disciplina social o práctica literaria?* Ed. Ana Paulina Malavassi Aguilar. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006. 3-11.

Nora, Pierre. "Le retour de l'événement". *Faire de l'histoire*. 1. Eds. Jacques Le Goff y Pierre Nora. París: Gallimard, 1974. 210-228.

Ortiz Bergia, María José. *Huellas de la historia para la historia. Fuentes en la historia social argentina reciente*. Revista Historiografías. 2017.

Osorio, Elsa. *A veinte años, luz*. Barcelona: Ediciones Ciruela. 1998

Perus, Françoise, ed. *Historia y literatura*. México, D.F.: Instituto Mora/UAM, 1997.

Pomian, Krzysztof. *Sur l'histoire*. París: Gallimard, 1999.

Quéré, Louis. "Événement et temps de l'histoire". L'événement en perspective. *Raisons Pratiques*. Ed. Jean-Luc Petit. París: EHESS, 1991. 263-281.

Ramírez Mercado, Sergio. *Sombras nada más*. Madrid: Editorial Alfaguara. 2002

Rivera, Pedro y Martínez, Fernando. *El libro de la invasión*. México: Fondo de Cultura Económica. 1998.

Rojas Salazar, Álvaro. *Con el lápiz en la mano*. San José: EUNED. 2017.

Soler, Ricaurte. *La invasión de Estados Unidos a Panamá. Neocolonialismo en la posguerra fría*. México: Siglo XXI, 1999 (primera edición 1991).

Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales*. Colombia: Fondo de Cultura Económica. 2004.

Stendhal. *Rojo y negro*. Madrid. Editorial Alba. 1998.

Stone, Lawrence. *El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia. El pasado y el presente*. Trad. Lorenzo Aldrete Bernal. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1986. 95-120.

Suriano, Juan. *Nueva historia argentina dictadura y democracia 1976, 2001*. Argentina: Penguin Random House. 2014

Viales Hurtado, Ronny. *¿Historia: ciencia, disciplina social o práctica literaria? Una visión neoestructuralista en un contexto de relativización del conocimiento*". *Historia: ¿ciencia, disciplina social o práctica literaria?* Ed. Ana Paulina Malavassi Aguilar. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006. 43-54

Williams, Raymond. *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión. 2001.

White, Hayden V. *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós, 2003.

*La historia literaria de Auerbach: causalidad figural e historicismo modernista*. Teorías de la historia literaria. Eds. Luis Beltrán Almería y José Antonio Escrig. Madrid: Arco/Libros, 2005. 301-324 Barthes, Roland. "El discurso de la historia". [1967]. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós, 1987. 163-177.

#### Referencias de Internet

Jannello, Karina. *El boom latinoamericano y la guerra fría cultural*. Nuevas aportaciones a la revista *Mundo Nuevo*. [www.ufjf.br](http://www.ufjf.br)

Ulloa Bustinza, Iván. *Formaciones literarias en Latinoamérica y Guerra Fría*. Universidad de Vigo. <https://dialnet.uniroja.es>

Historizar el pasado vivo en América Latina. Universidad Alberto Hurtado, Chile.  
<[http://www.historizarelpasadovivo.cl/es\\_resultado\\_textos.php?categoria=Verdad%2C+justicia%2C+memoria&titulo=Historia+y+memoria.+La+escritura+de+la+historia+y+la+representaci%F3n+del+pasado](http://www.historizarelpasadovivo.cl/es_resultado_textos.php?categoria=Verdad%2C+justicia%2C+memoria&titulo=Historia+y+memoria.+La+escritura+de+la+historia+y+la+representaci%F3n+del+pasado)>.